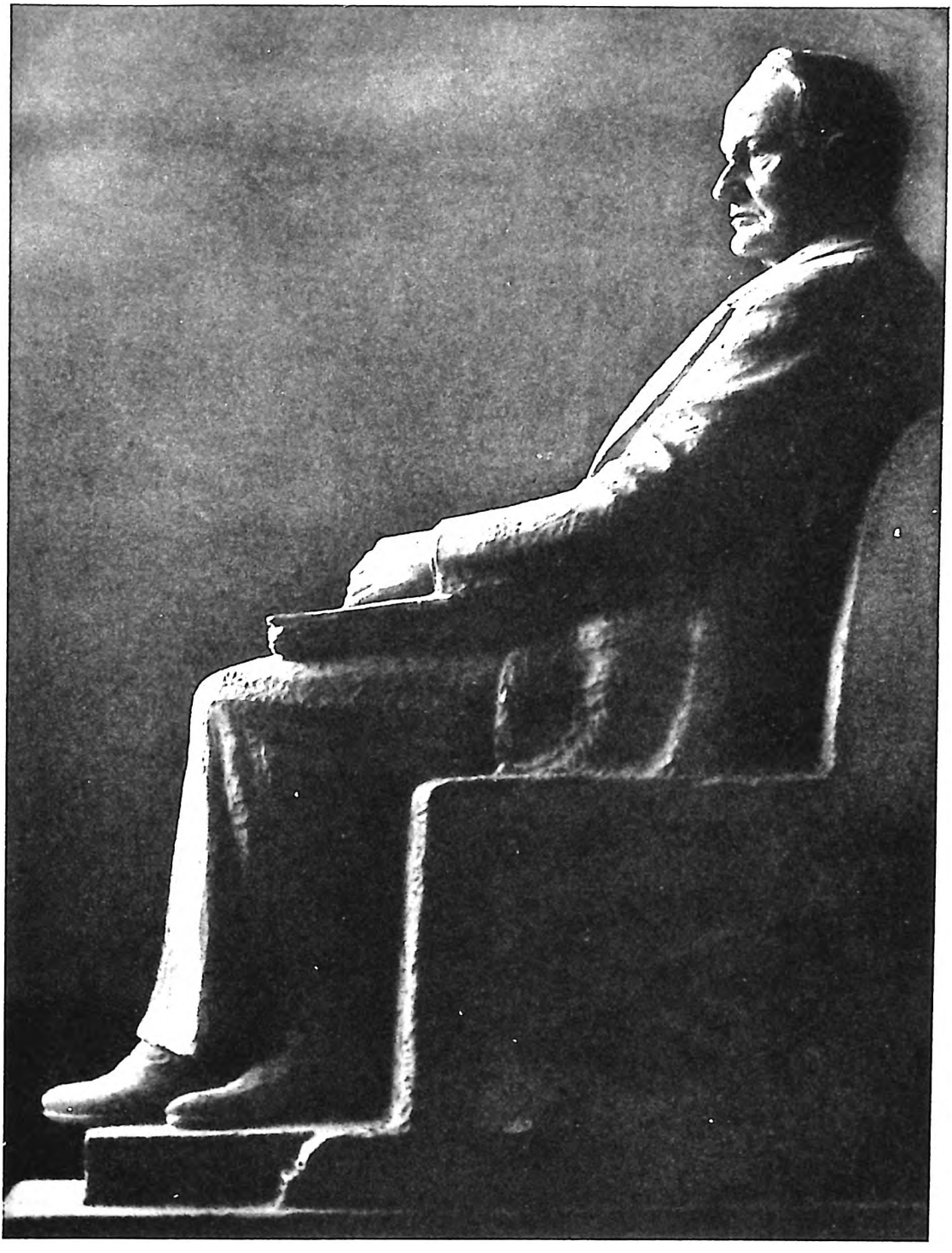
VICENTE LECUNA

Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar



VICENTE LECUNA
Boceto del monumento funerario del escultor Victorio Macho

VICENTE LECUNA

Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar

TOMO II

New York, N.Y.
The Colonial Press Inc.
1957

Printed in the United States of America
By The Colonial Press Inc., Clinton, Mass.

H.L.V. DUCOUDRAY HOLSTEIN

Aventurero despedido del ejército francés de España en 1811, según decía él mismo. En Santo Domingo o en Haití ejercía de maestro de música. Nombrado comandante de un fuerte en el sitio de Cartagena en 1815 no se distinguió en el servicio. En su obra se denomina general, pero nunca obtuvo este título.

Respecto a su persona Bolívar se expresó de esta manera en Bucaramanga: "Ducoudray Holstein me conoció en Cartagena en el año 1815, y después de la evacuación de aquella plaza se me presentó en Los Cayos cuando yo estaba preparando mi primera expedición para la isla de Margarita. Yo lo admití, porque entonces todos los que se presentaban para ayudarme eran los bienvenidos; lo puse en el estado mayor, pero nunca tuve confianza en él para nombrarlo mi edecán; por el contrario tenía una idea bien poco favorable de su persona y de sus servicios; pues me lo figuraba como una especie de caballero de industria, que había venido a engañarme con falsos despachos, porque me habían asegurado que los que había presentado no eran suyos" (1).

Agregado al estado mayor vino en la Expedición de Los Cayos hasta Carúpano. Despedido del servicio por sus intrigas y chismes se convirtió en enemigo implacable de Bolívar. Escribió una historia del héroe llena de atroces calumnias inventadas por él o recogidas de las críticas vulgares de los contemporáneos arrojados por la revolución a las Antillas.

Nacido en Alemania en 1763, cuando la expedición de Los Cayos tenía 53 años. En 1825 fue profesor de francés en la Facultad de Artes, Hobert College, Geneva, New York. Más tarde enseñó francés en el Female Academy, Albany, New York. Murió en Albany el 23 de mayo de 1839.

---

(1) Perú de la Croix, Diario de Bucaramanga, Edición de Machado. Caracas 1931, pag. 31.

De su obra se hicieron cuatro ediciones: En Boston en 1829, en Londres en 1830, ambas en inglés; en Hamburgo en alemán en 1830, y en francés en París en 1831. Para más detalles véase la Bibliografía Venezolanista de nuestro eminente bibliógrafo Manuel Segundo Sánchez.

Las Calumnias.

Los primeros años de la revolución. No vale la pena refutar los errores, equivocaciones y juicios falsos de Ducoudray Holstein en sus descripciones de los primeros años de la revolución. Su narración es un tejido informe de sucesos mal expuestos, mezclados con calumnias y observaciones en desacuerdo con la realidad.

Sus mentiras respecto a la pérdida de Puerto Cabello y prisión de Miranda las hemos comentado aparte en capítulos especiales.

Entrada de Bolívar a Caracas el 6 de agosto de 1813. Ducoudray Holstein inventa haber subido Bolívar de gran uniforme a un carro triunfal, sobre el cual se mantuvo de pie, con un bastón en la mano. Pero el carro no iba tirado por caballos, sino por 12 lindas señoritas vestidas de blanco, y así anduvo desde las primeras calles de la ciudad hasta llegar a su casa. Esta ridícula especie la han adoptado inocentemente algunos historiadores (2).

La verdad fue que el vencedor entró a su ciudad natal a caballo, en medio del entusiasmo delirante de los patriotas y del pueblo, y al desmontarse en su casa en la esquina de las Gradillas, ángulo Sur-Este de la Plaza Mayor, unas cuantas señoritas le presentaron coronas de flores y de laurel. Véase la descripción en la Gaceta de Caracas Nº 1 del 26 de agosto de 1813, pag. 4.

La Guerra a Muerte. Las relaciones del libelista correspondientes a este período están equivocadas, así como los números de fusilados en los días 13, 14 y 15 de febrero de 1814 (3).

Doctor Cristóbal Hurtado de Mendoza. Según Ducoudray el doctor Mendoza fue enviado por Bolívar de ministro a Londres en mayo de 1828, y lo detuvieron en Jamaica por una deuda de 3.000 libras contraída en Londres. Todo es falso. El eminente

(2) Ducoudray Holstein, Histoire de Bolivar. París 1831, tomo I, pag. 122.

(3) Tomo I, pag. 159. Véase aparte nuestro capítulo La Guerra a Muerte.

magistrado doctor Mendoza no fue designado para tal destino. En la fecha indicada se hallaba gravísimo en Caracas y murió en febrero de 1829 en esta ciudad, ejerciendo la Intendencia del Departamento de Venezuela, cargo que desempeñaba desde 1826 con la sola interrupción de los cortos meses que pasó en San Thomas durante la revolución de la Cosiata.

Expedición de Los Cayos. Ducoudray Holstein llegó a Los Cayos con los emigrados de Cartagena. Como va expuesto Bolívar lo destinó al Estado Mayor, en puesto subalterno. Sin embargo se atribuye el destino de Jefe de Estado Mayor, cargo elevado concedido al general Mariño enseguida de la Asamblea de Los Cayos, el 7 de febrero, fecha del nombramiento de Bolívar como Jefe Supremo. Ducoudray no podía decir una mentira más grande (4).

Desafío de Mariano Montilla. Enemistado este oficial con Bolívar desde los sucesos de Cartagena en 1815, no podía aspirar a su beneplácito para tomar parte en la expedición. El lo sabía, sin embargo Ducoudray supone que Bolívar para hacérselo saber mandó a formar un pasquín, firmado por el capitán José María Hernández, previniendo a sus compañeros de la expedición no aceptar en ella al comandante Mariano Montilla; y luego expresa que Montilla desafió a Bolívar, valiéndose al efecto para llevarle la provocación de un particular llamado Mr. Charles Laveaux (5). Todo absurdo e inverosímil, porque nombrado Bolívar Jefe Supremo y en ejercicio del cargo, el subalterno habría cometido un delito desafiándolo. Supone Ducoudray que en premio de su intervención el capitán José María Hernández fue elevado al rango de mayor y poco después al de teniente coronel, pero es falso, porque en la lista de ascensos dados por Bolívar en Los Cayos, no figura este capitán José María Hernández (6). El asunto lo dió por terminado Mr. Laveaux según Ducoudray, gracias a una carta de Bolívar favorable a Montilla sin referirse al desafío ni al libelo (7).

Partida de la Expedición. Sin dinero, sin elementos suficientes, con muy pocos marineros, viviendo todos de una modesta ración

(4) Diario de Bucaramanga, citado, pag. 31.

(5) Ducoudray, citado, pag. 288.

(6) Cortés Vargas. Registro General de Ascensos. Memorial del Estado Mayor de Colombia, 1926. Volumen 19, pag. 10.

(7) Ducoudray, tomo I, pags. 286 a 300. Cortés Vargas, pags. 10 a 21.

del Estado, el arreglo de la expedición hasta ponerla en marcha, fue obra de constancia y de energía sobrehumanas. Para evitar los chismes y las intrigas, los buques salían a medida que los iban arreglando, rumbo al fondeadero de la isla de la Beata próxima a Los Cayos de San Luis, situada frente al extremo meridional de la Isla de Santo Domingo. Los buques empezaron a salir el 21 de marzo de 1816, pero no estuvieron todos listos en el fondeadero sino el 31 del mismos mes, en cuya fecha la expedición compuesta de 7 goletas con 200 expedicionarios, 4.000 fusiles y pocos cañones a bordo hizo rumbo directamente hacia el Este, aunque el propósito era dirigirse a la isla de Margarita situada al Sur Este de Los Cayos, dirección aquella tomada para despistar los barcos españoles (8).

De manera que se tardaron 10 días en reunir todos los buques en el fondeadero de La Beata. En ese período se incorporaron muchas damas llegadas de San Thomas a última hora, entre ellas vino la señorita Josefina Machado, denominada familiarmente Pepita, con su madre y una tía, de familia distinguidísima y honorable. Era la novia de Bolívar, y así como esta familia vinieron de San Thomas muchas otras a tomar parte en la expedición en la esperanza de regresar a sus hogares. Ducoudray Holstein aprovecha esta circunstancia para calumniar a Bolívar atribuyéndole la detención de los buques durante cuarenta y ocho horas en la mencionada isla con el objeto de esperar a la señorita Machado (9). Es una vil calumnia. De paso recordamos como coincidencia dictada por circunstancias análogas que en el mismo fondeadero de La Beata se detuvo Cristóbal Colón con su pequeña escuadra, muy semejante a la de Bolívar, durante su segundo viaje a la América, en el cual descubrió las costas orientales de Venezuela y el río Orinoco (10).

Entre otras extravagancias Ducoudray Holstein dice que en la expedición venían 36 generales, cuando sólo eran tres: Bolívar, Mariño y Piar. Aumenta extraordinariamente el número de oficiales, hasta elevarlo a 1.000 cuando apenas venían 160, los

(8) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pag. 433.

(9) Ducoudray, tomo I, pags. 303 y 304.

(10) Descubrimiento Geográfico, doctor Sophus Ruge, pag. 110. De la Colección de Guillermo Oncken, Montaner y Simón, Barcelona, España.

supone acompañados de sus esposas, queridas, criados de ambos sexos, todo exagerado o en gran parte falso. Por último atribuye la elevación de Anzoátegui a teniente coronel efectivo, y la de Soublette a ayudante general, a su complacencia de haber ido de La Beata a Los Cayos a buscar a la señorita Josefina, cuando Anzoátegui, ascendido el 12 de febrero, fue el primer oficial favorecido con ascenso después de la Asamblea del 7 de febrero, y de los nombramientos de Brión de capitán de fragata, de su ayudante Cabot a teniente coronel y de Zea de intendente de hacienda de Venezuela y la Nueva Granada; Soublette fue ascendido, no a ayudante como dice Ducoudray, sino a coronel efectivo de caballería el 25 de marzo, estando todavía en Los Cayos, en su carácter de ayudante de estado mayor, ocupadísimo en la organización de los buques y su despacho hacia el fondeadero de La Beata (11).

El Combate de los Frailes. Como va indicado la expedición no vino en línea recta de Los Cayos a Margarita. Para evadir a los buques españoles dió un rodeo hacia el Este, siguió luego la línea de las Antillas Menores y se presentó el 2 de mayo al Oriente de Margarita como si viniera de Europa. A pesar de esta hábil maniobra encontró dos buques de guerra: el bergantín Intrépido de 12 cañones y 150 soldados de guarnición, a cargo del brigadier Rafael Iglesias y la goleta Rita mandada por el capitán Mateo de Ocampo. En la lucha subsiguiente la Comandanta, es decir la goleta en que venían Bolívar y Brión, empeñó combate con el Intrépido, el mejor buque de España en estos mares. Tras ardiente lucha, llegó a su lado, y la tripulación, a pesar del violento fuego de los enemigos procedió al abordaje. El combate a bordo del bergantín español fue encarnizado y heroico. El comandante Iglesias murió espada en mano, y lo mismo una parte numerosa de su tripulación. Nunca los arrojados marinos de Brión y Beluche capitán de la Comandanta, realizaron otra hazaña semejante. Esa audacia y el valor desplegado por ellos se debía en gran parte a la presencia y a las voces de aliento dadas por Bolívar. Sin embargo Ducoudray Holstein lo pinta en su libro escondiéndose en lugares seguros, incrédulo y acobardado, cuando a él se le debió exclusivamente el arrojo y el impulso heroico desplegado

(11) Ducoudray, tomo I, pag. 303. General Carlos Cortés Vargas, citado. La Expedición de Los Cayos, Registro de Oficiales, pags. 10 a 21.

por la tripulación lanzándose, espada en mano sobre el bergantín español, al estar atracados los dos buques por medio de los arpeos. Ducoudray agrega otros detalles ridículos y calumniosos (12).

Bolívar en Carúpano. El 1º de junio de 1816 llegó la expedición de Bolívar al puerto de Carúpano. Negándose el jefe de la plaza a entregarla, desembarcaron los patriotas en dos columnas a las órdenes de Piar y de Soublette, protegidos por los fuegos de los buques (13). El comandante Pinillos no opuso resistencia en el pueblo, sino en las alturas; allí se sostuvo valerosamente dos horas, pero tomado el fuerte replegó hacia Cariaco (14). Ducoudray trata de deslucir el combate reduciéndolo a proporciones ridículas con el objeto de dañar a Bolívar. La ineficaz resistencia de los españoles se debió al ataque brusco de los patriotas (15), y a la creencia de que traían un ejército de haitianos.

Refiere Ducoudray su propósito de levantar una legión extranjera de 1.500 hombres, proyecto irrealizable por un desconocido sin dinero y sin influencia alguna. Desdeñado por Bolívar, torpemente dedicose a promover un cambio de gobierno a favor de Brión, pero conocida la intriga fue echado del servicio. Como tratara de sincerarse el Libertador lo rechazó como delincuente, y aconsejado por Brión se fue a bordo temeroso de un castigo severo (16). Tal fue la causa de su odio contra Bolívar y sus infames calumnias, divulgadas en la obra *Histoire de Bolivar.*

No vale la pena refutar la descripción del desembarco en Ocumare toda equivocada y falseada de exprofeso, pero hay un hecho posterior que debemos desmentir. Según el libelista, Piar y Mariño recibieron al Libertador después de su derrota con ultrajantes expresiones de cólera (17). Esta invención es un reflejo de los insultos proferidos por Bermúdez al Libertador en Güiria en agosto de 1816 (18). Piar no sólo se había pronunciado en esa

(12) Ducoudray Holstein, tomo I, pags. 306 a 312.

(13) O'Leary, Narración, tomo I, pag. 344. Montenegro Colón, tomo IV, pags. 219 y 220.

(14) Lecuna. Crónica Razonada, citada, pag. 445.

(15) Relación Histórica de Briceño Méndez. Caracas, 1933, pags. 40 y 41. Lecuna. Cartas del Libertador. A Hyslop, 10 de junio. Tomo I, pag. 231.

(16) Lecuna. Expedición de Los Cayos. Boletín de la Academia de la Historia Nº 77, pag. 71. Crónica Razonada, citada, pag. 453.

(17) Ducoudray, tomo II, pag. 18.

(18) O'Leary, Narración, tomo I, pag. 355.

época a favor de Bolívar sino que propuso enjuiciar a Bermúdez por desacato al Jefe Supremo (19).

Segunda expedición de Haití. Cuando regresó Bolívar a Haití a formar una segunda expedición, Ducoudray finge frases humillantes del héroe con motivo de darle una supuesta satisfacción por los sucesos de Carúpano. Expresiones tan falsas y torpes como todas sus calumnias (20). Los mayores detractores de Bolívar, a saber: el falaz Ducoudray Holstein y su copista Bartolomé Mitre lo pintan alternativamente como un héroe o un cobarde, de gran capacidad o perfectamente inepto, contradicciones absurdas, impropias de la naturaleza humana; pues el hombre sea un idiota, un hombre corriente, o un genio, en toda ocasión mantiene su carácter. Esa contínua alternabilidad de valor, de genio, de ineptitud y de cobardía atribuida por estos dos insignes libelistas a Bolívar, es producto de sus espíritus enloquecidos por la envidia y el odio consiguiente.

Locuras del libelista. La locura o fatuidad de Ducoudray Holstein llega hasta el extremo sorprendente de atribuirse la creación y el mando de la Legión Británica en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821 (21). Es inaudito.

Todas sus descripciones de las luchas en Venezuela son un revoltillo de nombres, fechas y actos adulterados. Bolívar es inepto, cobarde, débil, no entiende nada de arte militar y sin embargo el libelista "después de examinar la capacidad de los jefes principales del ejército independiente, llega a la conclusión de que Bolívar, a pesar de sus defectos, es superior a todos" (22). Mitre hace suyo este absurdo juicio (23).

Triunfos en Barcelona. Según Ducoudray, vencidos el brigadier Real y la escuadrilla realista en Barcelona, Bolívar y Mariño perdieron el tiempo en fiestas, sin ocuparse de la campaña. Es una torpe calumnia. Para lograr la cooperación de Mariño fue

(19) Lecuna. Expedición de Los Cayos. Boletín de la Academia de la Historia N° 77, pag. 43. Oficio a Freites, 15 de noviembre de 1816.

(20) Ducoudray, tomo I, pags. 334 a 339.

(21) Ducoudray, tomo II, pag. 5.

(22) Ducoudray, tomo II, pag. 26.

(23) Mitre. Historia de San Martín y de la Emancipación Sud Americana. París, 1890, tomo III, pag. 450.

necesario nombrarlo Jefe de la Fuerza Armada de la República. El título de Bolívar de Jefe Supremo quedó sin efecto práctico, y todos sus esfuerzos para tomar la ofensiva contra el ejército español vencido en Barcelona pero no destruído, fueron inútiles. Su vida en ese período, agena a toda clase de fiestas y diversiones, fue un contínuo tormento, por las incomprensiones de Mariño. Sin efectuar ninguna operación útil, en idas y venidas se perdió el ejército, salvándose sólo parte de las columnas de Bermúdez, Valdés y Armario decididos desde entonces por Bolívar (24).

Sin las incomprensiones y terquedades de Mariño, en ese año Bolívar hubiera libertado gran parte de la República.

Batalla de Cabrián. 3 a 5 de agosto de 1817. Atribuye el libelista la toma de Guayana a Piar y a Brión sin intervención de Bolívar (25). Es una falsedad. Desde Barcelona Bolívar enunció el principio de ser indispensable destruir la escuadrilla española del Orinoco para libertar las plazas de Guayana, provistas de víveres, armas y municiones por dicha escuadrilla (26).

Las tropas independientes, carentes de artillería adecuada no podían tomarlas como lo probó la experiencia, al fracasar los dos asaltos intentados por Piar contra Angostura y sus hostilidades a Guayana la Antigua. El triunfo de Piar en San Félix despejó el terreno, pero no decidió la campaña; ni mejoró mayor cosa la situación con la entrada de Bolívar a la provincia conduciendo las tropas de Bermúdez, Valdés y Armario, pertenecientes antes a Mariño y decididas luego por él.

El 2 de mayo de 1817 llegó el Libertador al campamento del Juncal en la Mesa de Angostura, acompañado de Arismendi, Bermúdez, Valdés, Armario, Zaraza y Soublette y las tropas salvadas de las disensiones de Barcelona, motivadas éstas por las torpezas de Mariño. Allí se reunieron con las conducidas a Guayana por Piar y Sedeño, y juntos proclamaron a Bolívar Jefe Supremo de la República. El gobierno adquirió nuevo impulso, extendió su acción a toda la Provincia; instaló un astillero en San Miguel, bajo la dirección de Arismendi se construían flecheras

(24) Lecuna. Crónica Razonada, citada, pag. 532.

(25) Ducoudray, tomo II, pag. 41.

(26) Oficio a Piar, Barcelona, 10 de enero de 1817. O'Leary, tomo XV, pag. 116.

para estrechar las plazas fuertes. Se establecieron apostaderos. El estado informe convirtiose en un taller. El Jefe Supremo anunció en una proclama el 16 de mayo su proyecto de destruir la escuadra enemiga para *ipso facto* obtener la libertad de las dos plazas fuertes y esta sabia y fecunda idea la explicó de nuevo en el Boletín del 18 de mayo dado en el Juncal (27).

Para llenar el objeto deseado Bolívar llamó al Orinoco al Almirante Brión con sus corsarios, hasta entonces en cruceros u ocupados en Margarita y mandó la escuadrilla sutil recién construída al efecto, a cortar las comunicaciones de Angostura con el Apure, de donde la plaza recibía carnes en abundancia. Al entrar al Orinoco el Almirante, precedido por la escuadrilla de flecheras de Antonio Díaz, los españoles abandonaron la plaza de Angostura el día 17 de julio, y conduciendo todos sus elementos militares se refugiaron en Guayana la Antigua, sitiada personalmente por Bolívar. Su escuadra constaba de una corbeta, un bergantín, 12 goletas, 6 cañoneras y 4 flecheras con 108 cañones, 462 marineros y 800 soldados a bordo y 12 transportes entre bergantines y goletas con 782 marineros y 640 soldados a bordo, por todo 1.244 marineros y 1.436 soldados. Los transportes conducían 1.800 habitantes. Mientras tanto Bolívar sitiaba estrechamente a Guayana la Antigua. Desde el mes de mayo Piar se había separado del servicio y se ocupaba en conspirar.

La escuadra del Almirante se componía de 5 bergantines y 3 goletas bien armadas en guerra. Como los españoles eran superiores en número, Bolívar hizo construir dos fuertes en la ensenada de Cabrián, para acoderarse el Almirante cuando vinieran los españoles a combatirlo. Perdida por éstos la esperanza de recibir refuerzos de Morillo abandonaron a Guayana la Antigua el 2 de agosto y emprendieron su retirada, sufriendo el fuego de los buques de Brión adelantados con tal fin, apoyados por el ejército de tierra al mando de Bolívar y acosados por la escuadrilla sutil de Rafael Rodríguez, llamada por el Jefe Supremo al efecto. Gravemente herido el comandante Lizarza, los españoles no pudieron guardar la formación, a pesar de hallarse a bordo el experto comandante Francisco de Sales Echeverría. Perdida la dirección de los buques, se defendían huyendo cada uno por su cuenta. La

(27) Lecuna. Conquista de Guayana. Boletín N° 80 de la Academia de la Historia, pags. 485 y 486.

retirada la efectuaban en dos largas columnas; a la derecha los buques de guerra, a la izquierda los transportes con los emigrados. Cerca de las Bocas del Orinoco y en el Delta tuvieron lugar violentos combates y casi todos los buques fugitivos quedaron prisioneros. Brión capturó 14 buques mayores con 73 cañones, y recogió fusiles, municiones, 160.000 pesos en plata y oro y una cantidad en cobre. Sus pérdidas alcanzaron a 31 heridos y 32 muertos en su buque propio sin contar las pérdidas de los otros buques de su escuadra y las bajas en las flecheras. Los españoles tuvieron 280 muertos, 300 heridos y 1.731 prisioneros, entre soldados y paisanos. Cuando los españoles abandonaron a Angostura la ocupó Bermúdez encargado hasta entonces de asediarla. En Guayana la Antigua los patriotas entraron pisando los talones a los españoles que se retiraban. Tal fue la conquista de las plazas de Guayana, sin intervención de Piar (28).

Durante la revolución francesa un ejército anglo-español a cargo del general O'Hara ocupó la plaza de Tolón en 1793, protegido por una poderosa escuadra inglesa. Dos generales franceses Carteaux y Doppet, con poderoso ejército sucesivamente sitiaron la plaza, intentaron varias veces tomarla por asalto y siempre fueron rechazados. Por fin llegó un tercer general, el anciano Dugommier, el cual oyó los consejos del comandante de artillería Napoleón Bonaparte y adoptó su plan para tomar la plaza. Bonaparte en lugar de atacar las murallas como habían hecho los dos generales anteriores, en una madrugada ocupó el promontorio dominante en la rada y estableció un fuego violento de artillería sobre los buques ingleses. Estos abandonaron inmediatamente el puerto, llevándose la mayor parte del ejército anglo-español. La plaza fue ocupada enseguida. Bonaparte había realizado su primera obra maestra (29).

Bajo los mismos principios fueron conquistadas las dos plazas de Guayana por el Libertador.

---

(28) Lecuna. Crónica Razonada, tomo II, pags. 44 y siguientes. Expediente sobre la pérdida de Guayana formado por el oficial José de Olazarra. El Teniente General Morillo, por Rodríguez Villa, Madrid 1908. Tomo IV, pags. 116 a 154.

(29) La Revolución Francesa y el Imperio, por Guillermo Oncken, Montaner y Simón, pags. 307 y siguientes. Memorias de Napoleón, Edición de Liskenne et Sauvan, 1862, pags. 13 y siguientes.

Campañas de 1818 y 1819. Las descripciones correspondientes a este período como las anteriores, son tejidos de hechos tergiversados o de falsedades notorias; no vale la pena detenernos a mencionar los errores uno por uno: todo es falso, todo es equivocado.

Campañas de Carabobo. Lo mismo se puede decir de esta campaña y de la batalla decisiva a su término. El libelista describe la llegada del ejército independiente a la llanura de Carabobo denominada por él aldea y equivoca la fecha correspondiente. Describe a Bolívar irresoluto, sin atreverse a tomar un partido: supone un consejo de guerra al cual propone promover un nuevo armisticio en lugar de dar la batalla. Los oficiales se oponen, entre ellos Páez y Bermúdez, aunque como se sabe, este último se hallaba muy lejos. Todos discuten, Bolívar vacila, no se atreve a nada, pero como la discusión fue muy animada, los conceptos llegaron a oídos de un guía de Bolívar, es decir a un pobre indio. Este hombre, conocedor del terreno se aproximó al Libertador y le dijo en voz baja de un sendero por el cual se podía rodear el ala derecha del enemigo. Bolívar conocía al guía, tomó su resolución y dispuso el movimiento envolvente, bien conocido, de las dos principales divisiones del ejército libertador, dirigido a rodear a los enemigos y caer a su retaguardia (30). De esta manera el libelista atribuye al pobre indio la brillante maniobra estratégica concebida por Bolívar exclusivamente, para desechar las defensas preparadas por los españoles y caer a su retaguardia donde no era esperado, maniobra decisiva, porque los españoles sin darse cuenta de su importancia por las sinuosidades del terreno, mandaron sus batallones uno detrás de otro a oponerse a los patriotas y prácticamente fueron batidos en detal y aniquilados, mientras la tercera división entretenía a los enemigos amenazándolos de frente y luego al entrar a la llanura completaba la victoria.

(30) Ducoudray, tomo II, pags. 231 y 232.

BOLIVAR SE EMBARCA EN CARUPANO PISTOLA EN MANO

8 de setiembre de 1814.

Perdida la batalla de la Villa de Aragua, Bolívar se retiró a Barcelona y enseguida a Cumaná a donde llegó en la tarde del 25 de agosto. Mariño había cometido el error de poner los buques patriotas a las órdenes del pirata Bianchi y de entregarle la plata labrada de las Iglesias de Caracas, cuando Bolívar la había enviado con una guardia segura a cargo de Antonio Ascanio en la goleta de Felipe Esteves. El pirata al ver en su poder aquellas riquezas, sedujo con ofertas a las tripulaciones de los barcos y resolvió reclamar para sí una gran parte para cubrir supuestas acreencias de él contra el Estado de Oriente. Embarcados todos los patriotas con Bolívar y Mariño en los diversos buques existentes en el puerto de acuerdo con Bianchi, se dirigieron a Porlamar en Margarita; el pirata por la necesidad de proveerse de víveres y Bolívar y Mariño con la idea de dominarlo, apoyándose en las fuerzas de tierra, pero Piar, encargado del mando de la Isla los recibió a cañonazos y no los dejó desembarcar.

Efectuada a bordo la partición de la plata como quiso Bianchi, los generales Bolívar y Mariño se dirigieron a Carúpano acosados de la hambre y de la sed, según escribió Ribas posteriormente, en los dos barcos del Estado respetados por el pirata: El Arrogante Guayanés y la Culebra (1).

Pero poco después de su llegada Ribas los sorprende y los arresta como a dos criminales. ¿En virtud de qué atribuciones Piar los recibe en Margarita a cañonazos y Ribas los reduce a prisión en Carúpano? Era que estos dos generales aprovechando el desprestigio de los gobernantes por sus recientes derrotas, y consi-

(1) Carta de Ribas a Tovar Ponte. Cariaco, 19 de setiembre de 1814. La insertamos en el Capítulo "Traición de Ribas y Piar", tomo I, pag. 342.

derándose ellos invencibles, se habían usurpado el poder en los dos Estados, declarándose Ribas jefe supremo de Occidente y Piar jefe supremo de Oriente, política torpe, funesta para ambos: Ribas fue vencido y decapitado por los españoles y Piar derrotado y echado del país, volvió mas tarde a conspirar y condenado por un consejo de guerra murió ajusticiado (2).

Bolívar y Mariño habían llegado a Carúpano el 3 de setiembre, el 4 se presentó Ribas con un escuadrón de carabineros, procedente de Cariaco, arrestó a los generales y se volvió a dicho pueblo, donde tenía sus tropas; el 5 Bolívar fue puesto en libertad por la guardia al mando de Pedro Villapol hijo, luego el Libertador soltó a Mariño, el 7 dió su Manifiesto y ambos se embarcaron el 8 pistola en mano en el Arrogante Guayanés y la Culebra con 42 oficiales, rumbo a Cartagena. Pocas horas después Piar llegó a Carúpano con 200 hombres, abrigando "no buenas intenciones respecto a Bolívar", según Montenegro Colón, (3) o dispuesto a matar a los generales al decir de Josef Paul, Secretario de Gobierno de Caracas (4). Según este funcionario "el pirata Bianchi, el 6 de setiembre reclamó en Carúpano a los generales Bolívar y Mariño e intimó a Ribas que si dentro de 24 horas no accedía a su solicitud hostilizaría al pueblo"; nosotros no creemos en esta leyenda, adoptada por Yanes y por Larrazábal, porque la actitud de Bianchi cuando llegó a Carúpano era hostil a los patriotas y su propósito fue el de apoderarse del Arrogante Guayanés y la Culebra, como lo afirma Esteves en su hoja de servicios, al referir que el pirata encontrándolo protegido por los fuertes, le propuso que se fuera con él para las Antillas, alucinándolo con los intereses que suponía tener a bordo de los buques de su mando, ignorando Bianchi que ya por orden de Bolívar se había desembarcado la plata labrada de las iglesias de Caracas que conducía (5).

Esta posición segura de los dos buques patriotas fue tomada en virtud de la siguiente orden de Bolívar al comandante Felipe

(2) Lecuna. Crónica Razonada, tomo I, pags. 315 y siguientes.

(3) Montenegro Colón, tomo IV, pag. 177.

(4) Lecuna. La Tragedia en Cumaná y Carúpano. Diario o Cronicón llevado por Josef Paul. Boletín N° 112 de la Academia de la Historia, pags. 468 y siguientes. Cita pag. 472.

(5) Recopilación de servicios de Felipe Esteves. Boletín de la Academia de la Historia N° 112, pag. 457.

Esteves el 4 de setiembre: "Acercándose a estas costas el traidor José Bianchi con los buques de su mando, y siendo muy probable que intente llevarse las dos goletas que nosotros hemos traído, espero que Vd. las haga venir bajo el tiro de las fortalezas para precaverlas de las asechanzas de aquel malvado". Y al mismo tiempo le dirigió esta otra orden: "El capitán ciudadano Joaquín Marcano ha sido destinado para recibir los 16 cajones de plata labrada que hay a bordo de ese buque, según la cuenta que conserva en su poder el ciudadano Josef Paul" (6).

Por tanto las versiones de Yanes a este respecto y las referentes a otras gestiones de Bianchi en Carúpano, tomadas del Cronicón de Josef Paul, no son exactas, están tergiversadas.

El general Trinidad Morán, héroe de Collpahuaico, entonces capitán de artillería, refiere en sus Memorias como al llegar a Pampatar los buques salidos de Cumaná con los dos libertadores y la plana mayor de ambos estados, Piar, adueñado del gobierno de Margarita los recibió a cañonazos y no los dejó desembarcar y los dos libertadores llegaron a Carúpano, acosados de la sed, como escribió Ribas (7).

Baralt incurre en dos errores importantes: supone a Venezuela constituida en 1814 en un solo Estado, cuando se hallaba dividida en dos, Occidente y Oriente, de modo que Ribas en Carúpano se tituló jefe supremo de Occidente y Piar, a su vez jefe supremo de Oriente. También creyó Baralt en la leyenda falsa de la protección de Bianchi a favor de Bolívar y Mariño, cuando el pirata sólo fue a Carúpano a robarse los dos buques patriotas el Arrogante Guayanés y la Culebra (8).

(6) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pags. 102 y 103.

(7) Alfredo Guinassi Morán. General Trinidad Morán, 1796 a 1854. Incluye las Memorias de Morán. Arequipa 1918, Tomo I, pag. 42.

(8) Baralt y Díaz, Edición de Brujas, Tomo I, pag. 283. Yanes, Relación Documentada, Caracas, 1943, tomo I, pag. 200. Larrazábal, Vida de Bolívar, tomo I, pag. 332.

LA LEYENDA DE OCUMARE

En algunos estudios hemos expuesto el fenómeno psicológico de ciertas personas de presentar de buena fe como auténticos, hechos alterados en su memoria a través del tiempo. Esto ocurre porque las ideas van cambiando en la imaginación del individuo de acuerdo con las nuevas condiciones en que se halla y los nuevos conceptos que nacen de estas últimas. Intereses particulares y el amor propio obran sobre su conciencia y lo disponen a concebir situaciones distintas a la realidad pasada. Por estos motivos las narraciones de memoria de hechos pretéritos deben recibirse con reserva.

También recuerdos ingratos en algunos individuos contribuyen a crear en su imaginación conceptos equivocados sobre sucesos de transcendencia: a estos últimos se deben algunos errores del general Soublette en las pocas relaciones dejadas por él de sucesos del tiempo de la Independencia.

Pero antes de referir estos casos, debemos exponer la situación de donde partieron dichos errores, sustanciales y de importancia histórica, por los personajes afectados por ellas.

La estada de Bolívar en Carúpano con la expedición de Los Cayos, en junio de 1816, desde el punto de vista militar tuvo una importancia capital. Permaneció un mes aparentemente inactivo, pero de gran actividad efectiva, recogiendo hombres y facilitando las operaciones efectuadas por Mariño y Piar en Güiria y Maturín. La ocupación de Carúpano aterrorizó a las guarniciones del extremo Oriente de Venezuela y todas corrieron hacia Cumaná por temor de caer prisioneras de un supuesto ejército haitiano atribuido por la fama al Jefe Supremo. Por esta circunstancia los dos jefes nombrados pudieron levantar sin oposición y con toda tranquilidad sendas divisiones en Güiria y Maturín.

Los corsarios, aun sin recibir sueldos, permanecieron un mes en Carúpano esperando el desarrollo de las operaciones, pero al

final de ese tiempo manifestaron su resolución de abandonar la empresa y salir a cruzar si el Jefe Supremo no emprendía inmediatamente otra operación (1).

Los españoles por su parte, habían reunido numerosas fuerzas en Cumaná y se preparaban a atacar a Bolívar en Carúpano por mar y tierra. No era posible introducir el armamento hacia el interior por falta de acémilas, tampoco se podía invadir a Guayana, cubierta por dos fortalezas y una escuadra dueña del Orinoco. En cambio el centro de la Colonia, es decir las inmediaciones de Caracas, estaban casi desguarnecidas. Debilitada la guarnición por varios destacamentos la capital se hallaba con muy pocas fuerzas.

En situaciones difíciles sólo golpes de ingenio y audacia pueden producir grandes resultados. Bajando con la corriente marítima y desembarcando en las costas de Caracas se podía sorprender a los enemigos y obtener ventajas incalculables. Bolívar había reunido 700 hombres de pelea. Mariño y Arismendi no lo auxiliaron con sendas columnas como era de esperarse. Los corsarios apuraban. En situación tan desesperada resolvió adoptar el atrevido partido indicado. En seis días llegó a las costas de Caracas y desembarcó en Ocumare. La sorpresa de los enemigos fue terrible. Tenía en sus manos la victoria.

El mismo día del desembarco los patriotas ocuparon el pueblo de Ocumare y a las 9 de la noche marcharon 570 hombres al mando del coronel Soublette, con orden de pasar la serranía y ocupar los Valles de Aragua y Valencia. Al efecto, desembocando en la angostura de la Cabrera, a orillas de la Laguna de Valencia, podía desde allí, tras rápidas marchas, batir los pequeños destacamentos y guarniciones de los pueblos y dominar ambos valles. Los corsarios desembarcaron el parque y se fueron a cruzar; por este motivo Bolívar tuvo que quedarse en la costa con una pequeña columna de 130 hombres para custodiar el armamento, mientras Piñango con 40 oficiales partió a Choroní a levantar reclutas (2).

(1) Carta de Juan José Revenga a Martín Tovar Ponte. San Thomas, 12 de agosto de 1816. Boletín de la Academia de la Historia N° 77, pag. 101.

(2) Carta de Bolívar a Arismendi. Güiria, 21 de agosto de 1816. Historia de Margarita por Mariano de Briceño. Caracas, 1885, en las notas, pag. 16. Reproducida en Lecuna, Cartas del Libertador, tomo I, pag. 247.

El coronel Soublette sorprendió el día 7 en Maracay a un escuadrón de Húsares de Fernando VII, pero atemorizado por la inesperada llegada de Morales a Valencia, según fama con muchas tropas, mas en realidad con 160 hombres, en lugar de continuar la ofensiva se retiró a Las Piedras, cerca de Mariara, al pie de los cerros y abandonó la ofensiva prescrita en sus intrucciones, aun cuando rechazó en su campo un ataque de Morales. Por este error dió tiempo a los enemigos de reunir algunos de sus destacamentos. Todavía habría podido triunfar si se hubiese movido con actividad.

Al amanecer del 10 de julio, el Libertador alarmado le envía nuevas instrucciones, lo anima a emprender sobre el enemigo, y le añade estas justas palabras: *La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a V.S. temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia.* Pero Soublette tampoco se movió a pesar de estas nuevas instrucciones, permaneció inactivo y se perdió la campaña. En su oficio el Libertador le había escrito estos conceptos: "Después de haber pensado largo tiempo sobre la situación del enemigo, su escasez de soldados, su timidez y el estado desesperado en que se halla, *todo me convence que el movimiento retrógrado de V.S. nos ha hecho infinito daño*" (3).

Cuando en la guerra la audacia crea una situación favorable, es indispensable aprovecharla instantáneamente, antes de que cambien las circunstancias en sentido contrario. Este momento feliz no lo supo aprovechar Soublette y naturalmente, cuando se encontraron, Bolívar no dejaría de repetirle los mismos cargos.

De aquí nació en el espíritu del coronel Soublette un rencor profundo contra el Libertador, como veremos enseguida. Después de los sucesos mencionados ocurrieron muchos otros, vino la derrota final en el combate del 14 de julio, pero Bolívar en vez de retirarse con las tropas se empeñó en salvar el parque, embarcándolo en el Indio Libre y en dos goletas, a la sazón en el puerto. Por un informe equivocado del edecán Alzuru los buques sin tener orden se hicieron al mar, y Bolívar, creyendo al enemigo inmediato, para salvar la vida, alcanzó en un bote a una de las goletas. Como veremos esta circunstancia favoreció a la división patriota reunida en el pueblo de Ocumare, hasta el punto de

(3) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pags. 246 y 247. La sorpresa en vasta escala es el medio de alcanzar la superioridad.

poder internarse al interior, sin inconveniente, a las órdenes del general Mac Gregor.

En los días subsiguientes Bolívar había recalado a los puertos de Chuao y Choroní, buscando el modo de unirse a las tropas. Por este motivo los enemigos no abandonaron la vigilancia sobre las playas durante muchos días (4).

Tal es el dramático acontecimiento de Ocumare en 1816. Veamos ahora la crítica del suceso.

Según afirma O'Leary, en los boletines manuscritos redactados por el coronel Soublette, jefe de estado mayor en el curso de la campaña, no se profirió ninguna queja contra el Libertador por su separación de las tropas, pero esa no es la verdad. Llegado al país años después, O'Leary no conocía a fondo ciertos hechos.

El coronel Soublette profundamente resentido por la reprensión del Libertador, concibió contra él, como hemos dicho, un rencor inextinguible. De aquí la censura años más tarde, en su informe reproducido por O'Leary en sus Memorias, de haber perdido Bolívar el tiempo al lado de su novia, como Antonio al de Cleopatra. Pero esto no sería nada: movido por su insano resentimiento dictó durante la campaña unos boletines manuscritos censurando a Bolívar y seguramente atribuyéndole la causa del desastre. Estos boletines fueron a manos del eminente historiador Restrepo, el cual le escribió desde Bogotá el 10 de junio de 1840, diciéndole que en el Boletín Nº 1 había borrado censuras al Libertador y le envió copias de todos ellos. Soublette le contestó el 23 de junio de 1841 (5), lo siguiente: "La lectura de estos borradores de los cuales uno está incompleto, *me ha hecho ahora celebrar lo que antes sentía,* a saber: que no se hubiesen publicado, *y no solamente me opongo formalmente a la publicación de todos ellos, y hago a Vd. la súplica más encarecida para que se resista a toda tentativa de publicarlos.* Enhorabuena que tome Vd. los hechos y las fechas, pero de ningún modo publique Vd. el texto mío, y si quiere Vd. corresponder ampliamente a esta súplica, destruya Vd. las copias que ha dejado en su poder". Al final de la carta repite la súplica

(4) Carta del Almirante Brión al general Arismendi. Bonaire, 23 de Julio de 1816. O'Leary, tomo XII, pag. 13.

(5) Demoró la contestación por haber recibido con atraso la carta de Restrepo traída por Michelena. Véanse las cartas al final de este capítulo.

en estas palabras: "Antes de cerrar esta carta permítame Vd. que insista en la súplica de que no se publiquen los boletines y que se destruya la copia. Si Vd. me estima, espero que preste a este empeño. . . ." (6). Por estas expresiones no queda duda de que en todos los boletines censuraba al héroe.

Nótese que el general Soublette dice haber sentido antes que dichos Boletines no se hubiesen publicado, pero cuando le escribía a Restrepo se interesó mucho en no darlos al público y deseaba se destruyeran los existentes en copia. Examinemos esas tendencias opuestas: él había deseado su publicación seguramente en la época de la reacción contra Bolívar de 1830 a 1840, en la cual tomó parte activa, pero como en la fecha de las cartas la situación había cambiado y en Venezuela se iniciaba una gran reacción en favor de la memoria del Libertador y Soublette aspiraba a una reelección presidencial, no le convenía aparecer censurando al Padre de la Patria. En resumen: los falsos conceptos de Soublette cuando redactó los boletines no habían desaparecido de su imaginación, sintió mucho no darlos a conocer de 1830 a 1840 cuando Bolívar era denigrado y maldecido, pero al cambiar la opinión pública en favor de Bolívar rogaba a su amigo dejarlos ocultos y destruirlos. Todo esto prueba la persistencia del rencor contra Bolívar en el espíritu de Soublette aun en su edad avanzada.

Pasemos ahora a estudiar la situación de Bolívar en Ocumare mientras Soublette debía apoderarse de los Valles de Aragua débilmente guarnecidos. Como dice Briceño Méndez en su narración, los corsarios al soltar en tierra el armamento y salir a cruzar cambiaron del todo el aspecto de la campaña, le quitaron movilidad a las tropas y fue causa de que Bolívar dividiera su pequeña columna para defender el parque de posibles ataques de Puerto Cabello (7). Ocumare dista 30 kilómetros de Puerto Cabello, dejando el parque sin custodia, las patrullas de este último Puerto podían llevárselo íntegramente. Por cuyo motivo Bolívar se quedó en la playa a la orilla del mar, junto a la batería de costa con 70 hombres convenientemente colocados para dar aspecto de una defensa seria, sin intervenir en su decisión la permanencia de Pepita Machado, con su madre, su tía y otras

(6) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. Tomo I, pags. 474 y 475.

(7) Relación de Briceño Méndez. Caracas, 1933, pags. 41 y 42.

mujeres en el pueblo de Ocumare a una legua de la playa. Seguramente Bolívar iba y venía del pueblo a la batería, pero sin su presencia el parque habría quedado, como hemos dicho, a la merced de la guarnición de Puerto Cabello.

A pesar de estos hechos elocuentes, fundados en el conocimiento del terreno y de la situación de los enemigos, cuando O'Leary le pidió a Soublette informes de lo ocurrido en Ocumare, le escribe estas palabras contradictorias y en nuestro sentir calumniosas: "La salida del Libertador de Ocumare el año de 1816, es uno de los acontecimientos más obscuros, yo no me atrevo a referirla porque mi memoria está sumamente debilitada, sin embargo haré algunos apuntes con suma desconfianza, para que Vd. los compare con las demás relaciones que tenga y los rectifique. En este suceso se mezcló el amor y Vd. sabe que Antonio, sin embargo del peligro en que estaba, perdió momentos preciosos al lado de Cleopatra. Lo que es cierto es que todos los que estábamos en Ocumare, defendimos y justificamos la conducta del Libertador, y que su edecán Alzuru cargó con toda la culpa" (8). En estas palabras se encierra una contradicción, porque defiende y ataca a Bolívar, y dos hechos distintos: 1º, la supuesta pérdida de tiempo al lado de la novia, y 2º el acto de haberse embarcado sin unirse a las tropas, como lo tenía meditado y lo deseaba, debido este suceso a la información equivocada del edecán Alzuru. Soublette jura que todos en el ejército defendieron la conducta del Libertador, pero eso no es verdad, porque, como sabemos, él lo censuró en los boletines.

¿Por qué Soublette reune en una proposición la pérdida del tiempo al lado de la novia y el acto del embarque? Según añade todos los oficiales de la división estacionada en ese momento en Ocumare, defendieron y justificaron la conducta del Libertador, pero él lo ataca y defiende a un tiempo, empleando el elogio como señuelo para adormecer y encubrir el resquemor, por no decir el veneno, de la crítica. Existe una referencia, por desgracia incompleta, y es la opinión de Salom contraria a la de Soublette, pero suprimida por O'Leary en su narración. Situado Salom en la batería de costa, quizás hubiera revelado la verdad exacta sobre

(8) O'Leary, Narración, tomo I, pags. 350 y 351. Según el oficial los españoles estaban a punto de llegar a la playa a prenderlos a todos, cuando se hallaban lejos.

la actitud de Bolívar en la playa, dirigiendo la recluta y cubriendo el parque.

Examinemos ahora las relaciones de Bolívar con su novia. Ella vino en la expedición de Los Cayos con su madre y tía, así como vinieron muchas otras familias emigradas en la esperanza de regresar a sus hogares, a pesar de la oposición del capitán Brión cuando salió la expedición de la Beata. La Comandanta era una goleta de vela de dos palos, de 20 metros de largo más o menos, allí venían los capitanes Brión y Beluche, 60 hombres de pelea, los marineros correspondientes y además varias familias. Como la expedición estuvo detenida en Carúpano un mes, es fácil suponer que en ese período Bolívar vería con frecuencia a su novia, y atribuirle pérdida de tiempo en Ocumare por visitarla, es impropio del carácter del héroe y de las relaciones ya antiguas con la novia. Es increíble que un hombre de carácter de hierro, en momentos de vida o muerte para él y todos los suyos, cometiera la debilidad atribuida años más tarde por un compañero resentido y rencoroso.

Juzgando sólo por los hechos, Bolívar sin duda acudió tarde a reunirse a Soublette, en la esperanza de llevarle los refuerzos de Choroní, o por otras causas secundarias perdidas para la historia, como ocurre frecuentemente, sin necesidad de inventar un motivo impropio e inverosímil.

La calumnia contra Andrés Bello.

Otro acontecimiento anterior nos da idea del carácter de Soublette y de su tendencia a aceptar actos no comprobados en desdoro de personalidades eminentes. En su Historia de la Revolución de la República de Colombia el sesudo historiador José Manuel Restrepo adoptó una versión, ampliamente discutida después, sobre los acontecimientos que precedieron al 19 de Abril. Según dice "don Andrés Bello y don Mauricio Ayala, cómplices en el proyecto de la revolución, dejándose arrastrar por su ánimo apocado, denunciaron el proyecto al Capitán General" (9). Esta calumnia ha sido victoriosamente combatida en muchos estudios posteriores, principalmente por don Arístides Rojas. Las pruebas son convincentes, nadie cree en ella.

(9) Restrepo. Historia de la Revolución de la República de Colombia. Besanzón, 1858, tomo I, pag. 529.

Nosotros adquirimos de un particular hace algunos años un libro manuscrito de extraordinario valor histórico titulado "Toma de Razón", empezado el 21 de agosto de 1810. Era el asiento de pagos de la Secretaría de Estado, llevado con limpieza y exactitud. En el folio 201 vuelto, aparece la siguiente constancia:

Empleados de la Secretaría de Estado:

Don Miguel José Sanz, Secretario.
Don Andrés Bello, Oficial Primero con comisión en Londres ..... 800 pesos
Don Antonio Muñoz Tebar, Oficial Segundo y Primero interino ..... 600 pesos
El mismo Interino gratificado con ..... 200 pesos

La nota corresponde al 28 de julio de 1811. Sigue la lista con otros nombres. Esta nota prueba que Andrés Bello, después del 19 de Abril continuó en su puesto de Oficial Primero en la Secretaría de Estado, y lo conservó durante su viaje a Londres, como Secretario de la Misión de Bolívar y López Méndez. No se necesitan más pruebas para asegurar su inocencia. El precioso libro lo hemos colocado en el Archivo del Libertador en su Casa Natal.

Sin embargo de lo asentado en su historia, Restrepo tuvo dudas acerca de la conducta de Andrés Bello en 1810 y le escribió al general Soublette, preguntándole su opinión a ese respecto. El general le contestó las dos cartas que reproducimos adelante, una del 6 de octubre de 1859 y la otra del 22 de octubre del mismo año. En la primera le dice que cuando la revolución del año de 10 él era un muchacho (tenía 20 años). Muchas veces después había oído en diferentes épocas repetir la misma tradición referente a Bello; la acoge y lo disculpa por su calidad de vasallo español y empleado de la Secretaría de Gobierno, pero al mismo tiempo advierte que Bello asociado como Secretario de la Embajada del Libertador en Londres, no había perdido la estimación de los hombres de entonces.

En la segunda carta es más explícito, envía al señor Restrepo las opiniones desfavorables a Bello de José Domingo Díaz y de Francisco Javier Yanes, como testimonios de aprecio. Esto nos causa la mayor sorpresa y hasta indignación.

¿Cómo es posible que un prócer notable de la Independencia,

jefe de estado mayor de Bolívar durante varios años, cite como autoridad moral a José Domingo Díaz?

Este calumniador sistemático aplica a Bolívar en su libro los siguientes epítetos: malvado, bárbaro, Atila, usurpador, tirano, déspota, inhumano, cobarde, cruel, insensato, pueril, orgulloso, pérfido, ignorante, rebelde, sedicioso, disoluto, ambicioso, insolente y muchos otros. ¿Podrá citarse a José Domingo Díaz como testimonio para juzgar a un hombre honrado como Bello?

En cuanto a la opinión del historiador Francisco Javier Yanes, la tomamos nosotros con reserva. En su Compendio de la Historia de Venezuela publicada en 1840, en la Imprenta de Damirón, plagió páginas enteras de la Historia de Venezuela por Andrés Bello, dada a luz en 1810, con el nombre de Almanaque de Venezuela, y no cita el nombre de Andrés Bello. Véase nuestro Prólogo a la reproducción de esta obra. Editorial Elite. Caracas, 1944.

Además sus declaraciones respecto al Libertador, cuando presidía el Congreso de 1830, revelan un alma ingrata y envidiosa de la fama agena, indigna de tomarse en cuenta en un proceso histórico.

Queda todavía por analizar la referencia a palabras de Bello dichas en Londres a Francisco Rivas Galindo. Soublette no las tuvo directamente de este individuo, sino de un tercero, calificado por él de persona de toda veracidad y discreción; pero es un relato de cuarenta años después de los acontecimientos. En informes de esta clase, como ya dijimos, a través del tiempo influyen intereses particulares, el amor propio, opiniones diversas y relaciones equivocadas. Por este motivo, al comienzo de este capítulo, hemos expresado nuestra desconfianza sobre relaciones de memoria, de hechos pretéritos, casi siempre equivocadas.

En comprobación de lo expuesto reproducimos las cartas del general Soublette para Restrepo, y los mentirosos fragmentos de José Domingo Díaz y Francisco Javier Yanes.

Tenemos la más alta idea del general Soublette como caballero y Presidente de la República, hombre de educación perfecta; fue un Presidente de intachable conducta, de honradez acrisolada, tanto más meritoria cuanto que el medio no le imponía restricción alguna. Era pariente del Libertador como hijo de una de las

Musas. Bolívar siempre lo protegió, no por el parentesco sino exclusivamente por sus méritos.

Sobre la capacidad del general Soublette.

Comentando Soublette la diversión de Bermúdez sobre Caracas en mayo de 1821, con tanto ingenio dispuesta por el Libertador, censura la operación en estas palabras: "Yo había previsto siempre el caso ocurrido: el enemigo para socorrer a Caracas no tiene necesidad de desprender un solo hombre de Occidente; y sus medidas serían bastante severas para impedir que en el Cuartel General Libertador se percibiese el suceso de Caracas" (10). Esta crítica a una de las más bellas maniobras de la guerra de Independencia prueba la escasa comprensión militar de Soublette.

Pero Bolívar lo apreciaba por su gran cultura y probidad de gobernante y lo nombró Director General de la Guerra en Venezuela, después de la batalla de Carabobo. Con este motivo tuvo en Dabajuro en la provincia de Coro, un combate desgraciado contra Morales, el 7 de junio de 1822. Soublette pudo atacarlo con fuerzas superiores, pero pocos días antes del combate destinó al Tocuyo un batallón y un escuadrón, por escasez de víveres; dejó a Torrellas en Pedregal con una columna, destacó varias partidas con diversos objetos y con sólo 700 hombres avanzó contra el Cuartel General de Morales quien disponía de 1.200 a 1.300 y dos piezas de artillería. Naturalmente fue derrotado y la guerra en esa región se prolongó algún tiempo (11).

Tal era el hombre que por su timidez impidió el triunfo de Bolívar después del desembarco de Ocumare.

Bogotá, junio 10 de 1840.

Señor General Carlos Soublette.

Mi querido amigo y señor:

Después que envié a Vd. con el señor Michelena en años pasados, algunos diarios del Estado Mayor del Ejército Liberta-

(10) O'Leary, tomo XVIII, pag. 288. Informe fechado en Capayita el 29 de mayo de 1821.

(11) Baralt y Díaz, Edición de Brujas. Tomo II, pag. 98.

dor, hallé los siete boletines en borrador que acompaño a Vd. He creído que estos documentos históricos, de que dejo copia, deben ser muy agradables a Vd. como que tratan de un suceso tan importante como la retirada de Ocumare en que tuvo Vd. tanta parte.

Permítame añadirle algunas observaciones. En el Nº 1 me parece que borró Vd. mucha parte en obsequio al Libertador. Muerto éste creo que el Boletín debe quedar como primero lo escribió. Así lo hice copiar. ¿Me equivocaré en mi juicio?

Creo que las fechas de 15 y 16 de agosto del 5º y 6º están equivocadas y que han de ser de setiembre como yo corrijo en lápiz, mas ¿por qué puso Vd. agosto si los escribió inmediatamente después de los sucesos? Mi familia no tiene novedad y celebraré que en la suya tampoco la haya. Nunca me olvido de Vd. y siempre soy de Vd. obediente servidor y amigo,

José Manuel Restrepo.

Reproducida en la obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pags. 474 y 475.

Caracas, junio 23 de 1841.

Señor José Manuel Restrepo.

Mi estimado amigo y señor:

Por mano del señor Michelena he tenido el gusto de recibir la apreciada carta de Vd. de 10 de junio del año próximo pasado y los siete boletines en borrador que tuvo Vd. la bondad de enviarme, e impuesto de las observaciones que Vd. me hace voy a contestarle para satisfacerlo.

La lectura de estos borradores, de los cuales uno está incompleto, me ha hecho ahora celebrar lo que antes sentía, a saber: que no se hubiesen publicado y no solamente me opongo a que lo borrado en el Nº 1 se considere como escrito, sino que me opongo formalmente a la publicación de todos ellos, y hago a Vd. la súplica más encarecida para que se resista a toda tentativa de publicarlos. Enhorabuena que tome Vd. los hechos y las fechas, pero de ningún modo publique Vd. el texto mío y si quiere Vd. corresponder ampliamente a esta súplica destruya Vd. las copias que ha dejado en su poder.

Tiene Vd. razón en corregir las fechas del 5º y 6º y para satisfacer a la pregunta de Vd. manifestaré a Vd. que yo no los escribí inmediatamente después de los sucesos, porque inmediatamente después de la batalla del Juncal caí gravemente enfermo y no volví a estar en capacidad de escribir hasta fines de diciembre del mismo año.

Celebro mucho que en la familia de Vd. no tuviese novedad y deseando que se conserven siempre bien, experimento una gran satisfacción al repetir a Vd. que soy como siempre de Vd. etc.

P.D. Antes de cerrar esta carta permítame Vd. que insista en la súplica de que no se publiquen los boletines y que se destruya la copia. Si Vd. me estima, espero que preste a este empeño. . . .

Del borrador de letra de Soublette. Reproducida en la Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pags. 475 y 476.

Caracas, octubre 8 de 1859.

Señor Doctor José M. Restrepo. Bogotá.

Mi querido amigo y compañero:

He recibido con mucho aprecio la carta de Vd. de 26 de agosto último que me escribió Vd. para saludarme y manifestarme su profundo sentimiento por el estado de revolución en que se halla la desventurada Venezuela y eso que Vd. no podía tener un conocimiento cabal y perfecto de cuán deplorable es nuestro actual estado. Aquí hay un malestar social, una descomposición tan general de todos los lazos y de todos los vínculos que atan entre sí a los pueblos y a los hombres, que puede muy bien decirse que estamos en un caos y sin otro medio de comunicación y de contacto que las armas y el exterminio. Desde agosto que el doctor Gual se encargó del Poder Ejecutivo la suerte de las armas ha sido generalmente favorable a las fuerzas constitucionales como se denominan las del gobierno; la guerra se ha alejado de esta provincia, pero continúa en otras muchas y principalmente en las de Oriente y Occidente, pero como sucede siempre en toda guerra civil, la discordia sobrevive no obstante los triunfos militares. Estamos amenazados de una miseria mortal

y todos los hombres que deben ocuparse en producir están inútiles con las armas en la mano y si no huyendo de tomarlas y todas o casi todas las industrias útiles abandonadas sin que todavía se vislumbre un rayo de esperanza.

Siento decir a Vd. que no he leído todavía su historia de Colombia, las cajas que las contienen están todavía en La Guaira por las circunstancias en que se han encontrado estos pueblos, pero esto no me hubiera impedido leerlas, porque de Santa Marta recibí un ejemplar que me mandó un amigo pero en el estado de agitación en que hemos estado y estamos, no es posible ocuparse de ninguna lectura seria que exija meditación. He instado porque me manden las cajas de libros de La Guaira, el señor Valentín Espinal antiguo y muy acreditado impresor de esta ciudad me ha ofrecido encargarse de la venta de su historia y me propongo en unión con el mismo señor Espinal hacer el examen y juicio crítico de la obra sin responsabilidad nuestra, no será un trabajo acabado, pero será sincero.

No he recibido los pliegos de erratas que Vd. me envía por Cúcuta, luego que los reciba me pondré de acuerdo con el señor Espinal para resolver lo que puede hacerse.

Me falta contestar a Vd. al punto relativo al señor Andrés Bello y me reservo hacerlo en otra ocasión. Cuando tuvo lugar el hecho a que Vd. se refiere, año de 1810, yo era un muchacho en aquella época que no estaba en los conciliábulos de los hombres, luego seguí el curso de la vida militar y aunque desde entonces he oído siempre esa tradición nunca la he meditado ni profundizado y ahora voy a hacerlo por servir a Vd., pero es menester tener en consideración que aquella era una revolución que atacaba a la integridad de la monarquía española y que Bello vasallo español y empleado muy distinguido en la secretaría del Capitán General no puede ser acriminado por lo que hubiera revelado a su jefe, sino en el único caso que se averiguase que lo había hecho faltando a la confianza y la fe prometida a los caudillos de la revolución. Y me ocurre una reflexión y es que Bello muy poco después de la revolución en el mismo año de 10 fue asociado como secretario o no sé con que carácter a la embajada del Libertador Bolívar cerca de los gobiernos de Europa, lo que prueba que no perdió la estimación de los hombres de entonces.

Yo no dudo que Vd. tendrá sus molestias que sufrir por que a nadie le gusta que le descubran sus flaquezas, pero si Vd. está tranquilo en su conciencia de haber obrado sin pasión y de haber dicho lo que creía que era verdad, debe Vd. estar tranquilo.

Con mucho gusto ha recibido Olalla y toda mi familia las expresiones de Vd. y de mi señora Mariana y dígale Vd. que mucho sentimos que ella haya sufrido tanto por consecuencias de las penas que le han causado las muertes de sus hijos, penas a que estamos expuestos todos los padres que sobrevivimos a nuestros hijos, en lo que no hay elección de nuestra parte y por lo mismo debemos someternos con toda humilidad y resignación a los decretos de Dios, que le deseamos salud y paz del alma y que se fortalezca con esa fortaleza de Vd. con que nos va ganando a todos los contemporáneos. Yo estoy achacoso, débil de mi estómago, flaco de piernas y de peso y casi con la cabeza perdida, sin embargo todos me saludan como muy fuerte y muy robusto y yo sospecho que si ello no es por ironía es maliciosamente para tener esa excusa cuando exigen de mi lo que yo no puedo absolutamente hacer. Nuestras expresiones muy amistosas a todos sus hijos, a Mariana, a mi señora Manuela y su familia.

Y Vd. cuente siempre con su amigo y compañero,

Carlos Soublette.

De fotografía del original. Este se halla en el Archivo de J. M. Restrepo.

Caracas, octubre 22 de 1859.

Señor Doctor José Manuel Restrepo. Bogotá.

Mi querido amigo y compañero:

Cumpliendo con el encargo que Vd. me hizo para averiguar lo que hubiese de cierto en lo que se atribuye a don Andrés Bello, antes de la revolución de Caracas del año de 10, le remito un párrafo copiado de un volumen titulado Recuerdos de la Revolución de Caracas por don José Domingo Díaz e impreso en Madrid en 1829; y otro párrafo tomado del compendio de la Historia de Venezuela por el doctor Francisco Javier Yanes, impreso en Caracas en 1841.

Estos documentos deben tranquilizarlo a Vd. como historiador que refiere los hechos que recoje de otros historiadores.

Aquí hay familia de Bello, pero no me ha parecido delicado hablarles de esto. A lo dicho sólo añadiré que un amigo mío, hombre de toda veracidad y de discreción me ha referido que el señor Francisco Rivas Galindo instaba en Londres ahora algunos años al señor Bello para que se viniese a Venezuela y siempre se le negó dando por motivo el de que aquí siempre le echarían en cara que había denunciado la revolución del año de 10. Esto se lo digo a Vd. sólo para su tranquilidad porque no me parece que debiera esto publicarse, porque a lo sumo, en caso preciso bastaría lo que han dicho Díaz y Yanes.

Ya he entregado los libros de Vd. al señor Espinal y yo he tomado el que Vd. quiere que tome. Según las cuentas que se me han remitido de París estos libros salen aquí a 7 pesos y 37 centavos por lo que no se pueden ofrecer en venta en menos de 8 pesos y los 63 centavos que se agregan servirán para la comisión de venta. Hablo de pesos de 8/10.

Con mis muy afectuosos recuerdos y los de Olalla y mis hijas para mi señora Manuela y toda su familia,

Me suscribo de Vd. afectísimo amigo y compañero

Carlos Soublette.

De fotografía del original. Este en el archivo de J. M. Restrepo.

Tomado de "Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas" por don José Domingo Díaz e impreso en Madrid en 1829 por don León Amarita.

Folio 13:

El teniente del batallón veterano don Mauricio Ayala, y el oficial mayor de la secretaría de la capitanía general don Andrés Bello, que eran del número de los conjurados, se habían presentado al Gobernador, delatádose como tales, y comunicádole hasta los más escondidos secretos. Muchas personas respetables le hicieron indicaciones de un asunto que se miraba como público; y el Gobernador aplicó por todo remedio al mal, el confinar a al-

gunos de aquellos jóvenes a varios pueblos de la provincia, pero en entera libertad y comunicación.

Tomado del Compendio de la Historia de Venezuela por el doctor F. J. Yanes, Impreso en Caracas en 1841 por Francisco de P. Nuñez.

Folio 135.

Reuniéronse allí (en la Misericordia) una vez los principales comprometidos para rectificar el plan y asegurar su ejecución en el día convenido; y estando todo preparado y bien dispuesto (para el 1º o 2 de abril de 1810), encalló el proyecto porque don Andrés Bello, oficial de la secretaría de gobierno, a quien lo había manifestado en todos sus pormenores el subteniente del batallón veterano don José de Sata y Bussi, pensando que entraría en la revolución, lo reveló en toda su extensión al capitán general, quien afectando que el negocio no era de gravedad, sino acaloramiento de algunos militares, cortó el negocio militarmente y sin forma de juicio destinando unos a Maracaibo, otros a Margarita y a otros a distintos puntos de la provincia. El capitán don Juan Pablo Ayala, sus hermanos don Ramón y don Mauricio, el capitán don Diego Salom, el subteniente don Francisco y su hermano don Miguel Carabaño, y otros fueron del número de los confinados.

Los originales en el archivo de J. M. Restrepo.

INDIFERENCIA DEL GENERAL SOUBLETTE, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA RESPECTO A LOS RESTOS DEL LIBERTADOR.

La reacción contra Bolívar formada por todos los elementos realistas influyentes en la cosa pública y los partidarios de la autonomía e independencia absoluta de Venezuela, duró hasta poco después de 1840, cuando empezó la reacción a favor de Bolívar. En los últimos años muchos bolivarianos encabezados por el general Urdaneta, habían hecho esfuerzos en ese sentido, pero siempre tropezaban con la hostilidad del Gobierno, presidido por el general Carlos Soublette, como Vice-Presidente encargado de la Presidencia de la República, por renuncia del doctor José María Vargas. En esos años, las hermanas del Libertador, María Antonia y Juana habían hecho diversas gestiones para traer los restos de su hermano a la Capilla de la Santísima Trinidad donde

él había deseado que los colocaran. El general Soublette se había mostrado insensible. La carta que insertamos a continuación, es muy elocuente a este respecto.

Del original).

San Mateo, 14 de abril de 1838.

Exmo. Señor General Carlos Soublette.

Muy señor mío:

Mi hermano Simón dejó dispuesto en su testamento o última voluntad que sus restos mortales fuesen depositados en Caracas, en la capilla de la Santísima Trinidad. Cerca de ocho años hace que falleció: sus cenizas yacen en países extranjeros, no porque nosotras sus hermanas no hayamos hecho toda especie de gestiones y esfuerzos para cumplir con un deber sagrado, sino porque siempre hemos encontrado un obstáculo, casi insuperable en las circunstancias políticas que en diferentes épocas han agitado a Venezuela.

Creo que el tiempo transcurrido desde el fallecimiento de Simón hasta la fecha, es más que suficiente para que se hayan calmado, si no extinguido las pasiones de los hombres; y yo por mí, y a nombre de los demás herederos, hago a Vd. con encarecimiento la súplica de que nos conceda el permiso de trasladar a Caracas las cenizas de mi hermano, sirviéndose dar, para que no se nos estorbe o coarte el uso de aquel, las órdenes que Vd. crea más oportunas y convenientes; y protestándole que ninguna otra consideración nos mueve, más que la que se deriva de un sentimiento de fraternidad, y del deseo de llenar una obligación, de cuyo cumplimiento no resulta a la sociedad el más leve inconveniente, y en que se interesa la gratitud, la piedad y la justicia.

Soy de Vd. muy atenta y s. s.

María Antonia Bolívar.

Reproducida en Lecuna, Papeles de Bolívar, Litografía del Comercio. Caracas 1917, pag. 372.

EMBARCO DE BOLIVAR EN OCUMARE

Después de la derrota de los patriotas en Los Aguacates el 14 de julio de 1816, los oficiales resolvieron, con la aprobación del Libertador, internarse en el país, resueltos a arrostrar toda clase de peligros, antes de volver a sufrir los horrores padecidos en la navegación con los corsarios. El Libertador previno al comandante Piñango ocupar los desfiladeros de Curucuruma en el camino a la llanada de Maracay y dió orden a Mac Gregor de marchar a Choroní con la tropa existente en Ocumare, debiendo luego seguir el mismo rumbo la columna encargada de cubrir la retirada. Todos se dispusieron resueltamente a penetrar de nuevo en los Valles de Aragua, a retaguardia de los enemigos, y seguir a los llanos a incorporarse a Zaraza (1). Contaban ganar tiempo mientras Morales reorganizaba su diezmada columna vencedora. Los patriotas se empeñaron en que el Libertador se reembarcara a solicitar nuevos auxilios en las Antillas, pero no quiso prometérselos. El esperaba tener tiempo de embarcar por lo menos una parte del parque en el Indio Libre y dos pequeñas goletas existentes en el puerto, y regresar a unirse a sus compañeros. En seguida se dirigió a la playa.

Mientras tanto aunque Morales se había adelantado, se detuvo a alguna distancia. Soublette cubrió el campo y envió al puerto a su edecán Isidro Alzuru a informar al Libertador el estado de las cosas. "Los enemigos, debía decirle, han hecho alto en la montaña y encendido sus fuegos a dos leguas del pueblo donde está el campamento de los patriotas: éstos no han sido molestados; a las dos de la madrugada seguirán marcha a Choroní" (2). Pero el edecán dijo lo contrario: según él los enemigos se habían interpuesto entre el puerto y el pueblo, distantes una legua entre sí. Divulgada esta noticia la confusión y el desorden reinaron en la

(1) Boletín N° 1. O'Leary, tomo XV, pag. 85.
(2) Relación de Soublette. O'Leary, Narración, tomo I, pag. 351.

playa. Los buques levaron anclas para escapar y algunos de los fugitivos refugiados allí, se tiraron al agua, creyendo alcanzarlos a nado. ¡El primer hombre de la revolución, autor de la atrevida empresa, expuesto a caer en manos de sus más implacables enemigos! Tal era la situación de Bolívar, referida por él años mas tarde, en carta a Fernández Madrid. "Fuí engañado a la vez, por un edecán del general Mariño, que era un pérfido, y por los marinos extranjeros que cometieron el acto más infame del mundo, dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo cuando uno de ellos, Mr. Videau volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme" (3).

Bolívar se embarcó en el bergantín Indio Libre a cargo de Villaret, con rumbo a Choroní, a donde se hallaban las tropas, pero como las dos goletas a donde había embarcado una parte del parque tomaron el rumbo opuesto hacia Bonaire, temiendo otra escena como la de Bianchi en Cumaná, dispuso seguirlas para salvar las armas y pertrechos embarcados en ellas. Estos sucesos fueron la causa de la separación de Bolívar de las tropas y de la costa, según sus propias palabras (4).

El 17 de julio, unido a Brión a quien encontró en Bonaire, partió hacia Choroní en la Diana, llevando varios oficiales y las armas y pertrechos recuperados en las goletas. Esperaba encontrar a los patriotas en alguno de los puertos de la Costa, caso de que no hubieran podido penetrar al Interior, o bien recoger noticias de ellos. En Choroní, adonde arribara a los tres o cuatro días, el 19 o 20, no pudo desembarcar por estar ocupado el lugar por un destacamento realista. En Chuao dos o tres días después, dos espías acabados de llegar de los valles de Aragua le informaron de la marcha de los patriotas en número de 600 hombres, camino de La Victoria. De esta información se puede deducir que el Libertador estuvo en Chuao el 22 o 23 de julio. En virtud de estas noticias volvió a Bonaire a trasladarse otra vez al Indio Libre y dirigirse a Güiria (5).

(3) Lecuna. Cartas del Libertador. A José Fernández Madrid, 6 de marzo de 1830, tomo IX, pag. 243.

(4) Lecuna. Cartas del Libertador. Al general Arismendi. 21 de agosto de 1816, tomo I, pag. 247.

(5) Carta de Brión a Arismendi. O'Leary XII, pag. 13. Versión publicada por los realistas, quienes interceptaron el original. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pags. 466 a 472.

Estos contratiempos del Libertador salvaron a la división en su marcha hacia los llanos, pues el general Morales se distrajo durante varios días vigilando la costa en la esperanza de capturar a Bolívar en caso de volver a desembarcar. Este hecho fundamental, desapercibido por los historiadores, nos explica la fortuna de las tropas. Baste decir que el capitán general Moxó escribió al gobernador de Barinas el 19 de agosto estos conceptos precisos y concluyentes: "Bolívar conserva sus buques y amenaza estas costas, y he aquí la necesidad de conservar las tropas en aptitud de acudir a cualquier punto atacado" (6).

El edecán Alzuru.

La familia Alzuru era originaria de Guanare. El Licenciado don Domingo Alzuru fue orador notable en la Asamblea del 2 de enero de 1814 celebrada en Caracas (7). Asistió al Congreso de Angostura como diputado por Margarita, tenía dos sobrinos: Manuel Vicente Alzuru, establecido primero en Guanare y luego en Caracas, e Isidro Alzuru, edecán de Mariño en 1814 y de Soublette en 1816. Después del acontecimiento de Ocumare los patriotas no volvieron a verlo en sus filas. Era poeta, llevaba vida de bohemio. Según noticias verbales de parientes, murió ahogado en un naufragio en las costas de España en el año de 1827.

(6) Oficio de Moxó al Gobernador de Barinas. Fechado en Caracas. Boletín de la Academia de la Historia N° 77, pag. 105.

(7) Véase su discurso en Larrazábal, tomo I, pag. 265.

DEFENSA DE LA CRONICA RAZONADA DE LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Los desembarcos de Bolívar.

El historiador alemán, señor Gerhard Masur, actualmente profesor de historia en Sweet Briar College, Estados Unidos, ha publicado en The American Historical Review, N° 4, volumen LVI, julio de 1951, pag. 394, una nota bibliográfica sobre nuestra obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. En ella aprecia la larga laboriosidad realizada por nosotros en la búsqueda de documentos necesarios para llenar las grandes lagunas de las colecciones publicadas por Blanco y Azpurua y O'Leary. Al referir estas labores, el distinguido profesor nos favorece con apreciaciones que sinceramente le agradecemos. Como es natural señala algunos desacuerdos suyos con lo expuesto en nuestra obra, según él debidos al empeño de exonerar al Libertador de toda responsabilidad en los fracasos inevitables ocurridos en el curso de tan larga y sangrienta lucha, como fue la de nuestra Independencia. Por esa opinión suya califica de apologética, por lo menos en ciertas partes a nuestra Crónica Razonada, pero reconoce su utilidad como contribución a la historia del Norte de la América del Sur. En estos apuntes demostramos su error.

Para juzgar con acierto empresas militares es necesario considerarlas bajo todos sus aspectos, en su ambiente, y a la luz de los principios fundamentales del arte de la milicia. Procediendo así el historiador Arriano hizo justicia al héroe de la antigüedad, Alejandro Magno, corrigiendo errores propagados durante siglos por algunos historiadores de los muchos que escribieron sobre sus empresas y su vida (1).

El señor Masur no considera justificados nuestros comentarios sobre los desembarcos de Bolívar en Carúpano y en Ocumare. El

(1) Flavio Arriano. Expedición de Alejandro. Proemio.

juzga los acontecimientos por los resultados. Nosotros los apreciamos por su naturaleza íntima en el cuadro de la realidad.

El desembarco en Carúpano el 1º de junio de 1816, dió grandes resultados. En Margarita los naturales vencedores de los españoles en ardientes luchas al arma blanca, habían libertado la mayor parte de la isla y aunque Bolívar los armara con fusiles, artillería ligera y municiones, no quisieron acompañarlo. Por esta razón el Libertador efectuó el desembarco con sólo 250 hombres en su mayor parte procedentes de la Expedición de Los Cayos. La elección era acertada por su situación geográfica, y por no existir otro lugar en Tierra Firme que presentara las mismas ventajas. Allí sorprendió la guarnición, la batió y se instaló en la plaza donde permaneció un mes inmóvil haciendo reclutas. Esta actitud sabia, produjo útiles ventajas. Las guarniciones de Güiria y Maturín, asustadas por el desembarco en Carúpano huyeron a marchas forzadas de Este a Oeste, por el sur hacia Cumaná, temiendo caer prisioneras de Bolívar, a quien suponían numerosas fuerzas haitianas y dejaron libre esos territorios importantísimos para la revolución. Bolívar immediatamente envió a ocuparlos a Mariño y a Piar, con muy pocos hombres y muchas armas, y estos jefes dueños de sus movimientos largo tiempo, levantaron sendas divisiones de decisiva influencia en sucesos posteriores. Este fue el primer resultado útil y oportuno del desembarco en Carúpano.

Luego los españoles concentraron sus tropas en Cumaná para atacar a Bolívar por tierra y por mar, aun cuando los corsarios permanecían a su lado. La presencia amenazadora de Bolívar y la liberación de Güiria y Maturín, favorecieron a los jefes alzados en los llanos y les permitieron aumentar sus fuerzas. Mariño no le mandó los refuerzos pedidos con grandes instancias. Esperar el ataque en Carúpano lo habría conducido a un fracaso. Aunque sólo logró reunir 800 hombres, antes de que llegaran los enemigos, emprendió el vuelo de águila hacia el centro de la República, desguarnecido en parte y donde no era esperado. El capitán general Moxó considerándose seguro, había mandado algunas fuerzas a los llanos, y otras a Cumaná en sus buques.

En el momento de realizar el desembarco de Ocumare, la causa de la Independencia estaba casi perdida: el Ecuador y toda la Nueva Granada se hallaban sometidos al gobierno español.

Morillo había tomado la plaza de Cartagena el 5 de diciembre de 1815, luego sus columnas dominaron todas las provincias independientes de la Nueva Granada. En esos países no quedó ni un solo patriota en pie. Los defensores de Cartagena habían sido fusilados, los más eminentes ciudadanos de la Nueva Granada perdieron la vida en los cadalsos de Morillo en Bogotá.

En Venezuela sólo estaban alzados: Páez en Apure, Sedeño en Caicara de Guayana, Zaraza en los llanos de Caracas, Monagas y Rojas en los de Barcelona y Maturín. Pero estos patriotas casi no disponían de fusiles ni de ninguna clase de armas de fuego, sino solamente de lanzas y caballos. Amenazado Bolívar en Carúpano por fuerzas superiores de mar y tierra reunidas en Cumaná, ¿a donde podía dirigirse? Las provincias de Occidente, Coro, Zulia y Mérida, estaban ocupadas por los españoles y desembarcando en alguna de las dos primeras no podía contar con el apoyo de las poblaciones; la única región donde existían patriotas dispuestos a renovar la lucha era la de Caracas y los Valles de Aragua, descuidada por el capitán general Moxó, y con escasa guarnición. Por estos motivos y el efecto moral, la elección de Ocumare, entre La Guaira y Puerto Cabello, plazas débilmente guarnecidas, atrevida sin duda, era la única donde podía obtener grandes resultados. La audacia es una de las fuerzas creadoras en la guerra.

En aquellos días el capitán general Moxó sólo tenía en Caracas una compañía del Regimiento de Castilla, un destacamento de Hostalrich y algunos reemplazos, en junto 480 hombres; cerca de Cagua un escuadrón de Húsares de Fernando VII de 120 plazas y en la Quinta Plantación de Tabaco 70 milicianos. La pequeñez de estos destacamentos, justifica la elección de Bolívar para su desembarco, Moxó sólo destacó a los Valles a unos 100 tiradores de Castilla al mando de Real.

Con su pequeña columna procediendo activa y enérgicamente, como lo había hecho en la Campaña Admirable de 1813, podía ocupar a Caracas y levantar una división en esta ciudad y en los Valles de Aragua con los fusiles y otros elementos de guerra de la expedición. Pero ocurrieron circunstancias infelices: una fue la actitud de los corsarios. Acerca de esto Briceño Méndez escribe lo siguiente: "El objeto del general Bolívar era internarse con todas sus fuerzas a los Valles de Aragua que sólo distaban dos

marchas antes de que los españoles enviasen fuerzas allí a disputarle el país, y dejar en el puerto sus parques confiados a la escuadra, mientras se conseguían en el interior los transportes necesarios para introducirlos; pero este sabio plan quedó sin efecto, porque el Almirante Brión y todos los capitanes de corsarios se negaron a permanecer allí; y procediendo a desembarcar las armas y municiones, cargaron sus buques de los frutos que se habían encontrado en el país libertado y dieron la vela. Esta conducta cambió del todo el aspecto de la campaña; la expedición perdió no sólo la movilidad que le daba la escuadra para obrar por los puntos más débiles sino que la debilitó obligándola a dividir las fuerzas para cubrir el puerto contra las incursiones que podía hacer el enemigo con mucha facilidad desde Puerto Cabello. El general Bolívar no pudo marchar a la cabeza del cuerpo que destinó a los Valles de Aragua (. . . .), sobrevinieron las dificultades y luego la derrota" (2).

Si Soublette enviado con 570 hombres a invadir los Valles de Aragua, el centro más poblado y patriota de Venezuela, hubiera sido activo y enérgico como lo fueron Ribas y Girardot en la campaña de 1813, el éxito habría sido seguro, pero Soublette, impresionado por noticias falsas de Valencia, después de batir el escuadrón de Húsares en Maracay, se replegó a las Piedras al pie de la serranía y permaneció inactivo varios días, aun cuando Bolívar le envió de refuerzo 100 hombres.

Simultáneamente Morales había llegado de la Nueva Granada a Valencia con unos 300 veteranos: temeroso de que Bolívar sorprendiera a Puerto Cabello los mandó a esta plaza a las órdenes del comandante José Bausá, y con 400 hombres de la guarnición de Valencia marchó contra Soublette. En el combate éste tuvo todas las ventajas, pero en lugar de perseguir a Morales hasta destruirlo, se quedó inactivo. El jefe español esperó el regreso de Puerto Cabello de la columna de Bausá, y reuniendo sólamente 700 hombres marchó contra Soublette quien se había retirado en lo más alto de la montaña al sitio de los Aguacates. Todo esto a pesar de los repetidos oficios de Bolívar entre los cuales en el fechado el 10 de julio de 1816, le dice estas palabras: "Después de haber pensado largo tiempo sobre la situación del enemigo, su

(2) Relación de Briceño Méndez. O'Leary, Narración, tomo I, pags. 349 y 350.

escasez de soldados, su timidez y el estado desesperado en que se halla, todo me convence de que el movimiento retrógrado de V.S. nos ha hecho infinito daño, y que sólo puede repararse esta pérdida con operaciones muy audaces y aceleradas (. . . .) La audacia debe salvarnos, lo que parezca a V.S. temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia" (3). Este oficio corresponde a órdenes análogas que le había dado el Libertador cuando lo despachó hacia los Valles de Aragua. La incomprensión y debilidad personal de Soublette, obrando como jefe, pues como subalterno era valeroso, no le permitió seguir sus instrucciones y ésta fue la causa del fracaso principal del desembarco. Para colmo de infortunio la reserva enviada con Anzoátegui al combate, llegó tarde. El error de Bolívar estuvo en la elección del sub-jefe de estado mayor para invadir los Valles, porque de no ir en persona por dirigir la recluta en toda la costa y cuidar las armas desamparadas en la playa, ha podido mandar desde el principio a Anzoátegui, a Piñango o al loco de Mac Gregor.

Como es bien sabido, por el error de Alzuru, Bolívar tuvo que embarcarse y sus compañeros lograron penetrar tierra adentro por la circunstancia de que Morales se detuvo en la costa varios días esperando un nuevo desembarco de Bolívar, como los intentó en Choroní y Chuao, sin efecto, por haber ya penetrado sus amigos tierra adentro.

En resumen: la operación no tuvo el éxito esperado, pero produjo grandes bienes a la causa de la Independencia: se suspendió por algunos meses la persecución a los jefes alzados en los llanos ya mencionados. Todos ellos pudieron en ese período de inacción de los españoles aumentar sus huestes; el país entero se conmovió, la revolución recuperó parte de su antiguo prestigio, Morillo suspendió sus ejecuciones en la Nueva Granada y enviando por delante a La Torre se puso en marcha desde Cundinamarca hacia Venezuela, por la vía de Casanare y el Apure.

Disponiendo del 75% de probabilidades favorables, según Bonaparte, se puede contar con el éxito de una campaña bien dirigida. Exigir mayor número revelaría timidez, y conformarse con menor cantidad, sería temerario. Este era el caso de Bolívar cuando partió de Carúpano. El lo sabía perfectamente, pues

(3) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pags. 246 y 247.

desde a bordo el 2 de julio le escribió a Arismendi: "Si soy desgraciado en la empresa no perderé más que la vida, porque siempre es grande emprender lo heroico" (4). Y a Soublette en el oficio citado de 10 de julio: *"La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a V. S. temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia"*. ¿Puede haber conocimiento más perfecto de la realidad? De no proceder como lo hizo no le quedaba más recurso que disolver la expedición e irse al extranjero, con el estigma de cobarde.

Nuestra exposición, por consiguiente, no es un alegato de endiosamiento, sino la simple exposición consciente de operaciones bien concebidas, dados los elementos disponibles.

En las siguientes líneas contestamos otras censuras del señor Masur.

Campaña de Bomboná.

El problema de Bomboná es muy distinto, tiene características especiales y su explicación justifica a Bolívar en alto grado desde el punto de vista de su desinterés personal y moral política. Después de la batalla de Carabobo y de su nombramiento de Presidente de la República de Colombia, él quiso continuar en persona dirigiendo las luchas por la independencia absoluta y entregó el mando del Estado al Vice-Presidente Santander con el sano propósito de que este eminente granadino, por sus tendencias políticas, ensayara el régimen legal en toda la República. Fue una decisión nobilísima reservarse la parte mas difícil de la obra por hacer, y dejar a su segundo en el mando, la honrosa misión de establecer el reinado de las leyes.

Adoptado este sistema Bolívar se dirigió hacia el Cauca con fuerzas del ejército libertador, y aunque éstas debían sufrir, como sufrieron, pérdidas inevitables en las marchas a través de inmensos territorios, esperaba poderlas rehacer en las provincias occidentales libres, especialmente en la de Popayán. Contaba, como era natural, con refuerzos y elementos de guerra del gobierno central. Más por una parte estos fueron insuficientes y por otra en los territorios ocupados las enfermedades y las resistencias locales no le permitieron reforzar su ejército hasta poder marchar con

(4) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pag. 244.

seguridad. Por su audacia y carácter inquebrantable, acostumbrado a vencer obstáculos y no queriendo alterar el régimen legal establecido, emprendió la campaña hacia Pasto con fuerzas insuficientes. Esta fue la razón de no haber obtenido una victoria completa como lo había esperado a consecuencia de la gloriosa jornada de Bomboná. También influyó en la falta del éxito esperado, la inaudita resistencia del pueblo de Pasto, en cuyos territorios no sólo las fuerzas realistas, sino los habitantes en masa, hombres y mujeres, le opusieron toda clase de impedimentos, fenómeno que no se había visto, ni se vió igual en ninguna otra región de Colombia.

Puede censurarse a Bolívar su determinación de marchar con escasas fuerzas contra los pastusos, pero se explica fácilmente el error. Aunque es cierto que aquellos habían triunfado en 1814 contra Nariño y luego sostuvieron con energía su oposición a la independencia, Bolívar creyó que por la disciplina de sus tropas y su dirección superior podía dominarlos. Se engañó, pero, ¿cual es el guerrero de la historia, de larga actuación, que no se haya engañado alguna vez? También podría censurársele haber perseverado en su plan, en vista de la imposibilidad de cruzar el Guáitara inmediatamente, mas, ¿cómo retroceder en tales circunstancias? El ataque a los enemigos en la posición casi inaccesible de Bomboná, donde le opusieron resistencia, se halla en el mismo caso. Estos errores, si así pueden llamarse, fueron consecuencia del primero señalado de avanzar con tropas escasas. En cambio, estudiando sus movimientos día por día, la forma de acampar sus tropas después de rechazar casi diariamente feroces guerrillas, la destreza desplegada contra la tenacidad de los pastusos durante su avance y en la retirada al Peñol, y pocos días después hasta el Trapiche donde hizo alto definitivamente, merecen los mayores elogios.

En síntesis: por su espíritu de sacrificio, Bolívar, en lugar de ocupar la presidencia de Colombia y preparar un ejército irresistible por los enemigos, se resolvió a efectuar la campaña con escasos elementos, sin sospechar la inaudita solidaridad y vigor desplegado por los pastusos, sólo comparable en todo el ámbito de la Gran Colombia a la energía demostrada por los margariteños en defensa de su independencia y libertad.

En nuestra obra "Crónica Razonada de las Guerras de Bolí-

var", refiriéndonos a la jornada de Bomboná, lejos de endiosar al Libertador como guerrero, escribimos estas palabras: "Fue un error de Bolívar avanzar sobre los pastusos con tan pocas fuerzas, y también puede censurársele el ataque de frente en la batalla, en vez de retirarse y maniobrar en busca de mejor oportunidad de combatir. Pero aparte de estos yerros, su energía y maniobras en los días subsiguientes, son dignas de elogio" (5).

La carta apócrifa de Lafond.

El señor Masur considera auténtica esta carta apócrifa. Todos sus argumentos, usados por otros, han sido rebatidos en nuestros estudios sobre la Conferencia de Guayaquil. Aquí nos referiremos a uno solo, y es al regreso de la brigada Santa Cruz de Guayaquil al Callao, y que según la carta apócrifa iba a perder en el tránsito por tierra casi todo su efectivo. El señor Masur sostiene que efectivamente dicha brigada no regresó por mar, como decimos nosotros. Sólo aduce en su favor que Santa Cruz escribiera una carta de Piura, pero esto no prueba nada pues el buque tocó en ese puerto de donde eran muchos oficiales y él tenía casa montada. A esto añadimos que no es verosímil que la escuadra llevara al Callao la división colombiana y no condujera también a la peruana; ¿por qué esa diferencia si la escuadra era del Perú? A las muchas razones expuestas por nosotros podemos añadir otra muy fuerte. Recientemente hemos encontrado este dato concluyente: el general O'Higgins en carta de 24 de agosto de 1822, escrita en Santiago a don Miguel Zañartu, le dice entre otras cosas lo siguiente:

"He recibido la carta de García que me vino por el conducto del señor Riglos. El Libertador Bolívar se halla en Guayaquil, a donde se enarboló la bandera de Colombia, tres días después de su entrada y quedó incorporado a aquella República. *La Prueba* y escuadra de Lima se hallaba en dicho puerto y me escribe Blanco iba a recibir y embarcar en el término de cinco días la división del Perú, que tanta parte tuvo en la victoria de Pichincha. No queda un solo enemigo en Quito ni en todo el teritorio de Colombia. Así me lo indica el Libertador" (6).

(5) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo III, pag. 101.

(6) Archivo de O'Higgins, tomo VI, pag. 322.

JUAN BAUTISTA BIDEAU

Servidor de la revolución de la Independencia, valeroso y enérgico, natural de la Martinica donde ejerció de calafate. Acompañó a Mariño en la expedición de 1813. Libertada Güiria le sirvió de secretario, y al ausentarse este jefe, en la campaña, quedó mandando la Costa con el carácter de Gobernador. En los días 27 y 28 de junio de 1813 dirigió sendas cartas al gobernador de Trinidad Sir Ralph Woodford, prometiendo facilidades a la exportación de ganados de Maturín hacia la isla inglesa, de acuerdo con la política iniciada por Mariño (1).

Al final de la campaña de 1814, el 17 de noviembre, volvió a escribir a Sir Ralph Woodford, rogándole admitir en la isla de Trinidad los numerosos emigrados, mujeres y niños, que acudían a la costa de Güiria, dominados por el terror deseosos de trasladarse al extranjero para salvar sus vidas. De Carúpano y Río Caribe acudían en procesión unos detrás de otros los emigrados. Bideau trató de detener en Yaguaraparo a los enemigos el 13 de noviembre, pero fue obligado a retirarse sobre Irapa donde se hizo fuerte seguido por centenares de mujeres y niños que se habían retirado a los montes durante el combate. Bideau rogaba al gobernador que los acogiera en la isla, así como los ingleses habían protegido generosamente a los emigrados franceses durante la revolución de su país (2).

Derrotado Piar por Boves y Quijada en Cumaná y Cariaco, se presentó en Güiria a mediados de noviembre; Bideau indignado por la traición de este caudillo a Mariño no había querido reconocerlo por jefe superior del Oriente, lo arrestó el 6 de febrero después de la llegada de Bermúdez, procedente de Maturín, y

(1) La Diplomacia de Mariño, por C. Parra Pérez. Boletín de la Academia de la Historia N° 132, pags. 477 a 480.

(2) Carta en francés, fechada el 17 de noviembre de 1814. El señor Pablo Anduze de los Ríos, residente en Trinidad, nos ha enviado la copia.

tratándolo como a un delincuente lo expulsó para las Colonias.

Unidos Bermúdez y Bideau defendieron heroicamente al pueblo de Soro, ligeramente fortificado, el 14 de febrero de 1815. Sólo disponían de 300 hombres, y Morales los atacó con 1.500 infantes y otros tantos jinetes de lanza sin aplicación estos últimos en el combate. Perdida toda esperanza de triunfar, Bermúdez y Bideau lograron salvarse embarcándose en un barquichuelo en el curso de la noche (3).

En la noche trágica de Ocumare, el 14 de julio de 1816, salvó al Libertador mandando un bote a tierra para que se embarcara cuando los buques habían ya levado anclas. Bideau era oficial del Indio Libre bajo el mando de Villaret.

Posteriormente Brión lo nombró comandante de marina, de Margarita al Golfo Triste.

(3) José de Austria, Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela, tomo I, pag. 344.

ORIGEN DE LA INVASION DE GUAYANA

Hasta ahora se ha atribuido y repetido en muchas obras de historia, la idea original de invadir a Guayana, al general Piar. En más de una ocasión se ha expuesto como indicio de superioridad intelectual en asuntos militares del héroe de San Félix, haciendo al mismo tiempo constar que a pesar de la fecundidad de su genio, a Bolívar no se le había ocurrido el mismo proyecto. Pero todo esto, según la famosa carta de Bolívar para Petión del 4 de setiembre de 1816, es erróneo y el verdadero iniciador de la idea fue el propio Libertador.

En efecto explicándole al ilustre Presidente Petión los sucesos ocurridos en la primera expedición de Los Cayos, organizada gracias a la generosidad del Presidente haitiano, le dice su primera idea de invadir a Guayana en 1816 poco después de haber abandonado a Carúpano, idea rechazada por Brión por falta de víveres suficientes para la empresa (1).

Más adelante después de los acontecimientos de Ocumare, cuando el Libertador recaló a Güiria le propuso a Mariño invadir enseguida a Guayana conjuntamente con la propia división de este jefe establecida en dicho Puerto y la del general Piar levantada en Maturín, ambas por disposición y con elementos proporcionados por Bolívar desde su llegada a Carúpano. Mariño al parecer aceptó el plan, pero Bermúdez declarado enemigo mortal de Bolívar, se opuso con tal energía y creó una situación tan peligrosa, que Bolívar, en ciertos momentos, tuvo que echar mano de la espada para hacerse respetar. Según apariencia Mariño en el fondo lo alentaba deseoso de adquirir para sí el primer puesto. El resultado fue que no se pudo llevar a la cabo la idea tan útil realizada dos años después (2).

(1) Carta de Bolívar a Petión, a bordo del bergantín Indio Libre, 4 de setiembre de 1816. Lecuna. Bolívar y el Arte Militar, New York, 1955. Pag. 363.

(2) Carta citada.

MANUEL DE SERVIEZ

Oficial del Imperio Francés. Abandonó su país con motivo de un drama de amor, y se vino a la América. Prestó servicios notables en la Nueva Granada y en Venezuela. En la batalla del Yagual en el Apure, el 8 de octubre de 1816, mandaba uno de los tres escuadrones en que se dividió la columna de Páez. Poco después fue asesinado por un grupo de llaneros para robarle una botella de polvo de oro estimada en 6.000 pesos. El se había separado momentáneamente del ejército por motivos de enfermedad.

En 1832 Maurice de Viarz, publicó en París una obra titulada *L'Aide de Camp ou L'Auteur Inconnu. Souvenirs des Deux-Mondes.* Dufey et Vezard, Libraires, como Memorias de Serviez.

.Vicente Restrepo, en Colombia, la consideraba apócrifa. Diego Barros Arana en Chile, en un estudio especial, la atribuye a Alfred Em. Roerges de Serviez. El interés del libro consiste en sus noticias acerca de Bolívar (1). Las referencias siguientes dan idea de algunos pasajes: "En los intervalos de su actividad política y militar, Bolívar refería anécdotas del Palais Royal durante su estada en París (. . . .) Relataba los *calembourgs* de Brunet y cantaba las coplas en boga, como pudiera hacerlo un joven de la época" (pags. 131 y 132).

Refiriéndose Páez al Libertador expresa lo siguiente en su Autobiografía: "En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes; pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas" (2).

La narración de Serviez continúa de esta manera: "Pero su

(1) Eduardo Posada. Apostillas a la Historia Colombiana, citado por Carlos Pereyra en La Juventud Legendaria de Bolívar, pag. 191.

(2) Páez, Autobiografía, tomo I, pag. 140.

verdadero entusiasmo lo mostraba cuando exponía recuerdos de otro género. El me refería sus emociones por la gloria y la libertad, cuando presenciaba las paradas militares del Primer Cónsul en la Plaza del Carrousel, y repetía los aires patrióticos de la música de los regimientos franceses, impresionado por la gloria que resplandecía en todos esos actos (. . . .) En su corazón generoso no albergaba ningún interés personal" (pags. 132 y 133).

Estas observaciones tan justas y bien expuestas, parecen tomadas del natural, pero no hay constancia de que Serviez sirviera directamente con Bolívar, aun cuando así se expresa en la narración de este libro.

La relación de los sucesos de Venezuela y la supuesta llegada a Caracas de Serviez hasta la prisión de Miranda, no es exacta ni parece de testigo presencial. Por ejemplo, dice que Bolívar y Miranda se habían retirado de los negocios cuando se adoptó el sistema federativo (pag. 116). Luego tiene otras inexactitudes. Más adelante supone a Bolívar en Cartagena solicitando fuerzas en marzo de 1813 para la Campaña Admirable (pag. 147). Mucho más adelante afirma que Páez era hijo de padres indios de baja extracción, cuando sabemos que era perfectamente blanco y rubio, descendiente de la clase media de criollos blancos y de isleños canarios (pag. 201).

El autor de la narración después de comentar la muerte de Serviez refiere que en su equipaje recogió sus notas y tres cartas dirigidas, una a la esposa de Serviez, la segunda al general Bolívar y la tercera a Juan de Dios Amador (pags. 258 y 259).

Todo deja comprender pues, que la obra es efectivamente una novela basada en algunos datos históricos.

LA MANIOBRA DE CLARINES

Cuando Bolívar desembarcó en Barcelona el 1º de enero de 1817, conduciendo unos cuantos oficiales y un parque, proveniente de Haití en el corsario la Diana, sólo se hallaban libres además de esa ciudad y su comarca, el departamento de Maturín, una parte del interior de Cumaná, la región de Caicara en Guayana sostenida por Sedeño y parte del Apure, gobernado por Páez. Zaraza vagaba en el Alto Llano con sus guerrillas. Piar se había llevado a Guayana con sus tropas, la división de Ocumare. Era necesario salvar el parque y no había como trasladarlo al interior. Los españoles se aprestaban en Altagracia de Orituco a retomar a Barcelona. Bolívar tenía 400 margariteños llevados a la ciudad por Arismendi y 300 barceloneses de Freites, todos veteranos. Las acémilas para conducir el parque hasta el interior dilatarían mucho en llegar. ¿Cómo detener a los españoles para que no atacaran tan pronto a Barcelona? Bolívar ideó entonces avanzar por la costa en dirección de Río Chico para hacer creer a los enemigos que se dirigía sobre Caracas, pero con la idea de no pasar de la mitad del camino y lanzó una proclama fechada el 8 de enero en el Tuy, anunciando su invasión a la capital (1). Todo era un engaño con el objeto de inducir a los enemigos a retroceder de su cuartel general en Altagracia de Orituco hacia Caracas y tener tiempo de reunir tropas en Barcelona.

Los españoles, situados en Clarines, sólo disponían de 550 infantes de los cuales 200 armados de flechas y los restantes de fusiles y lanzas (2), fuerza inferior en número y calidad a la columna de Bolívar, pero estaba a cargo de un hombre enérgico, el comandante español Francisco Jiménez, apostado dentro de un corral de cardones (Cactus caesius). Bolívar lo atacó el 9 de

(1) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 154. Proclama del 9 de enero.

(2) Parte de Rafael López, 14 de enero de 1817. Boletín de la Academia de la Historia Nº 78, pags. 230 y 231.

enero y después de ardiente combate fue rechazado por la concurrencia de incidentes adversos. El comandante Tomás Hernández encargado de llevar las tropas en lugar de rodear la posición atacó de frente y fue muerto. Los indios bravos del Unare infundieron terror con sus flechas certeras. Bolívar y Arismendi echaron pie a tierra y llevaron las tropas al asalto, pero no pudieron tomar los parapetos de cardón y un movimiento de flanco del cacique Chaurán provocó la derrota. Aunque desgraciado este combate sostenido con bravura por ambas partes, produjo un efecto útil: los enemigos detuvieron su marcha sobre Barcelona por unos días y dieron tiempo a la llegada del general Mariño a reforzar a Bolívar.

Los historiadores Montenegro Colón, Baralt y Díaz, Restrepo y Larrazábal, engañados por la proclama destinada a engañar a los enemigos, dan por sentado que Bolívar pretendía llegar hasta Caracas, cuando sólo intentaba amedrentar a los realistas para que detuvieran su proyecto sobre Barcelona (3).

Aun cuando esta maniobra ingeniosa estuvo bien concebida, su autor no logró el propósito deseado. Analizando casos análogos de Anibal y Epaminondas, el historiador Polibio expresa como estos dos grandes hombres, debiendo triunfar por su ingenio, fueron vencidos por la fortuna (4).

(3) Montenegro Colón, tomo IV, pag. 251. Baralt y Díaz, edición de Brujas, tomo I, pag. 363. Historia de Colombia, por Restrepo, tomo II, pag. 374. Larrazábal, Vida de Bolívar, tomo I, pag. 455.

(4) Ouvrages Historiques de Polibe, Hérodien et Zozime, París, Desrez, 1838, pag. 275. Historia General de la República Romana, Madrid. Navarro, editor, 1884, pag. 249.

CELOS MILITARES DE MARIÑO

Aunque Mariño reconoció en Los Cayos a Bolívar como Jefe Supremo y lo acompañó en los primeros movimientos en el desembarco, desde que se vió establecido en Güiria y armado con los fusiles que le diera Bolívar, resolvió declararse independiente y no le envió para la expedición a Ocumare el refuerzo que le había exigido.

Más tarde, cuando la segunda expedición de Los Cayos, Mariño se hallaba sitiando a Cumaná y no quiso marchar a Barcelona a reforzar al Libertador para salvar entre ambos el nuevo parque suministrado por Petión.

Amenazado Bolívar por fuerzas superiores del brigadier Real aun cuando lo había rechazado en la propia Barcelona el 8 de febrero, sólo logró la cooperación de Mariño ofreciéndole por intermedio del jefe de estado mayor Soublette, el mando del ejército bajo el título de Jefe de la Fuerza Armada de la República, conservando Bolívar sólo su autoridad política.

Mariño vino a Barcelona acompañado por Bermúdez, Valdés y Armario. Se formó un ejército capaz de libertar la mayor parte de Venezuela: Bolívar hizo esfuerzos inauditos para provocar una acción general sin duda favorable en aquellos momentos, pero todo fue inútil: Mariño se opuso constantemente a la ofensiva preconizada por Bolívar, perdió el tiempo en idas y venidas sin objeto, se le separaron sus jefes subalternos Bermúdez, Valdés y Armario y se fue solo para Cumaná con el destacamento del coronel Jugo.

Mientras tanto la Casa Fuerte de Barcelona abandonada a su suerte fue tomada a sangre y fuego por el coronel Aldama el 7 de abril de 1817. Casi al mismo tiempo el Libertador ignorante de esos sucesos atravesaba el Orinoco de regreso de una conferencia con Piar y al llegar a la Villa del Pao se le unieron los coroneles

Francisco de Paula Santander y Manuel Manrique procedentes de Apure de donde venían buscando la protección de Bolívar.

Pocos días después encontró el Libertador cerca del Chaparro a las tropas que habían abandonado a Mariño, 700 infantes y jinetes y con ellos regresó a Guayana donde se consagró a libertar la provincia, base de las campañas futuras.

La oportunidad de libertar a Venezuela cuando se unió con Mariño se perdió por las temeridades e incomprensión del jefe oriental (1).

(1) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pag. 542.

BOLIVAR EN GUAYANA

El 2 de mayo de 1817 a las cuatro de la madrugada, salió Piar a su encuentro y a las 11 de la mañana entró el Libertador al campamento del Juncal en la Mesa de Angostura, en medio de las más vivas expresiones de júbilo, estimación y respeto y con los correspondientes honores. Era un nuevo reconocimiento de su autoridad suprema. Una hora después llegaron Arismendi, Bermúdez, Valdés, Zaraza, Soublette y las tropas salvadas de las disensiones causadas por Mariño (1).

Desde el primer momento el Libertador confirmó los ascensos y condecoraciones militares acordados por Piar y lo elevó al grado de general en jefe; y el mismo día tomó la disposición fundamental necesaria para libertar a Guayana: mandó por tierra al comandante Salcedo con despachos urgentes para el Almirante Brión, a la sazón en Margarita, llamándolo a penetrar con su escuadrilla en el Orinoco para cortar todas las comunicaciones de las dos plazas y por este medio obligar a los españoles a rendirse o a evacuar la provincia. Idea fundamental que no había enunciado ningún otro para realizar la empresa y de la cual los historiadores no habían hecho mención por no haber comprendido su valor estratégico decisivo.

Error de Piar.

Su vanidad personal y los infortunios de Bolívar en las últimas operaciones realizadas a sabiendas con escasos medios para impulsar la revolución, le hicieron creer que era superior a Bolívar. Por este motivo no le aceptó ningún cargo esperando su fracaso y que las tropas enseguida lo llamaran a ejercer el mando.

(1) Diario de Piar. O'Leary, tomo XV, pag. 249.

REBELION Y FUSILAMIENTO DE PIAR

Reunidas en Guayana el 2 de mayo de 1817 todas las tropas de Oriente, excepto una parte de las de Mariño, reconocieron a Bolívar con el mayor entusiasmo como Jefe Supremo de la República (1). Fue un acontecimiento decisivo para la liberación de las dos plazas fuertes y la organización del Estado, sucesos de trascendencia en la prosecución de la guerra. Desgraciadamente el general Piar envanecido por su reciente triunfo sobre La Torre quedó profundamente disgustado. A pesar de los esfuerzos de Bolívar se negó a ejercer el segundo puesto de la República y a mandar el importante sitio de Guayana la Antigua, mientras Bermúdez dirigía el simple asedio de Angostura.

Rencillas de Piar.

Encargado por su voluntad del manejo de las Misiones y establecido en Upata al Sur de Guayana la Antigua, no tardaron en sentirse sus manejos subversivos. Enemistado con el Padre Blanco, administrador de las Misiones, no hizo caso de los ruegos y consejos de Bolívar para tranquilizarlo. Ante todos los empeños permaneció inflexible. El 19 de junio el Jefe Supremo le escribió ofreciéndole retirar de sus funciones al Padre Blanco y defendiendo a Arismendi del cargo de haber dispuesto de unas mulas para su provecho: "General, le dice, prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre los patriotas; Vd. sí que está prevenido contra sus compañeros, que debe saber que son sus amigos, y de quienes no debe separarse para el mejor servicio de la causa (. . .) "Sí, si nos dividimos, si nos anarquizamos (. . .) triunfará España y con razón nos titularán *vagabundos*. No insista Vd. en separarse de su puesto. Si Vd. estuviera a la cabeza yo no lo abandonaría. (. . .) La Patria lo necesita a Vd. hoy como lo que es y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegare a ser" (2).

(1) Diario de Operaciones. O'Leary, tomo XV, pag. 249.
(2) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pags. 269 y 278.

A una cabeza obsesionada no le entra la luz, y ante la prudencia de Bolívar Piar se fue exaltando cada vez más, y como no encontrara apoyo en los militares, pocos días después, empezó a soliviantar a los hombres de color contra los blancos. Empeño absurdo, como enseguida lo demostró la experiencia, volviéndose todos, absolutamente todos contra él.

El pasaporte.

La ofuscación de Piar se hacía cada día más violenta, y no tardó, por desgracia, en ocurrir el rompimiento definitivo al mostrarse resuelto a abandonar el servicio, según decía por motivos de salud; el 30 de junio el Jefe Supremo tuvo que otorgarle el pasaporte solicitado con tanta insistencia, autorizándolo a dirigirse al lugar que tuviera a bien dentro o fuera de la República.

De las Misiones se dirigió al campamento del Juncal en la Mesa de Angostura donde se hallaba el cuartel general del ejército sitiador de dicha capital. Mientras ocurría esto, una comunicación de Valdés, Torres, Anzoátegui, Manrique, Soublette y otros jefes avisando manejos subversivos de Piar en los hatos del tránsito, produjo el rápido regreso de Bolívar de Upata al cuartel general de San Félix, llamado por los expresados generales, para exponerle la gravedad de la situación.

Junta de Guerra en San Miguel.

Reunidos todos con los jefes de cuerpo en San Miguel en junta formal de guerra, proclamaron de nuevo al general Bolívar Jefe Supremo de la República, y formado el ejército en batalla fue reconocido, jurado y victoreado, con el expresado título como jefe del gobierno (3). Allí se reunieron Montilla, Soublette, Valdés, Armario, Anzoátegui, Torres, Manrique, Carreño, Sedeño y otros.

Estas tropas encargadas del sitio de Guayana la Antigua se componían de la división denominada de Ocumare, formada con los cuadros de 1813 y 1814, esencialmente bolivianos, y la columna levantada por Piar en Maturín, únicas fuerzas que habían invadido con él a Guayana, porque sitiando a Angostura se hallaban las del general Bermúdez nuevas en la Provincia, y la caballería de Sedeño, insospechables en cuanto a fidelidad por sus antecedentes.

(3) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 43.

Piar formó su división en Maturín con armas y elementos militares que le dió el Libertador, cuando lo destinó a dicha ciudad con ese objeto.

Los españoles abandonan a Angostura.

El 17 de julio los españoles al saber la llegada al Orinoco de la escuadra del Almirante Brión, como tocados por un rayo, evacuaron a Angostura; Piar se trasladó a la ciudad y allí nuevos actos subversivos suyos, convidando a la rebelión contra los blancos y mantuanos, comunicados al cuartel general, produjeron la orden enviada a Bermúdez el 23 de julio de intimar al general Piar que se presentara al cuartel general de San Miguel o que lo remitiera preso si no obedecía la intimación. Cumplida esta orden de oficio por Bermúdez, Piar sin dar tiempo a su detención se fugó el 26 hacia Maturín.

Mientras tanto continuaba con ardor el sitio de Guayana la Antigua adonde se habían refugiado los españoles retirados de Angostura (4).

La batalla de Cabrián.

Por fin, estrechados éstos por la escuadra de Brión, y el ejército de tierra a las órdenes de Bolívar, evacuaron la plaza el 2 de agosto, y empeñaron la batalla fluvial de Cabrián en la cual la numerosa escuadra española del Orinoco y la nueva división de La Torre fueron destruídas, hasta el punto de que sólo llegaron unos cuantos fugitivos en pocos buques a la isla inglesa de Granada (5). El contragolpe sentido por los españoles fue tremendo: al recibir la noticia Morillo abandonó sus conquistas de Margarita, evacuó la isla con todas sus tropas y se dirigió a Caracas a organizar un ejército para hacer frente a probables embestidas de Bolívar.

Libres ya las dos plazas fuertes de Guayana, el Jefe Supremo dedicose a organizar el Estado, y a reforzar el ejército para

(4) Memorias de Un Militar, por el coronel Rafael Sevilla. Edición de Caracas, 1903, pag. 135.

(5) Lecuna. Crónica, citada, pags. 51 y siguientes. Expediente sobre la Pérdida de Guayana por José de Olazarra, Rodríguez Villa. El General Morillo, Madrid 1908, tomo IV, pags. 116 a 154. Véase en especial pags. 143 a 150.

emprender la campaña en los llanos de Calabozo en el centro del país, donde debían aparecer los españoles.

Piar colaboró en la campaña de Guayana con su brillante victoria de San Félix, pero la liberación de la provincia fue obra de Bolívar. Desde Barcelona él había sostenido el principio de ser necesario destruir la escuadra española del Orinoco, para lograr la rendición de las dos plazas fuertes, apoyadas y alimentadas por la marina.

Contaba Piar para sus planes con la anarquía reinante entre los patriotas por la disidencia de Mariño. El jefe oriental dueño de extensos territorios en el interior de Cumaná y de Carúpano y de toda la Costa de Güiria no obedecía al Jefe Supremo. En cambio Rojas en Maturín, Monagas en los llanos de Barcelona y Zaraza en el Alto Llano de Caracas, permanecían obedientes al gobierno, mientras Páez dueño de gran parte del Apure manteníase en espectativa. Tal era la situación de los independientes.

El rebelde en Maturín.

Escapado de Angostura el 26 de julio, Piar se dirigió a Maturín, pero como no encontró apoyo en el general Rojas, comandante del Departamento, siguió vagando hacia el Norte (6). Mientras tanto Mariño había sido derrotado en el Golfo de Cariaco el 3 de agosto después de una acción larga y sangrienta. Agotadas sus municiones abandonó el campo, sin ser perseguido, con pérdida de 200 muertos y heridos de los suyos; herido en una mano se dirigió a Guanaguana con ánimo de regresar a Cumanacoa, pero en marcha a este punto encontró a sus amigos en retirada por el avance de los españoles; en vista de esta contrariedad devolviose a Maturín y en el camino, con gran sorpresa suya, encontró a Piar encaminado en su busca. Allí se amistaron de nuevo aquellos dos hombres alternativamente amigos y enemigos. Peleados a muerte después de la traición de Piar y Ribas, y la consiguiente expulsión de Mariño y Bolívar en 1814, y reconciliados en Los Cayos, volvieron a enemistarse en 1816 a causa de pronunciarse Piar por el Libertador después del atentado de Güiria. Las circunstancias los colocaban otra vez en la misma línea, pero no pudieron entenderse. Se miraban con recelo.

(6) Lecuna. Crónica, citada, pag. 71.

Mariño tenía verdadero prestigio. Piar de carácter bronco no era popular.

En Chaguaramal, caserío cercano a Maturín, detuviéronse algunos días esperando unos hombres de Mariño y cuando reunieron 200 marcharon a dicha ciudad con ánimo de apoderarse de ella, pero Rojas se mantuvo firme y aunque dejó entrar a Mariño solo, y le dió algunas municiones, no permitió que la fuerza disidente entrara a la ciudad. Esto ocurrió el 17 de agosto y en vista de la conducta resuelta de Rojas, los dos generales regresaron al pueblo de Aragua de Maturín. Rojas al informar a Bolívar, le exigió refuerzos indispensables para sostener la plaza, sin los cuales tendría que sucumbir (7).

Causa importante de la ruina de Piar.

Un acontecimiento funesto a los patriotas de Oriente debía asestar un golpe inesperado y terrible al caudillo disidente y por lo tanto al rebelde. Antes de evacuar a Margarita, Morillo había destacado de nuevo al bravo coronel Jiménez con tropas a reconquistar a Güiria y la costa del Golfo Triste. Este enérgico jefe obtuvo brillantes victorias en Yaguaraparo y en Güiria, el 27 y 30 de agosto. Las fuerzas de Mariño quedaron destruídas y muerto su célebre lugarteniente el valeroso coronel José María Hermoso. Con estas derrotas desaparecieron las principales fuerzas del jefe disidente. Sólo quedaron a Mariño unos cuantos guerrilleros reunidos en Cumanacoa por Domingo Montes. A consecuencia de esta catástrofe Piar quedó en el aire, sin esperanza de encontrar apoyo alguno. En Cumanacoa adonde había acudido el 24 de agosto buscando prosélitos, se impuso de estos acontecimientos. Estas derrotas de Yaguaraparo y Güiria y la consiguiente destrucción de las fuerzas de Mariño consumaron el fracaso de Piar. Sin elementos de guerra y sin ambiente favorable el rebelde no podía adelantar en sus proyectos. Según informes enviados a Rojas, en esos días acudió al expediente de propagar que el Jefe Supremo se había declarado Rey en Angostura. Viéndose perdido se devolvió desorientado hacia Aragua de Maturín, adonde llegó el 21 de setiembre con muy pocos hombres (8).

(7) Rojas a Bolívar, 19 de agosto. O'Leary, tomo XV, pag. 359. Lecuna. Crónica, citada, pag. 74.

(8) Lecuna. Crónica Razonada, tomo II, pag. 75.

Lenidad de Bolívar.

¿Qué medidas había tomado el Jefe Supremo contra el rebelde durante todo este tiempo, es decir desde su fuga el 26 de julio hasta el 17 de setiembre? Ninguna. Embargado por sus trabajos contentose con lanzar un manifiesto el 5 de agosto, dos días después de la toma de Guayana la Antigua, condenando los proyectos subversivos de Piar (9).

Las comunicaciones de Rojas del 19 de agosto referentes a los manejos del rebelde en Cumanacoa y la exigencia de que se le mandaran fuerzas para contenerlo, determinaron el nombriamento de Sedeño el 17 de setiembre, para llevar algunas tropas a Maturín, imponer la autoridad del Gobierno y perseguir a los facciosos. ¿Por qué tardó tanto el Jefe Supremo en tomar esta medida? Creyó que Piar abandonado a si mismo fracasaría en su empeño, o bien esperaba abrumar a sus enemigos de Oriente con un triunfo en los llanos antes de que pudieran hacer daños irreparables. Consagrado a la organización de los servicios públicos y a los preparativos de la próxima campaña, ideaba ponerse en marcha con todas la tropas hacia Calabozo y el Apure sin ocuparse de Piar y de Mariño; y aun después de haber despachado a Sedeño hacia Maturín continuó tomando disposiciones para emprender la campaña, al parecer sin esperar el resultado de la persecución a los rebeldes. En el primer momento dispuso enviar a Sedeño con la brigada de infantería de Pedro León Torres y un escuadrón de caballería, pero al saber la derrota de las fuerzas de Mariño, sólo dió a Sedeño medio escuadrón de carabineros mandado por el honrado llanero Remigio Femayor, una de las lanzas más temidas de Oriente.

Juicio y fusilamiento de Piar.

Capturado el 27 de setiembre en el pueblo de Aragua de Maturín fue conducido a Angostura por un oficial subalterno, mientras Sedeño recorría el territorio donde habían ocurrido estos sucesos. El prisionero llegó a Angostura en la noche del 2 de octubre. Para actuar en la causa que debía formársele fue nombrado fiscal el general Soublette y secretario el capitán José

(9) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador. Caracas, 1939, pag. 160.

Ignacio Pulido. El Consejo de Guerra lo compusieron el Almirante Brión, como presidente; y de vocales los generales Torres y Anzoátegui, los coroneles Ucrós y Carreño y los tenientes coroneles Piñango y Conde, todos hombres de valer moral, probados por las más crudas campañas. Torres y Anzoátegui distinguíanse por su carácter independiente y firme, elevados por Piar a generales de brigada, ambos murieron en la guerra cubiertos de honor y de gloria. Ucrós, de honradez proverbial, cualidad distintiva de su familia, y Carreño, conservador inflexible y magistrado íntegro, por su honorabilidad perfecta, eran incapaces de actos serviles. Piñango y Conde vivieron largos años sirviendo siempre honrosamente. El primero murió en un campo de batalla mandando en jefe. El defensor de Piar, el coronel Galindo, noble y generoso, amigo de los pardos, desde tiempos de Miranda, hizo cuanto pudo. Rindió su vida en el Rincón de los Toros, seis meses justos después de la muerte de Piar.

Llenados todos los requisitos legales Piar, a pesar de su apasionada defensa fue sentenciado el 15 de octubre por unanimidad a ser pasado por las armas, sin degradación, y fue ejecutado al día siguiente a las cinco de la tarde en presencia de las tropas. El rebelde mostró en el momento supremo el mismo valor que siempre lo había distinguido (10).

El término de la vida de este hombre, de méritos militares innegables, es un ejemplo de los extremos a que puede conducir la ceguedad política, y el amor propio exagerado. No se dió cuenta de la multitud de factores favorables al gobierno en aquellos momentos y del ascendiente de Bolívar cada día mayor, por su extraordinaria consagración al servicio público, la multiplicidad de sus talentos y el sello de grandeza de todos sus actos. Incapaz de apreciar la realidad no pudo acallar el despecho que lo devoraba. En los tres meses transcurridos desde su renuncia del mando de las tropas hasta el de su fuga, no oyó consejos de sus amigos, ni atendió a las exhortaciones del Libertador para que continuara en el servicio, cerró los ojos, y no pudo comprender sus verdaderos intereses. Una cabeza mejor organizada habría vislumbrado el inmenso campo de acción reservado en el porvenir a todas las actividades.

(10) Lecuna. Crónica, citada, pag. 87.

Antecedentes de Piar.

¿Podía acaso perdonarse a Piar? Sus antecedentes y sus nuevos manejos lo condenaban. En setiembre de 1814 recibió a Bolívar a cañonazos en Pampatar (11). Según el secretario Joseph Paul testigo presencial, vino a Carúpano a tomar su puesto de jefe supremo de Oriente con 200 hombres, dispuesto a matar a los generales, es decir a Mariño y a Bolívar (12). Su desconocimiento de Mariño, jefe supremo de Oriente era una torpeza, puesto que ni Bermúdez en Maturín, ni Bideau en Güiria podían reconocerlo, siendo como eran sus enemigos declarados, y Piar tuvo que empeñar un combate desesperado contra Boves en Cumaná, y sufrir después varias derrotas en Carúpano, Río Caribe y Yaguaraparo dadas por Quijada y por último su expulsión del territorio de Güiria por Bideau. Los manejos subversivos practicados por Piar en Guayana desde antes de la rendición de las plazas fuertes y luego en Maturín y Cumanacoa, constaban a todos. Incitar a la guerra de colores era un crimen.

Dados aquellos antecedentes y estos hechos recientes, dejarlo en libertad equivalía a permitirle volver a las andadas, cuando urgía unificar la República y ponerla en marcha.

(11) Memorias de Trinidad Morán, en la obra de Alfredo Guinassi Morán, Arequipa, 1918, tomo I, pag. 42.

(12) Diario o Cronicón del Secretario Paúl. Boletín de la Academia de la Historia N° 112, pag. 473.

FALSA LEYENDA SOBRE EL ORIGEN DE PIAR

Como sabemos el presbítero Juan Félix de Aristeguieta y Bolívar en su testamento en 1784 instituyó, con todos sus bienes, un vínculo o mayorazgo en favor del niño Simón Bolívar Palacios. No tenía herederos inmediatos porque sus hermanos habían fallecido sin sucesión; por este motivo su madre Luisa Bolívar Ponte, tía carnal del Libertador, quiso que la fortuna dejada por ella a su hijo se perpetuara en la familia Bolívar, que era la suya (1). Pero este hecho disgustó a individuos de la familia Jerez Aristeguieta, primos del presbítero, exceptuados de la herencia. Uno de ellos llamado don Miguel Aristeguieta Palacios, se estableció en Oriente donde dejó sucesión y un descendiente suyo refirió a Tavera Acosta que su abuelo entre otras cosas, le escribió a Soublette lo siguiente: "Dile a Simón (se refería al Libertador) que no seré yo quien intente juicio contra él por la venta de las minas de Aroa, que de esto y todo lo que pertenece al mayorazgo de la línea Aristeguieta, que represento como único heredero, puede disponer: pero lo único que yo no le perdonaré nunca es la forma en que sacrificó a Manuel Carlos (se refiere al general Piar) pues él sabe como yo, que por las venas de éste corría sangre de su sangre" (2). Todo esto es una sarta de disparates. Las minas de Aroa no pertenecieron nunca a los Aristeguietas, sino a los Bolívar Ponte, y Piar no tuvo ningún parentesco con la familia de Bolívar. El origen de la leyenda de este parentesco fue el siguiente:

Sabíase que el general Piar se vanagloriaba de pertenecer a una familia noble de Tenerife por su padre Fernando Piar (3), supuesto descendiente de un príncipe portugués. Por otra parte el general Soublette era hijo de Antonio Soublette Piar, probable-

(1) Enrique Bernardo Núñez. La Ciudad de los Techos Rojos. Libro I, pag. 73.

(2) Anales de Guayana, por B. Tavera Acosta, 1914. Tomo II, pags. 35 a 42.

(3) Manifiesto del Jefe Supremo a los pueblos de Venezuela. Guayana, agosto 5 de 1817. Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 160.

mente pariente de Fernando Piar, pero como Soublette no usaba el segundo apellido, se corrió en Oriente y en Guayana que el parentesco venía por las Aristeguietas, por ser Soublette hijo de Teresa Aristeguieta; y de aquí la invención de que Piar fuera hijo de otra de las Aristeguietas, de nombre Soledad, que no existió y de un príncipe imaginario, pues nunca pisó el suelo de Caracas ningún personaje de este rango. Según la leyenda el príncipe de la dinastía de Braganza, había casado secretamente en Caracas con la señorita Soledad Aristeguieta. Del matrimonio nació un niño en el convento de Monjas Concepciones. El príncipe quiso llevarlo a su patria, pero al llegar a Curacao recibió una reprimenda tan fuerte de su padre el Rey, que lo dejó allí a una familia de apellido Piar, con una fuerte suma de dinero para atender a la crianza y educación del niño. Todo mentira y mentiras infantiles, obra de la simpleza de los informantes y de su ignorancia absoluta de las particularidades de la familia Aristeguieta (4).

El origen del general Piar es muy conocido: fue hijo de Fernando Piar, capitán de fragata empleado durante la Colonia en hacer viajes de La Guaira a Curacao y a Veracruz conduciendo frutos, y de una mulata curazoleña nombrada María Isabel Gómez, de oficio partera, la cual ejerció su profesión en Caracas y en La Guaira largos años, y cuando vino trajo a su hijo pequeño (5).

El eminente investigador Felipe Francia hizo un estudio completo de las Aristeguietas en el cual puntualiza sus fechas de nacimiento, matrimonios y muertes. No hubo ninguna nombrada Soledad ni Concepción, nombres atribuidos a la supuesta madre de Piar en dos versiones del cuento. Este estudio de Francia es una comprobación más de la falsedad de la leyenda en cuestión (6).

Para más detalles, véase nuestro artículo titulado Las Nueve Musas (7) y los citados de los señores Felipe Francia y Manuel Landaeta Rosales.

(4) Anales de Guayana, citado, tomo II, pag. 39.

(5) Manuel Landaeta Rosales. Procedencia del General Manuel Piar. Boletín de la Academia de la Historia N° 116, pag. 397.

(6) Boletín N° 116, citado, pag. 393.

(7) El mismo Boletín pag. 386.

ASESINATO DE LOS CAPUCHINOS EN LAS MISIONES DEL CARONI

Había en Guayana desde mediados del Siglo XVIII, en el territorio situado entre el Orinoco y el Caroní, una serie de Misiones regentadas por los Padres Capuchinos franciscanos, consagrados a civilizar a las numerosas tribus de indios de esas regiones. Sus establecimientos habían prosperado notablemente cuando estalló la revolución independiente. Era tal su prosperidad que el general Piar le escribió al Libertador diciéndole que era el único lugar de Venezuela donde se veía abundancia y campos cultivados (1).

Existían 41 padres Capuchinos al frente de las Misiones cuando se verificó la invasión a Guayana dirigida por Piar. Catorce murieron en los primeros meses por efecto de las "prisiones, insultos y vejaciones", siete lograron escapar a la Guayana Inglesa y a Angostura y veinte quedaron prisioneros en Carhuachi. Allí permanecieron cerca de tres meses hasta su sacrificio, consumado del 1° al 4 de junio de 1817, sin saberse hasta ahora el día preciso, ni de quien partió la orden de la ejecución (2).

Montenegro Colón, natural de Caracas y antiguo jefe realista, atribuye la ejecución a una frase imprudente del Jefe Supremo, proferida en su primera estada en Guayana del 4 al 7 de abril, cuyas expresiones, dice este autor, bastaron para excitar el odio de los indios a los frailes e empedir toda oposición a la ejecución del crimen. Según esta leyenda forjada en 1837, cuando se hacía gala de arrojar todos los pecados sobre el jefe de la independencia, al referirse Bolívar a los frailes prisioneros en Carhuachi preguntó:

---

(1) Piar a Bolívar, 10 de febrero de 1817. O'Leary, tomo XV, pag. 169.

(2) Oración Fúnebre por Fray Nicolás de Vich, en la Iglesia de los Capuchinos de Barcelona, 10 de junio de 1818. Blanco y Azpurua, tomo VI, pag. 388. Oficio de Piar fechado en Upata el 28 de febrero. Boletín de la Academia de la Historia N° 80, pags. 463 y 464. Diario de Operaciones de Piar. O'Leary, tomo XV, pags. 206 y 210.

¿por qué no los han matado? (3). Leyenda inverosímil, primero porque cuando se le atribuye a Bolívar en los primeros días de abril en su visita a Guayana, no estaban presentes los indios de las Misiones. Segundo, porque estos, lejos de odiar a los frailes, si no todos, por lo menos sus caciques los miraban con respeto y agradecimiento por haber transformado sus tribus salvajes en establecimientos prósperos y bien atendidos; tercero porque el asesinato ocurrió dos meses después de la fecha en que se supone la frase, en lugar muy distante de donde ocurrió la tragedia; y cuarto porque no fueron los indios los que dispusieron el asesinato pues ellos no mandaban en Carhuachi, sino dos oficiales del ejército, Jacinto Lara y José María Monzón, jefes de la guarnición del lugar.

Al decir de O'Leary, temeroso el Jefe Supremo del influjo que pudieran ejercer los frailes sobre los indios dió órden por conducto del jefe de estado mayor Soublette, de que se les enviase a la Divina Pastora y el coronel Jacinto Lara, recién llegado a las Misiones, e ignorante de la existencia de una población de ese nombre, interpretó la frase como una orden de matarlos y la ejecutó sin demora (4).

Esta versión fue adoptada en parte por Larrazábal (5). También el concienzudo historiador Restrepo la adopta y atribuye el fatal acontecimiento al error del oficial encargado del mando en Carhuachi y la ejecución al odio de los indios, quienes según el autor, detestaban a los misioneros (6). Esto último influído por el historiador Montenegro Colón.

Todas estas opiniones son discutibles por las siguientes razones: 1º—La ejecución no la podían hacer unos pobres indios sin autoridad; seguramente fue obra de los soldados de la guarnición de Carhuachi a las órdenes de Lara y de Monzón. 2º—La situación era terrible en los primeros días de junio cuando ocurrió la catástrofe. La plaza de Angostura sitiada por Bermúdez, y

(3) Montenegro Colón. Geografía General, Caracas, 1837, tomo IV, pag. 255.

(4) O'Leary, Narración, tomo I, pag. 376.

(5) Larrazábal, Vida de Bolívar, tomo I, pag. 469.

(6) Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia. Tomo II, pags. 401 y 402.

Guayana la Vieja asediada por Bolívar, no se habían rendido; los españoles con su marina de guerra y de comercio dominaban el Orinoco. El general Morillo, procedente de la Nueva Granada, venía marchando de Apure hacia Guayana, para batir a los independientes, se le atribuían 6.000 hombres aunque traía mucho menos. Poco antes de llegar a Santa María de Ipire se le incorporó el coronel Aldama, el vencedor de la Casa Fuerte de Barcelona, y se reunieron 2.500 combatientes efectivos. En la noche del 27 de mayo el general José Tadeo Monagas avisó desde el Pao de Barcelona, que la víspera Morillo había llegado al Chaparro con un gran ejército y que, según generalmente se aseguraba, seguía a marchas forzadas para Guayana (7). En nuestro concepto esta noticia llegada a los cuarteles de los independientes, en circunstancias trágicas y apuradas, fue la causa principal de la muerte de los Capuchinos. ¿De quien partió la orden? Nosotros creemos que la ejecución fue consecuencia de la gran alarma justificada de los patriotas; quizás una equivocación o un recado mal interpretado produjera la catástrofe. Lo cierto es que según opiniones autorizadas la orden de ejecutar a los frailes no partió de Bolívar. A este respecto el historiador Restrepo dice lo siguiente: "Apoyados en la autoridad de testigos respetables que estuvieron en Guayana en la época de aquel suceso, creemos que el Libertador no profirió tan indiscreta expresión (como se le atribuye) (. . .). Tenemos entre otros el testimonio del general Santander" (8).

Pocos días antes el Jefe Supremo se dirigió a las Misiones, pasó por Carhuachi el 21 de mayo, y sin detenerse siguió apresuradamente al Norte a impulsar los trabajos de la marina y a disponer el asalto a la isla de Fajardo. Luego fue a inspeccionar las Fortalezas de Guayana la Vieja y a tomar disposiciones para el sitio; regresó a la Misión de Nuestra Señora de la Purísima Concepción del Caroní a principios de junio, donde platicó extensamente con el Padre Blanco y desde luego trataron de la seguridad de las Misiones y de los frailes. Al efecto resolvieron mandarlos a Tupuquén o a Tumeremo, al Este de la región. No podían dejarlos en Carhuachi, porque en caso de invasión de Morillo todas las tropas probablemente habrían tenido que retirarse a las

(7) Boletín de la Academia de la Historia N° 80, pag. 490.
(8) Restrepo, citado, pags. 584 y 585.

misiones, cubrirse con el río Caroní, y defender sus pasos entre los cuales el principal era el de Carhuachi. (9).

Años después el asesino de Sucre, el feroz guerrillero J. M. Obando, alzado en Pasto en 1828, en combinación con los invasores peruanos al territorio de la Patria, acusó al Libertador de cruel y asesino de los Capuchinos. El eminente Obispo de Popayán, Dr. Salvador Jiménez, le contestó el 9 de noviembre de 1828 lo siguiente: "He tratado de imponerme del caso, y varios sujetos, a quienes debo dar crédito, me han asegurado que lejos de ser el general Bolívar el que mandó a matar a los Capuchinos, se opuso fuertemente a la ejecución enviando a su edecán Freites para impedirlo, y haciendo ver al general Piar, al coronel Lara y su ayudante Monzón, que fueron los autores de esta terrible escena, que ella les haría perder todo el concepto en Venezuela" (10).

Por su parte el realista José Domingo Díaz atribuye a Piar la orden de matar a los Capuchinos. Su afirmación por lo menos vale tanto como la de Montenegro Colón (11). En aquellos días el general Piar conservaba todavía el mando de las misiones, que le fué confiado cuando no quiso aceptar el puesto de segundo jefe de la República en los primeros días de mayo. Respecto a las relaciones de Piar con el comisionado de las Misiones, presbítero coronel José Félix Blanco, véase la carta de Bolívar, fechada en San Félix el 12 de junio de 1817 (12).

¿Cual era la situación jurídica de Piar en las Misiones? No existe ningún documento a este respecto, pero es el hecho de que ejercía el mando sobre ellas, tanto en su administración como en su régimen militar. Lo prueban las cartas de Bolívar para él. Por ejemplo, el 14 de junio le dice: "De oficio he escrito al Padre Blanco (comisionado de las Misiones) para que se entienda con Vd. sobre las Misiones", y el 19 le escribe estas palabras: "Acabo de recibir la apreciable carta de Vd. del 16, y en consecuencia de ella, oficio ahora mismo y escribo en particular al Comisionado de

(9) Blanco y Azpurua, tomo V, pag. 646.

(10) Folleto publicado por el Obispo Jiménez en 1828. El ejemplar que poseemos carece de carátula, creemos fue impreso en Popayán.

(11) José Domingo Díaz, Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas, Madrid, 1829, pags. 207 y 208.

(12) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pag. 263.

las Misiones llamándolo, pues he resuelto eximirlo del encargo que tenía de órdenes de Vd. y mías" (13).

Para más detalles consúltese nuestra obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pags. 25 a 33.

(13) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pags. 270 y 278. Por error de copia en la carta de Bolívar de 18 de mayo a Blanco se le dá el título de Comandante General de las Misiones, cargo que no tuvo sino después del alzamiento de Piar.

CARTAS DE BOLIVAR ADULTERADAS POR JOSE DOMINGO DIAZ

Este célebre redactor de la Gaceta de Caracas bajo el Gobierno Español, prodigó en sus escritos cuantos denuestos y leyendas falsas pudo producir su apasionado espíritu contra el jefe de la independencia.

Entre otras patrañas se le ocurrió la especie de que él "desde su escritorio en Caracas, por un encadenamiento de papeles y de sucesos verdaderos o aparentes, logró irritar a Bolívar contra Piar, hasta el punto de que lo mandara a fusilar aunque después se arrepintiera cuando ya el hecho no tenía remedio" (1).

Por esta muestra se puede juzgar el valor de las afirmaciones del mendaz gacetillero sobre Bolívar.

Pero su maldad, ejercida con más eficacia, logró propagar conceptos falsos sobre la buena fe del héroe, adulterando, en la Gaceta de Caracas cinco cartas suyas dirigidas a sus tenientes, cogidas en la guerra, y así corrieron y fueron comentadas en desdoro del Libertador por historiadores serios, hasta que nosotros tuvimos la fortuna de encontrar dos de los originales y probar la falsedad de la calumniosa superchería.

Entre los muchos documentos de los patriotas adulterados por José Domingo Díaz en la Gaceta de Caracas, se hallan las mencionadas cinco cartas del Libertador y una de Briceño Méndez inocentemente consideradas como legítimas por el público. Son las siguientes:

1º—Carta del Jefe Supremo al coronel Pedro Briceño Méndez fechada en San Félix el 13 de junio de 1817. Por el estilo y el contenido se comprende que es una adulteración, pero no se ha

---

(1) José Domingo Díaz. Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas, Madrid, 1829, pag. 214.

encontrado la auténtica. Gaceta de Caracas N° 183, del 15 de abril de 1818.

2°—Carta a Piar, fechada en San Félix el 14 de junio de 1817. La teníamos en una buena copia de la época, pero últimamente ha aparecido el original, en poder del señor Eduardo Lemaitre, diplomático colombiano residente en Cartagena. José Domingo Díaz la publicó mutilada, variando algunas expresiones, sin mayor importancia. Gaceta de Caracas N° 184, 22 de abril de 1818.

3°—Carta de Briceño Méndez para el Jefe Supremo, Upata, 16 de junio de 1817. El original lo encontramos nosotros en el Archivo Nacional, junto con la contestación de Bolívar mencionada enseguida. La de Briceño Méndez fue publicada en la Gaceta de Caracas incompleta, con fecha 15 y modificaciones aparentemente favorables al Libertador, como la de suponer segura la conquista de toda Venezuela y la Nueva Granada, puestas así en sentido burlesco, pero que se realizaron al pie de la letra en los dos años subsiguientes. Gaceta de Caracas N° 184 del 22 de abril de 1818.

4°—Carta del Jefe Supremo al coronel Pedro Briceño Méndez, fechada en San Félix el 19 de junio de 1817. Se reprodujo en la Gaceta de Caracas N° 184 del 22 de abril de 1818, mutilada y con alteraciones sustanciales. Copiamos la principal: "No crea Vd. que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación tan feliz aunque digan lo que quieran. El poder supremo está en mi mano y no se tratará de quitárseme impunemente. ¡Pobre del que lo intentare! Dos mil hombres me obedecen y están dispuestos a ejecutar cuanto les mande. Deben obedecerme los ambiciosos y los intrigantes, y me obedecerán. Piar no será temible dentro de poco, ni inquietará nuestra tranquilidad". En la carta original sólo dice a este respecto:

"Si hasta ahora he sido moderado por prudencia, no lo he sido por debilidad; no crea Vd. que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación más feliz, a pesar de quien diga lo que quiera. A mi voz obedecen tres mil hombres que harán lo que mande, defenderán la inocencia, y no permitirán facciones. Créame Vd. Briceño: Vd. no debe temer nada; Vd. no está ni en Constantinopla, ni en Haití: aquí no hay

tiranos ni anarquía, mientras yo respire con la espada en la mano. Si hasta ahora he sufrido algunos desórdenes no tema Vd. más, que voy a corregirlos y respire Vd. con libertad; hable Vd. con la misma; obre Vd. con firmeza y no tema Vd. más que lo que yo temo a mi querido Briceño" (2).

La carta original cayó en poder de los españoles en la derrota de La Puerta el 16 de marzo de 1818 y fue publicada en la Gaceta de Caracas el 22 de abril del mismo año. Nosotros encontramos la original en el Archivo Nacional en un paquete titulado "Capitanía General". Junto a ella se hallaba la original de Briceño mencionada en el número anterior.

5º—Carta de Bolívar al general Piar, San Félix, 19 de junio de 1817. La auténtica, reproducida por Blanco y Azpurua en el tomo V de su obra, pag. 673, es muy hermosa, trata de contentar a Piar con el presbítero coronel Blanco y le dá consejos patrióticos y morales. En cambio de estas ideas justas el falsificador introdujo este párrafo: "Hablando de otra cosa le diré a Vd. que he sabido por los generales Bermúdez, Sedeño y Valdés que Arismendi ha pretendido enredarnos con chismes y mentiras para ver si saca algún partido de nuestras disensiones. El es un pícaro y jamás ha sido otra cosa. Yo le probaré a él, cuando Vd. quiera con documentos y testigos, que él lo ha acusado a Vd. de todo género de crímenes, y yo le probaré también que es falso que yo le haya mandado sublevar el ejército contra Vd. ni pensado en atentar contra su vida; y por el contrario, que he desaprobado su conducta en los Llanos y que le he dado pruebas incontestables de preferir a Vd. a todos los generales de la República, como el más o el único interesante a ella. Si él se queja de que no hay justicia para castigar los delitos, le aseguro a Vd. que no volverá a decirlo con razón. He cometido, es verdad, una injusticia atroz en dejarle con vida: es un malvado y ha debido morir". Gaceta de Caracas Nº 184, del 22 de abril de 1818.

El objeto del falsificador era enemistar al general Arismendi con Bolívar. Esta publicación dió motivo a una proclama del general Arismendi del 10 de mayo de 1818, concebida para destruir el mal efecto de las falsificaciones de Díaz y fue publicada en el Correo del Orinoco Nº 6 del 1º de agosto de 1818.

(2) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo I, pag. 276.

6º—Carta del Jefe Supremo al general Bermúdez, Angostura, 4 de octubre de 1817. No existe el original sino una copia del Padre Blanco, tomada de otra copia del Licenciado José Prudencio Lanz. En ella Bolívar dice que desde que llegó el general Piar a Angostura "fue sometido al tribunal competente y se abrió su causa que sentenciará el Consejo de Guerra conforme a las leyes vigentes". En la versión de José Domingo Díaz, completamente distinta a la original se encuentra este párrafo: "Piar está aquí y su causa se ha abierto y sigue con todas las aparentes formalidades posibles, hasta que se le dé la sentencia, que será de muerte. El morirá y mis deseos serán cumplidos" Gaceta de Caracas Nº 205, 26 de agosto de 1818.

La intención del falsificador salta a la vista. Expresar que la sentencia de Piar no fue obra del Consejo de Guerra sino disposición directa del general Bolívar.

Para más detalles, véase nuestra obra Cartas del Libertador, tomo I, pag. 265 a 280 y 309 a 311.

Errores.

José Gil Fortoul. Historia Constitucional de Venezuela, edición de Berlín 1907, tomo I, pags. 251 y 252. Toma párrafos de las cartas apócrifas como si fueran auténticas. Sin embargo el eminente escritor al copiar esta frase: "Piar no será temible dentro de poco, no inquietará nuestra tranquilidad", anota lo siguiente: "Es posible que Díaz, hombre sin escrúpulos haya introducido alguna variante, para poner más de relieve la anarquía de los patriotas, pero el fondo o sentido general de las cartas parece incuestionable." Nosotros añadimos que el propósito de Díaz no era poner de relieve la anarquía de los patriotas, porque esa estaba a la vista de todos, sino arrojar sombras sobre la personalidad moral de Bolívar.

En la segunda edición de su obra, compuesta en 1929, el doctor Gil Fortoul reproduce los mismos párrafos de las cartas apócrifas en referencia (3). Todavía no habían circulado nuestras rectificaciones expuestas en las Cartas del Libertador, tomo I, pags. 265 y siguientes.

(3) José Gil Fortoul. Historia Constitucional de Venezuela, Segunda Edición, Caracas, 1930, tomo I, pags. 351 a 353.

LAS MENTIRAS MILITARES DE PAEZ

Salva la vida por la victoria de Araure.

El célebre llanero al empezar su carrera cayó prisionero de los españoles en Barinas. "En la carcel habían 115 individuos destinados a morir en el silencio de la noche, a manos de los verdugos españoles" (1). Tal era la situación del futuro héroe de los llanos, tarde de la noche del 6 de diciembre de 1813, cuando llegaron despavoridos los primeros fugitivos derrotados en Araure. El gobernador, don Antonio Puig, a las primeras noticias de la derrota emprendió la fuga hacia el Apure. Los presos se salieron de la carcel y un amigo le quitó los grillos a Páez en la calle. Así salvó su vida. Años más tarde él mismo le contó el episodio a Bolívar, atribuyendo su salvación, como era justo, a la gloriosa victoria de Araure. Cuando Bolívar venía del Perú, al recriminar a Páez su conducta política, de tendencias separatistas, le escribió de Coro el 23 de diciembre de 1826 estas palabras: "No pretenda Vd. deshonrar a Caracas haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma. ¿Qué no me deben todos en Venezuela, y hasta Vd. no me debe la existencia? El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes sin mis servicios, sin mis peligros y sin las victorias que he ganado a fuerza de perseverancia y de penas sin fin. Vd. mi querido general, y los bravos de aquel ejército, no estarían mandando en Venezuela y los puestos que la tiranía les habría asignado serían escarpias y nó las coronas de gloria que ahora ciñen sus frentes" (2).

Sin embargo Páez en su Autobiografía no menciona la batalla de Araure ganada por el Libertador el 5 de diciembre de 1813 y

(1) Autobiografía de Páez, New York, Imprenta de Hallet y Breen, 1869. Tomo I, pag. 41.

(2) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo VI, pags. 133 y 134.

atribuye su salvación a un supuesto "ejército de las ánimas", es decir a un ejército imaginario, aparecido del otro lado del río Santo Domingo, causa del terror de Puig. Es el cuento más ridículo de los narrados en su Autobiografía.

De una carta del teniente coronel Vicente Becerra, mayor general de la división de Yañez, uno de los derrotados en Araure, escrita al general Cajigal desde Barinas el 28 de agosto de 1814, tomamos lo siguiente: "Don Antonio Puig, que hacía de gobernador abandonó esta ciudad la noche del 6 de diciembre a consecuencia de la derrota y dispersión de nuestro ejército en Araure" (3).

Al escribir su Autobiografía, Páez, ingrato, no quería aparecer debiendo la vida a una victoria del Libertador.

Retirada de Morillo del Apure
en diciembre de 1817.

Hallábase el general en jefe español el 4 de diciembre con su ejército en el pueblo de Apurito, 100 kilómetros más arriba de San Fernando, cuando recibió un despacho del brigadier La Torre, fechado el 28 de noviembre en El Calvario, pueblo situado al Este de Calabozo, avisándole su marcha contra Zaraza y la del general Bolívar, avanzando en sentido inverso de San Diego de Cabrutica a reforzar a aquel jefe de los llanos de Caracas. El general Morillo juzgando en peligro a su teniente, dejó en Apurito sus tropas, y emprendió marcha precipitada a Calabozo, temiendo con razón por la suerte de La Torre. En el paso del río Guanaparo recogió la división de Aldama y el tercer día de su marcha, al llegar a Guadarrama, tuvo la satisfacción de recibir la noticia del triunfo de La Torre sobre Zaraza y siguió a Calabozo donde entró el 10. En consecuencia de esta derrota de los patriotas el Jefe Supremo se retiró a Angostura a rehacer su ejército.

Pero Páez en su primitiva obra "Campañas de Apure" y en su Autobiografía atribuye la retirada de Morillo al ataque dado por él a la plaza de San Fernando el 17 de diciembre, es decir 13 días

(3) De Araure a Barinas hay 30 leguas de cinco kilómetros. Partiendo de Araure a las doce del día los primeros fugitivos podían llegar a Barinas a las seis de la tarde del 6.

después de la retirada de Morillo efectuada el 4 de diciembre. Estas fechas son auténticas (4).

En sus notas a "las Máximas de Napoleón", el jefe apureño da otra versión distinta, al arrogarse también el mérito de la retirada de Morillo. Uno de sus subalternos, el coronel Aramendi, sorprendió forrajeando y batió un escuadrón de Morillo, pero él exagera el combate, pondera el resultado y se atribuye el triunfo personalmente aun cuando no estuvo presente en el combate, y dice que Morillo se retiró por haber perdido en ese choque gran parte de su caballería (5).

Suponemos a Páez buena fe al atribuirse en sus obras la retirada de Morillo; sin documentos a la mano es fácil adoptar versiones forjadas por el amor propio en lenta evolución durante largos años. Fenómeno psicológico frecuente en cuantos escriben historias de memoria.

El paso de Apure en 1818.

En marcha para sorprender a Morillo en Calabozo llegó el Libertador con su ejército al paso del Diamante en el río Apure. Como no aparecía su escuadrilla para atravesar el río y vió en la misma orilla dos flecheras y una cañonera españolas mal guarnecidas, dirigiéndose a los llaneros les gritó: ¿"No habrá aquí un guapo que se atreva a tomar a nado esas flecheras?". Si los hay contestó el general Páez y tiró hacia el río dos partidas, una de lanceros regida por el famoso Aramendi, y otra de carabineros al mando del teniente coronel Cruz Paredes, de 25 hombres cada una. Los primeros se lanzaron al río y se dirigieron hacia las embarcaciones enemigas nadando al lado de sus caballos, lanza en mano, y los segundos iban por la orilla para protegerlos en caso necesario. Los hombres de las embarcaciones al ver aquellos llaneros nadando tan resueltamente hacia ellos, hicieron unos cuantos disparos y tirándose al agua las abandonaron. Los llaneros

(4) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 114. Historia de Morillo, por Rodríguez Villa, tomo III, pag. 465. Autobiografía, tomo I, pags. 138 y 139. Boletín de la Academia de la Historia N° 21, pag. 1158.

(5) Máximas de Napoleón, traducidas y anotadas por el general Páez, New York, Imprenta de S. Hallet, Calle Fulton, N° 60. 1865, pag. 261.

regresaron triunfantes al campamento con las flecheras y la cañonera y el ejército sin tardanza pasó en ellas el río (6).

Páez para atribuirse el mérito de la idea, en su Autobiografía, dice que mucho antes de llegar al río se le había ocurrido a él la operación, tal como se ejecutó después. Esto es inverosímil, primero, porque todos marchaban contando encontrar por lo menos parte de la escuadrilla independiente en el paso del río y segundo porque Páez no podía adivinar si las flecheras realistas estaban o no desguarnecidas. El legionario inglés Vowell, testigo presencial, describe el episodio como lo hemos expuesto (7).

La maniobra del Rastro.

Bolívar sorprendió a Morillo y lo batió en las sabanas de Calabozo, pero estando fortificada la plaza, donde se encerró el jefe español, los patriotas no podían tomarla por asalto. Para sacarlo al campo Bolívar emprendió la elegante maniobra de marchar hacia Caracas. Al día siguiente de llegar al Rastro, a cuatro leguas de Calabozo, tuvo avisos de que Morillo había evacuado la plaza; aunque en el momento no le informaron la dirección tomada por el jefe español, ésta no podía ser otra sino la de Caracas, centro de todos sus recursos, y donde le era fácil incorporar otras divisiones. El se retiraba por la izquierda del río Guárico y Bolívar se hallaba a la derecha del mismo río. Naturalmente Bolívar quería atravesar el Guárico, caer sobre Morillo en las amplias sabanas del otro lado y destrozarlo antes de que llegara a las montañas. Pero Páez disgustado porque no se había seguido su opinión de sitiar primero a San Fernando de Apure, se empeñó en retroceder a Calabozo y sin atender a las disposiciones de Bolívar se puso en marcha con toda la caballería hacia dicha ciudad. Bolívar tuvo que seguirlo y se perdió la oportunidad de destruir a Morillo en plena sabana donde su diezmada infantería no podía resistir a los infantes patriotas y su numerosa caballería (8).

(6) Richard L. Vowell. Campagnes et Croisières dans les États de Venézuéla et de la Nouvelle Grenade, par un officier du 1er Régiment de Lanciers Venézuéliens. Traduit de L'Anglais. París 1837, pag. 70.

(7) Autobiografía, tomo I, pag. 141.

(8) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pags. 143 y siguientes. Campaña de 1818. Boletín N° 84 de la Academia de la Historia, pags. 353 y siguientes.

En sus obras de historia Páez sostiene lo contrario. Según dice él quiso desde el Rastro esguazar el río Guárico y caerle a Morillo en las llanuras, pero Bolívar se empeñó en seguir a Calabozo, aduciendo el principio de que al enemigo se debía perseguir por la huella (9). Este es sin duda el sistema corriente en la guerra, pero no es un principio absoluto. Lejos de eso en ocasiones conviene adelantarse al enemigo y salirle al encuentro como lo hizo Bolívar: en Chiriguaná, al comienzo de su carrera; después de la jornada de Araure adelantándose a los fugitivos para coparlos; en la persecución a Boves enseguida de San Mateo lanzándose desde la Quinta Plantación de Tabaco, en la laguna de Valencia, sobre el flanco derecho del español batido por Mariño en Bocachica; y en otras ocasiones de sus campañas. Briceño Méndez el Secretario de Guerra de Bolívar, actor principal en la campaña de Calabozo, desmiente categóricamente a Páez (10).

Acción de Ortiz.

En la narración de esta batalla, dada el 26 de marzo de 1818 nos vemos obligados a contradecir también a Páez. Los españoles defendían la entrada al valle en las abruptas alturas de La Cuesta de Ortiz; Bolívar buscaba un sendero por el terreno pedregoso y cubierto de bosques hacia la derecha por donde pudiera flanquear la posición de los enemigos; pero al cabo de rato Páez, según sus propias palabras, "fastidiado de estar aguantando fuego y en inacción ya que el general Bolívar no hacía atacar a la infantería, dispuso que el bravo coronel Genaro Vásquez con 200 carabineros y una compañía de lanceros, atacasen pie a tierra por el camino real" (11). Fue él, pues, quien empeñó el combate. Así se expresa en las "Campañas de Apure", pero como mantuvo inédita esta obra, en la Autobiografía, con la mayor frescura, atribuye al Libertador la imprudencia de empeñar el combate en aquel punto desventajoso (12).

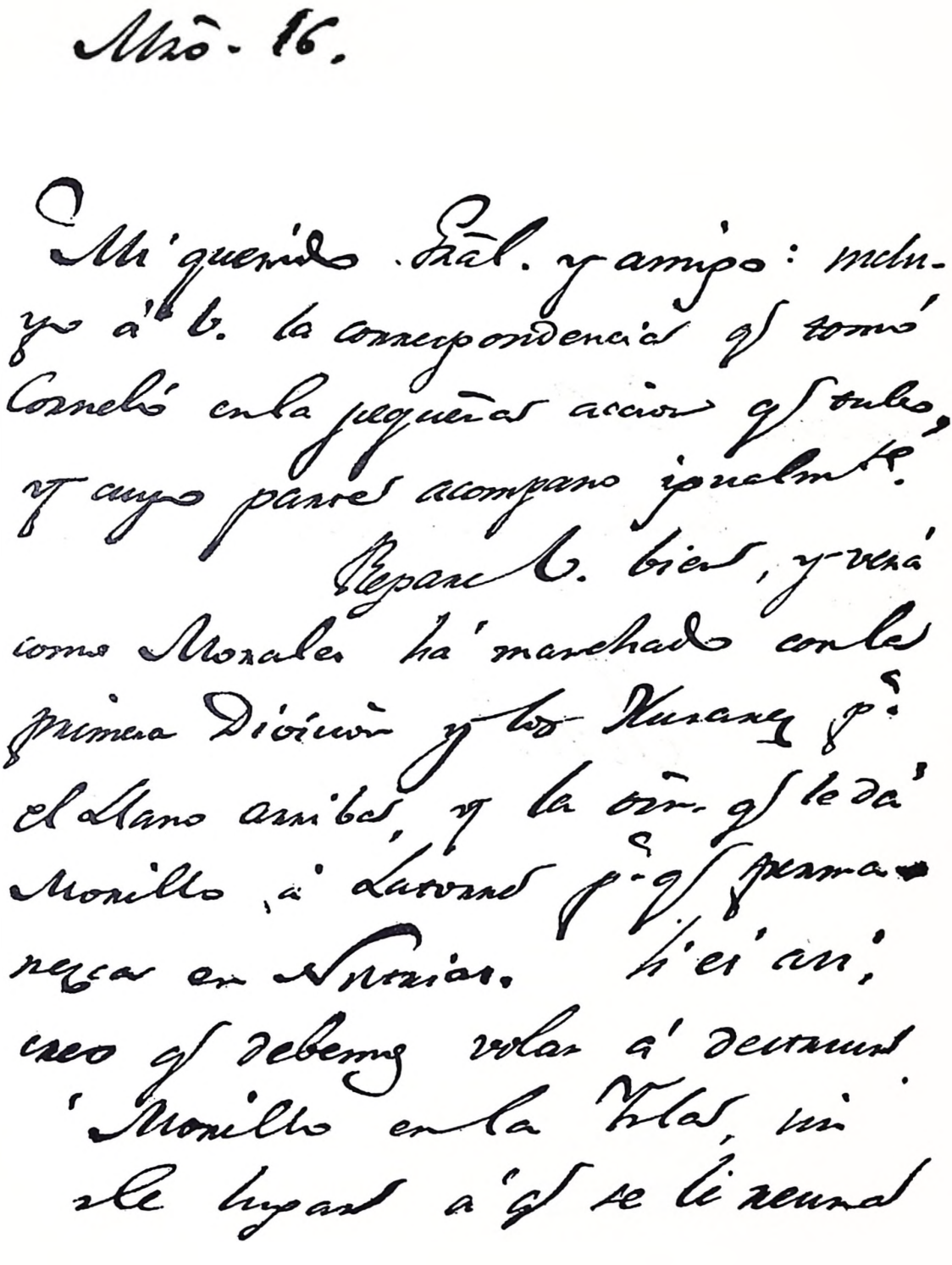
Podríamos hacer otras observaciones análogas a las descrip-

(9) Autobiografía de Páez. Tomo I, pags. 154 y 155.

(10) Briceño Méndez. Relación Histórica. Caracas, 1933, pag. 50.

(11) Campañas de Apure. Boletín N° 21 de la Academia de la Historia, pag. 1172.

(12) Autobiografía, tomo I, pag. 161.



Carta del general Páez, de 16 de marzo de 1819, en que excita al Libertador a tomar la ofensiva.
Archivo del Libertador.

Lacorne &a. —

Todos y me. del. amo.
ino.

José Antº. Páez

ciones de Páez del resto de la campaña, más las omitimos en obsequio de la brevedad.

La ofensiva en Apure.

En los primeros días de enero de 1819 preparábase Bolívar en el Apure a comenzar las hostilidades contra el ejército de Morillo, cuando recibió el 21 de enero la noticia de que habían empezado a llegar a Angostura numerosos voluntarios ingleses enganchados en Londres por English y Elsom, y ante la posibilidad de incorporar al ejército un refuerzo tan importante, y deseoso de instalar personalmente a los representantes del pueblo, dejó el mando de las tropas al general Páez y regresó a Angostura. En el camino debía escribir su célebre discurso inaugural del Congreso.

Juzgando el general español Morillo que la ausencia de Bolívar sería larga, y temeroso de un desembarco de Urdaneta con los ingleses en las costas de Caracas, resolvió dividir sus fuerzas montantes a 6.200 hombres, para mantenerlas con más facilidad y cubrir puntos distantes. Del Caujaral destacó la Quinta División hacia Nutrias, a las órdenes de La Torre y de Calzada, a Calabozo partió el general Aldama con su división. Envió parte de la división de Morales y de su caballería a San Fernando con destino al Llano Arriba, en dirección de Caracas. Con el resto de sus tropas, 3.200 hombres, se estableció en la isla de Achaguas (13). El ejército quedó extendido en un espacio de cien leguas.

Pero Bolívar no se demoró en Angostura y el 10 de marzo se hallaba ya en el Apure. Sus tropas contaban 3.000 infantes y 1.500 caballos. Impuesto desde su llegada de la división de las fuerzas españolas resolvió tomar la ofensiva para atacarlas en detal (14). Exactamente lo mismo pensaba el general Páez en conocimiento de la diseminación del ejército español. En consecuencia el 16 de marzo escribió al Libertador estas palabras: "Incluyo a Vd. la correspondencia que tomó Cornelio en la pequeña acción que tuvo y cuyo parte acompaño igualmente. Repare Vd. bien y verá cómo Morales ha marchado con la primera división y los húsares para el Llano Arriba y la orden que le dá Morillo a La Torre para que permanezca en Nutrias. Si es así

(13) Mémoires du général Morillo. Paris, Dufard, 1826, pag. 195.

(14) Oficios de Bolívar, Araguaquén, 13 de marzo. Al Vice-Presidente Zea y al general Páez. O'Leary, tomo XVI, pags. 270 y 272.

creo que debemos volar a destruir a Morillo en la isla (Achaguas) sin darle lugar a que se le reuna La Torre". Esta carta original se conserva en el archivo de Bolívar en su Casa Natal de Caracas, nosotros la publicamos en facsímil en el Boletín N° 89 de la Academia de la Historia, pags. 44-45, en nuestra Obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 272 y la reproducimos aquí.

Pero como la división Pereira, situada en la Gamarra y violentamente atacada por los patriotas el 27 de marzo, a pesar de la sorpresa pudo salvarse gracias a su disciplina y Morillo en una fuerte posición protegido por el bosque de Achaguas no quiso salir a la llanura a combatir, Páez en su Autobiografía niega su participación en la ofensiva, y la diseminación del ejército de Morillo, a quien supone sus 6.200 hombres completos, y censura al Libertador sin razón ninguna, por haber emprendido una operación tan lógica, olvidado de que él mismo había aprobado el proyecto formado por Bolívar, gracias a los informes exactos que había sabido conseguir de la situación del enemigo (15).

Las Queseras del Medio.

Quéjase Páez en la descripción de este glorioso combate de no haber puesto el Libertador en el lugar señalado para la emboscada sino una sola compañía de cazadores, destinada a hacer fuego a los españoles al cruzar éstos por la otra orilla, cuando era lo indicado poner una fuerza mayor. Aunque no hay datos suficientes para fijar la verdad, la imputación parece infundada porque según la explicación de Páez la emboscada debía ponerse en la barranca de la orilla inmediata al campamento del Libertador, cerca del paso del río utilizado por Páez; y éste en su retirada, expresa claramente el Boletín oficial, "dejó el paso a su espalda y fue entonces cuando el enemigo creyéndolo perdido desprendió toda su caballería sobre tan corto número de hombres". Es decir que el combate tuvo lugar mucho más arriba del paso y por tanto fuera del alcance de la infantería de Bolívar. En otros términos la oportunidad de volver caras y atacar no ocurrió frente al campamento de Bolívar sino mucho más arriba y por consiguiente

(15) Autobiografía, tomo I, pags. 168 y 169. Oficios al Vice-Presidente del Estado, 21 de marzo y al general Santander, 24 de marzo. O'Leary, tomo XVI, pags. 283 y 286.

las tropas del ejército no podían tomar parte en el combate (16).

Miserias de la vanidad.

Según expresa Páez en su Autobiografía él fue quien tuvo la idea inicial de efectuar la campaña de la Nueva Granada, por considerar más fácil obtener ventajas en dicho país que en Venezuela (17). Refiriéndose a esta inaudita pretensión y a otra semejante del general Santander analizada más adelante, en otro capítulo, escribe Baralt estas elocuentes palabras: "El empeño insensato de atribuirse glorias agenas ha hecho decir a algunos hombres, ora que habían sugerido al Libertador el pensamiento de esta operación, ora que ya en Casanare quería éste variar de plan y a ellos se debió que siguiese el primitivo. Miserias todas de la vanidad, hijas en mucha parte de la destreza con que aquel hombre singular hacía obrar a sus agentes, persuadiéndoles que ejecutaban sus propias ideas, cuando sólo se movían por las que él les inspiraba" (18).

Al enviar Bolívar al general Santander a organizar una división en Casanare, anunció su campaña a la Nueva Granada en una proclama a los granadinos el 15 de agosto de 1818 de esta manera: "Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela (. . . .) El Sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad" (19). La profecía se cumplió al pie de la letra. El 10 de agosto de 1819 Bolívar entró triunfante a Bogotá.

Batalla de Carabobo.

Páez no describe las ingeniosas maniobras de Bolívar para reunir sin peligro el ejército en San Carlos y para obligar a La Torre a efectuar destacamentos, primero a Caracas y luego a Yaracuy que restaron fuerzas importantes a su ejército. Para

(16) Lecuna. Crónica, citada, tomo II, pag. 281. Narración del general Páez, Boletín N° 21 de la Academia de la Historia, pag. 1194.

(17) Autobiografía, tomo I, pags. 191 y 192.

(18) Baralt. Historia de Venezuela, edición de Brujas, 1939, tomo I, pag. 457.

(19) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, Caracas, 1939, pags. 189 y 190.

atribuirse él solo la victoria de Carabobo desfigura por completo las operaciones efectuadas (20).

1º—No refiere el exámen de la posición enemiga por Bolívar, desde lejos, ni dice que el plan de ataque fue obra exclusivamente del Libertador.

2º—No destaca que el ataque realizado por las divisiones de él y Sedeño a retaguardia del ejército español fue una sorpresa para éste que sólo esperaba el ataque de frente donde tenían la artillería y fortificaciones de campaña.

3º—Aglomera las operaciones diversas para atribuirse él solo el triunfo.

4º—No destaca el papel de la Tercera División a cargo de Plaza amenazando por el Sur mientras la primera y la segunda atacaban de flanco.

5º—Para darse más importancia de la muy grande que tuvo, dice que Plaza murió al lado suyo, cuando eso es completamente falso.

6º—Cuando Bolívar vió que la mayor parte de los batallones habían acudido al norte a contener el grueso del ejército, mandó a su edecán Ibarra a decirle a Plaza que entrara con su división por el sur, a la sazón desguarnecido en parte. Así se efectuó y Plaza cayó muerto cuando acompañado por Ibarra y el coronel Celis intimaba rendición al batallón El Infante lejos de donde estaba Páez. Así lo refirió el coronel Celis a don Bartolomé Palacios.

En resumen: La concepción del ataque fue de Bolívar. La ejecución de Páez y de Sedeño primero y al final de Plaza, y la persecución al batallón Valencey obra de Sedeño y del coronel Mellado dirigido por Bolívar.

(20) Autobiografía, tomo I, pags. 206 y siguientes.

PAEZ Y MARIÑO LE OFRECEN LA CORONA A BOLIVAR

Como es sabido Páez le escribió al Libertador al Perú proponiéndole el establecimiento de un imperio. Esta carta se ha divulgado y su duplicado, firmado por Páez fue enviado por el Libertador a Santander, por este motivo existe en el archivo de Bolívar, donde se encuentra su correspondencia para Santander, adquirida por nuestro Gobierno de la viuda del historiador Juan Bautista Pérez y Soto. De manera que tenemos el documento original con la firma auténtica de Páez. El facsímil de este duplicado, marcado con la fecha: Caracas, octubre 1° de 1825, lo hemos dado a conocer nosotros en el tomo V de las Cartas del Libertador, pags. 244-245 y lo reproducimos aquí.

El 21 de febrero de 1826 le escribe el Libertador a Santander lo siguiente: "En estos días he recibido cartas de diferentes amigos de Venezuela proponiéndome ideas napoleónicas. El general Páez está a la cabeza de estas ideas sugeridas por sus amigos los demagogos. Un secretario privado y redactor de "El Argos" ha venido a traerme el proyecto. Vd. lo verá disfrazado en la carta que incluyo original que Vd. deberá guardar con infinito cuidado para que no la vea nadie. El redactor de esta carta es Carabaño. El general Briceño me ha escrito diciéndome que él ha tenido que contener a los que querían dar el golpe en Venezuela y que les aconsejó que me consultasen (. . .) Mi hermana me dice que en Caracas hay tres partidos, monárquicos, demócratas y pardócratas, que sea yo *Libertador o muerto* es su consejo. Este será el que yo seguiré, aun cuando supiera que, por seguirlo, pereciera todo el género humano. Yo enviaré al general Páez mi proyecto de constitución para Bolivia por toda respuesta, a fin de que considere mis ideas sobre la estabilidad unida a la libertad y conservación de los principios que hemos adoptado" (1).

(1) Lecuna. Cartas del Libertador. Tomo V, pag. 223. Carta de Briceño

Son notables los conceptos de María Antonia Bolívar a su hermano: "Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona (. . .) pero dí siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 1814: "que serías libertador o muerto". Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes (. . .) Detesta a todo el que te proponga corona porque ese procura tu ruina" (2).

Debemos advertir que la carta original de Páez la condujo a Lima el joven periodista Antonio Leocadio Guzmán, célebre años más tarde como jefe del partido liberal. La contestación de Bolívar rechazando las ideas imperialistas de Páez, la envió el 6 de marzo de 1826. Es aquella carta en que le dice: "Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la población es homogénea, y además la guerra la ponía en el borde del precipicio. No había otra república grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero a imitar a César; aun menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo. Por otra parte nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat. El peligro ha cesado cuando la esperanzas empiezan. Por lo mismo nada urge para tal medida. Son repúblicas las que rodean a Colombia, y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia. En fin, amigo, yo no puedo persuadirme de que el proyecto que me ha comunicado Guzmán sea sensato" (3).

Méndez. Panamá, 23 de diciembre de 1825. O'Leary, tomo VIII, pag. 183. Carta de Mariño al Libertador, Valencia, 21 de octubre de 1825. O'Leary, tomo II, pag. 460.

(2) Carta de María Antonia Bolívar. Caracas, 30 de octubre de 1825. Lecuna. Cartas del Libertador, tomo V, pag. 226.

(3) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo V, pag. 240.

Copia 2ª

Caracas Octubre 1º de 1825.

Mi estimado General y amigo =

La gran distancia á que se encuentra de nosotros me proporciona muy de tarde en tarde ver letra suya; le aseguro que es uno de los muchos males que experimentamos, y un bien para los malvados á quienes conviene semejante posicion. Hace mucho tiempo que deseaba explicarme con V. con la franqueza de un amigo y compañero de armas, pero no me atrevia á fiar semejantes cosas á la pluma por la conducta ordinaria, pues la mala fé nos ha reducido hasta el caso de desconfiar del correo; y por lo tanto veo como un feliz acontecimiento la marcha del General Briceño en direccion hacia V.: él es el conductor de la presente y mucho me alegraria que se viesen VV., pues q. él bien enterado de todo p.r lo que hemos hablado y ha visto puede decirle todo lo que se deja de expresar en este escrito — ¡Querido General! V. no puede figurarse los estragos q. la intriga hace en este País, teniendo que confesar q. Morillo le dijo á V. una verdad en Santa Ana, sobre que le habia hecho un favor á la Republica en matar á los abogados; pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron p.r nuestro lado; por el contrario les pusimos la Republica en las manos, no la han puesto á la Española, p.q. el mejor de ellos no sabe otra cosa, y estan en guerra abierta con un Exercito á quien deben todo lo que son, y de cuyo Quartel gral. han salido los Congresos sin tomar la mas minima parte en ello como corporacion, y obrando con aquella buena fé q. solo se

Archivo del Libertador.

Carta de Páez al Libertador, 1° de octubre de 1825.

conoce en la noble profesion de los militares = La situacion de este pais es muy semejante en el dia á la de la Francia cuando Napoleon el Grande se encontraba en Egipto y fué llamado p.r aquellos primeros hombres de la revolucion, convencidos de que un Gobierno que habia caido en las manos de la mas vil canalla no era el que podia salvar aquella nacion, oy V. está en el caso de decir lo que aquel hombre celebre entonces, los intrigantes van á perder la Patria, vamos á salvarla = Este pais en lo general de su escasa poblacion, no tiene mas que los restos de una colonia Española, de consiguiente falto de todo elemento p.a montar una Republica. V. oy un puñado mas de valientes lo han hecho todo, el dia q.e V. lo dexe, dexa de ser lo q.e V. lo ha hecho, de consiguiente la existencia de un orden de cosas aqui q.e pueda llamarse Gobierno, es consustancial con V. oy en prueba es que solo su alejamiento ha producido un estado habitual de anarquia, q.e no puede atajar la actual admon, á pesar de sus mejores deseos. V. se abismaria en ver las personas q.e dirijen su pais!.. Son de la especie q.e en cualq.a otra parte en q.e hubiese moral publica ocuparian el lugar mas inferior, oy muchos de ellos ocuparian un presidio por sus crimenes; mas p.r desgracia no es asi. Ellos manejan á su antojo las elecciones, señalan el primer magistrado de la Republica, hablan de la reeleccion de V., no de buena fé sino p.r temor. pues aquellos q.e en papeles titulados Astronomos

y Friquitraques se erijen en sus panejiristas, son sus mayores enemigos, y toman el caracter de sus defensores por indisponer à otros. En fin el periodo delas elecciones me ha hecho observar q.e la gente de este pais casi en lo general, ó és tan mala como los bribones q.e la manejan ó que el pueblo (y esto parece lo mas cierto) és absolutamente indiferente à todo lo q.e se llama acto de Gobierno, y que se dejaria imponer cualquiera que sele quisiese dar = Cuando veo todo esto enlo que se llama pueblo, cuando veo àlos que se llaman diputados de este pueblo hacer su viaje àlo que ellos llaman Congreso, y que los mas vosingleros contra lo que ellos llaman el despotismo toman al instante un empleito de estos que ellos llaman tiranos, y otras mil cosas, entonces me parece que se puede asegurar q.e este pais necesita otra cosa distinta dela presente, q.e establesca el orden, le dé la debida consideracion àlos que la ~~necesitan~~ merecen é imponga silencio àlos tramoyistas. Para esto puedo asegurar à V. q.e este és el sentimiento ó el deseo detodos los militares q.e conozco, todos los que estan à mis ordenes, y hasta se pueden agregar todos los dela Republica y esto és lo que V. debe creer p.r q.e és la voz de un hombre capaz de sostener lo que dice, y no dice aquello de q.e no está bien convencido = Casi tengo motivos p.a creer q.e puede haber quien le haya

Uescrito á V. algo en contra de sus compañeros de armas, pero creo q. si me estendiese en este particular p.r combatir esta idea haria una ofensa á V. mismo p.r q. le supondria una credulidad pueril, y me la haria á mi mismo caracter. V. con los militares ha ido á todas partes, y aun puede ir quizas mas allá, al paso q. los actos de aparente adhe-cion de los leguleyos y demas familia parecida á ellos solo tienen por objeto quitarle á V. esa fuerza q. le dá la union con el Egercito. Mi General!! esta no es la tierra de Washinthon, aqui se hacen obsequios al poder p.r temor é interés, como se le han hecho á Boves y á Morillo, y el fundador de la Republica seria insultado p.r los hombres mas viles el dia q. volviese al recinto de su casa — Tengo no sé que presentimiento de q. V. piensa dejar el pais y retirarse á Europa: he resistido esta idea p.r q. ella és horrorosa, y por si tiene algunos visos de verdad, le diré francamente que mi opinion és del todo contraria á semejante acontecimiento: vista filosoficamente no mas, seria un rasgo heroico de desprendimiento, mas p.r otra parte seria el colmo de la fatalidad, y V. á los muy pocos dias tendria q. pasar por la pena de ver desmoronar el edificio, cuyo unico apoyo és V. mismo, y sus compañeros quedaban expuestos á ser el juguete de la intriga, aun mas de lo q. ya son estando aun presente.

[illegible] Santander

Es preciso pues q. V. se convenza de estas verdades y que complete su obra, q. no consiste solo en haber destruido los enemigos esteriores, falta q. hacer lo mismo con los domesticos, cuya guerra es algo mas complicada, cuanto q. se hace con armas mas desconocidas, en nombre de la misma Libertad y bien general = A los valientes q. han formado esta Republica se les niega ya lo q. las leyes conceden á las ultimas clases del Estado. En Caracas se disputó el voto del Egercito en las elecciones parroquiales, lo mismo q. en Puertocabello; en Valencia y Maracaibo se eludio p.r aquellos medios de q. sabe usar la superchería. Yo pude haber usado dela fuerza p.a ello, pero no quise dar este argumento mas á la intriga p.r q. todo esto es parcial y debe curarse con otra cosa q. remedie el todo. Los curiales pretenden reducirnos á la condicion de esclavos y esto no se puede sufrir ni lo permite el honor y menos la seguridad del Pais, que aun no ha transigido con sus enemigos esteriores. nuestro egercito se acabará pronto si no se atajan las juntas causas de su descontento, y estoy bien seguro q. en un caso de guerra los S.S. Letrados y mercaderes apelaran como siempre ala fuga, ó se compondran con el enemigo, y los pobres militares iran á recibir muchos balazos p.a volver á proporcionar empleos y fortuna á los q. actualmente los estan vejando.

Es preciso amigo q. nos entendamos, y q. nuestra incomunicacion no nos haga parecer discordes, seguro

de q. nuestra voluntad no puede ser sino la misma
sobre lo cual debe V. reposar tranquilo; oy se lo
afirma = Su inbariable amg.o y Compañero = B.S=

Ahora Ponton Santander

Páez

Estos proyectos de monarquía se comentaban en Caracas desde hacía años, pruébalo la carta de María Antonia, refiriéndose a los enemigos del orden del 29 de julio de 1824 que comentamos en el capítulo siguiente.

Poco después de regreso a Venezuela, le escribe el Libertador a Páez desde Cúcuta el 11 de diciembre de 1826: "No puedo menos de extrañar que, después de haber llegado Guzmán al cuartel general de Vd., hayan tenido lugar sucesos tan extraordinarios; y que mi nombre haya servido de juguete a las más infames intrigas. Vd. sabe muy bien que Guzmán no ha ido a Lima sino a proponerme de parte de Vd. la destrucción de la república a imitación de Bonaparte, como Vd. mismo me lo dice en su carta que tengo en mi poder original. Por el coronel Ibarra y Urbaneja me ha mandado Vd. proponer una corona que yo he despreciado como debía. Tanto el general Mariño, como Carabaño, Rivas y otros de esos señores me han escrito en el mismo sentido instándome a que me hiciese príncipe soberano. Todo el mundo sabe esto en el Perú y Colombia; y por consiguiente, es una necedad atribuirme un proyecto tan diabólico, que yo he despreciado como la fiebre de la más vil ambición de unos satélites" (4).

Hallándose Páez en Curacao en 1849, después de su derrota en la sabana de los Araguatos en el Apure, reunió muchos caballeros en una casa de campo del señor Tomé Naar, en las cercanías de la ciudad, con motivo de celebrar el aniversario del 19 de abril, y aprovechó la ocasión para desmentir el artículo publicado en Caracas en El Republicano N° 214, donde se inserta su carta al Libertador de 1° de octubre de 1825 enviada con el ciudadano Antonio Leocadio Guzmán, comisionado para ofrecerle la corona, carta contestada por el Libertador, como hemos dicho, el 6 de marzo de 1826.

Según declaró Páez la mencionada carta era apócrifa y agrega lo siguiente: "En años posteriores se ha publicado una carta que dicen me dirigió Bolívar en respuesta de ésta, en la cual se habla de que Colombia no es Francia, ni el Libertador es Napoleón, etc. Dicha carta, que no recuerdo haber recibido nunca, y que no se halla entre los documentos de la Vida Pública de Bolívar, tiene más visos de un manifiesto a la nación que respuesta a una

(4) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo VI, pags. 117 y 118.

comunicación privada. Hay quien ha escrito, que el señor Antonio Leocadio Guzmán fue comisionado por mí para llevar la carta en que se dice que yo proponía al Libertador el establecimiento de una monarquía en Colombia. Afortunadamente vive aún el señor Guzmán, que se jacta de ser mi enemigo, y a cuyo testimonio apelo, sin embargo, para que diga si yo le entregué la susodicha carta, y si de mi propio peculio o de la Tesorería de Venezuela, recibió jamás fondos para ir en comisión al Perú donde se hallaba el Libertador, y si su viaje tuvo por objeto proponer a éste algún plan de monarquía" (5).

Al señor Guzmán, ardiente republicano en los años posteriores a su viaje al Perú y hasta el fin de su vida, no le convenía declarar que había ido al Perú a ofrecer la corona al Libertador. Por esto guardó silencio cuando se publicaron las declaraciones de Páez; pero afortunadamente existen originales todas las cartas de Bolívar a que nos hemos referido y entre ellas el duplicado original de la carta principal, enviada por el Libertador al general Santander.

Cuando Páez escribió su Autobiografía se había olvidado de sus voluntariedades en la campaña de 1818, en los meses de febrero y marzo, causa del trastorno de las brillantes maniobras del Libertador en dicho año; y también se había olvidado de sus opiniones del 16 de marzo de 1819, negadas por él en su Autobiografía; actos cuya exactitud hemos demostrado en nuestra obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. Como se vé él no tenía memoria cuando no le convenía a su vanidad de guerrero y de político.

Páez se opuso a los proyectos de monarquía en 1829, cuando ausente el Libertador en la campaña de Guayaquil contra los peruanos, el Consejo de Gobierno de Bogotá cometió el error de lanzar la idea de erigir un trono de acuerdo con el agente francés Mr. de Bresson. En esa época Bolívar también protestó contra el mismo proyecto.

(5) Autobiografía del General Páez, tomo I, pags. 486 y siguientes. En la pag. 490.

MARIA ANTONIA BOLIVAR Y LAS IDEAS MONARQUICAS

La primogénita de la familia del Libertador revela en sus actos y en su correspondencia ideas elevadas, un gran sentido político y acendrado amor patrio. Desde el comienzo de la revolución se mostró adicta a España, a pesar de que en su casa y familia existía y se desarrollaba el sentimiento en favor de la independencia. Casó a los 15 años con Pablo Clemente Palacios, su primo, pero tuvo la desgracia, después de cortos años de matrimonio, de que el esposo perdiera la razón y sufriera de epilepsia hasta su muerte, de tal manera que María Antonia lo asistía y cuidaba durante largo tiempo sin lograr mejoría alguna.

Durante la Guerra a Muerte no quería emigrar porque contaba que la protegieran sus ideas a favor de España y muchos españoles que ella había favorecido escondiéndolos en su hacienda de Macarao durante los días más crueles de la guerra, pero Bolívar la mandó a sacar de su casa con un oficial y tres soldados que la llevaron hasta ponerla a bordo de una goleta en La Guaira próxima a partir para Curacao. El Rey de España le acordó una pensión, pero no le permitieron venir a Caracas y los años subsiguientes los pasó en La Habana. Después de la batalla de Carabobo una fragata americana por orden del gobierno de los Estados Unidos, graciosamente la trajo a La Guaira.

Poco después de su llegada se ocupó de recoger los bienes paternos de la familia pertenecientes en su mayor parte al Libertador, dueño del Mayorazgo de los Bolívar y del Vínculo de Aristeguieta. En este período le dirigió muchas cartas describiéndole la situación política y moral de Caracas y sus dependencias, expresándose siempre con absoluta franqueza.

El 29 de julio de 1824, por ejemplo, entre muchas cosas le dice lo siguiente: "Las rentas nacionales están muy descuidadas, hay muchos ladrones que las manejan y la mayor parte de ellas

se reparte entre los administradores y aduanistas y así es que no se ingresa nada (. . .) El tabaco de Barinas casi todo se lo robaron el año pasado, el señor Soublette lo supo, pero como era uno de su familia todo se tapó y quedó perdido. Aquí todos te desean a ver si se contienen tantos desórdenes, particularmente los clérigos que te creen, y con razón, protector de la religión".

Refiriéndose María Antonia a Rafael Diego Mérida dice que es un canalla "que valido de la protección que tiene de algunos de la Alta Corte insulta por escrito a todo el que no es como él: gracias al señor Soublette que lo dejó venir aquí no debiendo permitirlo, más mal experimentamos de los malos criollos que de los españoles. Son enemigos internos con máscaras de patriotas; pero en realidad no son sino unos lobos carniceros que desean devorar todo lo que no conviene a sus ideas. Su malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú y aunque ellos no lo creen así, lo esparcen para sus fines particulares, siempre les digo a todos que es una calumnia, que tu ni lo has pensado ni deseado, que tu eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de emperador. La Divina Providencia que siempre te ha protegido y vela sobre tí te hará superior a todo y verán los hombres que después de haber ganado tantos triunfos con tu espada, te retiras a tu casa a ser solo un benemérito ciudadano, dejando burlados a todos los que creen ambicionas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington" (1).

Al año siguiente, el 30 de octubre de 1825, con motivo de la comisión dada por Páez a Antonio Leocadio Guzmán, de llevar al Libertador su carta sobre ideas napoleónicas con la misma franqueza le escribe su hermana lo siguiente: "Celebro infinito que vengas aquí con tropas como me dices. Esto está muy necesitado de tu presencia, hay mil picardías y partidos, pero en el momento que te presentes desaparece todo. Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona. Recíbelo como merece la propuesta que es infame, y parto de las potencias de Europa a ver si concluyen con nuestra existencia miserable a manos de los partidos; pero dí siempre lo que dijiste en Cumaná el año de

(1) Lecuna. Papeles de Bolívar, Caracas, Litografía del Comercio, 1917, pags. 355 y siguientes.

1814: "que serías libertador o muerto". Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes, y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios. Detesta a todo el que te proponga corona, porque ese procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Iturbide y de otros muchos que no ignoras; estoy bien satisfecha de tu modo de pensar y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos que declararte los sentimientos de mi corazón por el interés que tengo en tu felicidad" (2).

Al reproducir estos párrafos, en una fiesta en la Casa Natal de los Bolívar, el insigne orador, presbítero Carlos Borges, exclamó: ¿"Dónde encontró, señores, esta sublime caraqueña, la pluma de Plutarco?" (3)

(2) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo V, pag. 226.

(3) Lecuna. Historia de la Casa Natal del Libertador, Caracas, Litografía del Comercio, 1924, pag. 68.

GEORGE HIPPISLEY

Este aventurero escribió en inglés un libro sobre la expedición de que formó parte, organizada en Londres en 1817 por Luis López Mendez, agente de Venezuela en dicha metrópoli. Empresarios ingleses proveyeron todos los gastos.

La expedición constaba de varios grupos de voluntarios, entre ellos algunos oficiales subalternos, y traía armamento para negociarlo a los patriotas venezolanos. Partieron en cinco buques a saber: La Bretagne, el Dowson, el Indien, el Prince y la Esmeralda. En el viaje naufragó el Indien donde venía el oficial más distinguido, el coronel Skeene.

Al llegar la expedición a la isla de Saint Barthelemy, e imponerse de la pobreza de los independientes, la mayor parte de los expedicionarios se devolvieron para Inglaterra. Hippisley vino a Venezuela y siguió hasta el Apure con unos cuantos subalternos, pero intrigante y majadero, fue necesario despedirlo del servicio.

López Mendez, según decía Hippisley, le ofreció en Londres el grado de coronel y como tal fue aceptado, pero él aspiraba al de general de brigada y como fue negada esta exigencia, tomó la negativa como pretexto para renunciar e irse (1).

En Londres este aventurero publicó una historia de la expedición, traducida al francés con el título de "Histoire de L'Expédition aux Rivières D'Orénoque et D'Apuré, dans L'Amérique Méridionale", que se imprimió en París en 1819.

Comienza sus calumnias arrojando sombras sobre la reputación de una de las muchachas más bellas de Angostura, la señorita Isabel Soublette, casada luego con el comerciante Dalla Costa (pag. 69). Las Soublette, hijas de Teresa Aristeguieta Blanco, era primas segundas de Bolívar. Entre las damas de Angostura había muchas emigradas de Caracas y Cumaná. Hippis-

(1) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo II, pag. 13.

A

NARRATIVE

OF THE

EXPEDITION

TO THE

RIVERS ORINOCO AND APURÉ,

IN SOUTH AMERICA;

WHICH

SAILED FROM ENGLAND IN NOVEMBER 1817,

AND

JOINED THE PATRIOTIC FORCES IN VENEZUELA AND CARACCAS.

BY G. HIPPISLEY, ESQ.

LATE COLONEL OF THE FIRST VENEZUELIAN HUSSARS, IN THE SERVICE OF THE REPUBLIC, AND COLONEL-COMMANDANT OF THE BRITISH BRIGADE IN SOUTH AMERICA.

LONDON:
JOHN MURRAY, ALBEMARLE-STREET.

1819.

Portada del libro de Hippisley.

ley las elogia por su belleza y distinción, pero agrega como buen calumniador, que con pocas excepciones, prodigaban sus favores (pag. 72).

En cuanto a la descripción del Libertador (pag. 86) que insertamos en la página 3 del primer volumen de esta obra, decimos lo siguiente: La figura no corresponde a la idea que Hippisley se había formado del general en jefe de la Independencia. Debemos tener en cuenta que conoció y trató a Bolívar en San Fernando y en Angostura, después de la desastrosa campaña de 1818 y recogió sus noticias en San Fernando de Apure entre los partidarios de Páez. Según dice, este caudillo censuró al Libertador en la acción de Ortiz por haber dirigido mal el combate (pag. 100). Tal era la versión en San Fernando cuando sabemos la verdad por la del mismo Páez, autor del ataque imprudente a la Cuesta de Ortiz, causa del rechazo sufrido por los patriotas, mientras Bolívar hacía los reconocimientos del caso, buscando mejor lugar para embestir a los enemigos (2).

No vale la pena seguir paso a paso las calumnias de Hippisley: baste decir que su profundo disgusto con los patriotas provino de la negativa de Bolívar de nombrarlo general sin haber disparado un tiro, y de pagarle cuantiosas sumas incluyendo intereses, reclamados por sus gastos en Londres y sueldo de 200 dólares mensuales, según decía, ofrecidos por López Méndez (pags. 109, 110 y 111).

Bolívar le negó el pasaporte mientras no presentara una formal dimisión de su empleo y renuncia a las estipulaciones fijadas en el contrato celebrado con López Méndez.

El Gobierno cumplía fielmente los compromisos contraídos por su agente, pero Hippisley no se sometía a ellos. Después de varias discusiones convino en devolver el despacho de coronel recibido en Londres.

En resumen, disgustado Hippisley por la pobreza del país y especialmente del erario, tomó como pretexto para irse el empeño de obtener el grado de general de brigada negado por Bolívar (3).

(2) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pags. 181 a 183.

(3) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo II, pags. 4 a 30.

Este aventurero inepto, enfurecido por su fracaso revela la mayor incapacidad en sus mismos escritos: reconoce valor personal a Bolívar, pero le niega el talento y la habilidad necesaria para mandar en jefe. Según dice a cada paso cometía faltas sobre faltas (pag. 122).

Supone a Bolívar inferior en todo a Morillo a quien solo iguala en barbarie y crueldad (pag. 138). Lo considera incapaz de formar un plan de campaña y mandar ejércitos (pag. 140). Con Bolívar, afirma, Venezuela no triunfará nunca en su empeño de ser independiente (pag. 141).

Este mal hombre se arrepintió de su conducta con Bolívar cuando supo los triunfos del héroe y entonces, con fecha 29 de octubre de 1826, le escribió una larga carta disculpándose en la que le ruega "olvidar las sospechas, sugestiones y pronósticos que en otro tiempo emití respecto a la conducta de V.E., figurándome que tendían los actos de V.E. a sacar provecho personal de la lucha gloriosa empeñada para libertar la patria esclavizada y tiranizada (. . .) Como militar ha llegado V.E. al pináculo de la gloria en esa profesión. Ha excedido V.E. las más atrevidas esperanzas de sus admiradores y partidarios; y con la mayor sinceridad y gozo, me adhiero yo al tributo de aplauso y admiración por el merecido y favorable éxito que han logrado las armas y los esfuerzos de V.E." (4). Por el estilo sigue el texto de la extensa carta a que nos referimos.

(4) O'Leary, tomo XII, pags. 69 y siguientes.

JAMES HACKETT

Relation de L'Expédition partie D'Angleterre en 1817.
Librairie de Gide Fils, rue Saint-Marc-Feydeau Nº 20, 1819.

Obra publicada en inglés en 1819 y reimpresa en francés el mismo año. Contiene los principales hechos de la expedición enviada a Venezuela por su agente en Londres Luis López Mendez, con valiosos equipos militares y abundante armamento para negociarlos a los patriotas venezolanos.

La expedición se componía, como hemos dicho, de los siguientes navíos ingleses: La Esmeralda, el Príncipe, La Bretaña, El Indio y el Dawson, de 500 toneladas más o menos cada uno. Partieron de Inglaterra el 2 de diciembre de 1817. A los pocos días de navegación, terribles tempestades los azotaron y el Indio se perdió con todos sus elementos, sin que se escapara un solo hombre. Entre otros murió su comandante el coronel Skeene, el mejor de todos los oficiales. Era un veterano del ejército inglés.

Los ingleses dueños de todas las Antillas por haberse apoderado de las de otras naciones, sólo permitían atracar a los corsarios en la pequeña isla de Saint Barthelemy, donde podían anclar y hacer sus operaciones comerciales.

Casi todos los voluntarios ingleses perdieron su entusiasmo en favor de los patriotas venezolanos al saber la situación precaria en que se hallaban, y la pobreza del país. También los arredraban los relatos de las crueldades de los españoles con los patriotas capturados (1). Casualmente cuando llegaron corrió la noticia que los españoles acababan de degollar a todos los tripulantes de un buque mercante cargado de mulas y acusado de que negociaba con los insurgentes. Estos temores indujeron a los ingleses a tomar

(1) Pag. 31, de la edición francesa.

informes en otras islas. Al efecto mandaron al sobrecargo de la Bretaña de nombre Ritchie a San Thomas a tomar informes con el señor Molony, agente de los independientes (2). Una semana después los llevó y no podían ser más desfavorables, de la escasez de todo en Guayana. Lo peor según ellos era la pobreza de la república naciente. Molony les aseguraba que no podrían reunir ni 20.000 libras esterlinas para comprarles los armamentos (3).

Mr. Ritchie anunció que él no podía arriesgar las mercancías que traía sin recibir el equivalente. En consecuencia los voluntarios ingleses se negaban a seguir en la expedición, porque no querían ir a Guayana con las manos vacías.

Los empresarios no encontraban a quien venderle su mercancía y la mayoría llegaron al convencimiento de que no podían contar con los patriotas venezolanos (4).

Después de varios meses en los cuales habían perdido toda esperanza, supieron la llegada a Gustavia del Almirante Brión, acompañado de la Bretaña, a cuyo bordo se hallaba la mayor parte del armamento de la expedición. Mr. Ritchie iba dispuesto a vendérselos al presidente de Haití, pero el Almirante logró que regresara a San Barthelemy y negociara las armas con él (5).

El aventurero Hackett se devolvió con la mayor parte de sus compañeros para Inglaterra.

Esta expedición fue uno de los servicios más grandes hechos por López Mendez a la revolución.

(2) Pags. 34 y 35.
(3) Pag. 47.
(4) Pag. 55.
(5) Pag. 118. Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 219.

LA LEYENDA DEL LLANO MIGUEL

Durante la larga ausencia de Bolívar en el Sur, Santander y Páez, en sus respectivos gobiernos bajo la influencia de los cortesanos, sólo oían elogios exagerados de sus servicios: al primero le atribuían exclusivamente el éxito de la campaña de Boyacá y al segundo los actos decisivos de la guerra de la independencia de Venezuela. Repitiéndole estas aserciones con frecuencia, al fin ambos llegaron a creerlas. De aquí nació la especie en el ánimo de Santander de atribuirse la resolución de cruzar la cordillera cuando Bolívar, impresionado por las dificultades, ya cerca de la Cumbre, según dice Santander "pretendió devolverse con el ejército a Venezuela y limitar sus operaciones a una irrupción por la vía de Cúcuta". Bajo todo punto de vista esta acusación es una verdadera estupidez. Jamás el odio y la envidia podrán formular un disparate mayor. Según dice, en un consejo reunido en el Llano Miguel, su influencia decidió la continuación de la campaña. Así lo explicó en una memoria escrita en 1829, pero que no se atrevió a publicar sino en 1838. Estas son sus palabras:

"La amistad de los dos personajes se aumentó a tal punto que Bolívar nada disponía sin precedente consulta o noticia de Santander, y es quizás a esta deferencia que puede atribuirse el que la campaña de 1819 no hubiera encallado en sus principios. La inexpugnable posición de Paya había sido ocupada por la vanguardia del ejército cuando Bolívar llamó a Santander al punto denominado Llano de Miguel, a donde apenas habían alcanzado las demás tropas, para deliberar sobre la posibilidad de continuar la campaña en circunstancias de que los soldados conducidos de Venezuela habían perdido en la primera jornada por la serranía sus caballos y las provisiones de que debía subsistir el ejército, y estaban grandemente estropeados y desnudos.

"Desanimado Bolívar por este desastre verdaderamente aflictivo, y por la consideración de que un enemigo fuerte, tranquilo

poseedor del país que debía ocuparse, si obraba con viveza y celeridad, destruiría las fuerzas patriotas debilitadas por el cansancio, disminuidas por el paso del páramo, desprovistas de caballos y de medios de subsistencia, estaba muy inclinado a contramarchar y limitar sus operaciones a una irrupción en el valle de Cúcuta mientras el invierno daba tiempo de emprender nuevamente la campaña de Caracas, que siempre había ocupado todo su anhelo. Santander, ayudado de algunos otros jefes procuró disminuir el peso de todas estas consideraciones, y por último ofreció atravesar la cordillera con su división, informarse menudamente de las posiciones del enemigo, de los recursos que podía proveer el país, de la opinión pública y de todo cuanto pudiera contribuir a indicar con mayor seguridad las operaciones ulteriores; él avigoró este plan con la observación de que si el enemigo destruía su división, el ejército de Venezuela se conservaba intacto para hacer la contramarcha y emprender otra cosa sin que echase menos la fuerza levantada en Casanare; pero que si el enemigo no había tomado posiciones al pie de la cordillera, si el país brindaba recursos, si los pueblos recibían a las tropas como a sus libertadores, entonces marcharía el resto del ejército a unirse a la vanguardia, y proseguiría las operaciones. Esta opinión fue aprobada, y en consecuencia Santander cumplió felizmente su oferta" (1).

La verdad es que Bolívar, como dice Restrepo, para acallar las murmuraciones y el descontento de parte de las tropas venezolanas, como lo hiciera en otras ocasiones, con análogos objetos, convocó una junta de guerra en el Llano Miguel, para consultarle sobre la continuación de la campaña, aunque estaba seguro de su oportunidad y ninguna duda le asistía sobre la necesidad imperiosa y ventajas de continuar la campaña. A la junta asistieron los generales Soublette, Anzoátegui y Santander y los coroneles Lara y Salom, y todos opinaron por unanimidad que se debía continuar la empresa (2).

---

(1) Memorias sobre el origen, causas y progreso de las desavenencias entre el Presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, y el Vice-Presidente de la misma Francisco de P. Santander, escritas por un colombiano en 1829. Archivo Santander. Bogotá 1932, tomo XXIV, pag. 192. El párrafo se halla en las pags. 203 y 204.

(2) Restrepo, Historia de Colombia. Besanzón, 1858, tomo II, pag. 530.

La idea que se atribuye Santander de pasar él solo con su división mientras el ejército esperaba el resultado en la inhospitalaria vertiente de la Cordillera, es contraria a todos los principios del arte de la guerra, al exponer sólo una división a los peligros posibles del otro lado. Esta operación habría sido un error grave, del mismo orden del propuesto por Santander en su carta del 3 de junio en Tame, de dividir el ejército para pasar la Cordillera, comentada por nosotros en la concepción de la campaña de Boyacá. Pero hay otra poderosa razón para negar dicha leyenda y es que según Antonio Obando, el favorito de Santander, la segunda división pasó el Páramo de Pisba pisando los talones a la primera; así mismo lo expresa O'Leary, y naturalmente aun cuando la vanguardia entró a Socha el 5 de julio, la división Anzoátegui no pudo llegar toda al pueblo sino el día siguiente 6 de julio (3); de manera que cuando la segunda división emprendió la marcha para cruzar lo más alto, no tenía tiempo de saber si había o no peligros del otro lado.

Por último atribuir desaliento o debilidad a Bolívar en una empresa, dado su carácter incontrastable del cual dió tantas pruebas, es una necedad maligna. Por otra parte devolverse del pie de la Cumbre, después de haber vencido 35 jornadas heroicas, luchando contra toda clase de dificultades no sólo por la aspereza del camino y la falta de medios, sino por las innundaciones de los llanos y las crecientes de los ríos, para luego emprender la invasión por Cúcuta, habría sido una insensatez incalificable. Como prueba de que Bolívar era el más animoso y resuelto a cruzar la Cordillera recordemos aquella frase escrita al propio Santander con motivo de los preparativos de la campaña de Bomboná, cuando a pesar de todas las dificultades, resolvió seguir adelante: "Vd. me preguntará, le dijo, que ¿por qué mando a Valdés si va a ser destruído? y yo responderé que por la misma razón que PASE EL PARAMO DE PISBA CONTRA TODA ESPERANZA" (4). Esta frase revela no solamente su entereza en el trance sin vacilar un instante, sino su audacia y voluntad inquebrantables, probadas en tantos actos semejantes imposible de negarlos. Sólo Bolívar se pudo atrever a realizar el paso por el Pisba, camino casi intransitable para tropas y caballos, pero donde

(3) O'Leary, Narración, tomo I, pag. 565.
(4) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 28.

no existían enemigos que pudieran combatirlo, como hubiera sucedido siguiendo el de Labranza Grande. Bolívar tuvo presente esta máxima de Napoleón, decisiva en su situación especial: "en la guerra de montañas tomada una posición el enemigo siempre encuentra otra a retaguardia donde hacer resistencia".

No está demás hacer constar en esta nota que jamás dió Bolívar ningún paso en la guerra, de movimiento, ataque, sorpresa o retirada que no fuera idea propia sugerida por él mismo, fenómeno debido a la riqueza de su imaginación, a su energía, a su audacia y a su prudencia. Nunca se siguió por consejos de otro, ni aun teniendo a Sucre a su lado.

CAPACIDAD DE SANTANDER

En la milicia se encuentra la misma variedad de capacidades que en las demás actividades humanas. Santander tenía dotes militares, sin duda, pero modestas. Carecía de audacia, no conocía los principios fundamentales. En cambio era constante y juicioso. Gracias a estas cualidades se sostuvo cuando Barreiro bajó a Casanare, y se devolvió a la Cordillera, más por temor al medio inclemente de los llanos, que al jefe patriota.

Como prueba de lo indicado citamos el proyecto de Santander para pasar la cordillera, expuesto a Bolívar en su carta de 3 de junio de 1819, escrita en Tame. Respecto a esta operación se expresa así:

"El coronel Lara me dice que piensa V.E. salir por la Salina (de Chita); este camino es el más corto en sus páramos, el más poblado, pero tiene mucha piedra, y las mayores fuerzas están cargadas a esa parte. Creo, que con toda la infantería se puede hacer la salida por ese lado, y con la caballería por Zapatosa. En fin, supongo que V.E. determinará adelantarse aunque sea por salir pronto del mal camino de Arauca" (1).

La reproducción de O'Leary tiene un error de imprenta. En vez de Zapatosa dice Zapatoca. La postdata también está errada. El original dice así: "Podremos sacar de aquí 500 caballeros y 800 infantes. Las calenturas y la deserción me han atacado de firme, y contar con indios es contar con nadie. Todo, y aun esto solo es bastante para tomar todo el Norte de Nueva Granada hasta Popayán".

Zapatosa se halla al Sur de Labranza Grande, en la vertiente de los llanos, y la vía que pasa por allí conduce a la laguna de Tota al Sur de los Valles de Sogamoso. Zapatoca queda entre

(1) O'Leary, tomo III, pags. 26 y 27.

Bucaramanga y el Socorro, a la cual por su situación no se podía referir el general Santander.

Si en la invasión de un país se dispone la marcha de una columna, separada de la línea principal, debe obrar como cuerpo independiente, tal era el caso de la operación encomendada a Páez, desatendida por este voluntarioso caudillo (2).

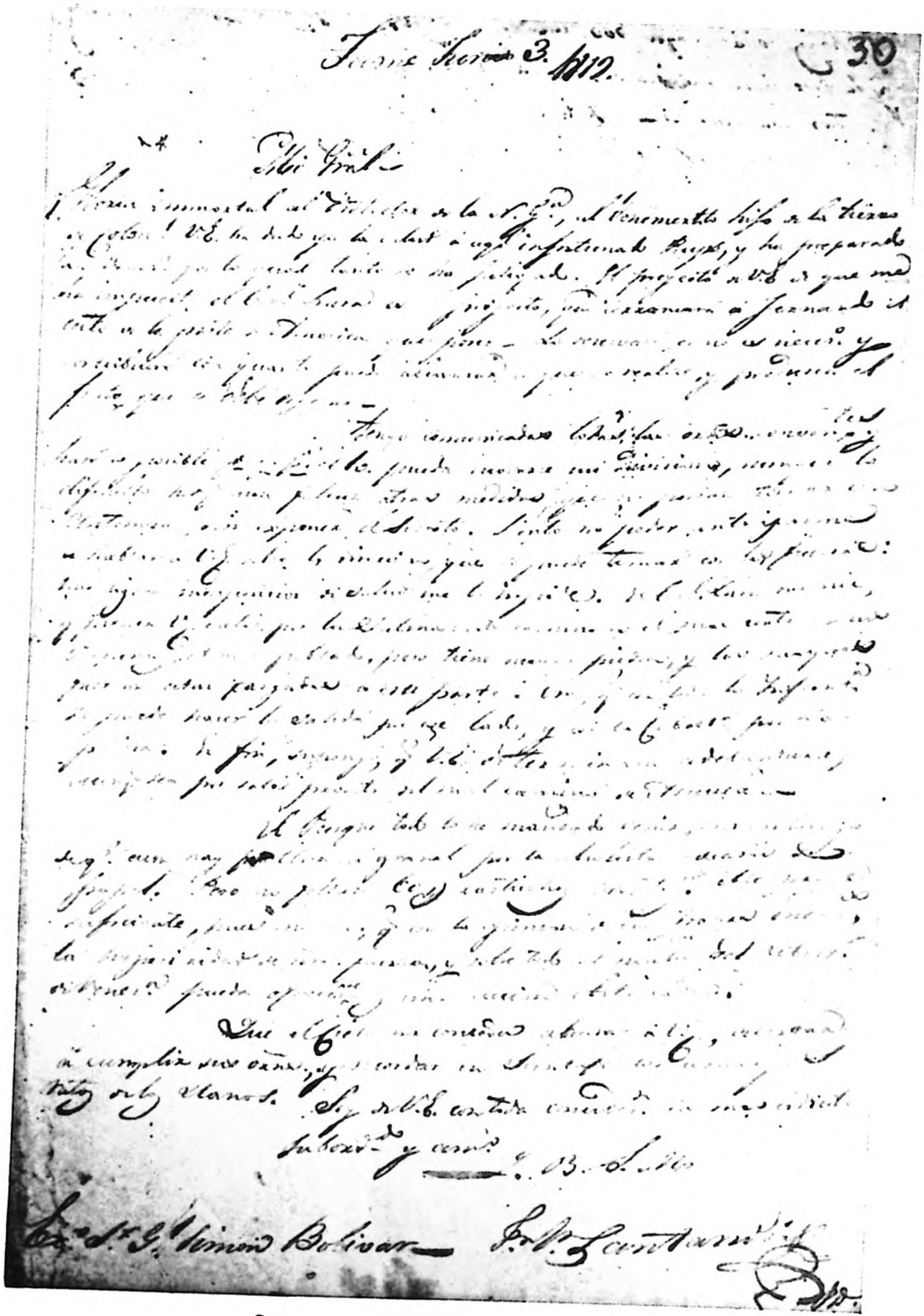
En cuanto a la idea recomendada por Santander, es forzoso concluir que era un grave error, suficiente para acabar con la expedición si se hubiese adoptado. De la vía de la Salina de Chita a la de Zapatosa había por lo menos 100 kilómetros de distancia. Los españoles hubieran podido fácilmente batir las dos columnas separadamente, sin dejarlas reunir. Es un principio fundamental que cuando se invade un país, si no se dispone de fuerzas muy superiores a las del enemigo, se debe marchar con todas las fuerzas reunidas, por una sola línea de operaciones y bajo el mando de un solo jefe.

Como hemos expresado el encargo dado por el Libertador a Páez es distinto. El jefe llanero nunca se habría unido a Bolívar con su caballería o parte de ella. El proyecto que se le encomendó podía halagar su vanidad de obrar por su cuenta, sin embargo lo desdeñó por no salir de sus llanuras.

En resumen: el plan recomendado por Santander para pasar la Cordillera, de seguir dos líneas de operaciones distantes una de otra para impedir que se estropearan los caballos, da la medida de sus modestas dotes militares.

Reproducimos su carta en facsímil.

(2) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 314.



Carta del general Santander al Libertador
Tame, 3 de junio de 1819.

Archivo del Libertador.

Podremos sacar de aqui 500. Caballeros, y 800. Infes las calenturas, y la desercion me han atacado de firme, y contar con Indios es contar con nadie — todo, y aun esto solo es bastante para tomar todo el Norte de N. Gra hasta Popayan —

EL ORGANIZADOR DE LA VICTORIA

Título dado a Santander imitando el conferido al célebre Ministro de la Revolución Francesa Lázaro Carnot, a quien se atribuía la organización de los ejércitos franceses que lucharon en Alemania contra los ejércitos del Emperador, pero batidos al fin, de manera que el título cayó en desuso. Aplicarlo a Santander, sin el mérito de la originalidad, y completamente desprovisto de razón, tenía que abandonarse como al parecer ha sucedido en los últimos años.

En efecto: Santander por su carácter, aptitudes, tendencia pacifista y celos políticos, prácticamente en algunas ocasiones ayudó muy poco y en otras no ayudó nada a nuestro Libertador.

Su única acción notable a este respecto fue la campaña de Casanare preliminar de la de Boyacá. Allí cumplía órdenes precisas, claras y terminantes de Bolívar y lo hizo con lucimiento, pero no tuvo ideas originales.

Para la campaña de Carabobo su cooperación se limitó, como Encargado de la Presidencia de la República, a mandar a Bolívar 32.000 pesos en noviembre, 16.000 en febrero y 25.000 en abril de 1821, para los gastos del ejército. El Libertador tomó a su cargo la administración de las provincias del Socorro, Pamplona y Tunja para proveer eficazmente a las tropas que se preparaban en Cúcuta y en regiones inmediatas. También sacaba recursos de las provincias del Zulia, Mérida y Apure.

En cuanto a la campaña del Sur, aunque Santander alegaba en su correspondencia el envío de algunos millares de reclutas, los contingentes, obtenidos a regañadientes, fueron pequeñísimos. De esos miles de reclutas la mayor parte sólo figuraron en el papel o no llegaban a su destino por la deserción y la desatención. Esta actitud obligó a Bolívar a emprender la campaña de Bomboná con tropas insuficientes, y a Sucre a pedir contingentes al Perú,

causa de posteriores desagrados, y de la intromisión de San Martín en los Departamentos del Sur.

Si después de la victoria de Carabobo Bolívar como Presidente de Colombia se dedica a gobernar desde Bogotá, en nuestro concepto, podía haber formado un ejército de 10.000 veteranos dados por Venezuela, de individuos de ambos partidos desocupados después de la guerra y anhelantes de volver al servicio; y equipándolos con recursos de la Nueva Granada, se habría ahorrado disgustos, molestias y compromisos y su intervención en el Perú hubiera sido más rápida e igualmente eficaz. La pobreza general y el deseo de Bolívar de ensayar la República aprovechando las tendencias legalistas y capacidad política de Santander, lo indujeron a no adoptar ese sistema.

En cuanto a la campaña del Perú, la conducta de Santander fue muy poco generosa. A pesar de las repetidas instancias del Libertador, sólo mandó unos grupos de reclutas en el espacio de tres años, casi desnudos, que apenas llegaron a 3.000 hombres y éstos fueron enviados en parte por Montilla, Gobernador de Cartagena y por Carreño, Gobernador de Panamá. Inconsiderado ante los reclamos de Bolívar, el 1º de mayo de 1824 Santander le escribe estas palabras: "Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú y su naturaleza no se ha cambiado, porque el Presidente de Colombia esté mandando un ejército en ajeno territorio. Demasiado he hecho enviando algunas tropas al Sur; yo no tenía ley que me lo previniese así, ni ley que me pusiese a órdenes de Vd., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuanto Vd. necesitase y pidiese. O hay leyes o no las hay. Si no las hay, ¿para qué estamos engañando a los pueblos con fantasmas? y si las hay es preciso guardarlas y obedecerlas, aunque su obediencia produzca el mal" (1).

Legalismo egoista y torpe y por tanto absurdo, pues una derrota en el Perú habría repercutido en Colombia y trastornado y causado una catástrofe en gran parte de la nación. Así, pues, una política de generosos contingentes auxiliares es la que ha debido observar Colombia.

(1) Lecuna. Cartas de Santander, Caracas, 1942. Tomo I, pag. 290.

En comprobación de lo anterior, aunque no es necesario, citamos una frase de Santander en carta a Bolívar de 7 de octubre de 1824, con motivo de la victoria de Junín. Dice así: "Mi placer y júbilo son tanto más grandes, cuanto que Vd. ha obtenido este primer triunfo sin necesidad de auxilios enviados por el Gobierno. Deseo que éste sea el precursor de la independencia absoluta de todo el Perú, conseguida por los esfuerzos solos de Vd. (2).

A la larga olvidó todos esos argumentos falsos y mezquinos y por fin pidió al Congreso autorización para levantar y mandar tropas, la obtuvo fácilmente y mandó grandes grupos de veteranos y reclutas al Perú, pero éstos llegaron después de la batalla de Ayacucho y sólo se pudieron utilizar unos cuantos en el sitio del Callao.

Este abandono, presentido por Sucre, fue una de las causas de decidirse en enero de 1824 por tomar atrevidamente la ofensiva sin dar tiempo a los españoles para reunir sus tropas diseminadas en el Sur del país, pues no creía en los auxilios de Colombia, porque decía si el gobierno no los había brindado suficientes como debía al Libertador y a él mismo para las campañas de Bomboná y Pichincha, tratándose de la independencia de Colombia, menos lo haría para la del Perú (3).

(2) Lecuna. Cartas de Santander, tomo I, pag. 311.

(3) Carta de Sucre a Bolívar, Huánuco, 4 de febrero de 1824. O'Leary, tomo I, pag. 125.

EL PASO DE LOS ANDES GRANADINOS

La operación de atravesar con un ejército una alta cordillera por si sola no representa genio guerrero que destaque al autor como insigne capitán, de méritos excepcionales. En las luchas humanas ejércitos de casi todas las naciones han atravesado, venciendo inconvenientes u obstáculos, cordilleras de mayor o menor altura, sin que esas operaciones se señalen como obras de arte más o menos valiosas. En la antigüedad los romanos y los bárbaros de toda Europa atravesaron los Alpes con grandes ejércitos en todas direcciones, y lo mismo las naciones europeas en la Edad Media y en la Edad Moderna, con ejércitos empeñados en guerras religiosas y políticas.

No sucede lo mismo con los pasos de la Cordillera de los Alpes realizados por Anibal y Bonaparte. El jefe cartaginés se hallaba en España, dueño de un gran ejército sin poderlo llevar por mar a Italia a luchar contra Roma por falta de medios navales; pero siendo tan formidables sus recursos resolvió emprender la marcha por tierra a través de Francia y de la Suiza actual y caer en la Alta Italia a espaldas de las posesiones romanas. Fue un pensamiento original, porque ningún otro había movilizado una masa tan grande de tropas provista hasta de cuerpos de elefantes y de caballería africana, sin caminos adecuados, y en la necesidad de vencer a pueblos aguerridos y numerosos establecidos en el tránsito (1). En estas marchas Anibal perdió más de la mitad de sus tropas.

El paso de los Alpes por Bonaparte está rodeado también de circunstancias excepcionales calculado para dar una sorpresa singular a los enemigos y producir su derrota absoluta en una sola batalla. Bonaparte había conquistado la Italia en dos campañas magistrales en 1796 y 1797, venciendo sucesivamente cuatro

(1) Alfredo J. Church. Historia de Cartago. Obra inglesa traducida al español. Madrid, 1889, pag. 267.

ejércitos formidables, pero todo lo perdió la Francia al año siguiente en la ausencia del héroe a la sazón en Egipto.

Cuando Bonaparte regresó y tomó el mando, los austriacos se hallaban sitiando la ciudad de Génova, defendida por el general Massena, única todavía en poder de los franceses.

En la primavera de 1.800 Bonaparte fue situando sigilosamente, diversas secciones de tropa en diferentes puntos del Sureste de Francia sin aparente relación entre sí. De repente los reunió en Dijón, atravesó la Cordillera de los Alpes, llevando todo el material que podía necesitar y cayó en el centro de la Alta Italia a espaldas de los ejércitos austriacos, entretenidos hasta ese momento en el sitio de Génova, que acababa de rendirse. Los austriacos retrocedieron espantados de una operación inesperada e insospechada por ellos, vinieron precipitadamente sobre los franceses, se encontraron en los campos de Marengo y después de ardientes luchas, los que no fueron batidos o destruídos se rindieron a discreción. La Europa quedó asombrada; en una sola batalla Napoleón recuperó cuanto había perdido la Francia en su ausencia (2).

En resumen: El paso de una cordillera por un ejército sin vencer dificultades extraordinarias y sin sorpresa estratégica para el enemigo, no se puede reputar como obra de genio sino de paciencia y de industria por los preparativos necesarios para reunir y mantener la fuerza.

La campaña de Boyacá en 1819, aun cuando se realizara con fuerzas muy pequeñas que apenas alcanzaron a 3.000 hombres después de las pérdidas ocurridas en las primeras marchas, es una obra de ingenio por muchas razones.

En primer lugar constituyó un cambio gigantesco del teatro de las operaciones, al trasladarlas de las llanuras del Apure adonde dejó casi vencido y cansado al ejército del bravo general Morillo, a las altas mesetas granadinas del otro lado de la cordillera donde las fuerzas enemigas eran inferiores a las existentes en Venezuela, y venciéndolas podía ocupar toda una nación, como en realidad se realizó. En efecto, vencido el cuerpo principal en Boyacá y

(2) Mémoires de Napoléon. Editadas por Ch. Liskenne. París, 1862, Marengo, pag. 104.

perseguidos con la espada en los riñones los que huían despavoridos, la mayor parte de la Nueva Granada quedó libre para siempre. Cambiar el teatro de operaciones en tan vasta escala para causar una sorpresa decisiva, es una obra de genio de primer orden.

Tiene además la particularidad esta campaña del esfuerzo heroico realizado para cruzarlas en 32 jornadas, luchando "entre las aguas del cielo y las innundaciones de la tierra" en lo más fuerte de la estación lluviosa. Luego el ascenso a la cordillera presenta rasgos singulares que aumentan su grandeza: los enemigos acudieron a los caminos usuales para oponerse y el Libertador tomó la resolución, atrevidísima, de abandonar dichas vías y flanquearlas atravesando el Páramo de Pisba por senderos casi intransitables donde no era esperado y lograr así una segunda sorpresa para los enemigos.

Aun cuando el héroe en estas operaciones había perdido casi todos sus caballos y los víveres de repuesto, pudo rehacerse en parte en los ricos valles de Sogamoso inmediatamente después del paso de la Cordillera, antes de que los enemigos vinieran sobre él a combatirlo, y cuando éstos llegaron para imponerles respeto, atrevidamente, sin tener todas sus fuerzas reunidas y equipadas se adelantó a hacerles frente en Tasco y en la peña de Tópaga y logró así, por su audacia, inspirar respeto a los contrarios y poder enseguida rechazarlos fácilmente.

Véanse las descripciones de las marchas de Bolívar por el general Carlos Cortés Vargas, Boletín N° 90 de la Academia de la Historia, pag. 223 y del profesor Hiram Bingham pag. 246 del mismo Boletín, y la descripción de la campaña en la página 257.

THE JOURNAL OF AN EXPEDITION ACROSS VENEZUELA AND COLOMBIA 1906-1907

An exploration of the route of Bolívar's celebrated march of 1819 and of the battle-fields of Boyacá and Carabobo. By Hiram Bingham.

El autor de esta obra interesante describe con exactitud y buenas observaciones los caminos seguidos por Bolívar en su expedición libertadora de 1819 a la Nueva Granada, coronada con la victoria de Boyacá; y las del Alto Apure a Caracas, teatro de la campaña de Carabobo. La obra tiene el mérito de la originalidad, pues antes no se había intentado ningún trabajo a este respecto. Nosotros lo hemos aprovechado en nuestras descripciones de la campaña de Boyacá, en el Boletín de la Academia de la Historia Nº 90, pags. 246 y siguientes, y en la Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pags. 300 y siguientes.

El señor Bingham fue al Perú donde hizo exploraciones muy interesantes y tuvo la fortuna de descubrir las ruinas de una antiquísima ciudad incaica, al Sureste del Cuzco, desconocida de los españoles y de los peruanos de la República.

Queriendo dedicarse a la historia de nuestra independencia compró en Quito a la familia Flores, la parte principal del archivo del general Sucre, y lo depositó en la Universidad de Yale.

En cuanto a las narraciones históricas de Bingham no le podemos hacer el mismo elogio. El no se atiene a los hechos probados, ni aún cuando los documentos de uno y otro partido, tanto de los independientes como de los defensores de España, estén perfectamente de acuerdo; en cambio acepta leyendas ilógicas y absurdas de los sabihondos del lugar.

Por esto atribuye a Santander la iniciativa de la campaña de la Nueva Granada, e inventa un viaje de este oficial granadino, de

Casanare al Orinoco, para impetrar del Congreso Venezolano, entonces en Angostura, el envío de un ejército en ayuda de los patriotas colombianos; cuando la verdad es que Santander, desde el 15 de abril de 1817 se había unido a Bolívar en el Pao de Barcelona, y no dejó de acompañarlo sino cuando el Libertador lo envió a Casanare, en agosto de 1818, con 1.000 fusiles y algunos otros elementos a reunir las guerrillas locales y a formar con ellas la vanguardia del ejército libertador de la Nueva Granada (1).

También es falso que en un consejo de guerra se resolviera subir al solitario páramo de Pisba, pues esta atrevida maniobra ejecutada por un camino intransitable, para evadir a los enemigos situados en el camino real de Labranza Grande, la efectuó Bolívar "contra toda esperanza" (2), es decir contra la opinión de los demás.

La descripción de la batalla del Pantano de Vargas, fundada parte en los documentos y parte en las leyendas de los vecinos no expresa la verdad, ni mucho menos. Peor todavía es la descripción de la batalla de Boyacá, con la parte principal de la lucha supuesta a la izquierda de los patriotas, a cargo de Santander, cuando tuvo efecto a la derecha a cargo de Anzóategui, y ambas bajo la dirección del Libertador (3). Bingham adopta las descripciones de un tal *Don Elías Prieto Villate,* viejo necio de Paipa (4), aun cuando los documentos de ambos partidos están todos acordes al exponer los hechos como efectivamente ocurrieron.

El autor no apela a fantasías en la descripción de la campaña de Carabobo, pero su narración es incompleta. La batalla no está bien descrita; el movimiento envolvente fue más rápido, en líneas generales, en la dirección señalada. Los detalles del terreno supuestos por el autor están exagerados. Hoy no es posible señalar con exactitud la vía seguida por el movimiento envolvente. Se equivoca el autor al suponer que Páez marchó solo por el atajo

(1) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. Tomo I, pag. 542. Tomo II, pags. 232 y siguientes.

(2) Lecuna. Cartas del Libertador. A Santander. Popayán, 21 de febrero de 1822. Tomo III, pag. 28.

(3) O'Leary, tomo XVI, pags. 421 a 428. Boletines del ejército libertador del 25 de julio firmado por Manrique y los de 6 y 8 de agosto de 1819, firmados por Soublette, todos dictados por Bolívar.

(4) Bingham, pag. 213.

cuando lo seguía Sedeño. Plaza precipitó la derrota al entrar por el Sur a la sabana, junto con él evanzó el Edecán Ibarra que le llevó la orden, y a cuyo lado murió Plaza al cargar el Batallón del Infante.

CALUMNIAS RESPECTO A LA BATALLA DE BOYACA

El Repertorio Boyacense, órgano del Centro de Historia de Tunja, en su número 43, año de 1917, publicó un manuscrito de Elías Prieto Villate, referente a la campaña de Boyacá, compuesto en 1893 cuando el autor era un pobre anciano, quien decía haber recogido versiones de su tío Javier Villate, alcalde de Tibasosa, lugar cercano al campo de batalla, y del coronel Mariño Soler. Estos apuntes sueltos escritos en distintas ocasiones y reunidos bajo el título de "Apuntamientos para la campaña de 1819", tenían por objeto atribuir la dirección de la batalla de Boyacá exclusivamente al general Santander, por haberse quedado Bolívar almorzando, según ellos, durante la acción en la ciudad de Tunja.

En el año de 1919, con ocasión del centenario de la famosa batalla, el académico don Enrique Otero D'Costa, publicó una serie de artículos sosteniendo la tesis del anciano Villate, y todavía más, poniendo en duda la asistencia del Libertador a la batalla del Pantano de Vargas.

En Tunja dos notables miembros del Centro de Historia, Ramón C. Correa, Secretario y Constantino Martínez V., impugnaron la ridícula especie. Esta absurda leyenda pudo alcanzar cierto auge por la costumbre del Libertador de no mencionar en los boletines su propia intervención en los combates; con muy raras excepciones, todos los boletines de la guerra de la Independencia, desde 1813 hasta 1824, fueron dictados por él, y en ninguno señala su intervención personal en la lucha (1). El estilo lacónico, la claridad de la exposición y los conceptos militares concisos y exactos, no dejan duda ninguna. Son inconfundibles. Sus secretarios no escribían con esa claridad y pureza.

Como prueba de la costumbre del Libertador, por brevedad

(1) Boletín de la Batalla de Boyacá, O'Leary, tomo XVI, pag. 428.

solamente citaremos algunos casos: en el de la batalla de Araure, como excepción, se menciona en tercera persona y no refiere su heroica carga de caballería, encabezada por él, decisiva para la acción, ni sus otros esfuerzos durante todo el día de la lucha y en la persecución. En los boletines de las dos batallas y diferentes combates de San Mateo y en el de la primera batalla de Carabobo, no señala su constante y útil intervención.

La tercera batalla de la Puerta, el 16 de marzo de 1818, tuvo caracteres heroicos. Después de larga brega Bolívar derrotó a los españoles y cuando perseguía los restos de la división vencida, se presentó Morillo con dos cuerpos frescos, se arrojó sobre los vencedores con el mayor ímpetu y les arrebató la victoria a costa de un lanzaso que le atravesó el vientre de banda a banda, del lado izquierdo. En la acción Bolívar estuvo constantemente a la cabeza de las tropas en el mayor peligro, dirigiendo todas las operaciones. Roocke herido dos veces a su lado, pensaba si el Jefe Supremo en ciertos momentos buscaba la muerte; tal era su empeño en la lucha. Así lo refiere el legionario Vowell, testigo presencial en su obra Campagnes et Croisières, al describir los diferentes actos de la reñida batalla, ejecutados por el Jefe Supremo en persona (2). Sin embargo, en el extenso boletín del 19 de marzo, dictado por él no se menciona ni una sola vez (3).

En las batallas de Gámeza y Pantano de Vargas, Bolívar estuvo constantemente al frente de las tropas, y tampoco menciona su intervención. Como es bien sabido en medio del fuego en esta última, él fue quien lanzó a la caballería de Rondón a dar la carga decisiva. Los boletines de esas acciones firmados por Soublette y Manrique, así como el de Boyacá, firmado por Soublette, tienen exactamente el mismo estilo inconfundible, muy distinto al de Soublette cuando estuvo operando por su cuenta (4).

En el parte de la batalla de Carabobo es excesivamente lacónico. No menciona las sabias operaciones realizadas para reunir las divisiones provenientes de puntos muy distantes, sin

(2) Vowell. Campagnes et Croisières dans las États de Venézuéla et de la Nouvelle-Grenade, par un officier du 1er. Régiment de Lanciers Venézuéliens. Traduit de L'Anglais, París 1837, pag. 93.

(3) O'Leary, tomo XVI, pags. 13 a 17.

(4) Lecuna. El Libertador en Boyacá. Boletín de la Academia de la Historia N° 73, pag. 154. O'Leary, tomo XVI, pags. 411, 421 y 426.

peligro de que los españoles situados en una posición central, pudieran estorbar la reunión, ni la fecunda diversión de Bermúdez sobre Caracas, ni la de Carrillo al Occidente del ejército, dispuestas todas por él. Hace caso omiso de sus maniobras en el campo de batalla y sólo describe las operaciones efectuadas por Páez y Sedeño sin expresar su dirección personal (5).

Lo mismo decimos de las jornadas de Bomboná y Junín y de las acertadas disposiciones relativas a todas ellas.

Cuando se publicaron los artículos mencionados sosteniendo la leyenda de Villate varios escritores los impugnaron con razones incontrovertibles, sobresaliendo entre todos el académico Miguel Aguilera por su admirable lógica, sagacidad y juicio certero al analizar documentos, relaciones y referencias sobre la batalla. Los defensores de la leyenda no pudieron refutarlo (6). Posteriormente el escritor Luis A. Múnera de Cartagena, publicó un libro valioso bajo muchos respectos, defendiendo con acierto la verdad histórica (7).

El doctor José Santiago Rodríguez tuvo la fortuna de encontrar en Guayaquil al señor don Eduardo Wright, nieto del general Tomás Carlos Wright, antiguo oficial del batallón Rifles y capitán de navío de la escuadra colombiana en el Pacífico. El distinguido caballero había traído de Londres el archivo del prócer con la idea de publicarlo, y dió al doctor Rodríguez la parte referente a la batalla de Boyacá en la cual se halló presente el teniente coronel Wright con su batallón Rifles. En este fragmento se señalan algunos hechos de Bolívar en la mencionada batalla. Cuando avanzaban las tropas sobre Barreiro, apostado en una loma, con el cuerpo principal de su ejército, Bolívar les decía a "cada uno de los batallones colombianos algo conmovedor mientras avanzaban, y ello en lo más recio del fuego. Decíales a algunos que los ingleses se reían de ellos; y al Albión que el Rifles les estaba enseñando el camino, y recordándoles que eran ingleses y que todas las miradas estaban fijas en ellos. En esta batalla el general Anzoátegui comandante de la división se comportó de

(5) O'Leary, tomo XVIII, pag. 337.

(6) Miguel Aguilera. La Presencia de Bolívar en la batalla de Boyacá. Bogotá 1936.

(7) Luis A. Múnera. Bolívar en Boyacá. Cartagena, 1941.

manera similar a la de Bolívar y siempre se le vió desde el principio hasta el fin del día, en lo más recio de la lucha, por lo que en justicia podría llamársele el Ney de aquella jornada" (8).

El presbítero Cayo Leonidas Peñuela, canónigo de la Catedral de Tunja y presidente del Centro de Historia, publicó un libro titulado "Album de Boyaca" abarcando todo el período de la guerra en Casanare desde 1815. No adopta la leyenda de Villate, pero describe a su leal saber y entender los acontecimientos e inserta diálogos de Bolívar con sus colaboradores de su propia cosecha, sin ningún valor histórico. El presbítero inserta en esta obra muchísimos documentos de los realistas y los patriotas, y vistas interesantes de los lugares históricos. La obra fue impresa en Bogotá en 1919.

(8) Boletín de la Academia de la Historia N° 79, pags. 305 a 311. Cita en la pag. 310.

DESCRIPCION EXACTA DE LA BATALLA DE CARABOBO

Para exaltar el valor de sus tropas, Bolívar en el parte de la batalla de Carabobo atribuye el triunfo exclusivamente a la división de Páez y no menciona la concepción del plan de ataque y la dirección de la lucha, exclusivamente suyos, ni la cooperación de las otras divisiones. Los hechos ocurrieron de esta manera:

Observada por Bolívar desde la altura de Buena Vista y desde una loma más adelante, la posición de los españoles y las fortificaciones de campaña que los protegía, lanzó atrevidamente las divisiones de Páez y Sedeño, por un sendero difícil sobre la retaguardia del flanco derecho de los españoles, mientras la división de Plaza amagaba atacar de frente. Sorprendidos los realistas acudieron parcialmente a oponerse a la entrada de los patriotas en la sabana. El primer choque a la retaguardia del ejército español lo sostuvo la división de Páez, y pronto fue apoyada por la división de Sedeño. Los españoles al principio no se dieron cuenta, por las sinuosidades del terreno, de la magnitud de la maniobra envolvente; por este motivo no acudieron en masa a oponerse a los patriotas, y sólo para contenerlos mandaron sus batallones unos después de otros. En la ardiente pelea Páez con la Legión Británica y el batallón Apure, apoyado por el batallón Tiradores de Sedeño, obligó a retroceder al batallón Burgos. Enseguida a la izquierda dió una formidable carga a una parte de la caballería realista y la puso en derrota. El Libertador apresuró la entrada a la llanura del resto de la división Sedeño. Los batallones españoles Holstalrich y el Príncipe, enviados sucesivamente a la pelea, también fueron rechazados por la infantería de Páez y Sedeño. Desguarnecida ya la entrada a la llanura, Bolívar envió orden a Plaza con el edecán Ibarra de avanzar sobre los enemigos. El batallón La Reina, conducido por La Torre en socorro de los suyos, fue interceptado por los de Boyacá y Vargas de la división Sedeño, y rechazado por los de Páez. La Torre

lanzó enseguida sobre los patriotas el batallón Barbastro, pero cargado de frente por Páez con su infantería y de flanco por la caballería de Rondón de la división Plaza, fue destruído. Los batallones españoles habían sido vencidos unos después de otros. Sólo el Infante y Valencey situados al Sur, no habían tomado parte en la lucha. Por el avance de la división Plaza, el ejército español, casi cercado, perdió su moral.

El batallón del Infante alcanzado y cortado por los de Rifles y Vargas de la división Plaza tuvo que entregarse, pero en su última descarga derribó al general Plaza, quien se avalanzó sobre sus filas a rendirlo, acompañado del edecán Ibarra y del coronel Celis. Valencey logró retirarse sin ser envuelto. Al decidirse la acción Páez cayó víctima de un ataque nervioso de que padecía. El Libertador puso en orden a la caballería y la lanzó tras de Valencey, en retirada, formado en cuadro, dentro del cual se había refugiado La Torre.

Sedeño y Mellado empeñados en su persecución murieron dándole sucesivas cargas heroicas. Convertido en una fortaleza, Valencey rechazaba las cargas de caballería. Aunque fue atacado cerca de Valencia por infantería enviada por Bolívar a la grupa de los caballos, logró salvarse (1).

El número de combatientes de los colombianos en la batalla alcanzó a 6.400, cuando las fuerzas conducidas a formar el ejército sumaron 10.000 hombres, fenómeno debido a las pérdidas por enfermedades y cansancio, enorme en un país vasto, sin buenos caminos, despoblado e infestado por el paludismo.

El ejército realista constaba en la acción de 5.180 combatientes, mitad españoles y mitad venezolanos. Morales era segundo jefe y Montenegro Colón, jefe de estado mayor. Errores de La Torre al disponer destacamentos hacia Caracas y al Yaracuy redujeron su efectivo a ese número.

El ejército real perdió en la batalla entre muertos y heridos, prisioneros y dispersos, 2 jefes, 43 capitanes, 77 oficiales subalternos y 2.786 soldados, por todo 2.908 hombres, según relación

(1) Autobiografía de Páez. Tomo I, pags. 206 y siguientes. Lecuna. Crónica Razonada. Tomo III, pags. 46 y siguientes.

de los españoles (2), pero sus pérdidas efectivas se pueden estimar de 3.200 a 3.500 hombres distribuidos así: 1.000 a 1.200 muertos y heridos, 1.500 prisioneros no heridos y 700 a 800 dispersos.

Las pérdidas de los patriotas no se contaron, pero seguramente fueron mucho mayores de los 200 muertos y heridos señalados por Bolívar en su carta al Presidente del Congreso (3).

(2) P. T. de Córdoba. Recuerdos sobre la Campaña de la Costa Firme. En la Revista de España, de Indias y del Extranjero. Madrid, 1846, tomo VII, pag. 292.

(3) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo III, pag. 52. Cartas del Libertador, tomo II, pag. 356.

CAMPAÑA DE CARABOBO

por el coronel Arturo Santana. Caracas. Litografía del Comercio, 1921.

Obra dispuesta y editada por el Gobierno de Venezuela. El autor era un oficial del ejército venezolano. Consta de un grueso volumen de 392 páginas. Contiene numerosos retratos de próceres. El de Bolívar es muy bueno, está colocado en la página 34 y es el grabado de M. N. Bate, Londres, 1819. Fue tomado de algún retrato original de la época que no existe. El de Juan José Rondón es falso, según un modelo equivocado del autor. Todos los demás son auténticos.

La obra se compone de tres partes: los retratos, la narración de la campaña y la tercera, bibliografía y documentos.

Los movimientos preliminares de la campaña, es decir las operaciones de Bermúdez, de Urdaneta y de Páez, están muy bien descritos.

No existen relaciones precisas de las operaciones efectuadas por los diferentes cuerpos en la batalla propiamente dicha, el autor las reproduce casi al pie de la letra, según las diferentes versiones. Nosotros en nuestras descripciones, después de mucho estudiar el terreno y las relaciones existentes, hemos llegado a conclusiones definitivas, tal como han debido suceder.

La impresión que causa al lector la obra del coronel Santana es muy favorable al autor. Sus descripciones son muy claras y completas.

Trae muchos mapas interesantes de la campaña. En el Apéndice reproduce numerosos documentos y el Diario de Operaciones de la División principal.

REALES CEDULAS SOBRE GUAYAQUIL

Fúndase por Provisión Real la Audiencia de San Francisco de la Provincia de Quito. Señálanse límites. Agosto 29, 1563.

Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon . . . etc. Por cuanto Nos para la buena gobernación de la provincia de Quito y otras tierras que de yuso irán declaradas, habemos acordado de mandar fundar una nuestra Audiencia y Cancillería Real que resida en la ciudad de San Francisco de la dicha provincia de Quito, y habemos mandado que el nuestro Presidente y Oidores de la dicha Audiencia vayan luego a residir y residan en ella y usen y ejerzan los dichos sus oficios en los límites que por Nos le serán señalados; y porque es nuestra voluntad que la dicha Audiencia tenga, son los siguientes: por la costa hacia la parte de la ciudad de los Reyes hasta el Puerto de Paita exclusive y la tierra adentro hasta Piura, Caxamalca y Chachapoyas y Moyobamba y Motilones exclusive, de manera que la dicha Audiencia tenga por distrito hacia la parte susodicha los pueblos de Jaén, Valladolid, Loja, Zamora, Cuenca, la Zarza y Guayaquil con todos los demás pueblos que estuvieren en sus comarcas y se poblaren y hacia la parte de los pueblos de la Canela y Quixos ha de tener los dichos pueblos con los demás que se descubriere; y por la costa hacia Panamá hasta el puerto de la Buenaventura inclusive y por la tierra adentro a Pasto, Popayán, Cali y Buga y Chapanchica y Querchicona y todos los dichos lugares con sus términos inclusive, y todos los demás lugares de la Provincia de Popayán han de quedar a la Audiencia del Nuevo Reino de Granada; y porque las cosas de nuestro servicio y administración de nuestra justicia y buena gobernación de las dichas tierras y provincias se hagan como deban y convengan al bien general de las dichas tierras; y visto por los del nuestro Consejo de las Indias y conmigo el Rey Consultado, fue acordado que debíamos mandar esta nuestra carta en la dicha

razón y Nos tuvímoslo por bien, por la cual mandamos a todos los nuestros Gobernadores y otros Justicias, y Jueces cualesquier de la dicha Provincia de Quito y de las otras provincias y tierras y pueblos de suso declaradas, a quien esta nuestra carta fuere mostrada o su traslado signado de Escribano público o de ella supiéredes en cualquier manera, y a cada uno y cualquier de vos en los lugares y jurisdicciones que en todo lo que por la dicha Audiencia vos fuere mandado, la obedezcáis y acatéis y cumpláis y ejecutéis y hagáis cumplir y ejecutar sus mandamientos en todo y por todo según y de la manera que por ella os fuere mandado y le déis y hagáis dar todo el favor y ayuda que vos pidiere y menester hubiere sin poner en ello excusa ni dilación ni interponer apelación ni suplicación, ni otro impedimento alguno, so las penas que vos pusiere o mandare poner, las cuales Nos por la presente vos ponemos y habemos por puestas, y le damos poder y facultad para las ejecutar en los que rebeldes e inobedientes fueren y en sus bienes, y porque podría ser que por algunos impedimentos o por enfermedad o otras cosas. . . . etc. etc.

Dada en Guadalajara, a veinte y nueve de agosto de mil quinientos y sesenta y tres años. *Yo el Rey.*

Tomada del Tomo I de la Colección de Cédulas Reales dirigidas a la Audiencia de Quito. 1538—1600. Publicaciones del Archivo Municipal, pag. 27.

Creación del Primer Virreinato de Santa Fe. Real Cédula de 1717.

Yo El Rey. Presidente y Oidores de mi Audiencia de la ciudad y provincia de San Francisco de Quito. Habiéndose tratado en varias ocasiones sobre lo mucho que importa establecer y poner Virrey en la América que resida en la ciudad de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada, sea regido, y gobernado por Virrey que represente mi Real persona y tenga el gobierno superior, haga y administre justicia igualmente a todos mis súbditos y vasallos y entienda en todo lo conducente al sosiego, quietud, ennoblecimiento y pacificación de aquel Reino. . . . como el que sean atendidas y administradas las plazas marítimas que se comprenden en aquel territorio. . . . y otros cuyos situados están

consignados en las cajas reales de la ciudad de Santa Fe y esa de Quito con los cuales serán puntualmente socorridos habiendo Virrey en la capital que está en el centro de aquel Reino. . . . Y deseando en todo el alivio de mis vasallos para concurrir al remedio y reparo de inconvenientes tan graves y perniciosos como los que experimentan, he resuelto por mi Real Decreto de 29 de abril del presente año, que se establezca y ponga Virrey en la Audiencia que reside en la ciudad de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada, y sea Gobernador, Capitán General y Presidente de ella en la misma forma que lo son los del Perú y Nueva España, y las mismas facultades que les están concedidas por las leyes, cédulas y decretos reales, y se le guarden todas las preeminencias y exenciones que se estilan, practican y observan con ellos; y asi mismo he resuelto que el territorio y jurisdicción que el expresado Virrey, Audiencia y Tribunal de Cuentas de la ciudad de Santa Fe han de tener, es que sea toda la provincia de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada, las de Cartagena, Santa Marta, Maracaibo, Caracas, Antioquia, Guayana, Popayán y esa de Quito con todo lo demás y términos que en ella lo comprenden, y que respecto de agregarse a Santa Fe esa provincia de Quito, le extinga y suprima la Audiencia que reside en ella y que los oficiales Reales de Caracas y los de esa ciudad de Quito y cajas reales sufragáneas a ellas den las cuentas en el referido Tribunal de Santa Fe, empezando con las de este presente año de 1717, siendo del cargo y obligación del de Lima y de la Oficina de la Contaduría Mayor que reside en la ciudad de Caracas, tomar los datos hasta el fin del próximo pasado de 1716. . . . y que en esta inteligencia el Virrey y Tribunal de cuentas de Lima y Presidente y Oidores de la Audiencia de Santo Domingo para en lo adelante, se abstenga de conocer de las causas y negocios que en cualquier manera toquen o puedan tocar a los expresados territorios, que desde ahora agrego al Virrey, Audiencia y Tribunal de Santa Fe, así los de mi real patronato, justicia y político, como gubernativo, guerra y hacienda real por ser mi voluntad que en adelante conozcan de ellos el Virrey, Audiencia y Tribunal de Cuentas de Santa Fe. Y considerando ser preciso, que para la expedición y ejecución de todo lo referido y demás encargos y negocios que ocurren en el dicho Nuevo Reino de Granada, haya ministros de integridad, grado, autoridad y representación, por convenir así a mi real servicio, he tenido por bien nombrar a don Antonio de la

Pedrosa y Guerrero, de mi Consejo de las Indias, para que pase luego a la ciudad de Santa Fe y demás partes que convengan, a fin de establecer y fundar el expresado Virreinato y reformar todo lo que fuere necesario, dando para su reglamento todas las órdenes y providencias convenientes. Y he resuelto así mismo que luego que el referido don Antonio de la Pedrosa y Guerrero llegue a la ciudad de Santa Fe, reciba en sí el Gobierno y Capitanía General de aquel Reino y Presidencia de su Audiencia, tomando posesión para su ejercicio y manejo, hasta que llegue el Virrey, que yo nombraré y que por muerte de éste, ausencia u otro cualquier impedimento ejerza el expresado don Antonio de la Pedrosa y Guerrero el dicho Virreinato en la misma forma que lo ejercía y debiera ejercer el referido Virrey. . . . Y he mandado también al señor don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, que pase a esta ciudad de San Francisco de Quito y extinga y suprima la Audiencia que reside en ella. . . . De todo lo cual he querido prevenir, ordenándoos y mandándoos como lo ejecuto, que luego que recibáis esta mi Real Cédula ceséis en el manejo y conocimiento de todo género de negocios y causas en que hasta ahora hubiéseis conocido y entendido, por ser mi expresa voluntad que esa Audiencia de San Francisco de Quito, quede extinguida y suprimida como desde luego la doy por suprimida y extinguida, y que toda la jurisdicción y términos comprendidos en ella, se agreguen, como desde luego agrego a la Audiencia de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada, para que ésta (y el Tribunal de la Contaduría Mayor de él, en lo que le correspondiere por su ministerio de hacienda) vea, conozca y determine todas las materias de justicia, gubernativo, político, patronato, guerra y real hacienda, y todas las demás que hasta ahora hubiere conocido esa Audiencia por lo respectivo a la jurisdicción que tenía en los territorios que comprende toda esa provincia de Quito. Y así mismo os mando que todas las cédulas, reales órdenes, facultades, instrucciones, autos, registros, ordenanzas y demás papeles que hubiese en los archivos de esa Audiencia, conducentes a ella, y al buen gobierno de esa provincia, entreguéis y hagáis entregar con justificación por inventario a don Antonio de la Pedrosa y Guerrero de mi Consejo de las Indias, a quien he nombrado para que pase a esos reinos a la expedición y ejecución de todo lo referido y de otros negocios y encargos conducentes a mi Real Servicio, concediéndole el poder, facultad y jurisdicción que se requiere para todo ello, como

en caso necesario lo concedo por esta mi Cédula, derogando como lo derogo todas las demás que hubiere, y órdenes en cualquier tiempo se hayan expedido contrarias a esta mi Real deliberación; lo cual cumpliréis todos y cada uno por su parte sin réplica ni contradicción alguna. . . . fecha en Segovia y veinte y siete de mayo de mil setecientos diez y siete. *Yo el Rey. Don Miguel Fernández Durán.*

Copiado de la Exposición sobre los límites Ecuatoriano-Peruanos, por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo. Edición de 1903, pag. 71.

Extinción del Primer Virreinato de Santa Fe.
Cédula Real de 1723.

El Rey. Contadores del Tribunal de Cuentas de la Ciudad de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. Por diferentes consideraciones resolví el año de 1717 se estableciese y creáse Virrey en la Real Audiencia que reside en esa ciudad, y que fuese Gobernador y Capitán General y Presidente de ella en la misma forma que lo son los del Perú y Nueva España, y con las mismas facultades que les están concedidas por las Leyes, guardándosele las preeminencias y excepciones que se practican con los de uno y otro Reino, cuya ejecución cometí a don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, ministro de mi Consejo de las Indias que pasó a esas provincias con diferentes encargos de mi Real servicio. Pero últimamente se ha considerado lo importante que es que el Gobierno de esa Audiencia y Nuevo Reino de Granada corra en la misma forma que estaba antes, gobernándose por un Presidente Gobernador y Capitán General de él como disponen las Leyes, y con la autoridad que residía en ese empleo, sin que se rija por la Autoridad de Virrey por no tenerse por precisa ésta para mantener en paz y justicia a esas provincias y costas, como lo ha manifestado la experiencia de tantos años como han corrido desde su creación y origen a cargo de un Presidente Gobernador y Capitán General, y el poco o ningún remedio que se ha reconocido con la creación de Virrey, sin aumento de caudales ni haberse podido evitar los fraudes y algunos desórdenes que se han ocasionado, siendo muy poco el fruto que se ha seguido a la erección de Virrey y ser más ajustado y conforme a las reglas de una buena economía, el extinguir este empleo para evitar los dispendios de tantos caudales

como es preciso se consuman en la manutención del Virrey, sus sueldos y el de sus guardianes y otros gastos mayores que son inevitables (de su casa y familia) que todo es preciso salga de la Real Hacienda, o de los vasallos, haciendo falta para satisfacer otros encargos más principales de mi Real Erario, por haber pocas ciudades bajo del distrito de dicho Virreinato y reducirse el número de pueblos que caen en él a ser los más de indios y pocos españoles, y estos de corto número de vecindad y de muy pocos caudales, lo que se hace más patente, pues con la misma razón y no tener medios mi Real Hacienda en ese nuevo Reino se remite de la Provincia de Quito el situado de las plazas de Cartagena y Santa Marta que importa 42.000 pesos además de que como Capitán General nada tiene por estar tierra adentro 300 leguas apartado de las fronteras y en paraje donde no hay guerra ni ocasiones para ella. Por cuyos justificados motivos he resuelto sobre consultas de mi Consejo de Indias suprimir el referido Virreinato de esa ciudad de Santa Fe y Nuevo Reino, y que el Gobierno de ese distrito vuelva a correr según su antigua planta como está prevenido por las leyes, y debajo de las reglas que se han gobernado antes de la erección del Nuevo Virreinato, sobre cuyo asunto se expiden las órdenes convenientes en los presentes Galeones, y se os previene de ello para que lo tengáis entendido. De San Ildefonso, a 5 de noviembre de 1723. *Yo el Rey.* Por mandato del Rey Nuestro Señor, *don Francisco de Arana.*

Copiado de la exposición sobre los Límites Ecuatoriano-Peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo. Edición de 1903, pag. 75.

Erección del Segundo Virreinato de Santa Fe.
1739.

Siendo el Virrey que yo nombrare para él (Virreinato de Santa Fe) juntamente Presidente de esa mi Real Audiencia y Gobernador y Capitán General de la jurisdicción de ese nuevo Reino y Provincias que he resuelto agregar a ese Virreinato que son las del Chocó, Popayán, Reino de Quito y Guayaquil. . . . con las mismas facultades, prerrogativas e igual conformidad que lo son y las ejercen en sus respectivos distritos los Virreyes del Perú y Nueva España. . . . que subsistan las Audiencias de Quito y Panamá como están, pero con la misma subordinación y depen-

dencia del Virrey que tienen las demás subordinadas en los Virreinatos del Perú y Nueva España en orden a sus respectivos Virreyes. . . .

Copiado de la Exposición sobre Límites Ecuatoriano-Peruanos por el R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo. Edición de 1903, pag. 76.

DEPENDENCIA DE LA PROVINCIA DE GUAYAQUIL

Introducción.

Durante la guerra de España y Francia contra Inglaterra en los primeros años del Siglo XIX, el Rey Carlos IV dispuso el 7 de julio de 1803, por indicación de la Junta de Fortificaciones de América, encomendar la defensa de la ciudad y puerto de Guayaquil al Virrey de Lima, en cambio del de Santa Fe por la facilidad del primero de enviar socorros de tropas, dinero y pertrechos de armas a dicha plaza, y necesitar el Perú las maderas y demás producciones del Guayas para su defensa. En la Real Orden expedida al Virrey del Perú, no se prevenía separar la provincia de la jurisdicción de Santa Fe, pero el gobierno de Lima asumió todos los poderes, y esto dió motivo más tarde al Presidente de Quito, Barón de Carondelet a exigir de la Corona una declaración de los derechos de su gobierno. El Consejo de Indias, consultado sobre el caso dió dictamen el 9 de noviembre de 1807, y al acogerlo el Rey desaprobó la ingerencia del Gobierno del Perú en los asuntos administrativos de Guayaquil. Luego con motivo de la revolución de Quito en 1809 y la de Santa Fe en 1810 el Virrey de Lima, Marqués de la Concordia, asumió de nuevo la gobernación total de la provincia. Terminada la crisis revolucionaria, la ciudad de Guayaquil expuso a la Corte "Que su vecindario y el de su vasta provincia sufría el yugo más pesado por estar agregada al Virreinato del Perú en todos los ramos desde el año de 1810" y deseando restablecer la administración conveniente suplicó al Rey, por medio de su Ayuntamiento "mandara agregar la provincia a la presidencia de Quito, como estaba antes", a lo cual accedió S.M. y dejó establecido que tocaba a la Presidencia de Quito entender en los asuntos civiles, criminales y de Real Hacienda, permaneciendo el Gobierno de Guayaquil sujeto solo en lo militar al Virrey de Lima. La Real Cédula correspondiente

de 23 de junio de 1819, fue trasmitida a Guayaquil al día siguiente 24 de junio y publicada por bando en la ciudad el 6 de abril de 1820. El contexto y el sentido de la representación del Ayuntamiento, dejan ver claramente que la ciudad quería pertenecer a la Presidencia de Quito y no al Virreinato del Perú.

Puerto de tan importante plaza comercial, por su seguridad y amplitud, y tener astillero y arsenal protegidos con fortificaciones, servía de abrigo y carenero a la escuadra española del Pacífico. Estas ventajas daban a la Provincia gran valor militar y si se considera además la extensión de su territorio y riqueza agrícola, no es de extrañar el interés mostrado por el Perú en su posesión. Pero su destino era otro: declarada por el Rey parte integrante de la Presidencia de Quito, pertenecía de derecho a la República de Colombia y su defensa la imponían la justicia y el patriotismo.

Real Orden de 7 de julio de 1803.

República del Ecuador.
Ministerio de Relaciones Exteriores.

Exmo. Señor: Entre otras cosas que ha consultado a S.M. la Junta de Fortificaciones de América, sobre la defensa de la ciudad y Puerto de Guayaquil ha propuesto que a fin de que ésta tenga con ahorro del Real Erario toda la solidez que conviene, debe depender el gobierno de Guayaquil del Virrey de Lima y no del de Santa Fe, pues éste no puede darle como aquel en los casos necesarios, los precisos auxilios, siendo el de Lima, por la facilidad y brevedad con que puede ejecutarlos quien le ha de enviar los socorros de tropas, dinero, pertrechos de armas, y demás efectos, de que carece aquel territorio y por consiguiente se halla en el caso de vigilar mejor y con más motivo que el de Santa Fe, la justa inversión de los caudales que remita y gastos que se hagan, a que se agrega que el Virrey de Lima puede según las ocurrencias servirse con oportunidad para la defensa del Perú, especialmente de su capital, de las maderas y demás producciones de Guayaquil lo que no puede verificar el Virrey de Santa Fe. Y habiendo conformado S.M. con el dictamen de dicha Junta lo aviso a V.E. de Real Orden para su inteligencia, y a fin de que por el Ministerio de su cargo se expidan las que corresponden

a su cumplimiento. Dios guarde a V.E. muchos años. Palacio, 7 de julio de 1803. *Joseph Ant. Caballero.*

Señor Don Miguel Cayetano Soler.

Es copia del documento original que reposa en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República del Ecuador. Quito, 3 de julio de 1941.

El Sub-Secretario de Relaciones Exteriores
J. Pérez S.

Boletín de la Academia de la Historia N° 94, pag. 214.

Real Cédula de 23 de junio de 1819.

El Rey—Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Perú y Presidente de mi Real Audiencia de Lima, conformándose mi Augusto Padre, que esté en gloria, con lo que le propuso la Junta de Fortificaciones de América sobre la defensa de la plaza y puerto de Guayaquil, se sirvió resolver por su Real Orden comunicada a mi Consejo de las Indias en siete de julio de mil ochocientos tres, que el Gobierno de Guayaquil debía depender de ese Virreinato, y no de el de Santa Fe por las causas que se expresaron con motivo de la capitulación que dirigió a ese Superior Gobierno don Jacinto Bejarano vecino de Guayaquil, contra don Bartolomé Cucalón Gobernador que fue de aquel Puerto y Provincia, se expidieron varias providencias; de cuyo modo de proceder se quejó el Presidente que fue de Quito Barón de Carondelet, manifestando no deber tener ese Superior Gobierno intervención alguna en Guayaquil en el Gobierno político, de Real Hacienda, ni de Comercio, y sólo sí en lo militar, pidiendo se declarase así. Remitida esta queja con Real Orden de primero de junio de mil ochocientos siete al enunciado mi Consejo y una representación del referido Bejarano sobre el asunto, hizo presente su dictamen en consulta de nueve de noviembre siguiente y habiéndose conformado con él, mi Augusto Padre y Señor, se sirvió desaprobar los procedimientos del Virrey que era entonces de esas provincias en haber admitido la enunciada capitulación contra el tenor de la expresada Real Orden de siete de julio de mil ochocientos tres que solamente le concedía jurisdicción y superioridad en lo respectivo a la defensa de la ciudad y Puerto de

Guayaquil y aprobarlos del Presidente y Audiencia de Quito, admitiendo estos a Bejarano la capitulación contra el Gobernador Cucalón, bajo la fianza de ley; cuya Real Resolución no pudo comunicarse por la inmediata entrada en Madrid de los Franceses. La ciudad de Guayaquil en representación de veinte y ocho de octubre de mil ochocientos quince ha expuesto que su vecindario y el de su vasta Provincia sufre el yugo más pesado, por estar agregada a ese Virreinato en todos ramos desde el año de mil ochocientos diez en que vuestro antecesor el Marqués de la Concordia lo decretó así, separándola de la Audiencia de Quito que como más inmediata conocía de los asuntos contenciosos; desde cuyo tiempo viven sin consuelo todos aquellos beneméritos habitantes, pues hay muy pocos que pueden entablar sus recursos a esa Audiencia y a ese Superior Gobierno por oprimidos que se vean, a causa de que la distancia de más de trescientas leguas los desalienta, necesitando el correo ordinario un mes para la ida y otro para la vuelta, cuando no se atrasa por las frecuentes crecientes de los ríos, que si se intenta hacer un propio cuesta trescientos pesos, lo menos, el despacho de los negocios es muy tardío, porque con la multitud de los que se agolpan de todo el Reino no se dictan las providencias con la brevedad que exigen las materias; siendo lo más sensible que los reos, dignos por su infeliz situación de la mayor conmiseración, se hallen desatendidos ocupando las cárceles y calabozos sin ningún alivio, de modo que parece yacen sepultados por toda su vida en los calabozos. Y haciendo expresión de la diferencia muy notable que hay en los costos curiales de esa ciudad con los de la de Quito, distante sólo ochenta leguas de Guayaquil, concluyó el Ayuntamiento suplicando me digne mandar agregar aquella Provincia a la Presidencia de Quito como estaba antes, o a lo menos en lo contencioso; cuya instancia la repitió y recomendó mi Real Audiencia de Quito. Visto en el expresado mi Consejo de las Indias en el pleno de tres salas con lo que me han representado sobre el asunto los Presidentes de Quito don Toribio Montes y don Juan Ramírez, lo informado por la Contaduría General, y lo que dijeron mis Fiscales; me hizo presente su dictamen en consulta de diez y siete de mayo próximo pasado, y penetrado mi Real Animo de las poderosas razones con que le apoya, he tenido a bien conformarme con él: en cuya consecuencia he venido en declarar que estando ya restablecido el Virreinato de Santa Fe, y en

ejercicio de sus funciones el Presidente y Audiencia de Quito, a ésta toca entender en todas las causas, así civiles y criminales del gobierno de Guayaquil, como en los asuntos de mi Real Hacienda; permaneciendo el mismo Gobierno sujeto en lo militar a ese Virreinato. Y para que esta mi Real determinación tenga su mas puntual cumplimiento he resuelto preveniros, como por la presente mi Real Cédula os prevengo, dispongáis inmediatamente la reposición de la Ciudad de Guayaquil, y su Provincia al ser y estado en que se hallaba antes de acordar en el año de mil ochocientos diez vuestro antecesor el Marqués de la Concordia su agregación a ese Virreinato, y que así vos como esa mi Real Audiencia arregléis vuestros procedimientos a lo dispuesto por las leyes en este punto sin abocarse ni tomar conocimiento alguno en los asuntos de justicia civiles, o criminales, ni de Real Hacienda de dicha ciudad de Guayaquil y su Provincia que corresponden privativamente a la Audiencia de Quito por ser de su distrito; en inteligencia que la menor contravención, retardación o demora en este asunto será de mi Real desaprobación. Y de esta cédula se tomará razón en la Contaduría General del referido mi Consejo. Dada en Madrid a veinte y tres de junio de mil ochocientos diez y nueve. *Yo el Rey.* Por mandado del Rey Nuestro Señor, *Silvestre Collar.* Hay tres rúbricas. Tomose razón en la Contaduría General de la América Meridional. Madrid veinte y seis de junio de mil ochocientos diez y nueve. *Vicente Romero.* Rúbrica.

Lo inserto corresponde a la letra con los documentos originales a que me refiero que obran en este Archivo de mi cargo y en cumplimiento de la Copiada Real Orden, expido la presente certificación a instancia y señalamiento del Ilustrísimo señor don José de Ibarra, Cónsul en esta ciudad de Sevilla de la República del Ecuador. Sevilla veinte y cuatro de marzo de mil ochocientos sesenta y tres. *Aniceto de la Higuera.*

Es copia del Documento certificado por el señor Aniceto de la Higuera en Sevilla, 24 de marzo de 1863, que reposa en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República del Ecuador. Quito, a 4 de julio de 1941.

El sub-Secretario de Relaciones Exteriores,
J. Pérez S.

Boletín de la Academia de la Historia N° 94, pag. 214.

LA CUESTION DE GUAYAQUIL, LA REVOLUCION DEL 9 DE OCTUBRE DE 1820 Y LA BRIGADA SANTA CRUZ

Realizada en Guayaquil la revolución del 9 de octubre de 1820, la Junta de Gobierno, constituida enseguida, promulgó el 11 de noviembre de 1820 una carta política o Ley Fundamental del Estado, y en su artículo 2º expresa: "La Provincia de Guayaquil se declara en entera libertad para unirse a la grande asociación que le convenga de las que se han de formar en la América del Sur" (1). Este documento fue promulgado cuando apenas había transcurrido un mes de la revolución, el Perú no se había constituído y el general San Martín ocupaba algunas secciones del país. El movimiento de Guayaquil favorecía su empresa, y despertaba ambiciones de los peruanos. Por esto al recibir aviso de la revolución envió a su ayudante Tomás Guido y al mayor Toribio Luzuriaga a propender a la incorporación de Guayaquil al Perú, todavía naciente (2).

Gestiones del Perú en Guayaquil.

Las gestiones de estos agentes no lograron resultado favorable a sus propósitos: Guido celebró con el Gobierno un convenio el 30 de diciembre, sobre bases dictadas por el general San Martín, por el cual mientras durara la guerra, la provincia se declaraba bajo la protección del general argentino y lo reconocía como jefe de las fuerzas de mar y tierra; pero conservando Guayaquil su gobierno independiente, la constitución provisional sancionada, y la libertad de agregarse cuando le conviniera al estado de Colombia o al del Perú. Por esta última cláusula, impuesta por la Junta, Guido se negó a firmar el convenio, y sin embargo se consideró válido por algún tiempo.

---

(1) Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820-22. Por D'Amecourt (Camilo Destruge). Guayaquil, pag. 205.

(2) Destruge, citado, pags. 229 y 230.

Guido se devolvió al Perú el 5 de enero de 1821 y Luzuriaga, enviado como experto militar, se fue poco después a consecuencia del fracaso de sus gestiones. La columna formada por él quedó destruída en el combate de Tanizahua y fusilado su jefe el argentino García, prisionero en la acción.

Basado en el informal convenio de Guido, el Protector mandó a Guayaquil al general José de La Mar, natural de Cuenca, con parientes en Lima y en Guayaquil, íntimamente unido al general San Martín desde que le entregó la plaza del Callao; venía destinado a tomar el mando de la provincia y de sus tropas, creyendo realizar la incorporación al Perú, de la cual era ardiente partidario. Junto con él vinieron a Guayaquil provistos de dinero para dar fiestas y conquistar amistades, el general peruano Francisco Salazar en calidad de agente oficial y el coronel argentino Manuel Rojas, como secretario (3).

El éxito de San Martín.

La revolución en España de Riego y Quiroga, el 1° de enero de 1820, y el encumbramiento del gobierno liberal, inclinado a negociar con los hispano-americanos, produjo en toda la América un movimiento a favor de la independencia. Gracias a este cambio de política de España y a las victorias de la escuadra chilena dueña del Pacífico, el general San Martín no había encontrado resistencia a su desembarco en Pisco, al sur de Lima, el 8 de setiembre de 1820, y la provincia de Guayaquil, por las mismas causas, pudo realizar su revolución el 9 de octubre siguiente.

El batallón Numancia, formado por Yañez en Venezuela en 1813, con oficiales y elementos enviados de Guayana, adquirió nombradía en las activas guerras del país, bajo el mando de Calzada. El general Morillo lo mandó de Popayán al Perú en 1819. Aunque hizo el viaje por tierra y fueron a caballo, conservó su efectivo de 700 plazas, reforzándose en varias etapas. Desde su llegada sirvió a los españoles con eficacia, pero adelantada la revolución se pasó a los patriotas el 2 de diciembre de 1820, y desde entonces se le consideró como el más brillante cuerpo del ejército independiente (4).

(3) Destruge, citado, pags. 387 y 391.
(4) Informe de Heres. O'Leary, tomo V, pag. 316.

Sucre, comandante en jefe del Sur.

El 7 de mayo de 1821 llegó Sucre a Guayaquil, escaso de tropas, y con el encargo de libertar a Quito. En esos días Bolívar se hallaba empeñado en la campaña de Carabobo y Sucre no tenía esperanzas de recibir refuerzos de Bogotá. Por este motivo resolvió entrar en tratos con el Perú, pero en conocimiento del deseo del general San Martín de no desprenderse del batallón Numancia, le escribió el 13 de dicho mes lo siguiente: "La Junta Superior de esta Provincia me ha significado que un cuerpo dependiente del ejército de V.E. que se levanta en Piura, puede cooperar eficazmente a la campaña sobre Quito, si invadiendo por Loja a Cuenca penetra hasta reunirse a la división de Colombia que marcha de este punto" (5). Esta petición la renovó Sucre el 12 de junio, ofreciendo en cambio llevar personalmente al Perú 1.000 o 2.000 hombres al terminar la campaña de Quito. Más tarde, el 22 de agosto el Ministro Monteagudo le participó que el proyecto no estaba lejos de realizarse (6). Después del fracaso de la campaña de Huachi, hallándose Sucre en situación difícil, renovó en carta al Protector el 19 de octubre la petición que había hecho en meses anteriores al gobierno del Perú, de que le remitieran el batallón Numancia u otra fuerza equivalente para cubrir la provincia, mientras llegaran tropas del Cauca (7).

San Martín adopta el proyecto de Sucre.

Resuelto el general San Martín a no desprenderse de tan espléndido batallón, dispuso en cambio adoptar el proyecto sugerido por Sucre en su nota citada el 13 de mayo, y así lo participó el general Arenales a Sucre el 1º de diciembre (8).

Tal fue la gestación de este proyecto tan alabado por los historiadores argentinos como espontánea contribución del general San Martín a la causa general de América. En consecuencia, el gobierno de Lima envió orden al general Arenales, gobernador

(5) Oficio de Sucre al general San Martín, Babahoyo, 13 de mayo de 1821. Paz Soldán, Historia del Perú Independiente, Primer Período, pag. 246.

(6) Paz Soldán, citado, oficio de Sucre, 26 de setiembre, al Ministro Monteagudo, pag. 247.

(7) Paz Soldán, citado, Sucre al Protector del Perú. Babahoyo, 19 de octubre de 1821, pag. 248.

(8) Carta de Sucre a Heres, 12 de diciembre de 1821. O'Leary, tomo V, pag. 348.

del Departamento de Trujillo, de despachar hacia Loja y Cuenca la brigada del coronel Santa Cruz, formada en Piura para cubrir la frontera.

La brigada Santa Cruz.

Esta brigada se componía del batallón Trujillo, de escasa disciplina, del batallón Piura y de dos escuadrones de Cazadores todos tres de reclutas peruanos, y de un escuadrón de Granaderos argentino de 110 hombres veteranos, al mando del coronel Juan Lavalle. Al llegar a Saraguro la brigada sólo tenía 667 plazas; poco después elevó su número a 1.200 con 250 reclutas locales y 300 enviados de Piura (9).

El Protector procura la incorporación de la provincia.

Según el historiador Mitre, las instrucciones del general San Martín "al agente Salazar le prevenían proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia o su incorporación al Perú o a Colombia, librando este punto a la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución. En el fondo de todo esto, agrega el historiador argentino, estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú y el auxilio prestado a Sucre, respondía a él a la vez que a la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la Junta, arreglose todo en el sentido del plan teórico del Protector" (10).

Guayaquil bajo la protección de Colombia.

Procediendo con buena fe, sentido práctico y su benevolencia habitual, Sucre cumplió sus deberes como Comisionado de Colombia, sin hostigar a la Junta con exigencias extemporáneas, ni excitanto los ánimos en favor de su causa, como lo hicieron Guido y Luzuriaga; y logró celebrar con la Junta a los ocho días de su llegada, el 15 de mayo de 1821, un importante convenio favorable a su comisión.

La Junta de Gobierno sin autorización para decretar la incorporación a Colombia, se comprometió a recomendar oportuna-

(9) Diario de la División del Sur, O'Leary, tomo XIX, pags. 173 a 177.

(10) Mitre, Historia del General San Martín y de la Emancipación Sud Americana, tomo III, pag. 587.

mente a la Junta Electoral las ventajas de la Ley Fundamental de dicha República, declaró a la Provincia bajo los auspicios de Colombia y concedió a S.E. el Libertador Presidente todos sus poderes para proveer a la defensa de la provincia de Guayaquil y comprenderla en todas las negociaciones y tratados de alianza, paz y comercio que celebrara con naciones amigas, enemigas o neutrales (11). Posterior este convenio al celebrado con Guido lo suplantaba en las facultades concedidas y daba otras nuevas en favor de Colombia. Al proceder así la Junta había tenido en cuenta los derechos territoriales de Colombia. Virtualmente este convenio anulaba el celebrado con Guido por el cual se dieron al general San Martín facultades militares sobre Guayaquil. Sin duda desde este día debía cesar toda influencia extraña a Colombia. Un Estado no puede estar a la vez a las órdenes de dos poderes.

La opinión del pueblo.

Todo este resultado debiose a la opinión favorable a la unión con Quito, y en último caso a Colombia, a los recuerdos ingratos de la administración del Perú, cuando se hubo posesionado de toda la provincia a principios del siglo, y naturalmente a la presencia de la pequeña columna de Sucre. Los miembros de la Junta de Gobierno, partidarios del Perú, nunca pudieron ganar la opinión del pueblo.

Causa de la impopularidad del Perú.

El comercio libre con toda España decretado por Carlos III, a fines del Siglo XVIII, había favorecido el desarrollo de Guayaquil, así como el de Cartagena y otros puertos americanos. Desaparecido el monopolio que tenían ciertos comerciantes opulentos de Cádiz, Lima y México, el comercio se extendió a manos de personas de más actividad. Los guayaquileños agricultores ensancharon sus labranzas favorecidos por anticipos de dinero de comerciantes de Lima y el Callao, pero éstos a la larga establecieron verdaderos monopolios, odiosos a los guayaquileños y ponían obstáculos a la exportación directa desde Guayaquil hacia España, de manera que en este puerto se decía que Lima impedía su comercio. Estos hechos explican la hostilidad general de los

(11) Convenio de la Junta de Gobierno con Sucre. Guayaquil, 15 de mayo de 1821. O'Leary, tomo XIX, pag. 40.

guayaquileños a la influencia del Perú, favorecido únicamente por corto número de familias y personas de alta posición (12).

Medidas hostiles a Colombia.

Reunidos Sucre y Santa Cruz en Saraguro, marchaban más acá de Cuenca con 2.200 infantes y 400 jinetes, cuando el 29 de marzo Santa Cruz le participó a Sucre haber recibido orden de retroceder a Lima, bajo un pretexto visiblemente falso. La causa verdadera de tan extraña orden fue la impresión desagradable del general San Martín cuando supo, el 20 de febrero en Huanchaco, el próximo arribo de Bolívar a Guayaquil con tropas. Aunque él anunciara como motivo de su viaje el propósito de conferenciar con el Libertador de Colombia, su verdadero objeto al dirigirse a Guayaquil era el de influir en la provincia en favor de su incorporación al Perú, creyendo a Bolívar, como era la verdad muy lejos en Cali. Pero la noticia enviada de Guayaquil el 7 de febrero, de la próxima llegada del Libertador con tropas, recibida por el Protector en Huanchaco el 20, le produjo un efecto mágico y enfurecido se devolvió violentamente a Lima a tomar medidas hostiles contra Colombia; actos omitidos por los historiadores argentinos, hasta hacerlos desaparecer, para borrar de la política de San Martín, uno de sus rasgos de mayor doblez y de refinado egoismo, defecto de carácter disimulado hábilmente, pero revelado por hechos incontrovertibles (13).

Pretende emplear la fuerza contra Colombia.

Al mismo tiempo de enviar orden a Santa Cruz de retroceder al Perú, San Martín encargaba a La Mar, nombrado comandante general de la provincia, de sostener a todo trance la independencia de Guayaquil con las tropas locales y la brigada Santa Cruz, si el gobierno de la provincia y el pueblo, solicitaban su protección para defenderse de Bolívar; y en el caso contrario, es decir, si la Junta de Gobierno y la mayoría de los habitantes se pronunciaban a favor de Colombia, entonces debería retirarse a Piura con la brigada Santa Cruz, reunir otras tropas locales y obrar según fuera

(12) Los Colombianos o la República Vindicada por el Derecho Público de las Naciones. Memoria de autor desconocido. Guayaquil, febrero 26 de 1822. Boletín de la Academia de la Historia N° 136, pag. 435.

(13) Véase adelante el capítulo "Primer Intento de San Martín sobre Guayaquil".

necesario a la seguridad del departamento de Trujillo (14). En una segunda nota de la misma fecha, de carácter reservado, se le dice al general La Mar, además de lo referido, que el gobierno del Perú está dispuesto *a hacer todos los sacrificios que sean necesarios*, si Guayaquil quiere cumplir su juramento, es decir sostener su independencia (15).

La irritación de San Martín por el fracaso de su intentado viaje a Guayaquil, a influir en la incorporación de la provincia al Perú, lo indujo al regresar a Lima, a consultar el 3 de marzo de 1822 al Consejo de Estado, si declaraba la guerra a Colombia, pero aunque obtuvo la autorización se limitó por lo pronto a las disposiciones expuestas (16).

Energía de Sucre.

Estas medidas no tuvieron consecuencias perniciosas por la decisión de Sucre de oponerse, hasta con las armas si fuere necesario, a la retirada de Santa Cruz; y a la frialdad del pueblo de Guayaquil ante los manejos de La Mar y Salazar, agentes del Perú, en favor de su gobierno. En vista de la resuelta actitud de Sucre y previo acuerdo con sus subalternos, Santa Cruz convino en seguir la campaña y continuó el movimiento de avance.

La retirada de Santa Cruz, dice Mitre "habría sido una mengua para las armas de Colombia o un oprobio para la causa de la Independencia Americana" (17). Pero la mengua, decimos nosotros, no habría sido para las armas de Colombia, sino para las armas del Protector. Hipócritamente Mitre atribuye la infame orden al delegado Torre Tagle, y la contra orden, es decir, la autorización para seguir la campaña, al general San Martín (18).

Contraorden del Protector.

Las disposiciones de San Martín calculadas para arrebatar a

(14) Paz Soldán, citado, pag. 261. Oficio a La Mar, 3 de marzo de 1822, Lima.

(15) Paz Soldán, citado, pag. 389. El oficio por error tiene fecha 23 de marzo, pero evidentemente es de la misma fecha del anterior 2 de marzo, fue escrito para mantenerlo reservado.

(16) Restrepo, Historia de Colombia, tomo III, pag. 194. Destruge, citado, pag. 395.

(17) Mitre, citado, pag. 566.

(18) Mitre, citado, pag. 567.

Colombia la provincia de Guayaquil, dadas en Lima el 3 de marzo de 1822, fueron suspendidas nueve días después el 12 de marzo, con sorpresa de los iniciados en ellas; en Guayaquil no quedaron huellas de tan descabelladas disposiciones porque Olmedo no quiso tomar ninguna iniciativa, y la actitud resuelta de Sucre impidió su divulgación (19).

¿Qué motivos tuvo el Protector para cambiar tan rápidamente de proceder?

En aquellos días ocurrió un acontecimiento extraordinario favorable en alto grado al Perú: las fragatas españolas la Prueba y la Venganza, escasas de víveres y de municiones y sin tener donde proveerse de estos artículos indispensables para el servicio, se presentaron en Guayaquil a mediados de febrero de 1822, con las tripulaciones hambrientas dispuestas a rendirse a Colombia, pero se interpusieron los peruanos, quienes podían reunir rápidamente, como lo hicieron, la suma de dinero imprescindible para lograr el arreglo con los españoles. El Capitán Villegas, comandante de los buques celebró varias entrevistas con el agente del Perú don Francisco Salazar e inmediatamente se entendieron. El pacto se firmó el 15 de febrero del mencionado año. Por este arreglo los españoles entregaban los buques al gobierno del Perú, mediante el compromiso de éste de pagar los sueldos atrasados y conceder a los oficiales algunos ascensos y la oferta de mantenerlos en el servicio. Como los españoles estaban apurados todo se hizo muy ligero, y la fragata Prueba convenientemente restaurada y abastecida se hizo a la vela el 25 de febrero rumbo al Callao.

Las noticias de estos arreglos las recibió el Protector del Perú en Lima hacia el 13 de marzo, e inmediatamente dió contraorden a la brigada Santa Cruz y a las autoridades de Guayaquil que le eran adictas de suspender las órdenes hostiles a Colombia dadas el 3 de marzo. La llegada de la fragata, el arreglo con el Perú y su permanencia en Guayaquil eran pruebas de que Bolívar no había podido realizar su proyecto de dirigirse por mar con sus tropas a Guayaquil. Tal fue el motivo de las contraórdenes del Protector del 13 de marzo a que nos referimos.

Al participar Sucre a Santa Cruz su resolución de usar las armas para oponerse a la retirada de sus tropas escribió al Go-

(19) Paz Soldán, citado, pag. 260. Véase al final Catálogo N° 70.

bierno del Perú y al Protector, explicándoles su resolución y los desastres que ocurrirían si se cumpliese la orden enviada a Santa Cruz (20). Estos episodios mantenidos en la penumbra o voluntariamente olvidados por los historiadores del Sur, arrojan luz meridiana sobre los propósitos del gobierno del Perú, de apoderarse de la codiciada provincia, por medio de maniobras políticas y hasta por la fuerza.

Sucre continúa la campaña.

Arreglados los cuerpos en Cuenca con refuerzos colombianos recibidos de Guayaquil y los peruanos de Piura mencionados atrás, la división continuó las operaciones activas con la agilidad y vigor que Sucre sabía comunicar a las tropas. En cada caso rodeaba las posiciones fuertes ocupadas por los españoles y enseguida elegantemente ofrecía la batalla. En Riobamba repitiéronse estas maniobras. Cuando la infantería española desocupaba la Villa y su caballería cubría la retirada, adelantado el escuadrón de Granaderos argentinos observó que los jinetes españoles entraban a un ancho callejón donde no podrían replegar; en el acto su coronel Lavalle aprovechó la ocasión, los cargó y puso en derrota; pero reaccionados los españoles más adelante, en terreno abierto, avanzaron sus cuatro escuadrones en perfecto orden sobre los independientes. Para evitar el choque con la masa, Ibarra, comandante general de la caballería, ordenó a los suyos retroceder para volver caras a usanza llanera, al perder los atacantes su formación, y batirlos en detal. Así lo efectuaron los colombianos y argentinos, rivalizando ambos en valor y destreza y batieron a la caballería enemiga.

Vergonzosa conducta de dos batallones.

La división partió de Riobamba el 28 de abril y llegó a La Tacunga el 2 de mayo, donde se incorporó el valiente Córdova con el batallón Magdalena. Continuada la campaña Sucre ascendió con todo su ejército a las heladas faldas del Cotopaxi para evadir las posiciones fuertes tomadas por los españoles en Jalu-

(20) Véanse los despachos de Sucre a Santa Cruz, al Gobierno de Lima y al Protector, fechas 30 y 31 de marzo y 1° de abril de 1822 en la obra de Andrés Eloy de la Rosa, Firmas del Ciclo Heroico, pags. 363, 368, 375, 377 y 380. Al mismo tiempo Sucre recomendaba al Numancia cómo debía conducirse. Pags. 383 a 385.

pana y La Viudita. Estas maniobras se repitieron en los días subsiguientes hasta que Sucre, con solo subir las faldas del Pichincha, arriba de Quito, obligó a los adversarios a tomar la ofensiva y atacar su división. En el combate el batallón Trujillo del Perú se sostuvo con otros colombianos, pero abandonado por su comandante Olazábal retrocedió en desorden al terminársele las municiones, y por su parte el batallón Piura en vez de avanzar a sostenerlo como se le había ordenado huyó cobardemente con su coronel Villa a la cabeza. Estos episodios vergonzosos no impidieron que los colombianos de Paya, Magdalena, Yaguachi y Albión ganaran la batalla, y cuando el coronel Ibarra jefe de la caballería bajó a la falda por orden de Sucre a buscar la caballería para persequir a los enemigos fugitivos hacia Pasto, no encontró a los jinetes peruanos y argentinos, porque creyendo Lavalle perdida la batalla al huir los batallones Trujillo y Piura, se había retirado con los Granaderos argentinos y Cazadores peruanos a larga distancia, de manera que no tomaron parte en la batalla ni aun en la persecución; por consiguiente ni los jefes argentinos de infantería Olazábal y Villa ni el de caballería Lavalle, influyeron en la acción, sin embargo más tarde se atribuían la gloria del triunfo (21).

La mala conducta señalada de los batallones N° 2 del Perú o sea el de Trujillo y N° 4 del Perú o sea el denominado Piura queda comprobada con las declaraciones siguientes de Lavalle y Santa Cruz. El primero dice: "que el batallón N° 4 del Perú titulado entonces Piura fue el segundo que entró en fuego, en circunstancias que el N° 2 (o sea el denominado Trujillo) se retiraba en orden, habiendo tenido su coronel la advertencia de mandar que toda la tropa levantase las tapas de las cartucheras para que todos viesen que había agotado sus municiones, no quedándole otro recurso que abandonar, un campo en que no podía pelearse con arma blanca: el N° 4 (o sea el Piura) siendo un batallón todo nuevo se sobrecogió de ver venir sobre sí a todo un ejército que ganaba terreno y retrogradó un momento pero, ¿se hubiera contado más con este cuerpo si su comandante y oficiales hubieran seguido el impulso de la tropa? A sus esfuerzos, ésta se rehizo y contribuyó a la victoria". Tales son las disculpas de Lavalle a las cuales agrega en una nota que el coronel Olazábal del N° 2 solicitó

(21) Lecuna. Crónica Razonada, tomo III, pags. 173 y siguientes.

muchas veces las municiones pero nuestro parque no había llegado y no se le mandaron. Mas este retardo no autorizaba—decimos nosotros—al batallón Trujillo a abandonar el campo de batalla en dispersión hasta provocar la retirada de Lavalle a larga distancia, al considerar perdida la batalla. En cuanto al N° 2 o sea el de Piura, regido por el comandante Villa, basta decir que el general Santa Cruz en su informe jactancioso sobre la batalla, dirigido el 28 de mayo al gobierno del Perú le dice: "El batallón de Piura, que se conservó en reserva, hizo su deber, y su comandante Francisco Villa y sargento mayor don José Jaramillo conservaron el orden que era necesario" (22).

En resumen: Lavalle confiesa la derrota del Trujillo, y Santa Cruz trata de ocultar la cobardía del Piura situándolo en la reserva. En su parte de la batalla declara Sucre que el batallón Yaguachi también agotó sus municiones, pero en lugar de huir como el Trujillo esperó la llegada del parque conducido por tres compañías de Albión (23).

Al narrar estos sucesos no ha influído en nosotros el sentimiento nacional: como prueba de ello relatamos un caso análogo venezolano. En la derrota de Barquisimeto, el 10 de diciembre de 1813, uno de los batallones patriotas botó las armas y echó a correr; reunidos los dispersos al día siguiente al enrostrarle Bolívar sus faltas los denominó el "Batallón Sin Nombre" no le dió bandera y por escasez de fusiles lo condenó a combatir en la próxima función con simples lanzas. Este cuerpo en la batalla de Araure recuperó su honor batiéndose heroicamente. En otro capítulo se reproducen las elocuentes palabras del Libertador al devolverle su bandera.

Por la fuga de argentinos y peruanos, la persecución la hicieron solamente los escuadrones colombianos Dragones de Cestari y

(22) La declaración de Lavalle se halla en la obra de Pedro Lacasa titulada Lavalle, Buenos Aires, 1924, pag. 138, y el parte de la batalla dado por Santa Cruz se encuentra en la obra peruana titulada El Album de Ayacucho, Lima 1862, pags. 62 a 64. Véase el informe de Sucre al general Santander, confirmando todo lo expuesto y la retirada del general Santa Cruz cuando vió el batallón Trujillo en dispersión, y su regreso al campo de batalla al saber por Ibarra que Sucre había triunfado.

(23) Parte de Sucre al Gobierno de Colombia. Quito, 28 de mayo de 1827. O'Leary tomo XIX, pag. 290.

Dragones del Norte. Quito se rindió al día siguiente 25 de mayo de 1822.

Política errada del Libertador.

Como expresa Restrepo, Bolívar tenía el defecto de halagar demasiado a los enemigos o adversarios para atraerlos a su política (24). Por esta condición equivocada en nuestro concepto, dió un decreto concediendo el sobrenombre de Granaderos de Riobamba, sólo al escuadrón argentino de Lavalle, aunque los Dragones colombianos habían combatido con igual bravura que los Granaderos argentinos. Esta circunstancia, y el decreto de honores exagerados a la brigada Santa Cruz, han dado motivo a las leyendas que atribuyen todo el mérito del mencionado combate y de la campaña a los argentinos y peruanos, leyendas ridículas que los historiadores nuestros no se han tomado el trabajo de rebatir. Mitre afirma que en Riobamba sólo combatieron 30 Dragones colombianos y atribuye la dirección a Lavalle (25), cuando tomaron parte activa y principal dos escuadrones colombianos y la dirección, a usanza de los llaneros colombianos, fue obra exclusiva del coronel Ibarra, héroe de cien combates, de los vencedores en Vargas, Boyacá y Carabobo (26).

Polémica con la Argentina.

En los primeros meses de 1826 El Condor de Bolivia publicó una relación de esta campaña escrita por oficiales colombianos, para desmentir las falsedades propaladas en Buenos Aires, acerca del combate de Riobamba y la batalla de Pichincha. El general Lavalle replicó al Condor en un artículo extravagante, lleno de mentiras, explicando los sucesos a su manera y especialmente justificándose de su fuga impremeditada de las faldas del Pichincha cuando bajaron dispersos los batallones peruanos Trujillo y Piura huídos de la batalla, causa de que Lavalle la diera por perdida. Sus razones para justificarse son inconsistentes, a saber: una consulta al general Mires, quien se hallaba encargado de conducir un batallón y era hombre desprestigiado por su torpe conducta el año anterior, motivo de la derrota de Huachi; a lo

(24) Restrepo. Historia de la Revolución de Colombia, tomo IV, pag. 178.

(25) Mitre, tomo III, pag. 569.

(26) Lecuna. Crónica Razonada, tomo III, pag. 176.

que agrega Lavalle la quimera de que perdida la batalla, él con sus 96 Granaderos habría sostenido la guerra en las mesetas quiteñas largo tiempo contra todos los esfuerzos españoles. Tales jactancias de Lavalle dan idea de su espíritu necio y hueco (27).

Regreso de Santa Cruz.

La brigada Santa Cruz llegó a Saraguro como hemos expuesto con 667 hombres (28). Luego en Cuenca se le dieron unos 250 reclutas colombianos, con los cuales su número se elevó a 905 y poco después al recibir otros 300 de Piura, llegó a tener 1.200 hombres; sus pérdidas en la campaña la redujeron a poco mas de la mitad, aunque en los combates sólo perdió 80 hombres. Para rehacerla en Quito se le dieron 700 veteranos colombianos, de los prisioneros en Pichincha, y a su regreso a embarcarse tomó en Cuenca 224 del batallón del Sur. De manera, dice Sucre en su informe al Vice-Presidente de Colombia, que en reemplazos se le dió a esta brigada más fuerza de la que trajo (29), y su número se elevó en el momento de embarcarse a 1.600 plazas por el ofrecimiento de Sucre a Santa Cruz de despacharla con 400 hombres más de su efectivo de 1.200.

Repuestas sus bajas la brigada Santa Cruz se puso en marcha de Quito hacia Guayaquil, seguida de los 1.800 hombres de la división auxiliar de Colombia, destinada al Perú; fueron juntas hasta Riobamba, pero en esta ciudad, la primera tomó el camino de Cuenca donde debía recibir los reemplazos mencionados para reponer las bajas del camino, de manera de llegar al puerto de embarque con el número completo de 1.600 plazas. El 22 de julio pasaron la mayor parte de los cuerpos colombianos por Guayaquil y fueron a embarcarse en la escuadra del almirante Blanco Encalada, destinada también a conducir la brigada de Santa Cruz (30). Esta última de Cuenca se dirigió al puerto de Naranjal, situado al sur de Guayaquil, donde la tomaron a su bordo los buques de la escuadra peruana. El mismo 22 de julio el Libertador

(27) Lacasa, citado, pag. 138.

(28) Diario de la División del Sur. O'Leary, tomo XIX, pags. 173 a 177.

(29) Informe de Sucre. Quito, 30 de enero de 1823. Archivo de Santander, tomo IX, pag. 225. Lecuna. Campaña de Pichincha, Boletín de la Academia de la Historia N° 100, pag. 534.

(30) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 53. Carta a Santander, Guayaquil, 22 de julio de 1822.

ordenó al teniente coronel Francisco Eugenio Tamarís, comandante del batallón de Cuenca o del Sur, formado por el general Heres, de poner a disposición del general Santa Cruz 12.000 pesos, o bien entregarlos al oficial que designara dicho general. Al mismo tiempo le recomendó poner su batallón a las órdenes del general Santa Cruz para que tomara los reemplazos que le hicieran falta y dos días después, le dice al Intendente de Quito que ha mandado a abonar al señor general Santa Cruz la cantidad que le correspondía, por haber exigido Santa Cruz que se le entregara todo el dinero en Cuenca (31).

La brigada Santa Cruz ha debido llegar a Lima a fines de agosto. Paz Soldán, calculando el efectivo del ejército del Protector en esos días escribe lo siguiente: "También se contaba con el auxilio ofrecido por Bolívar y aceptado por el Perú y que constaba de 1.656 hombres valientes, disciplinados y vencedores. La división de Santa Cruz orgullosa con los triunfos de Riobamba y Pichincha, estaba en marcha y su número pasaba de 1.500 hombres, de suerte que a principios de setiembre tenían los patriotas del Perú un ejército de 10.647 hombres disciplinados, y más de 22.000 de milicias organizadas" (32)

La división auxiliar.

La división colombiana auxiliar del Perú partió de Quito con 1.800 hombres; al embarcarse tenía 1.700 y en la revista pasada en Lima sólo contaba 1.656 distribuidos así: batallones Vencedor en Boyacá 587, Vencedor en Pichincha 699 y Yaguachi 370. Como va expuesto a la brigada de Santa Cruz se le asignaban más de 1.500 hombres.

La brigada Santa Cruz.

Nota de Sucre al Ministro de Guerra del Perú, general Tomás Guido.

La división del señor general Santa Cruz se dispone a regresar y lo verificará en principios de la próxima semana; ha sido re-

(31) Copiadores del Libertador, en su Casa Natal. Lecuna. La Conferencia de Guayaquil, Boletín de la Academia de la Historia N° 101, pags. 80 y siguientes.

(32) Paz Soldán, Primer Período, pag. 328.

emplazada en todas sus bajas con viejos soldados hijos de Colombia y será aumentada con alguna recluta que se hace en Cuenca.

Quito, 22 de junio de 1822.

Boletín de la Academia de la Historia N° 87, pag. 375.

Carta de Bolívar a Santander.

Guayaquil, 22 de julio de 1822.

Ya se embarcó el batallón de Yaguachi, seguirá el de Pichincha compuesto del Magdalena y Paya, y he dado además el batallón de Cuenca por las bajas sufridas en la división del Perú de Quito a aquí, a fin de que no se quejen nunca de que no se les ha llenado admirablemente la contrata que hizo el general Sucre con el general Santa Cruz. Esta división pasó ayer por aquí y fue a embarcarse en los buques de guerra del Perú que trajo el Almirante Blanco Cicerón.

Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 54.

Carta del Ilustre general O'Higgins sobre el regreso de la brigada Santa Cruz a Lima.

Santiago, agosto 24 de 1822.

Señor don Miguel Zañartu.
Mi distinguido amigo:

Son en mi poder sus apreciables 1° y 16 de julio último. También he visto el dictamen oficial a que se refiere Vd. en la primera acerca de su destino. Yo lo apruebo en todo, pero siendo una idea antigua mía la que Vd. apunta sobre la misión a Francia y que no había todavía indicado, porque no hallaba prospecto lisonjero, ahora que Vd. lo advierte y asoma otro horizonte más favorable en aquel reino, me agrada más la representación de Chile cerca de aquella corte que las anteriores, donde ya han reconocido nuestra independencia y no hay mucho en que trabajar y ocupar la confianza y honor del Gobierno. Además conviene la residencia de Vd. en París por si acaso el señor Irisarri se hubiese de regresar a su país o tener que intervenir cerca de alguna otra corte de las de Europa. Buenos Aires no merece una representación

como la que Vd. obtiene, porque no es más que una miserable provincia y porque no quiere ser amiga de Chile. Yo hablo de los que hoy llevan la rienda del Gobierno, no de ese pueblo filantrópico, digno de la dirección de hombres cuerdos y de honor, como los tiene, y no de locos reformadores que precisamente deben ser al fin víctimas de pasiones rastreras y faltas de toda sana razón. Por ser hoy día de fiesta no puedo hacer redactar los días en que han sido electos los diputados de los pueblos para la Convención; pero en el ordinario siguiente le irá a Vd., para que convenza a los lechuzos del Argos de la falsedad de su supuesta carta en el número 45.

No solamente es falsa, como lo demostrarán los papeles públicos, sino una calumnia muy insultante y denigrativa al celo y buena fe con que he procedido en esta materia.

Hacen solamente cuatro días que ha llegado la elección de diputado de Valdivia, que ha recaído en Camilo Henríquez. La de Osorno no ha llegado todavía y las de los otros pueblos se han verificado en distintas épocas. Sé que un tal Nuñez a quien no conozco y menos he ofendido jamás, es el lechuzo más obstinado en mi descrédito; él pertenece al Ministerio de Estado y me basta para entender sus vilezas. ¡Que repugnante es oir la impudencia con que ese monarquista indecente se atreve a propalar ideas liberales y justas! El desprecio de todo buen patriota sea el castigo de esos bujardones de la sociedad.

He recibido la carta de García, que me vino por el conducto del señor Riglos. El Libertador Bolívar se halla en Guayaquil, adonde se enarboló la bandera de Colombia tres días después de su entrada y quedó incorporado a aquella República. *La Prueba* y escuadra de Lima se hallaba en dicho puerto y me escribe Blanco iba a recibir y embarcar en el término de cinco días la división del Perú que tanta parte tuvo en la victoria de Pichincha. No queda un solo enemigo en Quito ni en todo el territorio de Colombia; así me lo indica el Libertador. Más rabia para los lechuzos del Argos. Acabo de auxiliar al ejército del Perú con un buque cargado de provisiones y plomo para balas de fusil. Dentro de ocho días se embarcarán para el Callao trescientos dragones, con el objeto de auxiliar la restauración de las provincias que pertenecieron a Buenos Aires en el Perú y aun gimen bajo la

tiranía española. También he dado libertad de derechos a los comisionados de Lima, para proveer aquella ciudad de víveres en las presentes escaseses de víveres causadas por la guerra.

Adiós, mi querido amigo, tenga Vd. salud y disponga de su etc.

O'Higgins.

P.D. Dé Vd. mil expresiones a mi nombre al amigo Pueyrredón.

Archivo de don Bernardo O'Higgins, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1949, Tomo VI, pags. 321 a 323.

CRUELDAD Y ULTRAJES DE SAN MARTIN A HERES

Disgustados los jefes subalternos del ejército libertador chileno-argentino por la inacción del general San Martín, después de la ocupación de Lima, tramaron una conjuración con la idea de reemplazarlo. El coronel Heres, comandante del batallón colombiano Numancia, a quien habían invitado los conjurados, calculando las consecuencias funestas que podría tener el complot, y a instigación de algunos jefes leales, resolvió denunciarlo. Tomada esta grave resolución, personalmente lo comunicó al general San Martín. Fue un exceso de celo y gran torpeza, porque a él sólo le correspondía guardar su cuartel y dejar correr los acontecimientos.

El general San Martín lejos de apreciar el aviso, para despejar la situación, cometió la crueldad de sacrificar a Heres: al efecto convocó a todos los jefes delatados, al propio Heres, y al jefe de estado mayor Las Heras, y a tan numerosa reunión reveló el denuncio del jefe colombiano. Júzguese cual sería la indignación de los jefes comprometidos y los improperios dirigidos por ellos a Heres. Terminada esta horrible sesión el general San Martín le expresó a Heres que convenía se retirara al campo por unos días, y muy poco después lo expulsó del Perú. Este fue uno de los episodios más trágicos y crueles de la revolución.

La conjuración existió. Acerca de este grave asunto Mitre escribe lo siguiente:

"Esta conspiración ha sido hasta hoy un misterio histórico. Vicuña Mackenna en "El General San Martín", pag. 41-42 y Paz Soldán en "Historia del Perú Independiente", pag. 225, se ocupan vagamente de ella, dando el segundo detalles inexactos. Cuando el año de 1849 interrogué sobre este punto en Chile al general Las Heras—a quien algunos han atribuido participación en este conato de conspiración—se manifestó reservado, no obstante la íntima amistad y la confianza con que me honró hasta el fin de

sus gloriosos días. Sin embargo me dió la evidencia del hecho. Díjome: que desde que Canterac bajó la Sierra, ya los jefes del ejército conspiraban, y que él había neutralizado estas tendencias subversivas, siendo ésta una de las causas por la cual la persecución que hizo a Canterac en la retirada no fue más activa y eficaz. Me agregó, que por esto, se separó del ejército después de la rendición del Callao, para no verse envuelto en estos siniestros manejos. No me manifestó contra San Martín resentimientos, que el tiempo había borrado, pues admiraba su genio político y militar y sus grandes cualidades morales; pero es la verdad, que se retiró profundamente resentido, según consta de una carta que escribió a Alvarez Condarco, en que le decía "Estoy cansado de servir a ingratos, y no a la patria" (Archivo de San Martín M.S.). El hecho de la conspiración me fue posteriormente confirmado por el general Rufino Guido, comandante entonces de Granaderos a Caballo, en carta autógrafa en que decía, contestando a una serie de preguntas históricas: "En cuanto a la persecución a Canterac, si no se hizo como debió, fue porque los jefes tramaban contra el general para separarlo del mando, y buscaban los medios de desacreditarlo, como si alguno de ellos fuera capaz de reemplazarlo; y si no se atrevieron a dar el golpe fue porque nunca contaron con los segundos jefes y menos con la tropa" (Archivo San Martín, vol. XII, M.S.) (1).

Acogido Heres en Cuenca por Sucre, pronto logró la confianza y estimación del Libertador por sus dotes excepcionales de organizador y con él volvió al Perú, donde alcanzó los altos puestos de jefe de estado mayor y de ministro de guerra. Era honrado a toda prueba, leal y trabajador. Por su carácter hosco se proporcionaba enemigos.

Bolívar no era querido por los burócratas. El imponía la economía más severa en el manejo de los dineros del Estado. Heres, por sus empleos refrendaba muchas medidas administrativas, como por ejemplo el decreto de 7 de marzo de 1825 rebajando a la mitad las gratificaciones de la marina. Actos como éste aumentaban su impopularidad.

Pero donde se desarrolló el odio más feroz contra Heres fue en los grupos de militares argentinos y peruanos, cesantes desde

(1) Mitre, citado, pags. 137 y 138 nota.

sus tremendas derrotas, algunos de ellos de los delatados por Heres, y todos enfurecidos al verlo mandando. Estos odios trascendieron en sus respectivos países. Así se explican las vehementes consuras de algunos escritores del Sur contra uno de los hombres más patriotas y honrados de la revolución.

Desempeñando Heres con su acostumbrada energía la gobernación de Guayana fue asesinado por los contrabandistas para libertarse de su vigilancia.

A continuación insertamos el decreto de rebaja de sueldos. El original pertenece al señor Alfredo Boulton.

SIMON BOLIVAR

Libertador Presidente de la República de Colombia, Libertador de la del Perú, y Encargado del Supremo mando de ella &.,&.,&. Considerando:

1º—Que se necesita de una grande economía para que así pueda restablecerse el erario público arruinado por las circunstancias que han mediado desde el año de veinte hasta el día.

2º—Que la justicia dicta que se guarde proporción entre los goces de los empleados en servicio público.

He venido en decretar y decreto:

1º—Las gratificaciones de que gozan actualmente los jefes, oficiales y dependientes de la escuadra nacional desde la clase de Almirante hasta la de terceros pilotos, y desde primeros cirujanos hasta segundos capellanes, quedan reducidas a la mitad.

2º—Esta declaración se entiende con los embarcados tengan o no mando.

3º—El ministro de Estado en el Departamento de Marina queda encargado de la ejecución de este Decreto. Imprímase, publíquese y circúlese. Dado en el Palacio del Supremo Gobierno en Lima, a 7 de marzo de 1825, 6º y 4º.

SIMON BOLIVAR

Por orden de S. E.
Tomás de Heres.

LAS DIFICULTADES DE BOMBONA

El gobierno de Bogotá en 1822 presidido por el general Santander, escudándose en el sistema de gobernar estrictamente con la Constitución, no le mandó refuerzos suficientes a Sucre para la campaña de Quito, ni tampoco los mandó a Bolívar para la liberación de Pasto. De aquí resultó, como hemos expresado en capítulo anterior, que Sucre se vió obligado a pedir un contingente al Perú, en reemplazo del batallón colombiano de Numancia retenido en aquel país; y Bolívar tuvo que hacer la campaña de Pasto con fuerzas insuficientes y aun cuando triunfó en Bomboná no pudo dominar la comarca y pocos días después se vió obligado a retirarse, hostigado por guerrillas locales, mientras le llegaban refuerzos, siempre mezquinos, enviados a buscar con agentes propios y obtenidos mediante instancias y súplicas al gobierno. Por fin Sucre, reforzado con una brigada del Perú pudo triunfar en Pichincha y libertar a Quito y Bolívar avanzando de nuevo logró rendir la división de Pasto, bajo la influencia de la victoria de Sucre.

En resumen: a consecuencia de la escasa cooperación del gobierno de Bogotá para la liberación de Quito, Sucre sufrió la derrota de Ambato y tuvo necesidad del concurso peruano, y Bolívar, creador y Presidente de la República de Colombia, se vió obligado a hacer la de Pasto en condiciones deplorables, y aunque mostró en la batalla de Bomboná y en la retirada, consumada habilidad y resistencia heroica, como era de esperarse, ha sido blanco de críticas de algunos escritores o historiadores, cuando por su desinterés de no tomar el mando y seguir la campaña merece los mayores elogios. Bolívar se resignó por su espíritu de sacrificio a superar tantas dificultades, por no alterar el régimen constitucional establecido bajo la Vice-Presidencia de Santander. Con más egoismo habría tomado el mando en Bogotá y preparado él mismo fuerzas abrumadoras para la campaña, como lo había hecho el año anterior de 1821, tomando directamente las rentas

de varias provincias para crear, proveer y disciplinar el ejército que triunfó en Carabobo.

Durante la campaña del Perú, cuando Bolívar quedó reducido a sus propias fuerzas colombianas y a unos cuantos grupos de soldados peruanos, como hemos dicho, Sucre le propuso tomar la ofensiva y batir a los españoles antes de que éstos se reunieran en una sola masa, pero Bolívar consideraba más seguro mantenerse a la defensiva mientras llegaran los refuerzos pedidos a Colombia. Sucre no contaba con estos refuerzos porque decía, "si el gobierno de Bogotá no los había mandado suficientes para las campañas del Sur de Colombia, era menos probable que los mandara para la del Perú" (1).

Los acontecimientos le dieron la razón a Sucre.

(1) Carta de Sucre a Bolívar, 4 de febrero de 1824. O'Leary, tomo I, pag. 125. La frase se halla en la pag. 128.

LA MARCHA HACIA BOMBONA

Reproducimos esta carta del señor Sergio Elías Ortiz porque aclara puntos importantes de la historia del Libertador. V.L.

Pasto, 16 de abril de 1953.

Señor Doctor Vicente Lecuna
Caracas.

Mi respetado e ilustre amigo:

Le quedo muy agradecido por la deferencia de solicitar mi opinión en el asunto de la marcha de Bolívar hacia Bomboná. He aquí la opinión que me he formado sobre tal asunto.

Según los "Recuerdos Históricos del General M.A. López" fue un teniente Alvarez, de los derrotados con Valdés en febrero de 1821, en Genoy (a diez kilómetros de Pasto) y que se habría quedado disfrazado de fraile en los alrededores de este sitio, el que con sus informaciones hizo variar la resolución del Libertador de atacar el reducto de Pasto por Genoy y lo hizo tomar la vía hacia Bomboná. Pura fábula, a mi juicio, y me alegro mucho de que usted no la tomó en cuenta en su monumental "Crónica Razonada", como no la tomó en cuenta el historiador J.M. Restrepo en su clásica "Historia de la Revolución de Colombia", él, que pudo estar mejor informado que ninguno por su amistad y contacto con el Libertador sobre estas cuestiones.

Creo yo que el Libertador tenía decidido pasar el Guáitara sin tocar con Pasto, ni comprometer una batalla formal en terreno tan peligroso como era este formidable bastión, rodeado por todos los lados de fortificaciones naturales reciamente reforzadas con obras complementarias, quizá desde Popayán, desde que oyó los informes del coronel José María Obando, recientemente ingresado al campo republicano. El plan genial de Bolívar, político y militar era interponerse entre Pasto y Quito, y si posible llegar a tiempo a la "batalla de Quito", que estaría a esas horas in-

tentando Sucre, según cálculo probable en una época en que no había forma de comunicarse rápidamente. Prueba de ello es que desde Taminango, el 25 de marzo, se dirigía al coronel Cruz Paredes para decirle: "Vd. debe estar ya situado para el 30 del corriente (marzo) en las inmediaciones del pueblo de Mercaderes hasta que sepa positivamente que nosotros hemos pasado los ríos Juanambú y *Guáitara, lo que debe ejecutarse probablemente dentro de ocho días a mas tardar*". Dentro de los cálculos del Libertador el ejército debía estar del otro lado del Guáitara el 3 de abril siguiente, a más tardar y el cálculo era preciso pues bien sabía él, por indicaciones de Obando que venía a su lado como práctico o experto conocedor de estas regiones que, evitando a Pasto, encontraría un paso hábil por el río Guáitara por Veracruz (puente de Ales) que posiblemente estaría desguarnecido y fácil de alcanzar marchando de sorpresa.

Si el Libertador hubiera intentado forzar el paso por Pasto, mediante una batalla campal, quizá no habría tomado el camino largo, peligroso por la insalubridad de Taminango, sino que se habría dirigido por el Tablón de los Gómez o por el Boquerón, como Nariño. Sabía él muy bien que el zanjón de Genoy estaba terriblemente fortificado desde el año anterior de la intentona de Valdés y por ello tampoco le hubiera sido fácil dar una batalla por allí, pues los realistas se hallaban en su casa, con todos los medios militares a su alcance y el Libertador estaba lleno de enfermos y andando por tierra arrasada. ¿Qué hacer entonces, estratégicamente hablando? Evitar a Pasto y pasar el Guáitara mediante una marcha sorpresiva dejando a sus espaldas a Basilio García amenazado por fuerzas pequeñas que quedaban detrás del ejército comandadas por los coroneles José María Córdova, en el Tablón de Gómez; Cruz Paredes por Mercaderes y Laurencio Silva por el Peñol. Sabía el Libertador, además, que Basilio García tenía muy regadas sus tropas en distintos puntos estratégicos y que no le sería fácil reunirlas inmediatamente para seguirlo a los Pastos. Por ello su plan perfectamente concebido de pasar el Guáitara sin tocar con Pasto, ni comprometer una batalla, a mi juicio, era lo mejor que podía pensarse, lo práctico, lo que economizaba sangre patriota. El necesitaba tener el mayor efectivo para Quito y nada más. Por ello creo que su intento de atacar por Genoy, no pasó de un ardid de guerra.

Desgraciadamente para las armas patriotas Basilio García era un zorro viejo que malició o tuvo conocimiento de este plan por el maravilloso espionaje que tenía a sus órdenes. En el "*Manifiesto de lo acaecido en la última acción de guerra que se dió en territorio de Pasto*", publicado en La Habana en 1822, en folleto, dice Basilio García sobre este asunto: "En la segunda acción general que fue el 7 de abril del presente año, fuí atacado por el presidente de la república (Simón Bolívar) y cuatro generales, que a principio de marzo habían salido de Popayán en dos divisiones que componían 4.000 hombres, y entre ellos cuatrocientos caballos, pero ya no pasó el Juanambú más que con 3.000 por haberse enfermado y desertado el resto; hizo varias *tentativas* para atacarme, ya por un punto, ya por otro, proponiéndome antes de la acción tratado de armisticio que no acepté y a continuación se verán las contestaciones: por último, *llamándome la atención por Genoy*, y dispuesto a recibirlo en la misma posición que a Valdés, me flanqueó por mi izquierda antes de llegar al punto, dejándome intermedio un cerro inaccesible que llaman el volcán de Pasto. Podía muy bien seguir a Quito dejándome a la espalda o atacarme por la misma; pero también podía retroceder y me encontraba en el caso de no abandonar el ventajoso punto de Genoy, hasta asegurarme (que) no podía (regresar) atrás, como sucedió por la empalizada que la hice en un estrecho para que le sirviese de obstáculo en caso de retroceder. *Ya había intentado Bolívar vadear el Guáitara, que le fue imposible por ser tiempo de aguas y el puente de Veracruz lo había yo echado abajo de antemano.* En este caso no le quedaba otro recurso que pasar el puente real para ir a Quito, que ya yo lo tenía tomado, o el de dirigirse a Pasto. En vista de lo referido emprendí mi marcha desde Genoy, dejando el cerro del volcán a la derecha, que Bolívar había dejado a la izquierda, y en un día y noche me puse a su frente en la quebrada de Cariaco donde no podía haberse elegido mejor posición. . . ."

Como usted ve, mi ilustre amigo doctor Lecuna, un testigo presencial de los hechos, testigo de la mayor excepción, desata el nudo de este asunto. Lo que siguió no fue sino consecuencia lógica de los hechos: el Libertador encontró destruído el puente por el astuto García y no tuvo más remedio que dar la batalla de Bomboná, contra su voluntad, pero tenía que darla o la moral de sus tropas se iba al suelo, en caso de una retirada deshonrosa.

Estoy listo a dar a usted otros detalles sobre estos asuntos, porque yo he recorrido todos los sitios de esta epopeya y los he estudiado.

Lo saluda cordialmente y espera sus gratas órdenes su admirador y amigo afectísimo.

Sergio Elías Ortiz.

PRIMER INTENTO DE SAN MARTIN SOBRE GUAYAQUIL

El 12 de enero de 1822 el general San Martín por un decreto proclama, delegó el mando del Perú en el general Marqués de Torre Tagle, con el título de Supremo Delegado. En el preámbulo expone en estos términos los motivos de su decisión: "La causa del Continente Americano, dice, me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa" (1).

La brigada Santa Cruz.

Pocos días antes de esta declaración de San Martín, emprendió marcha la brigada Santa Cruz desde Piura hacia Cuenca a tomar parte en la campaña de Quito, a las órdenes de Sucre. La Mar no había aceptado el mando de la expedición cuando Sucre se lo ofreció graciosamente en Guayaquil, pero una vez en Cuenca, Sucre expresó en nota de 25 de febrero de 1822 al Ministro de la Guerra del Perú, que no cedería el mando a ningún militar enviado de Lima aunque fuera de graduación superior a la suya; declaración debida a una insinuación del ministerio peruano dirigida a Sucre en nota del 24 de enero (2). San Martín a su llegada debía encontrar todas las fuerzas bajo el mando de su prosélito La Mar.

(1) Mitre. Historia de San Martín y la Emancipación Sud-Americana. Tomo III, pag. 610. Paz Soldán, Historia del Perú Independiente, Primer Período, pag. 279.

(2) Paz Soldán, citado, pag. 249. Sucre al Ministro de Guerra Tomás Guido. Lecuna. La Cuestión de Guayaquil y la Campaña de Pichincha, Boletín de la Academia de la Historia, N° 100, pag. 478.

De acuerdo con la promesa pública hecha por San Martín el 12 de enero de 1822, de ir a Guayaquil a conferenciar con el Libertador de Colombia sobre intereses generales de la revolución, envió al mencionado puerto un emisario con cartas para Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, anunciándole el nombramiento de La Mar para que se encargara de las fuerzas de Guayaquil y de la división auxiliar de Santa Cruz que debía estar en marcha en refuerzo de la división de Sucre, encargada de libertar a Quito. El Protector pocos días después el 8 de febrero se embarcó en el Callao rumbo a Guayaquil. Pero ya otro poder lo reclamaba con más derecho.

Intimación del Libertador a la Junta de Gobierno.

El 2 de enero de 1822 desde Cali, Bolívar dirigió una intimación a la Junta de Gobierno de Guayaquil exigiéndole su incorporación a la República de Colombia. Al mismo tiempo le avisaba el envío por mar de la división Torres hacia la ciudad con 2.000 hombres y su marcha con la guardia colombiana en el mes próximo. "Yo me lisonjeo, le decía, con que la República de Colombia habrá sido proclamada en esa capital antes de mi entrada en ella. V.E. debe saber que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia; que una provincia no tiene derecho a separarse de una asociación a que pertenece y que sería faltar a las leyes de la naturaleza y de la política permitir que un pueblo intermedio viniese a ser un campo de batalla entre dos fuertes Estados, y yo creo que Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América enzete su territorio (3).

Esta nota la recibió Olmedo el 7 de febrero e inmediatamente alarmado por estos hechos, envió copia por mar con un expreso al Protector imponiéndolo del peligro que suponía a su partido la llegada del Presidente de Colombia y las fuerzas colombianas. Por el mismo conducto el agente del Perú, general Francisco Salazar, pidió instrucciones al Secretario de Estado del Perú con motivo de la próxima llegada de tropas colombianas y de la actitud calificada por él de amenazadora del Libertador de Colombia, resuelto a incorporar la provincia a su nación (4).

Mientras navegaba hacia el Callao el enviado de Olmedo,

(3) O'Leary, tomo XIX, pag. 112.
(4) Paz Soldán, citado, pag. 389.

venía el Protector navegando rumbo a Guayaquil y se encontraron el 20 de febrero a mitad de distancia, en el puerto de Huanchaco. San Martín al imponerse de la próxima llegada de Bolívar a Guayaquil en lugar de seguir viaje a conferenciar con su colega, como había ofrecido en la proclama dada en el mes de enero, saltó para atrás como herido por un rayo, y al llegar a Lima reunió el Consejo de Gobierno el 3 de marzo y le propuso declarar la guerra a Colombia. Tan singular episodio, fundamental para conocer bien los propósitos del Protector sobre la provincia de Guayaquil y determinar el grado de sinceridad de su carácter, lo silencian los historiadores del Sur.

Prudente actitud de Olmedo.

Simultáneamente a estos acontecimientos recibía la Junta de Gobierno de Guayaquil las órdenes de San Martín de entregarle el mando de la plaza al general La Mar, y poner a sus órdenes la brigada Santa Cruz. En el estado de agitación que se hallaba Guayaquil, juzgando posible la llegada de Bolívar de un momento a otro, Olmedo escribió a San Martín las siguientes palabras en las que se opone a la destitución de Sucre y le dice que debe tomar una medida *grande, eficaz y poderosa.* Esta fue su importante comunicación:

Guayaquil, 22 de febrero de 1822.

Exmo. Señor Don José de San Martín.
Mi más apreciable y respetado amigo:

Vea usted ya realizados mis temores que le anuncié en mi anterior, de que algún incidente había de impedir la venida de usted. Cuando llegue el caso no sé cómo anunciar tan mala nueva a este pueblo tan devoto de usted y tan preparado para recibirle.

Por acá hemos tenido nuestra campaña naval. Las fragatas Prueba y Venganza se han entregado con las condiciones que usted verá en el tratado. Esta está ya dentro del puerto, aquella queda en la Puná para salir el 25 o 26 para el Callao. Todavía estamos pensando en las seguridades que debemos poner para que no haya una variación sensible de la aguja. Ya decimos a usted de oficio los pasos previos que se dieron al tratado; el fin de hacer venir a la ciudad al comandante, fue porque personalmente podíamos tratar mejor y quizás poner condiciones que no

podrían expresarse en los tratados, ni proponerse por medio de los comisionados.

Nuestro Salazar impondrá a usted circunstanciadamente de todo. Este buen amigo se ha portado como un agente honrado, eficaz y patriota; lo mismo digo de nuestro La Mar cuyo carácter y honradez conoce usted bien. Don Manuel del Burgo ha llenado su parte como correspondía. Todos merecen la consideración de usted y desearía que usted (con especialidad a los dos primeros) les insinuara que no me he olvidado de hacerle a usted esta justa recomendación.

El nombramiento de La Mar para el mando de la división quizás podrá causar un efecto contrario del que nos proponemos todos. Con la salida de las tropas se ha restablecido el orden, a lo menos en apariencia. Yo bien se que el fuego está cubierto con una ceniza engañadora; por lo tanto una medida de esta clase puede ser un viento que esparza la ceniza y quede el fuego descubierto. Entonces el incendio civil será inevitable. Si La Mar va a la división, será mal admitido y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre que muchas veces le ha ofrecido cordial o excordialmente el mando, ahora lo tomaría a un desaire, y no sabemos de lo que es capaz un resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos piensan, hablan y obran lo mismo; no toda la división que marchó de Piura es de confianza, pues es regular que Urdaneta tenga a su devoción la parte que manda, y la haga obrar según su interés, que no es ni identificado con el del Perú. Estas reflexiones y las que de ellas nacen, nos han hecho acordar que se suspenda el cumplimiento de la resolución de usted hasta que impuesto de todo esto, y de los nuevos riesgos que nos amenazan (como puede usted temerlo por la comunicación que le dirigimos por extraordinario) tome una medida grande, eficaz y poderosa.

La entrevista de usted es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del gobierno del Perú.

Soy siempre apasionado y respetuoso amigo (5).

José de Olmedo.

(5) Documentos del Archivo de San Martín, Buenos Aires. Imprenta de Coni Hermanos, 684, Perú, 1910. Tomo VII, pag. 433. Camilo Destruge (D'Amecourt), Historia de la Revolución de Octubre y la Campaña Libertadora de 1820 a 1822, pags. 391 y 392.

Medidas hostiles a Colombia.

Pero ocurrieron otros hechos todavía más sorprendentes: el general San Martín llegó a Lima en la noche del 2 de marzo, y al día siguiente 3 de marzo expidió varias órdenes hostiles a Colombia: al general Santa Cruz le ordenó abandonar la campaña emprendida con Sucre y retirarse a Guayaquil o a Piura según las circunstancias; al general La Mar, sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil si el pueblo persistía en cumplir su juramento *a cuyo efecto el gobierno peruano declaraba estar dispuesto a hacer todos los sacrificios necesarios para llenar ese objeto* (6), y por último consultó al Consejo de Estado si declaraba la guerra a Colombia (7). Y aunque respecto a este grave punto tuvo la autorización de los consejeros peruanos contra los votos de Monteagudo y Alvarado, argentinos, sólo tomó las disposiciones mencionadas, y trató de detener a Bolívar, diciéndole en carta particular del 3 de marzo, entre otras consideraciones políticas la siguiente: "Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses, para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambos" (8).

Oficio del Gobierno del Perú dirigido a La Mar el 3 de marzo.

En comprobación de todo lo expuesto copiamos las siguientes consideraciones de Mitre, con la reproducción del oficio dirigido a La Mar el 3 de marzo: "No obstante la contra-orden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, a efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigiose en este sentido a la Junta, incitándola a expresar terminantemente si insistía a nó en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que si quería ceder a las intimaciones de Bolívar y unirse a Colombia, esto en nada alteraría la liberalidad

(6) Paz Soldán, citado pag. 389. Aparece en esta obra con fecha 23 de marzo, por error de imprenta. Fue escrito para mantenerlo reservado.

(7) Restrepo. Historia de la Revolución de Colombia, tomo III, pag. 194. Destruge, citado, pag. 395.

(8) Recopilación de Documentos Oficiales de la Epoca Colonial, con un Apéndice Relativo a la Independencia de Guayaquil. Guayaquil, Imprenta de la Nación, 1894, pag. 226.

y circunspección de su política. A La Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución: "Por las comunicaciones del Libertador de Colombia—le dice—no queda duda del plan abierto de hostilidad adoptado contra Guayaquil y del compromiso que queda al gobierno del Perú con el de aquella República. Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embargo se previene, que siempre que el gobierno de acuerdo con la mayoría de los habitantes de esa provincia, solicitasen sinceramente la protección de las armas del Perú, por ser su voluntad conservar su independencia de Colombia, en tal caso, completadas las fuerzas que están puestas a sus órdenes (la división auxiliar) *las emplee en apoyo de la espontánea voluntad del pueblo.* Si por el contrario el gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pronunciasen su opinión a favor de las miras de Colombia, sin demora vendrá al departamento de Trujillo a tomar el mando general de la costa norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentar hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguridad del Departamento" (9).

De lo expuesto se deduce claramente el propósito del Protector al emprender su viaje a Guayaquil: satisfacer el anhelo de los dirigentes peruanos de incorporar a su país la rica provincia del Sur de la antigua Nueva Granada, dueña del mejor puerto del Pacífico, de abundantes bosques ricos en maderas de construcción y de un astillero.

Lima, 3 de marzo de 1822.

Al Señor general de división don José de La Mar, Guayaquil.

Señor: Por las comunicaciones del Libertador de Colombia a ese Gobierno, que en copia se remitieron a S.E. el Protector, no queda

(9) Oficio del Ministro de Guerra del Perú al general La Mar, 3 de marzo de 1822. Mitre, tomo III, pags. 596 y 597. (Catálogo de M. S. Paz Soldán N° 276. pag. 70 del Catálogo). Esta nota destinada al público, semejante a la reservada, reproducida en página anterior, carece de estos conceptos: "El gobierno peruano declara estar dispuesto a hacer todos los sacrificios necesarios para llenar ese objeto".

duda del plan abierto de hostilidad adoptado contra ese país y del compromiso en que queda el gobierno del Perú con el de aquella República. Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embargo prevengo a US. que siempre que el gobierno de acuerdo con la mayoridad (mayoría) de los habitantes de esa provincia, solicitasen sinceramente la protección de las armas del Perú, por ser su voluntad el conservar la independencia de Colombia; en tal caso emplee US. *todas las fuerzas que están puestas a sus órdenes en apoyo de la espontánea deliberación del pueblo.* Pero si por el contrario el gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pronunciasen su opinión a favor de las miras de Colombia; sin demora vendrá US. al Departamento de Trujillo a tomar el mando general de la costa del Norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentar hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguridad del Departamento de Trujillo. Como no es posible prever las diferentes combinaciones que allí se presenten, el gobierno deja al arbitrio de US. obrar según ellas, pues sabe hasta que grado debe confiar en el delicado celo y conocimientos de US. Tengo el honor de comunicarlo a US. para su inteligencia &.

Bernardo Monteagudo.

Paz Soldán. Historia del Perú Independiente, Primer Período, Lima, 1868. pag. 261.

(Reservada)

Lima, marzo 3 de 1822.

Al General don José de La Mar, Guayaquil.

Señor: Incluyo a U.S. copia de la nota que en esta fecha dirije S.E. el Supremo Delegado al Gobierno de Guayaquil, bajo la cubierta del general Salazar; y de orden Suprema prevengo a U.S.I. que, poniéndose de acuerdo con el agente diplomático de este Gobierno, luego que entregue a ese las comunicaciones que se le dirijen, nivele su conducta por la declaración que expida a consecuencia de ellas, mandando retirar a todo trance la división del coronel Santa Cruz al punto que U.S.I. tenga por conveniente,

para sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil, si su voluntad es conservarla; o bien para replegarse a los límites del Departamento de Trujillo si prefiriera ceder a las indicaciones del Libertador. S.E. *el Supremo Delegado está dispuesto a hacer todos los sacrificios que sean necesarios,* si Guayaquil quiere cumplir el juramento que hizo y en tal caso U.S.I. prestará a ese Gobierno todo el apoyo que las circunstancias y su celo lo permitan. Mas en el caso contrario vendrá a situarse con la división de Piura, dejando aquella provincia seguir libremente la marcha que adopte, para que el mundo vea que el Gobierno del Perú no tiene otro interés que el de ver cumplida en todas partes la voluntad general, y que éste es el único ministerio de su política. Tengo el honor &.

Bernardo Monteagudo.

Paz Soldán. Historia del Perú Independiente, Primer Período, pag. 389.

Se deduce evidentemente de la carta de Olmedo de 22 de febrero que en Guayaquil había pasado el temor de la llegada próxima de Bolívar, por la presencia de las fragatas en las costas ecuatorianas, aunque se admitía la posibilidad de que pudiera presentarse de un momento a otro.

CONSULTA DEL LIBERTADOR AL PODER EJECUTIVO DE COLOMBIA SOBRE INTRUSIONES DEL GENERAL SAN MARTIN EN GUAYAQUIL

Trapiche, 1º de junio de 1822.

Al señor Secretario de Relaciones Exteriores.

Por la marcha de mi secretario el coronel Pérez en comisión cerca del Gobierno de Quito, tengo yo mismo que dirigirme a V.S. para incluirle una correspondencia del Protector del Perú, de bastante importancia por su contenido, y otra nota del mismo señor Protector, dirigida al gobierno de Guayaquil y publicada en la Gaceta del Patriota de aquella ciudad.

Por estos documentos podrá observar V.S. que el Protector del Perú pretende: 1º Mezclarse en los negocios internos de Colombia con respecto a las relaciones con sus provincias. 2º Que el Protector afirma que Guayaquil no debe quedar independiente sino que debe decidirse por uno de los dos Estados. 3º Que el mismo Protector le ofrece a Guayaquil, que el Perú mirará como interés propio la independencia de Guayaquil.

El espíritu que reina en Guayaquil es bien conocido de V.S. y creo que es notorio a todos y las contradicciones que se observan en las comunicaciones del Protector son de naturaleza a hacer vacilar sobre su buena o mala fe. En consecuencia de todo esto y de mucho más que no digo porque no tengo tiempo para ello & &; he creído de mi deber consultar al Poder Ejecutivo sobre la línea de conducta que yo debo seguir con respecto a Guayaquil y al Perú, en la cuestión presente sobre la segregación a Guayaquil y la intervención del Perú. Es mi opinión que el Poder Ejecutivo consulte no solamente al Consejo de Secretarios sino que también convoque, si le es posible, a todos los miembros del Senado que se encuentren en esa capital, y aun a la Alta Corte de Justicia si

lo tuviere por conveniente. Esta indicación la hago con la sola idea de hacer que el acierto de la resolución sea consultado con el mayor número de personajes graves que añadan mayor peso por su consejo a la marcha política que yo deba seguir en un negocio tan delicado como el que se trata.

Yo estoy pronto a no seguir otro dictamen en esta materia sino el que se me comunique por el Poder Ejecutivo, que sin duda será el más sabio y el más justo; más debo hacer presente, que si en último resultado nos creemos autorizados para emplear la fuerza en contener al Perú en sus límites y en hacer volver a entrar a Guayaquil en los de Colombia, es también mi opinión que debemos emplear esta fuerza lo más prontamente posible, precediendo antes las negociaciones mas indispensables y empleando siempre al mismo tiempo la política más delicada para atraernos a los del Partido del Perú y a los de la independencia de Guayaquil, y fomentando además el buen espíritu que reina entre los amigos de Colombia. Declaro también que esta no es más que una mera indicación y que de ningún modo pretendo que se haga otro uso de ella en la deliberación, sino la de tenerla presente para su riguroso examen.

Yo espero con la mayor impaciencia la respuesta del Poder Ejecutivo para arreglar mi conducta a su dictamen definitivo protestando que mientras no venga esta respuesta yo me conduciré del modo que las circunstancias me dicten pero sin emplear en nada la fuerza porque entonces sería tomar la iniciativa en el manejo de un negocio que sin duda es de la mayor gravedad.

Dios Guarde a V.S., muchos años

BOLIVAR

Archivo Nacional de Colombia. Archivo de la República. Historia, tomo II, folios 251 y vuelto y 252.

Publicado por el señor Alberto M. Candioti, Embajador de la Argentina en Bogotá. Boletín de Historia y Antigüedades. Organo de la Academia Colombiana de Historia, Números 315 y 316. Enero-febrero de 1941, pag. 106. Boletín de la Academia Nacional de la Historia N° 100, pag. 501. Lecuna. Cartas del Libertador, tomo XI, pag. 216.

CONTESTACION DEL PODER EJECUTIVO

Al Exmo. Señor Libertador Presidente de la República de Colombia.

Exmo. Señor:

Luego que recibí la comunicación de V.E. fecha en el Cuartel General del Trapiche a 1º de junio último, tuve la honra de someterla al conocimiento y decisión del Poder Ejecutivo de la República. La cuestión sobre las posesiones de Guayaquil han parecido de tanta importancia, que ha sido necesario considerarla por todas sus faces en el Consejo de Gobierno.

Debo poner en noticia de V.E. la resolución del Congreso relativa a esta misma materia. La consideró interesante aquel Cuerpo Legislativo en su totalidad y convino unánimemente en que para la incorporación de las Provincias que componen la presidencia de Quito, se emplease con preferencia el medio de una negociación amigable, al de la fuerza.

La cuestión varía sustancialmente cuando agregada espontáneamente la mayor parte de aquella presidencia, se trata de la parte que debe caber a una accesoria. La práctica de otras Naciones que se vanaglorian de profesar principios tan liberales como Colombia, está muy de acuerdo en que los intereses e interesados de una pequeña fracción de la sociedad, deben sucumbir a los de la mayoría. Las leyes del hombre en estado de naturaleza, no pueden aplicarse en manera alguna al estado social, en que se renuncian muchas de aquellas para gozar de los beneficios que trae consigo el poder y la fuerza combinados. Tampoco puede existir en el seno de la sociedad el hombre de la naturalera sin causar a los que la componen perjuicios de la mayor consideración; tal sería la Provincia de Guayaquil, si colocada entre el Perú y Colombia, continuase sirviendo en una especie de aislamiento desventajoso a ella misma y perjudicial a los estados colombianos.

La exposición que tengo la honra de acompañar a V.E. manifiesta claramente que el actual gobierno de Guayaquil no desconoció esos principios, cuando pudo ponerlos en práctica al tiempo de su transformación política. ¿Con qué derecho decretó entonces la agregación de veinte mil almas de población que componen el cantón provincia de Porto Viejo, contra su voluntad expresamente

declarada en favor de Colombia? Este mismo es el que tenemos en el día para compeler a Guayaquil a entrar en su deber, caso que una negociación amigable no sea capaz de producir el efecto. Este derecho es tanto más fuerte de nuestra parte, cuanto que *el Perú no puede alegar en su apoyo el menor motivo que justifique sus pretensiones, ni que pueda autorizar a su Protector a dar a V.E. consejos que no necesita.* La República de Colombia tiene demasiado acreditada su moderación para con los demás estados americanos: sabe respetar las instituciones, cualesquiera que ellas sean y se ha abstenido de intervenir directa o indirectamente en sus negocios domésticos. Esto al parecer nos hace acreedores a igual correspondencia, principalmente si se considera que nuestros derechos están fuera de toda duda, fundados en la pactación y en el *utti possidetis* al tiempo de la fundación de la República. Si es, pues, incuestionable, como lo es, que la bahía de Tumbes era el extremo de nuestro territorio por aquellas costas del Pacífico, y que la provincia de Guayaquil está comprendida entre nuestros límites, ningún poder extraño puede absolutamente mezclarse en la disputa con la menor apariencia de razón.

La resolución de lo que convenga hacer en el caso presente es por lo tanto de nuestra exclusiva incumbencia. Podemos adoptar medidas extremas, si se quiere, sin ofender a nadie. Pero como un estado naciente debe obrar con la mayor circunspección, como el gobierno de un pueblo libre debe contemporizar cuanto sea compatible con su dignidad en todos los casos en que su conducta pueda increparse de opresiva y tiránica, como, en fin, siempre que se trata de la suerte de una población, que va a formar perennemente con nosotros una sola familia, es conveniente conciliar las opiniones en lugar de irritarlas, ha parecido al Poder Ejecutivo que la cuestión no debía decidirse aquí sino donde pueda emplearse con fruto la persuasión, las circunstancias y casualidades y cuanto sea capaz de conducir las cosas a un término feliz. Muy poco se necesitaría para convencer a los partidarios del Perú en aquella provincia, que sus intereses bien entendidos están de parte de Colombia. Esta República no teniendo otros exclusivamente en el Pacífico, que los de Panamá y Guayaquil, los vería como suyos propios, los adelantaría con el mayor esmero y los defendería con todo su poder. Muy diferente sería la suerte de aquellos pueblos si algún día recibiesen la ley de un estado, que considerándolos como una miserable minoría, pro-

curase siempre hacer refluir las ventajas de su comercio y de su agricultura en beneficio y engrandecimiento de sus numerosas provincias marítimas. La voz de un Diputado de Guayaquil en el Congreso del Perú, sería de muy poco influjo por los esfuerzos de sus competidores, mientras que en Colombia encontraría constantemente todo el apoyo y protección que podía apetecer.

Todo esto ha inducido a S.E. el Vice-Presidente y al Consejo de Gobierno a creer que nadie podría resolver con tanta destreza esta cuestión, como V.E., en virtud de las facultades extraordinarias que le atribuye la ley. Se adelanta, sin embargo, a hacer simplemente a V.E. las indicaciones siguientes:

1º—Que para la resolución de la cuestión de Guayaquil se prefiera siempre el medio de una negociación amistosa, manejada con toda la prudencia que caracteriza a V.E.

2º—Que si esta no produce efecto alguno, se ocupe inmediatamente por la fuerza el Cantón provincia de Porto-Viejo y todos los pueblos de la provincia de Guayaquil que reconozcan o estén dispuestos a reconocer espontáneamente la República de Colombia.

3º—Que en las fronteras del territorio de Guayaquil que permanezca separado de Colombia se establezca inmediatamente una Aduana como las de nuestros puertos marítimos, en la cual las mercaderías y frutos que se introduzcan de Guayaquil a nuestras provincias o se extraigan de éstas, paguen los mismos derechos de introducción y extracción que el comercio extranjero en artículos permitidos y que no son de contrabando.

4º—Que si en virtud de las medidas anteriores el Gobierno de Guayaquil cometiese el menor acto de hostilidad o violencia las tropas de Colombia ocupen sin demora toda la provincia, quedando desde el momento agregada a la República.

Como éstas no son más que unas meras indicaciones, el Gobierno lo espera todo de la sabiduría y experiencia que V.E. tiene tan bien acreditadas en el curso de su vida pública.

Dios &. Bogotá, 25 de junio de 1822.

Pedro Gual.

O'Leary, tomo XIX, pag. 318. El original se encuentra en el Archivo del Libertador.

Estos documentos irrefragables prueban que cuanto se ha dicho contra Bolívar por la ocupación de Guayaquil, son apreciaciones infundadas, sin otro origen que afirmaciones de algunos políticos peruanos, ignorantes de la verdad histórica, emitidas sin ningún fundamento legal, y guiados únicamente por una aspiración política, sin duda muy laudable, de engrandecer a su propio país.

Queda establecido definitivamente que la provincia de Guayaquil pertenecía al Virreinato de la Nueva Granada y por tanto a la República de Colombia. La conducta de Bolívar, como Presidente Constitucional de Colombia, en cumplimiento de sus deberes y de las disposiciones del gobierno constitucional de Bogotá, ajustada a la Ley, fue irreprochable.

SEGUNDO INTENTO DEL PROTECTOR SOBRE GUAYAQUIL: LA CONFERENCIA

Suspendidas el 12 de marzo las órdenes hostiles a Colombia dadas por el Gobierno del Perú el día 3 del mismo mes, San Martín permaneció inactivo durante los meses de abril y mayo. Esperaba que los sucesos del Guayas le indicaran la conducta que debía seguir. El agente de Colombia Joaquín Mosquera llegó a Lima el 1º de mayo con dos proyectos de tratados elaborados por Colombia, de ayuda mutua y de confederación con el Perú. Desde luego entró en negociaciones con el Secretario de Estado, sin encontrar buena voluntad y sin adelantar en sus propósitos. La noticia de la victoria de Pichincha llegada a Lima el 22 de junio trazó un nuevo rumbo a los acontecimientos (1). Dos días después el 24 de junio el Protector dirigió un despacho al general Sucre pidiéndole que regresara la división Santa Cruz con otra de 1.500 a 2.000 bravos colombianos para terminar la guerra de América (2).

Enseguida se aceleraron las negociaciones diplomáticas y el 6 de julio se celebraron ambos tratados: el de confederación y ayuda mutua y el destinado a promover una asamblea en un punto céntrico de Panamá, con los demás estados americanos adictos a la idea y celebrar con ellos un pacto de unión, liga y confederación perpetua. Por este último, la República de Colombia se comprometía a mantener y sostener en pie de guerra 4.000 hombres armados y equipados y a su marina nacional en estado de servir para socorrer en caso de necesidad a los otros estados. El Perú por su parte contribuiría con iguales fuerzas al fin indicado (3).

---

(1) La Política de San Martín, por Joaquín Mosquera. Boletín de la Academia de la Historia Nº 103, pag. 169. Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo III, pag. 184.

(2) Paz Soldán, Primer Período, pag. 301.

(3) O'Leary, tomo XIX, pags. 324 a 330. Boletín de la Academia de la Historia Nº 139, pags. 288 y siguientes.

Bolívar ofrece tropas al Perú.

Al día siguiente de su memorable entrada en Quito, el 17 de junio, cuando se ocupaba de los primeros arreglos de la administración de la Provincia, el Libertador escribió al general San Martín, manifestándole la gratitud de Colombia por los auxilios prestados a la división de Sucre, el vivo deseo de proporcionar al Perú los mismos y aun más fuertes auxilios en la lucha contra los españoles y el ofrecimiento de estar pronto el ejército de Colombia a concurrir adonde sus hermanos del Sur lo llamaran (4). No era éste un ofrecimiento vano. Terminada la guerra de Colombia, Bolívar no consideraba asegurada la independencia de su país, mientras los españoles dominaran el rico y poblado virreinato del Perú, concepto expresado por él en diversas ocasiones, antes y después de esta época. Tal era su interés inmediato, fuera del ardiente expresado por él desde sus primeras campañas, de llevar sus armas hasta el Perú, centro del mayor poder de España en Sur América.

San Martín le promete ir a Quito.

El Protector le contestó el 13 de julio aceptando la oferta de las tropas que pudiera disponer, a fin de acelerar la campaña y no dejar nada a la fortuna en el único campo de batalla que quedaba en América, y le anunciaba partir pronto hacia Guayaquil y seguir a Quito a saludarlo y a combinar en grande los intereses de sus respectivos pueblos (5). La exposición de los hechos revelará las opiniones, las intenciones políticas y los conceptos de uno y otro caudillo sobre la suerte de Guayaquil y las futuras campañas del Perú.

El gobierno de Bogotá y Guayaquil.

Con motivo de las medidas hostiles a Colombia, tomadas por el Protector el 3 de marzo de 1822 y de publicaciones hechas en Guayaquil a este respecto, como hemos explicado, Bolívar consultó desde el Trapiche el 1° de junio al Poder Ejecutivo de Colombia, cual debía ser su línea de conducta cuando se aproximara a Guayaquil (6). El Ejecutivo de Bogotá, por conducto del Secretario Pedro Gual, le recomendó preferir siempre las negociaciones

(4) Lecuna. Cartas del Libertador. Tomo III, pag. 41.
(5) O'Leary, tomo XIX, pag. 335.
(6) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo XI, pag. 216.

amistosas en sus gestiones por la recuperación de Guayaquil, pero también lo autorizó a usar las armas, si fuere necesario para ocupar toda la provincia, y salvar de esta manera la integridad de la República (7).

Pretensiones del Perú.

Autorizado el Virrey del Perú por el Gobierno de Madrid a mantener guarnición en el puerto de Guayaquil durante la guerra con Inglaterra en 1803-1806, encargo prorrogado más tarde con motivo de las revoluciones de Bogotá y Quito, el Protector y los dirigentes peruanos, se consideraban con derecho a la posesión de la provincia, aun cuando sabían por la Real Cédula de 22 de junio de 1819 que la provincia pertenecía al virreinato de la Nueva Granada y por tanto a la República de Colombia. Fundado en aquella creencia el Protector, cuando tomó medidas hostiles contra Colombia escribió a Bolívar el 3 de marzo estas palabras: "Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambos" (8).

El nacionalismo del Libertador.

Bolívar le contestó el 22 de junio desde Quito la carta de 3 de marzo con estas espléndidas palabras: "V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente. La constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación la más perfecta, y todos los pueblos de Colombia, inclusive la cuna de la libertad, que es Caracas, se han creído suficientemente honrados con ejercer ampliamente el sagrado derecho de deliberación" (9).

---

(7) O'Leary, tomo XIX, pag. 318. Bogotá, 25 de junio de 1822.

(8) Recopilación de Documentos Oficiales de la Epoca Colonial. Guayaquil, Imprenta de la Nación, 1894, pag. 226.

(9) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 50. Había recibido la de San Martín con gran retraso, porque no se habían libertado Pasto y Quito.

Derechos de Colombia.

Como está probado los derechos de Colombia a la provincia de Guayaquil eran incuestionables. Demuéstranlo la Real Orden de 7 de julio de 1803, las protestas de los guayaquileños y del gobernador de Quito, Barón de Carondelet de 1° de junio de 1807 contra las intromisiones de los gobiernos del Perú, encargados únicamente de la defensa militar del puerto, durante la guerra con Inglaterra, y las Reales cédulas de 23 de junio de 1819 dirigida al Virrey del Perú y de 24 de junio al gobernador de la ciudad y provincia de Guayaquil (10). El mismo Mitre, historiador de San Martín, reconoce los derechos de Colombia a la posesión de Guayaquil en estas palabras: "La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil era más resuelta, y respondía a un plan político y militar mas deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar a Colombia a toda costa" (11). Mas adelante añade el historiador argentino: "El antiguo virreinato de Nueva Granada había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la República de Colombia en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía a Colombia. Si por el contrario pertenecía al virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos histórico legales dan a Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispano americanas" (12).

La opinión de Guayaquil hostil al Perú.

La opinión del pueblo decidida por su autonomía en unión con Quito, y en último caso favorable a Colombia, era hostil al Perú, como lo demostró posteriormente en varias ocasiones, en

(10) Boletines de la Academia de la Historia N° 94 pags. 214 a 216 y N° 100, pags. 390 a 392. Se reproducen páginas atrás en el Capítulo "Dependencia de Guayaquil". También publicamos las de 29 de agosto de 1563; 27 de mayo de 1717; 5 de noviembre de 1723 y de 1739.

(11) Mitre, tomo III, pag. 589.

(12) Mitre, tomo III, pag. 593.

especial durante la ocupación de los peruanos, antes y después de la batalla de Tarqui.

Pero sucedió que en febrero de 1822 Bolívar no pudo realizar su viaje a Guayaquil ni pudo tampoco enviar en enero a la división Torres, por haberse interpuesto unos buques españoles en el Pacífico, y esta circunstancia ha servido a los biógrafos de San Martín para decir que el Protector se devolvió de Huanchaco por haber sabido que Bolívar ya no llegaría a Guayaquil, versión nacida pocos días después en el público ignorante de la verdad de los hechos, y adoptada con regocijo por los historiadores del Sur para disimular los propósitos efectivos del Protector del Perú.

Intención de declarar la guerra a Colombia.

Para fijar las ideas recapitulemos los hechos principales:

Al llegar a Lima el 2 o 3 de marzo de regreso de Huanchaco, el Protector dió las órdenes hostiles a Colombia mencionadas atrás, a saber: a Santa Cruz el abandono de la campaña y la retirada a Guayaquil o a Piura, y a La Mar sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil si el pueblo lo apoyaba, como se creía seguro en Lima pues al gobierno peruano, ya lo hemos advertido, se le había hecho creer que la mayoría del pueblo de Guayaquil deseaba la incorporación al Perú. Sentado esto las instrucciones a La Mar equivalían a declarar la guerra a Colombia por los derechos de esta nación a la provincia, y su enérgica declaración de sostenerlos contra cualquier poder de América que intentara desconocerlos. Si de aquellas órdenes no resultó el conflicto armado fue porque los ciudadanos de Guayaquil, en su gran mayoría adictos a su propia autonomía o a Colombia, no prestaron ningún apoyo a los empecinados corifeos de La Mar y Salazar. La energía de Sucre al retener a Santa Cruz y el cambio casual de dirección adoptado por el general Bolívar, origen de la contraorden del Protector como veremos enseguida, influyeron en este resultado feliz para ambos países.

El Libertador en Guayaquil.

Bolívar no tardó en llegar a Quito, e impuesto de los artificios efectuados para influir en el porvenir de la provincia de Guayaquil a favor del Perú, tras breve estancia en dicha capital partió

apresuradamente a Guayaquil, seguido de la división colombiana ofrecida como auxiliar del Perú y de la brigada Santa Cruz de regreso a su patria. En la tarde del 11 de julio llegó al codiciado puerto y a los pocos momentos entraba en él la división auxiliar compuesta de los vencedores de Bomboná y Pichincha, mientras la brigada de Santa Cruz había recibido órdenes de tomar en Guaranda la vía de Cuenca para embarcarse en el puerto de Naranjal, un poco al sur de Guayaquil, medida sabia para impedir manejos y violencias de los adeptos al Perú a su paso por la ciudad.

Bolívar toma posesión de la ciudad.

El Libertador fue recibido en Guayaquil con tal entusiasmo que las manifestaciones populares cada vez más ardientes, se prolongaron hasta el día 13, en cuya fecha, para calmarlas, Bolívar tomó la resolución de asumir el mando de la ciudad sin tomar ninguna medida que pudiera coartar por esto, la absoluta libertad del pueblo de emitir su opinión, como se practicó en el Colegio Electoral el 31 de julio (13).

Los miembros de la Junta de Gobierno hostiles a Colombia y diversos funcionarios y empleados públicos argentinos y peruanos establecidos desde largo tiempo en la ciudad, corrieron a refugiarse en la escuadra peruana, recién llegada a recibir a la brigada Santa Cruz, aun cuando Bolívar les garantizara sus personas y bienes.

La incorporación de Guayaquil.

La incorporación de Guayaquil a Colombia se efectuó por la decisión de todas las clases sociales, y especialmente del pueblo, bajo la protección de dos batallones necesarios para contener la demagogia, existente siempre en toda sociedad humana. Decir que la incorporación se hizo por la fuerza es inexacto, por decir lo menos: Caracas proclamó su autonomía el 19 de abril bajo el amparo de las tropas de su guarnición; Bogotá y Quito obtuvieron su independencia definitiva enseguida de las victorias de Boyacá y Pichincha; Lima proclamó su independencia protegida por el

(13) Destruge (D'Amecourt) citado, pag. 342. Pedro Fermín Cevallos. Resumen de la Historia del Ecuador, Guayaquil, 1886. Tomo III, pag. 413. Roberto Andrade, Historia del Ecuador, Editores Reed & Reed. Tomo III, pag. 1353.

ejército del general San Martín; Bolivia se constituyó en nación bajo el amparo del ejército de Sucre y todas las transformaciones políticas en el mundo civilizado siempre se han llevado a cabo bajo la protección de una fuerza pública.

Por la inquietud reinante fue necesario definir ante el pueblo la situación política. Al efecto el Jefe de Estado Mayor publicó el siguiente bando:

1º—S.E. el Libertador ha tomado la ciudad y provincia de Guayaquil bajo la protección de Colombia.

2º—El pabellón y la escarapela de Colombia los tomará la provincia como el resto de la nación.

3º—Todos los ciudadanos de cualquiera opinión que sean serán igualmente protegidos y gozarán de una seguridad absoluta.

4º—Colombia será victoriada en todos los actos públicos así militares como civiles.

5º—La autoridad de S.E. el Libertador y sus subalternos ejercerán el mando político y militar de la ciudad y provincia de Guayaquil.

6º—Se encarga a los ciudadanos el mayor orden a fin de evitar las disensiones que han ocurrido.

7º—Las antiguas autoridades han cesado en sus funciones políticas y militares; pero serán respetadas como hasta el presente y hasta la convocación de los representantes de la provincia. Guayaquil, 13 de julio de 1822 (14).

Lento San Martín en todas sus operaciones juzgaba de igual tendencia a Bolívar y por esto esperaba hallarlo en Quito hasta donde era su intención dirigirse, como le había anunciado, a fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar "le ganó de mano", según él mismo lo declaró después. "Los miembros de la disuelta Junta de Guayaquil se refugiaron a bordo de la escuadra peruana, a pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido" (15). En

(14) O'Leary, tomo XIX, pag. 334. Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo III, pag. 192.

(15) Mitre, tomo III, pag. 619.

cuenta el general San Martín desde el primer momento del error de los simpatizantes del Perú de enviarle informes exagerados, cuando fueron a saludarlo los recibió con el mayor desdén.

San Martín llega tarde.

El Protector se embarcó en el Callao el 14 de julio, al día siguiente de haber escrito a Bolívar anunciándole su viaje a Guayaquil y su proyecto de seguir hasta Quito. El creía que Bolívar se dilataría muchos días en Quito organizando la Provincia recién libertada, y esperaba llegar primero a Guayaquil para influir en los destinos de la ciudad y de la provincia, como expresa Mitre en el párrafo preinserto, pero al llegar en La Macedonia a la isla de la Puná se impuso de estar ya resuelta la intrincada contienda motivada por la suerte de la provincia. ¡Cómo serían los cuentos, alardes e informes exagerados de los numerosos argentinos y peruanos hasta entonces empleados en la gobernación, en la aduana y en la administración de rentas, cuando se precipitaron de los buques en que se habían refugiado a la Macedonia donde venía el Protector del Perú! ¡En esos momentos penosos nació la chismografía contra Bolívar!

Herido el general San Martín por tan inesperado chasco no quería desembarcar y fue necesario que Bolívar, después de su primera carta de saludo, enviada con dos edecanes, le dirigiera otra rogándole venir a tierra para satisfacer el ansia que tenía de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de su corazón y de su patria. "¿Cómo es posible, le decía, que Vd. venga de tan lejos, para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible tocar?" (16).

Bolívar sube a bordo a saludarlo.

Mientras iban y venían los edecanes en el curso del día 25, la Macedonia avanzaba majestuosamente hacia el puerto en el largo trayecto de la Ría. En la mañana del 26 el Libertador impaciente por conocer al héroe y expresivo en su trato, subió a bordo a saludarlo. Luego San Martín bajó a tierra con su comitiva y se dirigió a la espléndida casa inmediata, preparada expresamente para él.

(16) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pags. 56 y 57. Por error se publicó primero la segunda carta y enseguida la primera.

En el corto trayecto le hizo los honores un batallón de infantería. Bolívar había bajado primero, y de uniforme y acompañado de su Estado Mayor lo esperaba en el vestíbulo, y al acercarse San Martín se adelantó unos pasos a su encuentro a expresarle el saludo oficial. Juntos subieron al salón. Enseguida de recibir San Martín algunas corporaciones y un grupo de señoras, la bellísima señorita Carmen Garaicoa le ofrendó una corona de laureles esmaltados en oro, y terminados estos actos y agasajos, los dos caudillos se encerraron a conferenciar. Después de un rato, Bolívar se retiró y el general San Martín salió al balcón y "saludó a la reunión con palabras de benevolencia y gratitud por las expresiones patrióticas con que se le distinguía" (17) Una inmensa masa del pueblo lo victoriaba libertador del Perú.

La Conferencia.

Luego despedidas las visitas, el general San Martín fue a cumplimentar al Libertador con el cual estuvo media hora y regresó a comer. Al día siguiente 27 de julio dió sus disposiciones para el regreso y volvió casa de Bolívar. En esta vez ambos se encerraron por cuatro horas. A las cinco de la tarde salieron al salón y pasaron al comedor a un banquete de 50 personas, obsequio de Bolívar a su ilustre huésped, terminado el cual el Protector regresó a su casa a descansar. A las nueve de la noche asistió al baile dado por la Municipalidad en su honor. A la una de la madrugada llamó a sus edecanes y acompañado del Libertador salió por una escalera interior para que no se apercibiera el público, y se embarcó. En el muelle se despidió del héroe de Colombia.

Verdadero propósito del Protector.

Sentado todo esto, volvemos a concluir que el viaje del Protector a Guayaquil interrumpido el 22 de febrero, no tuvo por objeto conferenciar con Bolívar como se ha venido creyendo hasta el presente: en los primeros tiempos porque no se conocían los documentos secretos de cancillería y en estos últimos por falta de análisis. En efecto, las comunicaciones enviadas de Guayaquil el 7 de febrero, en buque de vela, llegaron a Huanchaco, puerto

(17) Relación de Rufino Guido, en la obra de Gerónimo Espejo. Recuerdos Históricos. Entrevista de Guayaquil, Buenos Aires. 1939, pag. 80. Relación de la Conferencia por el Secretario Pérez al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. Guayaquil, 29 de julio.

de Trujillo, del 20 al 21 de febrero, el Protector se devuelve el 22 de febrero, llega al Callao el 2 de marzo, y al día siguiente, 3 de marzo, expide en Lima las referidas órdenes hostiles a Colombia. ¿Qué motivos podía tener para un cambio de conducta tan radical? La única explicación posible es que él pensaba inducir a Guayaquil a unirse al Perú y al imponerse de que iba a encontrar a Bolívar con tropas en la plaza, consideró destruído su sueño de un Perú engrandecido necesario para realizar sus planes monárquicos. En tal estado moral, ¿qué conducta seguir? La lógica era la mostrada y en ella se mantuvo hasta recibir de Guayaquil la noticia el 11 de marzo de la llegada inesperada de las dos fragatas La Prueba y la Venganza dispuestas a rendirse por falta de víveres, pues si hubiera sabido su contra orden y desistimiento de la proyectada expedición a Guayaquil, ¿qué objeto podrían tener las gravísimas órdenes expedidas el 3 de marzo contra Colombia? Luego es forzoso atribuir la interrupción del viaje, su repentino regreso a Lima y las órdenes hostiles a Colombia, a la creencia de que estuvieran ya en Guayaquil la división Torres, la guardia colombiana y el Libertador.

El general Bolívar desistió de la expedición marítima el 7 de enero, en Cali, pero esto no lo supieron en Guayaquil sino después del 22 de febrero, fecha de la referida carta de Olmedo para San Martín y por tanto no era posible a este general saberlo en Trujillo en la mencionada fecha de 22 de febrero cuando sólo podía tener la correspondencia despachada de Guayaquil el 7 de dicho mes, y tampoco en tal fecha podía saber la llegada de las fragatas a Guayaquil.

Confirma nuestro aserto el primer párrafo de la citada carta de Olmedo a San Martín, concebido en estos términos: "Vea Vd. ya realizados mis temores, que le anuncié en mi anterior, de que algún incidente había de impedir la venida de Vd. Cuando llegue el caso no sé cómo anunciar tan mala nueva a este pueblo, tan devoto de Vd. y tan preparado para recibirle". El incidente anunciado por Olmedo en su anterior, del 7 de febrero, era la inminente llegada del Libertador.

Versión equivocada.

Según la versión del coronel argentino Manuel Rojas, el Protector se devolvió de Huanchaco por avisos de Guayaquil del

arribo a la Ría de las dos fragatas españolas Prueba y Venganza, cuya actitud ignoraban en el primer momento (18). Ahora bien, estas naves llegaron el 11 de febrero y el mismo día bajó a tierra el comandante en jefe del escuadrón, capitán de navío José Villegas, y entró en negociaciones con el agente del Perú y el gobierno local para entregar las naves, con tal premura por la falta de víveres, que a los cuatro días, 15 de febrero, celebraron el tratado y quedaron las naves a disposición del Perú. Las comunicaciones en buques de vela de Guayaquil al Callao, remontando la corriente de Humboldt que viene del Polo Sur, son muy demoradas, y mucho más rápidas en sentido contrario. En viaje de ida emplean 22 a 26 días, 14 a 16 en el trayecto de Guayaquil a Huanchaco, y de 8 a 10 al de este puerto al Callao. De manera que el aviso enviado de Guayaquil el 11 de febrero no podía llegar a Huanchaco sino varios días después del 22, fecha de regreso del Protector hacia Lima, luego no es admisible la versión de Rojas.

Además de la carta de 3 de marzo del general San Martín al Libertador, el mismo día de las órdenes hostiles a Colombia, incitándolo a respetar la independencia de Guayaquil, le escribió otra carta el 12 de marzo contestándole una de 16 de noviembre (19), escrita de Bogotá y naturalmente ocurre preguntar, ¿por qué en estas comunicaciones extensas y amistosas no le hizo ninguna referencia sobre el frustrado viaje a Guayaquil?

La marcha de Bolívar por Pasto.

La resolución de Bolívar de adoptar la marcha por Pasto, campaña forzosamente de larga duración, se supo en Lima el 12 de marzo, fecha de la contra orden de San Martín a la brigada Santa Cruz, y de órdenes similares expedidas seguramente a Guayaquil, pues La Mar no llegó a tomar ninguna medida agresiva o de retirada a Piura, como se le había ordenado el 3 de marzo. También influyó en las disposiciones de San Martín del 12 de dicho mes, la noticia de la llegada a Guayaquil de las fragatas españolas el 11 de febrero, indicio seguro de no poder Bolívar realizar la expedición marítima.

Todavía debemos hacer una explicación importante: en carta de 5 de abril, de Cuenca, Sucre le dice a Santander: "Sé que al

(18) Espejo, citado, pag. 49.
(19) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo II, pag. 411.

general San Martín le sentó muy mal la venida del general, no obstante que se embarcó y vino a recibirlo a Guayaquil. En Trujillo supo que no venía y regresó a Lima". Ignorando Sucre el contenido de las comunicaciones enviadas a Lima por la Junta de Gobierno y el general Salazar el 7 de febrero, con copia de la nota del Libertador de 2 de enero, únicas que podían haber llegado a Trujillo del 20 al 22 de febrero, e ignorando así mismo las órdenes de San Martín a La Mar de 3 de marzo, no le era posible descubrir la falsedad de la noticia recibida en Guayaquil en el mes de marzo, acerca de la causa del regreso del Protector.

En la misma carta Sucre expresa el cambio tan notable del gobierno de San Martín con respecto a Colombia, desde el momento de saber el traslado del Libertador a Guayaquil y atribuye las medidas tomadas a sus miras sobre esta plaza y su provincia y al propósito de retardar la campaña de Quito e impedir la aproximación del Libertador (20). En esto último, al parecer no estaba en lo cierto, como tampoco lo estaba en el motivo del regreso del Protector, por no conocer, como nosotros, los documentos relativos a todos estos sucesos. Con frecuencia la posteridad, por tener a su disposición documentos de distinto origen, puede juzgar ciertos hechos con más exactitud que los actores principales (21).

Los historiadores.

Paz Soldán en su Historia del Perú Independiente, al dar cuenta del nombramiento de Torre Tagle de Supremo Delegado, investido con amplias facultades, que el Estatuto señalaba al Protector, agrega estas palabras: "Hízolo reconocer y que le prestaran juramento de obediencia todas las autoridades civiles y militares: a los pocos días, 8 de febrero, zarpó con dirección a Guayaquil; más por acontecimientos imprevistos arribó al puerto de Huanchaco en donde tuvo noticia que el Libertador no bajaría a Guayaquil, porque había resuelto terminar la campaña de Quito. Esta circunstancia lo obligó a regresar al Callao a donde llegó el 3 de marzo; Torre Tagle continuó sin embargo en el mando; porque el Protector preparaba una nueva campaña

(20) Archivo de Santander, tomo VIII, pag. 174.

(21) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. New York, 1950, tomo III, pags. 167 a 171.

sobre los puntos del Sur del Perú" (22). Este historiador pasa por alto la carta de Olmedo y la del agente del Perú, general Francisco Salazar, aun cuando reproduce esta última en su obra, dando cuenta de la próxima llegada de la División Torres a Guayaquil, y del propio Libertador con la Guardia Colombiana, hechos que determinaron al Protector, al conocerlos en Huanchaco, a devolverse a Lima y tomar las medidas hostiles a Colombia que dejamos anotadas.

El historiador Mitre también pasa por alto los documentos despachados de Guayaquil el 7 de febrero con un correo extraordinario en buque de vela y escribe: "Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcose en el Callao a fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor a medio camino de que el Libertador en vez de trasladarse con su ejército a Guayaquil como había pensado, continuaría la campaña del Sud de Colombia por Pasto, regresó a Lima (3 de marzo)" (23). Mitre comenta la intimación de Bolívar a Guayaquil de 2 de enero, señala las disposiciones hostiles contra Colombia como reacción de San Martín por la actitud arrogante de Bolívar (24), y aparenta ignorar la causa verdadera de la interrupción del viaje de San Martín y su repentino regreso el 22 de febrero de Huanchaco a Lima, así como la consulta al Consejo de Estado para declarar la guerra a Colombia.

El tratado de Confederación.

Transcurridos en espectativa los meses de abril y mayo, el embajador Mosquera no había logrado que el gobierno del Perú aceptara el proyecto de tratado de Confederación con Colombia, pero muy avanzado ya el de junio, al llegar a Lima la noticia de la batalla de Pichincha, se procedió apresuradamente a discutir las condiciones y se celebró el tratado el 6 de julio. Calculando el general San Martín que Bolívar se detendría bastante tiempo en Quito, resolvió adelantársele en Guayaquil para influir en las

(22) Paz Soldán, citado pag. 279.

(23) Mitre, citado, pag. 611.

(24) Mitre, citado pag. 565. Achaca al Gobierno Delegado la orden a Santa Cruz de abandonar la campaña, pero en las páginas 596 y 597 atribuye al Protector las medidas hostiles a Colombia.

elecciones a favor del Perú, aprovechando la presencia de la escuadra peruana enviada expresamente a recoger la brigada de Santa Cruz de regreso para su país (25).

Borrador de San Martín.

Marzo 14 de 1822.

Excelentísima Junta Gubernativa de Guayaquil.

Las pruebas que este gobierno ha recibido últimamente del de Guayaquil por la negociación que bajo sus auspicios se ha concluído con el comandante de las fuerzas navales españolas, no dejan la menor duda de los sentimientos que lo animan; puedo asegurar a V.E. que el Perú no olvidará jamás este servicio y que mirará como interés propio la independencia y prosperidad de Guayaquil.

Dios guarde a V.E. muchos años.
Borr.aut.de San Martín.

Documentos del Archivo de San Martín, Buenos Aires. Imprenta de Coni Hermanos, 684 Perú, 1910. Tomo VII, pag. 435.

(25) Mitre, tomo III, pag. 619.

SAN MARTIN EN LA HISTORIA Y EN EL BRONCE

Editado en Buenos Aires por la Comisión Nacional creada por Ley Nº 13.661. Entre los documentos publicados se encuentran las declaraciones de Rufino Guido, primer edecán del Prócer sobre el objeto del viaje de éste a Guayaquil. Dada la importancia de las declaraciones de Guido las reproducimos facsimilarmente junto con las láminas que adornan dicha obra. *V.L.*

LA ENTREVISTA
DE
GUAYAQUIL
Apuntes atribuídos al general Rufino Guido.

"AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN"

COMISIÓN NACIONAL LEY 13.661

Presidente

Excelentísimo Señor Presidente de la Nación

General de Brigada don JUAN PERÓN

Vicepresidente

Delegado del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación
Señor Ministro de Educación,

Profesor doctor don OSCAR IVANISSEVICH

Vocales

Señor Senador Nacional, Contraalmirante don ALBERTO TESAIRE;
» Senador Nacional, doctor don ERNESTO F. BAVIO;
» Diputado Nacional, doctor don HÉCTOR J. CÁMPORA;
» Diputado Nacional, don ANGEL J. MIEL ASQUÍA;
» Diputado Nacional, don JOSÉ EMILIO VISCA;
» Diputado Nacional, doctor don HUMBERTO BUTTERFIELD;
» Presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor don LUIS R. LONGHI;
» Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor don HIPÓLITO J. PAZ;
» Ministro del Interior, don ANGEL GABRIEL BORLENGHI;
» Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, Coronel (R.) don BARTOLOMÉ DESCALZO;
» Secretario del Instituto Nacional Sanmartiniano, don ARMANDO RAMOS RUIZ;
» Consejero Superior del Instituto Nacional Sanmartiniano, doctor don ELÍAS MARTÍNEZ BUTELER;
» Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires, arquitecto don JULIO V. OTAOLA;
» Rector de la Universidad Nacional de La Plata, doctor don JULIO M. LAFFITE;
» Rector de la Universidad Nacional del Litoral, ingeniero don ANGEL GUIDO;
» Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, doctor don JOSÉ M. URRUTIA;
» Rector de la Universidad Nacional de Cuyo, doctor don IRENEO FERNANDO CRUZ;
» Rector de la Universidad Nacional de Tucumán, doctor don HORACIO R. DESCOLE;
» Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército don JUAN CARLOS SANGUINETTI;
» Comandante de Operaciones Navales, Vicealmirante don CARLOS J. MARTÍNEZ;
» Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Argentina, Brigadier General don OSCAR J. MURATORIO;
» Secretario de la Confederación General del Trabajo, don JOSÉ G. ESPEJO;
» Representante de la Confederación General del Trabajo, don FELIPE NASCA;
» Representante de la Confederación General del Trabajo, don VICTORIO ARRIETA;
» Representante de la Fundación Ayuda Social "María Eva Duarte de Perón", doctor don ARMANDO MÉNDEZ SAN MARTÍN;
» Presidente del Banco Hipotecario Nacional, doctor don ALFREDO JORGE ALONSO.
» Secretario de la Junta Ejecutiva: Secretario General del Ministerio de Educación, profesor don CARLOS FRATTINI.

EL general San Martín, salió del Callao para Guayaquil con el objeto ostensible, de tener una entrevista con el general Bolívar; pero muy reservadamente, con el de apoderarse de aquel importante Departamento que se había declarado en favor del Perú, anticipándose al general Bolívar, cuyas intenciones y movimientos de sus tropas al efecto, habían llegado a noticia del Gobierno Peruano. Para esta empresa se embarcaron dos batallones, y con parte de la escuadra, zarpamos del Callao con dirección al referido Departamento, adelantándose del convoy la Goleta de guerra *Macedonia*, en que iba el general San Martín, y el autor de estas líneas.

Llegados a la Puna, se supo allí con sorpresa, que ya el general Bolívar se había apoderado del punto codiciado; noticia que nos dieron varios jefes y oficiales del Ejército Argentino que se habían retirado de Guayaquil con motivo de aquel suceso inesperado para ellos.

Entonces el general San Martín, variando de plan, porque ya no podía llevar a cabo su propósito, se decidió por la entrevista, que era lo que todo el mundo sabía y creía.

A este fin hizo salir al momento una lancha de las que llevaba la goleta *Macedonia*, con órdenes para el convoy que aun debía estar muy distante, para que en el acto de recibirlas, cambiase de rumbo y regresase al Callao.

En la noche del mismo día en que zarpó la lancha, como queda dicho, se embarcó en un bote de 12 remos, el que esto escribe y se dirigió a Guayaquil, comisionado por el general San Martín, para felicitar al general Bolívar por su feliz arribo a aquel punto, y asegurarle que al día siguiente iría a tener el gusto de hacerle una visita. Después de nave-

gar toda la noche a favor de la marea, y contra ella, a fuerza de remo y vela, llegamos a Guayaquil. Como a las doce del día me desembarqué y fuí introducido a las habitaciones de dicho general Bolívar, quien me recibió y agasajó del modo más cumplido y caballeresco: Me dijo: que estimaba mucho la atención de mi General, en anunciar de antemano su visita, la que podría haber excusado porque él ansiaba por verle: que inmediatamente iba a mandar sus ayudantes para que encontrándole en el camino, le felicitasen también en su nombre, y le acompañasen hasta el puerto; y después de hacerme servir un gran almuerzo, y de dirigirme muchas preguntas, a las que yo respondía con toda la cautela y precaución que eran necesarias para con aquel personaje tan sagaz y tan celoso de su nombradía y opinión, me embarqué en el momento que la marea era favorable para mi regreso. A las doce y media de la noche de ese mismo día divisamos la goleta, que había pasado ya la Punta de Piedras, y aunque con gran trabajo y peligro, pudimos ponernos a su costado y subir a bordo. Allí encontré los ayudantes del general Bolívar. Me presenté a mi General, y le di cuenta de la comisión que me había encomendado, instruyéndole de cuanto había visto y observado.

Siguió la goleta navegando con marea y viento favorables, y a las doce del día siguiente, fondeó en el puerto. A los pocos momentos vinieron dos ayudantes más del general Bolívar, a felicitar de nuevo al General, y decirle, que el Libertador deseaba verle cuanto antes: como estábamos listos para desembarcar, desde que avistamos la Ciudad, luego lo verificamos por el muelle: desde cuyo punto hasta la casa en que nos hospedamos, estaba formado un batallón de infantería, que en orden de parada. hizo al General los honores que por su alta graduación y rango se le debían.

Al entrar a la casa hallamos al pie de la escalera que conducía a los altos al Libertador Bolívar de gran uniforme, y rodeado de su Estado Mayor, quien en el momento de ver al General, se adelantó hacia él, y dándole la mano le dijo: "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín".

El General contestó dando las gracias por tan cordial sentimiento, pero sin admitir los encomios que le hacía el Libertador, y subieron las escaleras, siguiendo todos hasta un gran salón que estaba preparado para su recibimiento.

Al poco tiempo de estar allí empezaron a venir las corporaciones a felicitar al general San Martín, y después de ellas vinieron las señoras de Guayaquil con igual objeto: manifestación que desagradó mucho al Libertador, porque él no la había merecido, subiendo de punto su incomodidad y celos por el suceso siguiente. Luego que concluyó de felicitar al General una de las principales señoras que dirigían aquella reunión, y a quien el General la contestó muy cumplidamente y con aquella majestad y porte marcial que tanto le distinguían, quedando todo en silencio y sin despedirse dichas señoras, se levanta repentinamente una de las se-

ñoritas como de 16 a 18 años, linda como un ángel, y con las manos atrás se dirige al General, que al lado del Libertador se mantenía en medio de la sala, y después de pronunciar una arenga, llena de elogios entusiastas, le colocó en la cabeza una corona de laurel esmaltada. Ofendida la natural modestia del General, con una demostración que no esperaba, se puso todo colorado y quitándosela de la cabeza, contestó a la señorita, que él no merecía semejante demostración; que había otros que la merecían más que él, pero que no podía tampoco despojarse de un presente de tanto mérito, por las manos de quien venía, y por el patriótico sentimiento que lo había inspirado; agregando, que lo conservaría eternamente, como recuerdo de uno de sus más felices días.

Después de este singular acontecimiento se despidieron las señoras. Habiéndose despedido también los jefes y oficiales que acompañaban al Libertador, los dos ayudantes de campo del General nos retiramos, quedando solos y a puerta cerrada ambos Generales, cuyo encierro duró hora y media, saliendo en seguida el Libertador para su alojamiento, acompañado de sus ayudantes que le esperaban en nuestras habitaciones situadas al paso.

Volviendo a la escena de la corona, notable y muy notable fué para los más que la presenciamos, la diferente impresión que produjo en el semblante de aquellos grandes hombres: el que recibió tan merecido obsequio, rojo como un carmín, mientras que el otro pálido y lívido como un muerto, no podía ocultar su despecho al verse menos obsequiado y agradecido por aquel gran pueblo, que manifestó su entusiasmo con vivas y aclamaciones al general San Martín, desde el momento de su desembarco, continuando con las mismas manifestaciones en los dos días que permanecimos allí; habiendo ocasiones en que la guardia de honor que teníamos a la puerta, se vió obligada a hacer retirar el inmenso gentío que se agrupaba bajo nuestros balcones, para vitorear y ver al General: todo esto era un tósigo para el general Bolívar, quien por su carácter altivo y dominante, no podía sufrir que hubiese otro, no digo superior, como lo era el general San Martín en muchos respectos, sino ni aun igual; pero volvamos a nuestra breve relación.

Después que se retiró el Libertador, recibió el General algunas visitas, y antes de comer, que lo hicimos en la misma casa en que parábamos, acompañamos al General al alojamiento del Libertador, donde permaneció media hora, y regresamos: la noche se pasó en recibir nuevas visitas, y entre ellas algunas señoras.

Al siguiente día volvimos a la casa del Libertador a la una de la tarde, habiendo antes arreglado nuestro equipaje, y ordenado que a las once de la noche se embarcase a bordo de la goleta, pues según orden del General debíamos embarcarnos esa misma noche al salir del baile, a que estábamos convidados. Luego que estuvieron juntos se encerraron ambos personajes y permanecieron así hasta las cinco, hora en que salieron a sentarse a una gran mesa, dispuesta al efecto, en la que se sentaron tam-

bién algunos generales y varios jefes del ejército de Colombia. Seríamos como cincuenta individuos los que asistimos a aquel suntuoso banquete; la comida fué espléndida y duró hasta las siete de la noche, ocupando la cabecera de la mesa el general Bolívar, que daba la derecha al general San Martín.

Al empezar los brindis que los inició el Libertador, parándose con la copa en la mano, e invitándonos a hacer lo mismo dijo: "*Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín, y yo*". El general San Martín modesto como siempre brindó: "*Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes Repúblicas del Continente, y por la salud del Libertador*". Dos o tres brindis más fueron dados por los generales presentes, y nos levantamos de la mesa. A las nueve de la misma noche fuimos al baile a que estábamos convidados. La reunión era brillante por el número, belleza y elegancia de las señoras y lo suntuoso del salón, perfectamente adornado e iluminado: en cuanto a los hombres, la mayor parte eran jefes y oficiales del ejército colombiano y del estado mayor del Libertador... No estaba menos molesto nuestro General, al verse envuelto en semejante laberinto, él que aun en sus reuniones más familiares y en la confianza de la amistad, observaba aquella moderación y decencia que siempre hay en gente bien nacida; así fué, que determinó retirarse. Se acercó a mí y me dijo: "Llámeme usted a Soyer que ya nos vamos; no puedo soportar este bullicio". Era la una de la mañana, cuando salimos del baile sin despedirse el General sino del Libertador, y sin que nadie se apercibiese de semejante despedida; lo que tal vez habría sido acordado entre ambos, porque no se alterase el buen humor de la concurrencia, pues que uno solo de sus ayudantes nos hizo salir por una puerta excusada y nos acompañó hasta el momento de embarcarnos: una vez a bordo de la goleta, levamos anclas, y nos hicimos a la vela, contentos todos de salir de entre aquella gente, que aparte de sus hazañas y de su constancia en la guerra contra los españoles parecía hacer gala de tosquedad y de soberbia.

El General se levantó el día siguiente al parecer muy preocupado, y paseándonos después del almuerzo sobre cubierta, me dijo: "¿Qué le parece a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar? Pero confío que no se quedará con Guayaquil para agregarlo a Colombia, cuando el pueblo en masa quiere ser anexado al Perú: de grado o por fuerza lo será, luego que concluyamos con los chapetones que aun quedan en la sierra. Usted ha visto la alegría y entusiasmo de ese pueblo, y los víctores al Perú, y a mi persona". En efecto esas demostraciones tan espontáneas de toda aquella población, mortificaron extraordinariamente al Libertador, y desde ese día empezaron los celos contra el General.

Quedan, pues, indicadas las ideas e intenciones de nuestro General cuando salimos de Guayaquil, y seguía tan preocupado con ellas, que

muchas veces rodaba la conversación sobre ese mismo asunto. Pero llegamos al Callao, y todos sus proyectos vinieron por tierra. La noticia que recibió a nuestro arribo de la revolución contra su primer ministro Monteagudo, y más que todo la connivencia de sus principales jefes que debieron haberla sofocado, le anonadó a tal punto, que todos notaron en su semblante la profunda impresión que había hecho en su corazón magnánimo y generoso la ingratitud de sus principales jefes. Persuadido de este error, porque así lo fué, ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él, como lo fué Bolívar, que tuvo la gloria de concluir la guerra en que estábamos empeñados.

He dicho que fué un error del General, el suponerse traicionado por todos sus jefes, porque a excepción de unos pocos, los demás se habían sacrificado por él, y fusilado también el más pintado de ellos, si así lo hubiese él ordenado.[1]

[1] *La Revista de Buenos Aires.* Buenos Aires, 1868, t. XV, N° 57.

ESTA OBRA,
"SAN MARTÍN EN LA HISTORIA Y EN EL BRONCE"
PUBLICADA POR LA COMISIÓN NACIONAL
"LEY 13.661";
PREPARADA Y DIRIGIDA POR EL SUBINSPECTOR
GENERAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA,
NORMAL Y ESPECIAL, SEÑOR D. RICARDO PICCIRILLI,
Y EL INSPECTOR DE ENSEÑANZA DE IGUAL
CATEGORÍA, SEÑOR DOCTOR D. ÁNGEL J. B. RIVERA
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOCIEDAD ANÓNIMA DE IMPRESIONES GENERALES;
RECONQUISTA 319,
EL DÍA TREINTA DE ENERO DE 1960
AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN.

LA CONFERENCIA

El Protector no hizo ninguna relación de la Conferencia porque él mismo informaría personalmente al gabinete de Lima, único interesado en conocer los asuntos tratados en ella. No así Bolívar, quien debía dar cuenta de oficio al Poder Ejecutivo de Colombia, al gobierno de Quito desempeñado en aquel momento por el general Sucre, principal auxiliar de sus empresas desde esa época, y privadamente al Vice-Presidente Santander, su eminente colaborador en el gobierno de Colombia. Por esto existen tres relaciones de la Conferencia dictadas por Bolívar el mismo día 29 de julio de 1822, en las cuales describe y comenta todos los asuntos tratados con el Protector del Perú. Esos documentos son:

1º—Nota oficial al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, firmada por el secretario Pérez, como era la práctica constante de Bolívar. El original existe en Bogotá en el Ministerio respectivo.

2º—Nota oficial al Intendente del Departamento de Quito, al cual pertenecían en esos momentos los Departamentos del Guayas y del Azuay, puesto desempeñado a la sazón por el general Sucre. El original firmado como el anterior por el secretario Pérez, existe en el Archivo y Museo Central de Quito.

3º—Carta particular al general Santander, Vice-Presidente de Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, firmada por el Libertador. El original, así como todas las cartas de Bolívar para Santander, adquiridas por el Gobierno de Venezuela, se conserva en el archivo del Libertador, en su Casa Natal (1).

(1) Documentos publicados en el texto y en facsímiles de tamaño natural en el Boletín 101 de la Academia de la Historia, pags. 16 a 21. También se reprodujeron en nuestra obra Cartas Apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil, Caracas, 1945, pags. 28 a 33, en la segunda edición titulada La Entrevista de Guayaquil, Restablecimiento de la Verdad Histórica, Buenos Aires, Imprenta López, octubre de 1948 pags. 40 a 45 y en la tercera edición de la Dirección de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, 1952, pags. 52 a 56.

República de Colombia.

Secretaría General. (Reservado).

Cuartel General en Guayaquil, a 29 de julio de 1822-12.

Al señor Secretario de Relaciones Exteriores.

Señor Secretario:

Tengo el honor de participar a V.S. que el 26 del corriente entró en esta ciudad S.E. el Protector del Perú, y tengo el de trasmitir a V.S. las más importantes y notables materias que fueron el objeto de las sesiones entre S.E. el Libertador y el Protector del Perú, mientras estuvo aquí.

Desde que S.E. el Protector vió a bordo a S.E. el Libertador le manifestó los sentimientos que le animaban de conocer a S.E., abrazarle y protestarle una amistad la más íntima y constante. Seguidamente lo felicitó por su admirable constancia en las adversidades que había experimentado y por el más completo triunfo que había adquirido en la causa que defiende, colmándolo, en fin, de elogios y exageraciones lisonjeras. S.E. contestó del modo urbano y noble que en tales casos exigen la justicia y la gratitud.

El Protector se abrió desde luego a las conferencias más francas y ofreció a S.E. que pocas horas en tierra serían suficientes para explicarse.

Poco después de llegado a su casa no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S.E. no se inclina a creer que el espíritu del Protector sea de este carácter, aunque tampoco le parece que estudiaba mucho sus discursos y modales.

Las especies más importantes que ocurrieron al Protector en las conferencias con S.E. durante su mansión en Guayaquil son las siguientes:

Primera.—Al llegar a la casa preguntó el Protector a S.E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil sirviéndose de otra frase más común y grosera aun, cual es pellejerías, que se supone ser el significado de enredos; pues el mismo vocablo fué repetido con referencia al tiempo que hacía que estábamos en revolución en medio de los mayores embarazos.

Segunda.—El Protector dijo espontáneamente a S.E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños, refiriéndose a los contrarios. S.E. le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28 del presente se reunían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos en la Asamblea. Con esto cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir.

Tercera.—El Protector se quejó altamente del mando y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno; que éste no debía ser demócrata en el Perú porque no convenía, y últimamente, que debería venir de Europa un Príncipe aislado y solo a mandar aquel Estado. S.E. contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de Príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que S.E. se opondría por su parte si pudiese; pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada Estado; añadiendo sobre este particular S.E. todo lo que piensa con respecto a la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y S.E. repuso que nunca convenía que viniesen tales príncipes; que S.E. habría preferido invitar al general Iturbide a que se coronase con tal que no viniesen Borbones, Austriacos, ni otra dinastía europea. El Protector dijo

que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país, o más fuerzas de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está mas lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

Cuarta.—El Protector dijo a S.E. que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la Federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la base esencial de nuestra existencia. Crée que el Gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí el de Buenos Aires por la falta de unión en él; pero que de todos modos, nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación del Perú y de Colombia aunque no entre ningún otro estado más en ella, porque juzga que las tropas de un estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y revoltosos. Esta parte de la Federación es la que mas interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos, aun cuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fue la que más apoyó en el curso de sus conversaciones.

Quinta.—Desde la primera conversación dijo espontáneamente el Protector a S.E. que en la materia de límites no habría dificultad alguna; que él se encargaba de promoverlo en el Congreso, donde no le faltarían amigos. S.E. contestó que así debía ser principalmente cuando el tratado lo ofrecía del mismo modo y cuando el Protector manifestaba tan buenos deseos por aquel arreglo tan importante. S.E. creyó que no debía insistir por el momento sobre una pretensión que ya se ha hecho de un modo positivo y enérgico y a la cual se ha denegado el gobierno del Perú bajo el pretexto de reservar esta materia legislativa al Congreso; por otra parte, no estando encargado el Protector del poder ejecutivo no parecía autorizado para mezclarse en este negocio. Además,

habiendo venido el Protector como simple visita sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para mostrar un interés que habría desagradado sin ventaja alguna, no pudiendo el Protector comprometerse a nada oficialmente. S.E. ha pensado que la materia de límites debe tratarse formalmente por una negociación especial en que entren compensaciones recíprocas para rectificar los límites.

Sexta.—S.E. el Libertador habló al Protector de su última comunicación en que le proponía que adunados los diputados de Colombia, el Perú y Chile, en un punto dado, tratasen con los comisarios españoles destinados a Colombia con este objeto. El Protector aprobó altamente la proposición de S.E. y ofreció enviar, tan pronto como fuera posible, al señor Rivadeneyra, que se dice amigo de S.E. el Libertador, por parte del Perú, con las instrucciones y poderes suficientes, y aun ofreció a S.E. interponer sus buenos oficios y todo su influjo para con el gobierno de Chile a fin de que hiciese otro tanto por su parte; ofreciendo también hacerlo todo con la mayor brevedad a fin de que se reunan oportunamente estos diputados en Bogotá con los nuestros.

S.E. habló al Protector sobre las cosas de México, de que no pareció muy bien instruído y el Protector no fijó juicio alguno sobre los negocios de aquel Estado. Parece que no ve a México con una grande consideración o interés.

Manifiesta tener una gran confianza en el Director Supremo de Chile, general O'Higgins, por su grande tenacidad en sus designios y por la afinidad de principios. Dice que el gobierno de la provincia de Buenos Aires va cimentándose con orden y fuerza sin mostrar grande aversión a los disidentes de aquellos partidos; que aquel país es inconquistable; que sus habitantes son republicanos y decididos; que es muy difícil que una fuerza extraña los haga entrar por camino; y que de ellos mismos debe esperarse el orden.

El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes, aunque audaces y emprendedores, no son muy temibles. Inmediatamente va a emprender la campaña por Inter-

medios en una expedición marítima, y también por Lima cubriendo la capital por su marcha de frente.

El Protector ha dicho a S.E. que pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo, y que espera que en Colombia se haga otro tanto. La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada, manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras.

Estas son, señor Secretario, las especies más importantes que han tenido lugar en la entrevista del Protector con S.E. Yo las trasmito a V.S. para inteligencia del gobierno y he procurado valerme casi de las mismas expresiones de que han usado SS.EE.

Dios guarde a V.S.

J. G. Pérez

El original se conserva en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia. Cancillería de San Carlos, Bogotá.

República de Colombia.
Cuartel General en Guayaquil, a 29 de julio de 1822.

Secretaría General.
Al Señor Intendente del Departamento de Quito.
(General A. J. de Sucre)
Señor General:

Tengo el honor departicipar a V.S. que el 26 a las 9 de la mañana entró en esta ciudad S.E. el Protector del Perú.

El Protector luego que vió a S.E. el Libertador a bordo del buque que lo conducía le manifestó del modo más cordial los sentimientos que le animaban de conocer al Libertador, abrazarle y protestarle una amistad íntima, sincera y constante. Felicitó a S.E. el Libertador por la constancia admirable en la causa que defiende en medio de las adversidades que ha experimentado y por el triunfo que ha coronado su heroica empresa; en fin el Protector manifestó a S.E. de todos modos su amistad colmándole de elogios y de exageraciones lisonjeras.

S.E. el Libertador contestó del modo urbano y noble que exigen en tales casos la justicia y la gratitud.

El Protector se abrió a las conferencias más francas que se redujeron principalmente a las siguientes:

A las circunstancias en que se ha encontrado últimamente esta Provincia en razón de las opiniones políticas que la han agitado. Espontáneamente dijo el Protector a S.E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil en los que no tenía la menor parte y que la culpa era de ellos refiriéndose a los contrarios. S.E. le repuso que se habían llenado sus deseos de consultar este pueblo; que el 28 se reunían los Electores y que contaba con la voluntad del pueblo y la pluralidad de los votos en la Asamblea. Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares y de la expedición que va a marchar.

El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza: que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado y que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que ganara la primer victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del Gobierno: que éste no debía ser democrático porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debería venir de Europa un príncipe solo y aislado a mandar el Perú. S.E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de príncipes europeos porque eran parte heterogéneas a nuestra masa y que por su parte S.E. se opondría a ello si pudiese, pero sin oponerse a la forma de Gobierno que cada uno quiera darse. S.E. repuso todo lo que él piensa sobre la naturaleza de los gobiernos refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después.

Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin sin duda de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros ninguno está más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la base esencial de nuestra existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la Federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados.

El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces y emprendedores no son muy temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por Intermedios en una expedición marítima y por Lima cubriendo la capital con su marcha de frente.

El Protector desde las primeras conversaciones dijo espontáneamente a S.E. que la materia de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría satisfactoriamente y no habría dificultad alguna; que él se encargaba de promover en el Congreso, donde no le faltarían amigos, este negocio.

El Protector ha manifestado a S.E. que pida todo lo que guste al Perú, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo y que él espera otro tanto de Colombia. La oferta de sus servicios y de su amistad es ilimitada manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras. La venida del Protector a Colombia no ha tenido un carácter oficial, es puramente una visita la que ha hecho a S.E. el Libertador, pues no ha tenido ningún objeto ni político ni militar, no habiendo hablado siquiera de los auxilios que ahora van de Colombia al Perú.

Ayer al amanecer marchó el Protector manifestándose a los últimos momentos tan cordial, sincero y afectuoso por S.E. como desde el momento en que lo vió.

El batallón Vencedor en Boyacá y el batallón Pichincha se han embarcado ayer para seguir al Perú. Antes se había embarcado Yaguachi para el mismo destino. Estos tres Cuerpos ascenderán a mil ochocientos hombres que con cerca de ochocientos que tiene la antigua Numancia, llamado hoy Voltíjeros de la Guardia, formarán la División de Colombia auxiliar del Perú.

S.E. ha dispuesto que el Regimiento de Dragones del Sur del

mando del coronel Cestari venga a esta ciudad cuya orden se le ha comunicado ya.

Dios guarde a V.S. ms. as.

J. G. Pérez.

Adición. Mañana se reúne la Junta Electoral de esta Provincia para decidir formal y popularmente su incorporación a Colombia. Probablemente no habrá un voto en contra y aquí los negocios tomarán el curso regular en que deben quedar para siempre bajo nuestro sistema Constitucional.—Vale. *Pérez.*

El original se conserva en el Archivo y Museo Central de Quito.

República de Colombia
Cuartel General en Guayaquil, a 30 de julio de 1822-12.

Secretaría General.
Al Señor Intendente del Departamento de Quito.
Señor General:

Ayer participé a V.S. la llegada a esta ciudad del Protector del Perú y di a V.S. una relación sucinta de las principales cuestiones que se ofrecieron entre S.E. el Libertador y el Protector. Como algunas de estas especies son de una alta gravedad y consecuencia, no sé si el oficial encargado de escribir la comunicación le puso la palabra Reservada. Si así fuese digo a V.S. de orden de S.E. que mi comunicación de ayer relativa a las sesiones entre S.S.E.E. el Libertador y el Protector son de esta naturaleza, y que V.S. les debe dar toda la mayor reserva de modo que no sea conocida de otro que de V.S. Dios guarde a V.S. ms. as.

J. G. Pérez

Carta al Vicepresidente Santander

(Del original)

Guayaquil, 29 de julio de 1822.

A S.E. el general F. de P. Santander.
Mi querido general:

Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas; se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más

que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres; así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzo por lo menos.

El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos.

No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso. Sólo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones; y, por su parte, no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho.

Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Vd. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente Vd. conocerá su carácter por la memoria que mando con el capitán Gómez, de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases.

Hoy están tratando los de la junta electoral de esta provincia sobre su agregación a Colombia: creo que se hará, pero pretendiendo muchas gracias y privilegios. Yo, encargado del poder ejecutivo en esta parte, me encargaré de la provincia, dejando al soberano congreso, libre su soberana voluntad, para que salga del

paso con su soberano poder. Aquí me servirá de algo la división de los poderes y las distinciones escolásticas concediendo la mayor y negando la menor. Hemos logrado en estos días uniformar la opinión, a lo que no ha dejado de contribuir también la venida de San Martín que ha tratado a los independientes con el mayor desdén. Esto es lo que se llama saber sacar partido de todo. No es para mí este elogio, sino para el que sabe lisonjear a tiempo, aunque sea al cuerdo. La "Prueba" y la "Venganza" no estarían hoy en el Perú, sin la política de San Martín; pero ya no hay más que esperar de estos bobos, y ahora le echa la culpa a ellos.

Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes: primera la libertad del Sur; segunda la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia.

Ya no me falta más, mi querido amigo, si no es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar; quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios, que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna.

El coronel Lara va mandando estos cuerpos y después seguirá el general Valdés, es cuanto en esta ocasión tengo que participar a Vd. y quedo siempre de Vd. de corazón.

BOLIVAR

Sixta Pontón de Santander.

El original se conserva en el archivo del Libertador, en su Casa Natal. El gobierno de Venezuela adquirió la colección de Cartas de Bolívar a Santander.

Como es natural los dos caudillos conversaron solos sin testigo alguno. La afirmación de T. C. Mosquera de haber asistido a la entrevista como secretario es una solemne mentira.

En los primeros días después de la Conferencia Bolívar se expresó del Protector en términos favorables: "Su carácter me ha parecido muy militar, y parece activo, pronto y no lerdo. En política tiene ideas correctas" (2). "Ninguno está mas lejos de ocupar el trono que él" (3). El Protector habla (con naturalidad) "sin estudiar sus discursos". En vista de todo esto Bolívar formó el concepto de los que "más favorablemente juzgaban a San Martín", a pesar de la aparente frivolidad mostrada al comienzo de la conferencia, al hacer "preguntas vagas e inconexas sobre materias militares sin profundizar ninguna", seguramente con el objeto de disimular su desagrado por haber llegado tarde a Guayaquil.

En resumen: el juicio del Libertador sobre San Martín, expresado en cartas íntimas, es justo, hasta donde podía apreciar al hombre en tan corto tiempo. No así el de Bolívar formulado por el Protector quien escribió en 1826 a Tomás Guido: "Usted tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le dije la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de impostor" (4).

El Protector se fue disgustado.

Esta diferencia de apreciaciones se explica perfectamente por los sentimientos respectivos de uno y otro, cuando se encontraron después de resuelta la incorporación de Guayaquil a Colombia. Cualquier otro resultado no habría sido lógico ni humano. Poco después Bolívar se impuso de frases despectivas del Protector acerca de su persona en su regreso a Lima y suspendió los elogios. No fue la emulación la causa de estos mutuos recelos, como se ha pretendido, pues ambos disponían de inmenso campo para su actividad en el Continente Sur Americano, sino la malhadada cuestión de defender uno los derechos de su Patria, y empeñarse el otro en satisfacer, por razones políticas, o si se quiere por consecuencia con el Perú, las aspiraciones injustas de un partido.

---

(2) Relación de la Conferencia dirigida al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia.

(3) Bolívar a Santander, Guayaquil, 29 de junio de 1822.

(4) Carta de San Martín a Tomás Guido, 18 de diciembre de 1826. Archivo de San Martín, Buenos Aires, 1910, tomo VI, pag. 502.

La discusión o conversación sobre sistemas políticos de monarquía y república no tuvo importancia ninguna, porque ninguno de los dos pensaba tomar enseguida disposiciones a ese respecto.

Causa determinante de la retirada de San Martín.

"El Protector se quejó ampliamente del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza, que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando al Protectorado; que también renunciaría la elección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar ver el término de la guerra", palabras textuales de Bolívar en la 3ª. cláusula de su relación de la Conferencia enviada al Secretario de Relaciones Exteriores de Bogotá; pero al llegar el Protector a Lima, de regreso de Guayaquil, se encontró con una nueva situación política creada por la destitución de Monteagudo, y su violenta expulsión a Panamá, obra de políticos ávidos de mando. Este hecho insólito determinó a San Martín a retirarse inmediatamente del poder sin esperar el primer triunfo como había expresado a Bolívar (5).

En un banquete efectuado en Londres en enero de 1825, en presencia de varias personalidades hispano americanas, entre ellos el general San Martín, su antiguo ministro García del Río manifestó que "La América Española necesitaba gobiernos fuertes, vigorosos, temibles, que todo lo demás eran teorías pueriles, utopías; que si el general San Martín hubiera dado fuertes palos, no se habría visto precisado a salir del Perú". Al oirlo San Martín exclamó: "Es verdad, tuve que descender del gobierno, el palo se me cayó de las manos por no haberlo sabido manejar" (6).

En efecto, la destitución y violenta expulsión de Monteagudo, el confidente y colaborador principal del Protector, era un ultraje a su persona del grupo político dominante. El se dió por ofendido:

(5) Relación de Rufino Guido en la obra de Espejo. Recuerdos Históricos, pag. 82.

(6) Memorias del General Tomás de Iriarte, Buenos Aires, 1945. Tomo III, pag. 125.

al estar reunido el Congreso el 20 de setiembre, presentó su renuncia y en la noche del mismo día se embarcó para Chile. Esta revolución contra su política, el fracaso de Guayaquil, su ardiente deseo de retirarse a la vida privada manifestado en muchísimas ocasiones, el mal estado de su salud y los sinsabores naturales del mando, determinaron su renuncia, sin que los actos de Bolívar tuvieran absolutamente ningún efecto en su determinación, como se ha pretendido calumniosamente después, para realzar la figura moral del general San Martín sobre la del Libertador de Colombia.

Juiciosamente procedió San Martín al expresarle a Bolívar en la Conferencia que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los cuales no tenía que mezclarse y atribuyó la culpa de las diferencias ocurridas, a los guayaquileños hostiles a Colombia. Estos habían engañado al gobierno del Perú respecto a la opinión reinante en la ciudad.

El Protector aplaudió altamente la federación de los estados americanos ideada por Bolívar, como base de nuestra existencia política, plan iniciado con el reciente tratado de 6 de julio, celebrado por Joaquín Mosquera, enviado de Colombia, y Monteagudo Secretario de Estado del Perú. En su concepto Guayaquil podía servir de asiento de las asambleas.

Situación militar en el Perú.

En términos precisos expresó San Martín que en el Perú el enemigo era menos fuerte que él, y aunque sus jefes mostraban audacia y actividad no los consideraba temibles. Inmediatamente abriría una campaña por Intermedios, en una expedición marítima, y por Lima cubriendo la capital con su marcha de frente. A Sucre le añade Bolívar: "La venida del Protector no ha tenido ningún objeto político ni militar", y a Santander en la carta particular le dice: "No ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso, sólo se ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones".

Respecto a los límites de los dos países San Martín expresó que se arreglarían satisfactoriamente, sin dificultad alguna. Así mismo aprobó altamente la proposición de Bolívar de reunir a los

diputados de Colombia, Perú y Chile en un punto dado para tratar de la paz con los comisarios españoles destinados a Colombia con ese objeto.

San Martín expresó tener gran confianza en el Director Supremo de Chile, general O'Higgins, por su tenacidad y afinidad de principios. Sus observaciones sobre Buenos Aires fueron magistrales: en los habitantes predominaban sentimientos republicanos, ninguna fuerza extraña lograría dominarlos. Eran inconquistables. Sólo de ellos mismos podía esperarse el orden.

En suma: la conferencia fue cordial. Propiamente no hubo diferencias entre los dos; el proyecto de monarquías constitucionales de San Martín era más o menos equivalente a la presidencia vitalicia ideada más tarde por Bolívar para dar estabilidad a estos pueblos movedizos, al faltarles el régimen colonial de paz y regularidad, tradicional en ellos. Bolívar por su don profético preveía las guerras civiles que nos han azotado durante más de un siglo y su interés por la cosa pública no le permitía separarse en la esperanza de lograr un régimen estable. San Martín indiferente, aunque vivió largos años, nunca quiso tomar parte en la política de su país.

Tal fue la Conferencia, pero veinte años después surgió una leyenda calculada para cambiar la historia, en beneficio del nacionalismo argentino y se ha infiltrado en la literatura histórica de los pueblos del Sur, casi sin oposición, durante un siglo por descuido de nuestros historiadores.

CRONOLOGIA DE SUCESOS EN GUAYAQUIL

Cali 2 de enero de 1822—Intimación de Bolívar a la Junta de Guayaquil.

Guayaquil, 7 de febrero—Llega el oficio a Guayaquil.

Guayaquil 7 de febrero—Olmedo manda un expreso a San Martín, dirigido al Callao.

21 de febrero—El expreso encuentra a San Martín en Huanchaco, a los 13 días.

22 de febrero—San Martín se devuelve para Lima.

2 de marzo—San Martín llega a Lima, en la noche.

3 de marzo—San Martín propone al Consejo de Gobierno declarar la guerra a Colombia.

El mismo día da orden a Santa Cruz de retroceder al Perú y a La Mar de tomar medidas en Guayaquil para el caso de guerra con Colombia.

22 de febrero—Carta de Olmedo a San Martín excusando tomar medidas graves.

25 de febrero—La Prueba y la Venganza se entregan en Guayaquil.

12 de marzo—San Martín supo la entrega de las fragatas.

12 de marzo—Comprendió que Bolívar no se había dirigido a Guayaquil.

13 de marzo—Envía orden a Santa Cruz de continuar la campaña con Sucre.

El viaje de Guayaquil al Callao subiendo duraba 26 días. De Guayaquil a Huanchaco 14 a 16 días. De Huanchaco al Callao de 8 a 10 días.

LA LEYENDA DE LAFOND

La incorporación de Guayaquil a Colombia, la retirada de San Martín del Perú y los desastres subsiguientes, causa de la destrucción total del gobierno independiente en el gran virreinato, la colonia más rica de América, dejaron sin empleo a multitud de argentinos colocados por San Martín y sus ministros en puestos lucrativos, de hacienda, de la milicia y del gobierno. Creado un nuevo régimen por Bolívar, gracias a sus triunfos en Junín y Ayacucho, entraron a desempeñar esos puestos otras personas, peruanos y colombianos, y naturalmente los antiguos empleados, caídos y sin proventos, convirtiéronse en censores y declamadores, añorando el tiempo próspero pasado. Entre esta clase de hombres, unos criticaban a San Martín, otros lo disculpaban. Su fiel amigo Tomás Guido, en diferentes cartas le censuró su abdicación: el 30 de agosto de 1826, por ejemplo, le escribió de Buenos Aires: "Jamás perdonaré la retirada de Vd. del Perú, y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso; piense Vd. lo que quiera sobre esto: tal es y será siempre mi opinión" (1).

Así era el tono de las quejas contra el prócer. Buscando el motivo de la abdicación al fin se formó la leyenda que satisfacía la vanidad nacional de los argentinos: San Martín, decían, no abdicó por cansancio, sino por culpa de Bolívar. El prócer argentino no tenía fuerzas militares suficientes para libertar al Perú, le pidió al Libertador el concurso de las suyas, y aunque humildemente le ofreció servir a sus órdenes, el colombiano se las negó por egoismo, por ambición, por querer mandar solo en el Perú; el argentino abnegado se retiró para no ser abstáculo al bien de la América, y Bolívar fue el culpable de los desastres, muertes y horrores ocurridos en el Perú en 1823 y principios de 1824, y del retraso de la independencia. A esta leyenda le dió publicidad en 1844 un aventurero francés llamado Gabriel Lurcy de Lafond en

(1) Documentos del Archivo de San Martín, Buenos Aires, 1910. Tomo VI, pag. 500.

una obra titulada "Voyages autour du Monde", tomo II, pag. 152, en el cual reproduce la célebre carta apócrifa de San Martín a Bolívar, fechada el 29 de agosto de 1822, y para preparar al lector agrega un juicio calumnioso del mismo origen sobre el Libertador, otros documentos falsos y conceptos deprimentes sobre la independencia de Colombia.

Lafond fue oficial de la marina mercante que traficaba en el Perú y en el Sur de Colombia. Estuvo presente en el puerto mientras se verificaba la Conferencia de Guayaquil; retirado del servicio emprendió los viajes y en la fecha indicada publicó su obra en París. El odio que revela en sus escritos contra Bolívar lo adquirió seguramente en el Perú donde contrajo amistad con los argentinos descontentos. De estas relaciones nació su correspondencia con el general San Martín. Según Lafond el prócer argentino había hecho más por la independencia de la América Española que el Libertador de Colombia: "Había contribuido—escribe—a organizar la República de Buenos Aires, constituido la de Chile y libertado casi enteramente el Perú de la presencia de los españoles, que no poseían más que el interior, mientras que Bolívar acababa de terminar la guerra de Colombia, más bien por sus generales que por sí mismo. Páez en Carabobo, aunque Bolívar mandaba en persona había sido el héroe de esta jornada y Sucre había ganado la batalla de Pichincha a la cabeza de tropas colombianas y peruanas" (2). Conceptos todos falsos en cuanto se refiere a Bolívar y a la batalla de Carabobo concebida y dirigida por el Libertador.

Para dar valor a sus afirmaciones Lafond, refiriéndose a otros autores, escribe textualmente lo siguiente: "He sido más feliz y he podido remontarme a las fuentes mismas. He aquí los datos que he obtenido del general San Martín y del ayudante de campo de Bolívar que le servía de secretario en esta ocasión". Lo primero es cierto, pues como ha demotrado el eminente historiador chileno Irarrázaval Larraín (3), la carta de 29 de agosto de 1822, de San Martín para Bolívar, cuyo texto recibió Lafond del propio San Martín no fue creada en su fecha sino muchos años después como *lenta elaboración mental de San Martín* resentido por la envidia

(2) Espejo, citado, pag. 109.

(3) José Miguel Irarrázaval Larraín, San Martín y sus Enigmas. Santiago de Chile, Editoral Nascimento. Tomo II, pag. 289.

y el rencor porque él no pudo realizar la independencia del Perú, como la llevó a cabo Bolívar; y lo segundo es falso, pues no hubo ningún ayudante de campo de Bolívar, con carácter de secretario ni en la Conferencia de Guayaquil, ni en ninguna otra ocasión. El Secretario de Bolívar durante esa época fue José Gabriel Pérez, y rara vez intervenía en asuntos de secretaría algún ayudante de campo.

En su mentirosa relación de la Conferencia, Lafond atribuye al general San Martín el propósito de tratar tres puntos principales:

1º—La reunión de Guayaquil al Perú.

2º—El reemplazo de los soldados muertos en la división peruana durante la campaña de Quito; y

3º—Los medios de acelerar la conclusión de la guerra del Perú.

Enseguida agrega: "el primer punto no fue ni aun debatido. Si Bolívar había hollado a sus plantas los intereses de Guayaquil arrebatándole su independencia, debía estar poco dispuesto a favorecer los del Perú.

"En cuanto al reemplazo de los soldados de la división del Perú, le respondió que este negocio se trataría de gobierno a gobierno.

"Sobre la última cuestión, la más importante de todas, él aseguró al general San Martín de la simpatía de Colombia por el Perú, le prometió darle 2.000 hombres de su ejército y enviárselos a las órdenes de uno de sus lugartenientes, porque en cuanto a él, presidente de la República, no podía salir fuera de los límites de su territorio" (4).

Como hemos visto en la descripción de la Conferencia en ella no se trató de los reemplazos de la brigada Santa Cruz efectuados ya, tanto en Quito como en Cuenca y aumentados con 400 hombres más; y respecto a socorros al Perú, la división destinada a ese efecto se estaba embarcando cuando se realizó la entrevista. Al trazar la carta apócrifa y darle la sustancia a Lafond, San Martín probablemente no conocía con precisión los derechos de

(4) Espejo, citado, pag. 109.

Colombia sobre Guayaquil, pues hasta hace poco los mismos historiadores no los mencionan completos.

Para dar verosimilitud a la leyenda de Lafond, el historiador Mitre dice que uno y otro caudillo guardaron la reserva largos años, sin comunicar sus impresiones ni a sus más íntimos confidentes (5), ignorando el historiador argentino que Bolívar expuso sus conversaciones con San Martín en sus tres relaciones de la conferencia citadas, y olvidando que las publicó a todos los vientos en un oficio de 9 de setiembre de 1822, fechado en Cuenca, dirigido al gobierno del Perú y a los de Chile y Buenos Aires, cuando todavía el Protector se hallaba en Lima, documento fundamental reproducido en el Argos de Buenos Aires Nº. 44 el 31 de mayo de 1823, y decisivo contra la falsedad de San Martín y la superchería de Lafond. Es el siguiente:

Al Illmo. Señor Ministro de Estado y Relaciones Exteriores del Perú.
Illmo. Señor:

S.E. el Libertador me manda dirigir a V.S.I. la presente comunicación que por su importancia es remitida por un extraordinario, a fin de alcanzar, si es posible, las ventajas que S.E. se propone.

Aunque S.E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas que quizás no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S.E.

S.E. el Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y de Chile, y aun al del Río de la Plata, y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú.

S.E. se propone, en primer lugar mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, siempre que el Gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo; el que no marcha inmediatamente porque no estaba preparado, y porque tampoco se ha pedido por parte de S.E. el Protector. Si el gobierno del Perú

(5) Mitre, tomo III, pag. 639.

determina recibir los 4.000 hombres de Colombia, espera el Libertador que vengan transportes y víveres para llevarlos, anticipando el aviso para que todos los cuerpos se encuentren en Guayaquil oportunamente.

En el caso de remitirse al Perú esta fuerza, el Libertador desearía que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisiva y se esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia para obrar inmediatamente y con la actividad más completa, luego que estuviesen incorporados al ejército aliado. S.E. no se atreve a insistir mucho sobre esta medida, porque no conoce la situación del momento; pero desea ardientemente que la vida política del Perú no sea comprometida sino con una plena y absoluta confianza en el suceso. El amor a la causa de América le ha dictado estos sentimientos, que no ha podido reprimir y que se ha creído obligado a comunicar a ese gobierno.

Además me manda S.E. el Libertador decir a V.S.I. cuales son sus designios ulteriores en el caso de que el ejército aliado no venga a ser vencedor en la nueva campaña del Perú. Desearía S.E. que los restos del ejército aliado siempre que éste tenga algún infortunio, se retiren hacia el Norte de modo que puedan inmediatamente recibir 6 u 8.000 hombres de refuerzo que irían inmediatamente a Trujillo o más allá. Si los restos del ejército aliado llegasen a replegar por algún accidente hacia el Sur, S.E. desearía que el gobierno de Chile le prestase un refuerzo igual para que obrando por aquella parte se pudiese dividir la atención de los enemigos, mientras que el ejército de Colombia por el Norte obraba sobre Lima en unión de los cuerpos que se levantasen en Piura y Trujillo.

De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los mayores esfuerzos por rescatar al Perú del imperio español, y se atreve a pedir con el mayor ardor al gobierno de Chile, que siga su ejemplo en esta parte y que haciendo un esfuerzo igual mande sin detención 6 u 8.000 hombres por la parte del Sur del Perú a obrar con la misma actividad o más, si es posible, que la que S.E. piensa desplegar en tales circunstancias.

Insta mucho E. el Libertador a ese gobierno para que tome el mayor empeño con las autoridades del Río de la Plata a fin de que

se destine un ejéricto de 4.000 hombres por lo menos hacia el Cuzco, en el caso que sufra el ejército aliado un revés. Pero aunque este paso es remoto, no debemos verlo como tal, sino que considerándolo ya como presente, las medidas más eficaces sean empleadas para arrancarle al enemigo de entre las manos su flamante victoria, y no le demos tiempo para gozarse de ella y de arruinar los intereses de la América Meridional.

Estas son las ideas que más ocupan al Libertador en este momento, y me manda encarecer a V.S.I. la importancia que en su concepto merecen.

Tengo el honor de ser de V.S.I. con todo respeto, obediente servidor.

J. Gabriel Pérez.

Cuartel General en Cuenca a 9 de setiembre de 1822-12º.

En este oficio el Libertador expone con claridad meridiana, en breves palabras, los conceptos del general San Martín en la Conferencia sobre las fuerzas relativas de ambos partidos en el Perú, a saber: "En la Entrevista el Protector no manifestó temor de peligro por la suerte del Perú, ni tampoco ha pedido refuerzo alguno", para la campaña; satisfecho como estaba de que las fuerzas de los españoles eran menores que las suyas.

A sus ofrecimientos verbales San Martín había contestado además que el Perú no podía sostener fuerzas más considerables de las que tenía sobre las armas. También preguntole el Libertador con empeño si no sería preferible marchar al interior del Perú con todas las fuerzas disponibles a dividirlas y de ese modo exponer al ejército a ser batido en detal a lo que contestó el Protector objetando que las provincias independientes del Perú no tenían los recursos suficientes para mover una gran fuerza a través de los Andes. En este mismo error incurrieron los gobiernos que sucedieron a San Martín en el mando, error que produjo consecuencias fatales al país, hasta que el Libertador sin ser dueño del vasto territorio con que ellos contaban y reducido sólo al departamento de Trujillo, mientras los realistas ocupaban el resto del país, les hizo ver la grave equivocación en que habían

incurrido y les demostró la superioridad de su genio con su brillante compaña del Perú.

En resumen: Preocupado Bolívar por el éxito de la campaña en el oficio del 9 de setiembre, manifiesta sus temores al gobierno del Perú cuando todavía el general San Martín no había abdicado, y le ofrece: 1º—Enviarle 4.000 hombres más de refuerzo, según estaba convenido en el tratado de confederación celebrado el 6 de julio y 2º—Otras fuerzas más si fuere necesario; y estimulaba a los gobiernos de Chile y Buenos Aires a que enviaran contingentes semejantes con el mismo objeto. Cuando este oficio llegó a Lima el general San Martín ya se había retirado y el sucesor en el gobierno general La Mar, de acuerdo con los dirigentes peruanos, y previa consulta al Congreso, contestó el 25 de octubre que no se necesitaban más refuerzos para terminar la campaña (6). Sólo proponía comprar fusiles.

San Martín no protestó contra las afirmaciones del Libertador.

Este documento de 9 de setiembre de 1822, reproducido en el Argos de Buenos Aires Nº 44 del 31 de mayo de 1823, junto con las noticias de las derrotas del ejército argentino en Torata y Moquehua, lo leyó sin duda el general San Martín en su retiro de la ciudad de Mendoza y no protestó contra las afirmaciones de Bolívar de que el *Protector en la Conferencia no había manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, ni le había pedido fuerzas para la campaña,* fuera de las ya dispuestas en su auxilio. San Martín, lejos de hacer ninguna objeción a las afirmaciones de Bolívar, le escribió cariñosamente el 3 de agosto de dicho año, recomendándole al coronel Brandsen, deseoso de servir a sus órdenes (7). En el archivo de Bolívar se conserva la carta de puño y letra de su autor. Estos hechos desmienten por completo, como hemos expuesto páginas atrás, la invención de Mitre de que los libertadores guardaron secreto sobre lo tratado en la Conferencia, invención calculada para justificar la aparición de la carta de Lafond, 20 años después de los sucesos (8).

---

(6) Oficio del Secretario F. Valdivieso. O'Leary, tomo XIX, pag. 389.

(7) O'Leary, tomo XX, pag. 249. La reproducimos en facsímil al final del capítulo.

(8) Mitre, tomo III, pag. 639.

Desinterés de Bolívar.

Este ofrecimiento de fuerzas al Perú fue perfectamente desinteresado. Basta considerar que se le hizo cuando todavía el Protector se hallaba en Lima y Bolívar creía posible su permanencia al frente del gobierno como aquél se lo manifestó en la Conferencia hasta después de obtener el primer triunfo; y no pensaba llevar esos refuerzos personalmente sino enviarlos a las órdenes del Protector y dejarle toda la gloria de la conclusión de la campaña. Así se demuestra en su carta de 13 de setiembre de 1822 al general Santander, Vice-Presidente de Colombia, al decirle: *"Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido, entonces habría más probabilidad del suceso"*(9).

Observamos que para juzgar estos asuntos basta comparar los elementos del Protector en 1822 con los de Bolívar en 1824. San Martín disponía de 11.000 veteranos contra 8.250 de los españoles, mientras el Libertador realizó la independencia con sólo 9.600 cuando los enemigos habían aumentado sus fuerzas a 19.000 gracias a sus triunfos en 1823 contra los argentinos al mando de Alvarado, contra los peruanos del general Santa Cruz y gracias también a la entrega de la plaza del Callao por el Regimiento del Río de la Plata y otras fuerzas argentinas el 5 de febrero de 1824.

Análisis de la carta apócrifa de Lafond.

El autor de este pseudo documento, debilitado por la fuerza de los años incurrió en contradicciones y errores, que por sí solos prueban la falsedad de la pieza a que se ha querido dar carácter histórico. Véase cuales son éstos:

Primer error de Lafond.

Según se afirma en la carta, el ejército realista en 1822 contaba 19.000 veteranos en el Alto y Bajo Perú.

Ahora bien en el estado formado por el coronel Vidal el 19 de agosto de 1822, desde Cangallo en la provincia de Huamanga, hasta Tupiza en el Sur del Alto Perú, existían 9.530 hombres, incluyendo las tropas de La Serna, Canterac, Valdés y demás jefes subalternos (10). Añadiendo a este número los 1.200 a 1.400

(9) Lecuna. Cartas del Libertador. Tomo III, pag. 84.

(10) Paz Soldán, Primer período, pags. 328 y 435.

hombres de guarnición ordinaria en Pasco, Jauja y Huancavelica resulta que el total de los enemigos en el Alto y Bajo Perú alcanzaba a 10.930. Por tanto el Protector, 10 días después de la fecha de dicho cuadro no podía decir en 1822 que las fuerzas españolas ascendían a 19.0000 hombres.

Por otra parte, el ejército libertador argentino-chileno-peruano y el batallón Numancia de Colombia, existentes en Lima, según el cuadro oficial formado el 31 de julio de 1822, sumaba 7.491 soldados con 397 jefes y oficiales (11), a las órdenes del general Rudecindo Alvarado; y agregando la división Santa Cruz de 1.600 hombres y la división auxiliar de Colombia de 1.700 embarcadas ambas en Guayaquil del 20 al 22 de julio y a principios de agosto, el ejército libertador del Perú contaba el 29 de agosto de dicho año, fecha de la carta apócrifa, casi 11.000 combatientes y confirma este número el propio Protector en carta dirigida a O'Higgins el 25 de agosto de 1822, y en carta de los primeros días de setiembre al general Toribio Luzuriaga, a la sazón en Buenos Aires.

Al primero le dice: Va a llegar la época porque tanto he suspirado: el 15 o 16 del entrante voy a instalar el Congreso, el día siguiente me embarcaré para gozar de la tranquilidad que tanto necesito; es regular pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla; si me dejan vivir en el campo con quietud permaneceré; si nó, me marcharé a la Banda Oriental.

"Se ha reforzado el ejército con cuatro batallones y tres escuadrones, 3 de los primeros son de Colombia; el total del ejército se compone en el día de más de 11.000 veteranos.

"El éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y Arenales se va a emprender, no deja la menor duda de su éxito. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo, créame amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio; por otra parte mi salud está muy deteriorada; el temperamento de este país me lleva a la tumba, en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles,

(11) Paz Soldán, primer período, pag. 326.

mi edad media al de mi patria, creo que tengo derecho de disponer de mi vejez.

"La expedición de Intermedios saldrá del 12 al 15 fuerte de 4.300 hombres escogidos. Arenales debe amenazar de frente a los de la Sierra para que Rudecindo no sea atacado por todas las fuerzas que ellos podrán reunir. La división de Lanza, fuerte de 900 hombres armados, debe cooperar a este movimiento general; es imposible tener un mal suceso" (12).

En la carta al segundo, es decir a Luzuriaga, es más explícito en algunos puntos: "El 20 de éste establezco el Congreso general y el 21 me embarcaré para Chile, donde permaneceré hasta que se abra la Cordillera, y pasar a esa a ver a mi familia, para arreglar el plan definitivo de mis días. Este país queda completamente en seguridad; dejo en sola la capital 11.000 veteranos en el mejor estado. Rudecindo saldrá pronto con una expedición de 4.500 hombres escogidos para Intermedios, interín Arenales los desaloja de la Sierra. Si, como creo hay actividad y juicio en las operaciones, en este año no quedan enemigos en el Perú: a más de esto, Enrique Martínez se halla de presidente de Trujillo con dos batallones de infantería, otro de artillería y dos escuadrones de caballería prontos a obrar donde convenga. Usted me dirá que estando esto a su conclusión no aprueba mi separación, pero, mi compadre, usted conoce el estado de mi salud, y más que todo ya me es insoportable oir decir que quiero coronarme y esclavizar el país. . . . Vayan todos con Dios y probemos si me dejan de tildar de ambicioso, metiéndome en un rincón donde pueda vivir ignorado de todo el mundo" (13). Al insertar este párrafo en una memoria histórica el general Luzuriaga lo comenta de esta manera: "Y he ahí, las causas únicas de haber envainado su espada el general San Martín, y de que no se hubiese terminado la guerra hasta principios de 1825" (14).

Tuvo pues razón el general San Martín al decir al Libertador en la Conferencia de Guayaquil "que el enemigo es menos fuerte

(12) Documentos del Archivo de San Martín, Buenos Aires 1910, tomo V, pag. 516.

(13) Documentos del Archivo San Martín, Buenos Aires, 1910, tomo X, pags. 351 y 352.

(14) Documentos del Archivo de San Martín, Buenos Aires, 1910, tomo X, pag. 352.

que él, y que sus jefes aunque audaces y emprendedores, no son muy temibles".

No están incluídos en las fuerzas citadas del ejército libertador 649 guerrilleros, distribuidos en varias partidas, cubriendo a distancia la capital, ni las numerosas milicias hábilmente organizadas por el general San Martín, que según el cuadro publicado por Paz Soldán alcanzaban a 13.970 hombres en los Departamentos de Trujillo y de la Costa, y ascendían en el de Lima a 5.584 de infantería, 571 de artillería y 1.163 de caballería, prontos a proporcionar abundantes reemplazos (15).

Además el Protector contaba con una marina, dueña de los mares del Perú, compuesta de 8 buques de guerra con 126 cañones y 642 hombres de guarnición, mientras los enemigos carecían de buques (16).

Segundo error de Lafond.

Otra falsedad del fingido documento, que no podía decir el Protector a Bolívar, es que las bajas de la división Santa Cruz no habían sido reemplazadas, cuando lo fueron dos veces después de la batalla de Pichincha. En Quito se le dieron 700 veteranos colombianos, prisioneros en Pichincha y en Cuenca se puso a su disposición el batallón del Sur formado por el coronel Heres y tomaron el número de hombres necesarios para completar 1.600 plazas, las 1.200 incompletas que trajeron del Perú y 400 más que les ofreció Sucre al empezar la campaña (17). Estos hechos los había comunicado oficialmente el general Sucre el 22 de junio al Ministro de Guerra del Perú, por tanto los conocía perfectamente el Protector (18). "Les he dado, escribió Bolívar a Santander el 22 de julio, el batallón de Cuenca, por las bajas de Quito

(15) Paz Soldán, citado, pag. 327. En Blanco y Azpurua, tomo VIII, pags. 463 y siguientes se halla la memoria de Monteagudo en la cual describe las milicias.

(16) Paz Soldán, citado, pag. 328.

(17) Informe de Sucre sobre la Campaña de Ayacucho al general Santander. Quito, 30 de enero de 1823. Boletín de la Academia de la Historia N° 100, pag. 534.

(18) Sucre al Ministro de Guerra del Perú, Quito, 22 de junio de 1822. Boletín de la Academia de la Historia N° 87, pags. 375, N° 101, pag. 57. Recopilación de Documentos Oficiales. Guayaquil. Imprenta de la Nación. 1894, pag. 261.

a aquí (Guayaquil) a fin de que (los peruanos) no se quejen nunca de que no se les ha llenado admirablemente la contrata que hizo el general Sucre con el general Santa Cruz a su venida" (19). El error de Lafond al aseverar lo contrario es una prueba concluyente contra la torpe superchería.

Tercer error de Lafond.

La carta simulada de Lafond fija en 1.400 el número de soldados de la división colombiana auxiliar del Perú, cuando tenía al partir de Quito 1.800 plazas, al salir de Guayaquil 1.700 y al pasar revista en el Perú 1.656 exactamente a saber: batallón Vencedor 587 hombres, batallón Pichincha 699 y batallón Yaguachi 370. El Protector no tenía porque rebajar a 1.400 el número de soldados de la división, mucho menos dirigiéndose a quien se los había remitido (20).

Otras razones en contra de la leyenda de Lafond.

1º—Bolívar tenía tanto interés en el triunfo del caudillo argentino como sus compañeros de armas y los dirigentes del Perú. La situación de los nuevos departamentos del Sur era insegura. En agosto Bolívar sólo disponía de 2.000 soldados, después de haber despachado a Lima la división auxiliar. Una desgracia en el Perú lo obligaría a levantar 10.000 hombres, indispensables para contener a los españoles, empresa dificilísima, por falta de recursos, como las realizadas en Venezuela en años pasados. Por estas consideraciones no abandonaba el Sur, y se negó a ir a Bogotá, como quería el general Santander, cuando se inició la reacción del general Morales en Venezuela: "Yo no me voy del Sur hasta que no sepa el resultado favorable de la campaña del Perú", le escribía al Vice-Presidente el 27 de agosto, y pocos días después le añadía: "Yo creo que todo nos queda por hacer si San Martín no triunfa en el Perú" (21).

2º—Por otra parte, si el general San Martín abdicó por no haber obtenido de Bolívar fuerzas suficientes en su apoyo, ¿por qué no las pidió a Chile, gobernado por el bravo y patriota

(19) Lecuna. Cartas del Libertador, 22 de julio de 1822. Tomo III, pag. 53.

(20) Paz Soldán, citado, pag. 328.

(21) Lecuna. Cartas del Libertador. 27 de agosto y 13 de setiembre de 1822. Tomo III, pags. 77 y 86.

general O'Higgins, su compañero de armas? ¿por qué se limitó a pedir al coronel Urdininea, gobernador de una provincia argentina el pequeño contingente de 500 hombres para hostilizar a las provincias del Alto Perú?

3º—Al entregar el mando, el 20 de setiembre de 1822, el Protector le dijo al Congreso: "He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos sus representantes. *La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres y que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto a marchar para terminar por siempre la guerra*" (22). ¿Creía esto en aquel momento solemne, o no lo creía el Protector? En el primer caso, sin duda la verdad, debemos concluir que la carta de Lafond es apócrifa, y en el segundo sería necesario admitir la hipótesis absurda de que el general San Martín engañaba al Perú y a sus compañeros de armas, argentinos y chilenos. Cuando en el análisis se llega a una conclusión irracional es porque las premisas son falsas.

4º—En muchos documentos anteriores a la Conferencia de Guayaquil, consta el deseo del general San Martín de abdicar el poder y retirarse a la vida privada. Conociendo íntimamente la fuerza de esta tendencia, su ex-ministro de estado, el eminente García del Río, le escribía de Santiago de Chile el 21 de marzo de 1822 lo siguiente: "Personas hay aquí que creen que usted se ha ido de puro aburrido, y que en lugar de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido este un pretexto para marcharse a Europa. Otros creen que usted ha tenido que ceder a la necesidad y aparentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución; y como la causa perdería mucho con que esta voz se generalizase y, por otra parte, no hay para que dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que *cuando usted regrese de su viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible, enseguida proceda usted a la apertura del Congreso; y allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a usted ni quede lugar a creer que el paro (sic) ha sido forzado.* Esta es mi opinión, usted resolverá sobre todo lo que crea más conveniente" (23). El Protector siguió el consejo al pie de la letra puesto que

(22) Mitre, tomo III, pags. 664 y 665.

(23) Documentos del Archivo de San Martín, Tomo VII, pag. 457.

la renuncia del mando político suponía la del mando militar. En aquel ambiente el uno no se podía ejercer sin el otro.

5º—"Nada diré a usted—anota la carta apócrifa—sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia", sin embargo, desmintiéndose él mismo a renglón seguido agrega: "Permítame general, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud-América". Esta era la opinión del general San Martín en 1844, pero no abrigaba la misma cuando la Conferencia, puesto que en su nombre el Secretario de Estado escribió al Presidente Olmedo el 14 de julio de 1822, el mismo día que se embarcara el Protector a celebrar la entrevista, este propósito terminante: "que en esa Conferencia quedarían transadas cualesquiera diferencias que pudieran ocurrir sobre el destino de Guayaquil" (24). Luego es mentira la afirmación transcrita de la carta apócrifa. Por otra parte, ¿por qué el Protector no expresó en la Conferencia las quejas y opinión formuladas en dicha carta respecto al asunto de Guayaquil, y contra la lógica, espera regresar a Lima para enunciarlas?". La contestación se desprende fácilmente de los hechos: él no podía decir sino la verdad, y la dijo sencilla y noblemente; por esto al imponerse en la Puná de las manifestaciones de los habitantes de Guayaquil en los días 11, 12 y 13 de julio dió por resuelto el problema político, se convenció del prestigio de Colombia y de las mentiras de los adeptos de la Junta y en la Entrevista manifestó espontáneamente a Bolívar "que nada tenía que decirle de los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse" (25). No hay párrafo, en los documentos simulados para alterar los hechos, que no esté en contradicción con la realidad histórica. Es lo lógico.

6º—Por el tratado de 6 de julio de alianza y amistad entre Colombia y el Perú—obra de Bolívar principalmente—los dos estados se comprometían a socorrerse mutuamente. Por tanto si el Protector hubiera pedido en Guayaquil fuerzas de Colombia,

(24) Paz Soldán, citado, pag. 307. (Cat.M.S.Nº 289) pag. 71 del Catálogo.

(25) Relación de la Conferencia dictada por Bolívar y dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores de Guayaquil. 29 de julio de 1821.

además de la división enviada espontáneamente, su Presidente no habría podido negarlas. El día de la Conferencia el tratado no había sido ratificado por Colombia, pero era segura su aprobación, así como la aplicación por parte de Bolívar, autor del tratado. En aquella fecha ya estaba ratificado por el Perú.

7º—Pero en el supuesto de que Bolívar hubiera negado sus tropas, ¿qué objeto se podía proponer el Protector al recriminar a Bolívar en una carta secreta? Dirigiéndola a él no obtenía ninguna ventaja, ni era razonable, primero porque Bolívar no necesitaba de esta carta para ir al Perú si lo llamaban, y luego porque la cuestión de Guayaquil, único punto considerado en la carta ya estaba resuelto. En cambio la pieza apócrifa tiene todo el aspecto de haber sido fraguada para engañar a la posteridad. Mitre la califica de testamento político, pero no contiene ninguna disposición, o consejo, o doctrina política, sino censuras a Bolívar que se debían conservar secretas! ¿Por qué si fué auténtica no la dirigió a la Junta Gubernativa? o ¿por qué no la publicó en vida del Libertador cuando ya no había españoles en América y la deja para después de muerto el héroe? Todo prueba su falsedad.

¿Qué ruin venganza animaba a Lurcy de Lafond, propagandista de esta calumnia? La sevicia de su espíritu fue tal que, al referir en su libro estos asuntos, a cada paso deja ver el odio que profesaba al héroe colombiano.

8º—Mitre adoptó como base de su narración de la Conferencia de Guayaquil la carta apócrifa de Lafond, sin embargo no las tenía todas consigo respecto a su autenticidad, pues al final del capítulo correspondiente de su obra *duda atribuir a la supuesta negativa del Libertador en Guayaquil la separación del Protector y se refiere a otras causas que fatalmente la imponían!* Entonces, ¿para qué acudir a la leyenda desmentida por tantos documentos? El historiador argentino enseguida de considerar, según su criterio, como un vencido al general San Martín en la Conferencia, agrega: "Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo a la terminación de la guerra, o si la situación que a su regreso encontró en Lima lo determinó a ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos esta fue una de las principales causas que obró

en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían" (26).

9º—A este respecto no se han estudiado las tendencias de los partidos políticos, ni la de los hombres influyentes, en el momento de la separación del Protector. Vale la pena considerar la opinión de Bolívar sobre este suceso. Refiriéndose al *cleriguito* Luna Pizarro, diputado a todos los congresos, escribía el 6 de abril de 1826: "Luna engañó a Riva Agüero; Luna echó a Monteagudo y a San Martín; Luna perdió a la Junta Gubernativa. Por culpa de Luna entró en el Gobierno Riva Agüero; y por culpa de Luna entró Torre Tagle. Por Luna se perdió el Perú enteramente (en 1823) y por Luna se volverá a perder, pues tales son sus intenciones" (27). En esto último estuvo en lo cierto el Libertador, desde su punto de vista, pues Luna, aunque de lejos, contribuyó a echar por tierra la famosa constitución boliviana, apenas volteó la espalda su poderoso autor.

Volviendo a nuestro tema, repetimos una verdad expuesta en otra parte: es imposible adulterar sucesos históricos cuando éstos se hallan perfectamente determinados en multitud de documentos auténticos. Cuantos estudien en sus menudos hechos los acontecimientos de 1822, sin necesidad de tantas pruebas como presentamos nosotros, desecharán sin duda alguna la carta apócrifa, como lo han hecho hace ya algunos años los escritores eminentes Francisco Rivas Vicuña y Rufino Blanco-Fombona. La verdad puede ocultarse por algún tiempo, pero al fin resplandece en todo su esplendor.

El absurdo de la carta de Lafond.

Decir que San Martín se retiró del Perú para que Bolívar fuera a dirigir la revolución es un absurdo bajo todos los puntos de vista. El Protector se retiró el 20 de setiembre de 1822 y Bolívar no fue al Perú sino el 2 de setiembre de 1823, es decir un año después. ¿Por qué se demoró tanto? Porque en el Perú odiaban cordialmente a los auxiliares. Hacía dos años que los argentinos a título de libertadores cometían toda clase de abusos.

(26) Mitre, tomo III, pag. 643.

(27) Carta a Gutiérrez de la Fuente. Magdalena, 6 de abril de 1826. Lecuna Cartas del Libertador, tomo V, pag. 266. Véase también la carta a Santander, Magdalena, 7 de abril de 1826, tomo V, pag. 268.

Es lo corriente en tropas auxiliares. Por el odio que les tenían los peruanos echaron a Monteagudo y provocaron la renuncia y retirada del Protector.

Poco después de este acontecimiento llegó al Gabinete de Lima el famoso oficio de Bolívar de 9 de setiembre de 1822 ofreciendo 4.000 soldados al Perú y cuantos más fueran necesarios para asegurar el éxito de la campaña. Pero era tal la hostilidad de los peruanos contra los auxiliares, que ese ofrecimiento espontáneo, decisivo de realizarse para el éxito de la guerra, fue rechazado. Así mismo lo habría sido Bolívar si hubiera ofrecido sus servicios personales. Para que los peruanos pensaran en llamarlo fue necesario que ocurrieran las catástrofes de Torata y Moquehua y que el Perú se tambaleara, próximo a hundirse si Bolívar no le mete la mano y lo sujeta mandándole 6.000 hombres en dos divisiones a las órdenes del insigne Sucre.

¿Podía el Protector adivinar todos estos sucesos? Sus cartas de despedida, comentadas páginas atrás, prueban que nunca semejante idea pasó por su mente. Cuando se fue él estaba seguro del triunfo de los suyos, superiores en número a los españoles y dueños de la fortaleza del Callao y del dominio del mar.

Mendoza y agosto 3 de 1823.

Exmo. Señor Simón Bolívar.
Amigo querido:

Pocos días antes de mi salida de esa capital escribí a V.: después lo volví a verificar desde Chile, y no he tenido contestación alguna, ahora lo repito con noticias de su venida al Perú.

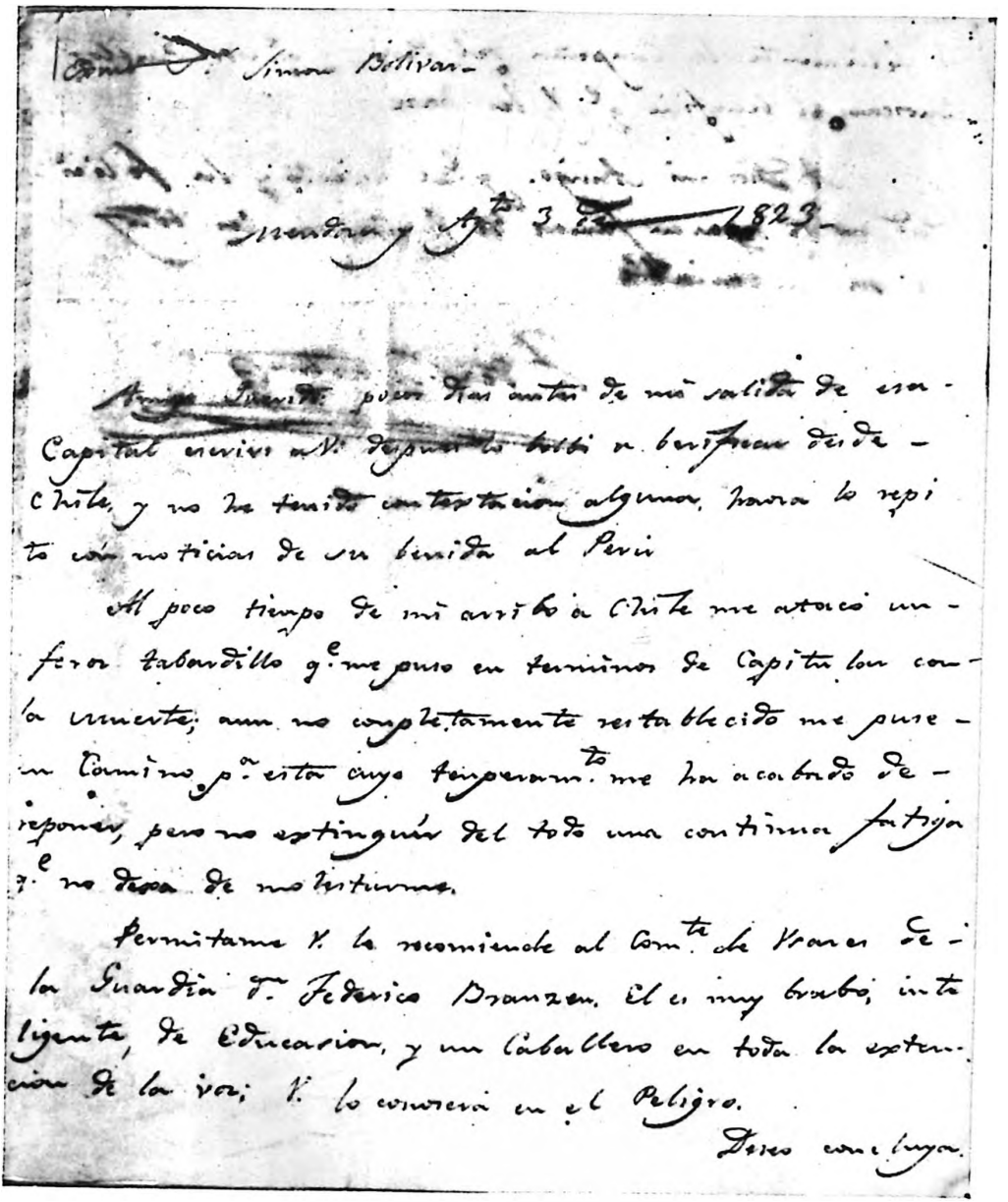
Al poco tiempo de mi arribo a Chile me atacó un feroz tabardillo que me puso en términos de capitular con la muerte; aun no completamente restablecido me puse en camino para ésta, cuyo temperamento me ha acabado de reponer, pero no extinguir del todo una continua fatiga que no deja de molestarme.

Permítame V. le recomiende al Comandante de Húsares de la Guardia don Federico Brandsen. El es muy bravo, inteligente, de educación, y un caballero en toda la extensión de la voz; V. lo conocerá en el peligro.

Deseo concluya V. felizmente la campaña del Perú, y que esos pueblos conozcan el beneficio que V. les hace.

Adiós mi amigo: que el acierto y la felicidad no se separen jamás de V.: estos son los votos de su invariable.

J. de San Martín.



Carta del General San Martín al Libertador.
Mendoza, 3 de agosto de 1823.

Archivo del Libertador.

V. felizmente la Campaña del Perú, y q.e esos Pueblos conozcan el beneficio q.e V. les hace.

A Dios mi Amigo: q.e el asierto y la felicidad no se separen jamas de V. estos son los votos de su invariable

J. de S.n Martin

UNA PRUEBA MAS CONTRA LA LEYENDA DE LAFOND

Insertamos a continuación tres documentos peruanos perfectamente auténticos, a saber:

Proclama del Protector San Martín, a su regreso de la Conferencia en la que declara que Bolívar lo auxiliaba con tres batallones de Colombia y un gran armamento con cuyos auxilios el general San Martín se declara satisfecho para terminar la guerra del Perú. No hay ninguna queja, ni ninguna frase que revele el menor descontento del Protector de la Libertad del Perú con Bolívar. Lejos de eso lo elogia por los tres batallones que ha dado Colombia y el considerable armamento que Bolívar le ha remitido para la campaña del Perú.

No es lógico que cinco días después San Martín le escriba a Bolívar una carta vituperándolo por su indiferencia ante la suerte del Perú, aunque San Martín se la expusiera como peligrosa y expuesta a fracasar.

Los otros dos documentos son correlativos al primero, en la proclama declara su confianza absoluta en la situación militar, puesto que dice que "la libertad del país asegurada por su representación, no será perturbada por nuestros enemigos"; y en la otra Torre Tagle expresa confianza en el presente y en el porvenir, aun cuando los españoles ataquen.

Peruanos:

Al entregar hoy el mando Supremo del Estado a S.E. el Protector de la libertad del Perú, mi corazón se llena de la más grata complacencia por estar persuadido que he dedicado todos mis desvelos a la conservación de vuestra independencia, y que al Exmo. Señor Protector animan iguales sentimientos manifestados tantas veces y con tanto interés en favor de vuestra causa. Mi salud que-

brantada no me permite una seria contracción a las complicadas atenciones del gobierno; mas siempre que la defensa de la Patria reclame mi espada, se empleará al momento en su servicio contra los españoles que aun persisten en el temerario empeño de volvernos a esclavizar. Nuestra unión, peruanos, subsista como garante de nuestra felicidad; ya se acerca el tiempo en que debe instalarse dignamente el Congreso: el Protector ansía por este momento y está decidido a acelerarlo: entre tanto él gobernará a los pueblos con el amor y dignidad que inspiran sus virtudes, y si el enemigo osase acercarse a nuestros muros, guiará nuestro ejército a la victoria, y renovará las gloriosas jornadas de Chacabuco y Maipú.

El Marqués de Trujillo.

Reproducción facsimilar de la Gaceta del Gobierno de Lima Independiente, tomos I a III, julio 1821-diciembre 1822. Ministerio de Educación Nacional de la Plata. Año del Libertador General San Martín, 1950.

Gaceta Extraordinaria del Gobierno, del jueves 22 de agosto de 1822-3°.

EL PROTECTOR DEL PERU

El 26 de julio próximo pasado en que tuve la satisfacción de abrazar al Héroe del Sud, fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia no sólo auxilia este Estado con tres de sus bravos batallones que unidos a la valiente división del Perú al mando del general Santa Cruz vienen a terminar la guerra de la América, sino también remite con el mismo objeto un considerable armamento. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal BOLIVAR.

San Martín.

Gaceta del Gobierno N° 18 del Sábado 24 de agosto de 1822.

Compatriotas:

Cuando deposité el mando Supremo del Estado en el Gran Mariscal Marqués de Trujillo, resolví no recibirme de él hasta el día en que debía entregarlo a la representación nacional; pero las reiteradas renuncias de aquel ilustre y benemérito peruano, me han hecho reasumirlo mientras se reune el Congreso que se va a instalar. Creedme, que si algún derecho tengo al reconocimiento

del Perú, es el de haberme vuelto a encargar de lo que me es más repugnante.

La libertad del país asegurada por su representación, no será perturbada por nuestros enemigos. Tres batallones de los bravos de Colombia unidos a la valiente división del Perú, deben arribar a estas playas de un momento a otro a unirse a sus compañeros de armas, y terminar esta guerra desoladora.

Habitantes de la capital. Yo os reitero todo mi afecto; y espero de vosotros la más decidida cooperación para fijar la suerte venturosa del Perú.

San Martín.

Gaceta del Gobierno N° 18 del Sábado 24 de agosto de 1822.

FENOMENO PSICOLOGICO

Errores de Páez y de San Martín.

Cuando se escribe de memoria, largo tiempo después de los acontecimientos, sin, o con muy pocos documentos, es fácil incurrir en grandes equivocaciones. Ya lo hemos dicho: el amor propio de los autores o actores, los recuerdos puestos fuera de su fecha, o confundidos unos con otros, inducen a errores fundamentales, hasta llegarse a creer de buena fe lo contrario de actos realizados o de opiniones expresadas años atrás. Thiers observó este fenómeno cuando escribía la historia del Consulado y el Imperio al estudiar las relaciones de algunos personajes a la luz de los documentos correspondientes. En su Autobiografía, Páez lo presenta exactamente en las descripciones y apreciaciones de los actos del Libertador relacionados con los suyos propios. Nosotros lo hemos analizado minuciosamente y comprobado sus errores en nuestros estudios de las guerras de Bolívar, publicados en los Boletines de la Academia de la Historia y en la obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. El más elocuente de todos es el relativo a la ofensiva en Apure, en marzo de 1819, y comentado en el capítulo "Las Mentiras Militares de Páez".

Estos fenómenos psicológicos no se desarrollan solos en el individuo, necesitan impresiones externas: se forman lentamente bajo la influencia de observaciones y críticas de terceros. En el caso de Páez los cortesanos durante su larga actuación política no cesaban de atribuirle, como obra suya exclusivamente, todos los grandes hechos de la independencia.

Estas ideas golpeando sobre las propias del individuo van modelando las últimas hasta darles forma enteramente distinta.

Fenómeno análogo parece haberse realizado alrededor del general San Martín. Después de su repentina retirada a Chile, sus amigos y censores no cesaban de criticarle su abdicación. En el

Perú los perjudicados se contaban por millares, tanto en el tren oficial de los civiles, como en la admirable organización de las milicias mejoradas o creadas por el Protector. Constantemente recibía anónimos y cartas de sus adeptos, todos quejumbrosos, lamentando su separación y cubriendo de oprobio y calumnias la administración de Bolívar. Como resultado de estas críticas se fueron formando explicaciones más o menos arbitrarias. Según una de ellas, Bolívar le había negado su concurso a la campaña del Perú y San Martín resolvió dejarle el campo libre. Repetida esta explicación con insistencia, por no haber aparecido otra más adecuada, el general San Martín al principio la acogió solamente para contestar preguntas indiscretas, y a la larga, al parecer, llegó a creerla efectiva, por un fenómeno psicológico que nos impone la necesidad de que nuestros actos tengan la aprobación general, y esta absurda versión quedó flotando sobre la historia y ha encontrado ardientes defensores en un patriotismo irreflexivo.

JUICIOS DE SAN MARTIN SOBRE BOLIVAR Y SUCRE

El francés Lafond además de la célebre carta apócrifa de 29 de agosto de 1822 publicó sendos juicios críticos sobre nuestros dos grandes guerreros libertadores del Perú. El referente al Libertador es el más absurdo, insustancial e impropio, dictado por el odio y la envidia, hijos del resentimiento originado por el fracaso.

Algunos historiadores argentinos lo reproducen como pieza auténtica, cuando en honor al héroe del Sur debían relegarlo al olvido, por sus flagrantes contradicciones y torpezas (1). Dice al comenzar que la presencia de Bolívar "no predisponía a su favor", y señala como "su signo característico un orgullo muy marcado, lo que representaba un gran contraste con no mirar de frente a la persona que hablaba a menos que no fuera muy inferior". Tal es la pintura de un ente ridículo, cuando todos sabemos, por infinidad de testimonios que Bolívar era cortés, fino, elegante, de figura marcial y atrayente. Se dejaría ver, en algunos momentos, el orgullo del vencedor o de la convicción del propio valer, pero de ordinario era hombre triste, pensando siempre en la manera de mejorar la condición de sus semejantes. "Nos recibió con la sonrisa melancólica que le era habitual", dice respecto a su llegada al ejército libertador en las llanuras del Guárico el notable escritor capitán Vowell, de la Legión Británica. "Tenía—agrega el mismo autor—los modales del hombre habituado a la vida del gran mundo" (2).

"El tono que empleaba con sus generales, continúa el juicio atribuído a San Martín, era altanero, y poco digno de conciliar su aprecio". La enorme correspondencia de Bolívar, oficial y

(1) Mitre, tomo III, pag. 639.

(2) Campagnes et Croisières. París, 1837, pags. 75 y 76. Véase el Capítulo Retratos de Bolívar. Tomo I, pag. 1 de esta obra.

privada, prueba lo contrario. Jamás un jefe ha tratado con más consideración y afecto a sus generales. Cuando reprendía a alguno lo hacía en términos políticos y explicaba el motivo de la censura. Aunque de carácter imperioso y violento tenía piedad y perdonaba pronto a los subalternos cualquiera falta que se viera obligado a corregir. Como nos extenderíamos mucho citando ejemplos nos limitamos a reproducir unos conceptos del general Joaquín Posada Gutiérrez y otros del general Páez. El primero, general distinguido, alcanzó justa nombradía en la antigua Nueva Granada por su valor guerrero y eximias dotes morales e intelectuales. Varios decenios después de la muerte del héroe se expresaba de esta manera: "Yo tenía veneración religiosa al Libertador. Bolívar no sabía hacerse amar sino adorar. El ejército lo adoraba: su elocuencia era inagotable, sublime, incomparable. Su generosidad y desprendimiento no tenían límites; la inteligencia de Bolívar era privilegiada; Bolívar no sabía guardar rencores, fácilmente perdonaba y olvidaba los agravios: jamás olvidó los beneficios; Bolívar fue grande en todo" (3).

El general Páez, el formidable llanero, segundo del Libertador en cuatro campañas, treinta años después de muerto su antiguo jefe, lo describe de esta manera: "Hallábase (en 1818) en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe: sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos con mirar de águila (. . .) A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial, el carácter apacible en el trato familiar, impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado; hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero" (4). Como estos testimonios existen muchos otros en igual sentido. ¿Qué valor podremos dar al juicio de San Martín, producto de la envidia, y falso a todas luces?

(3) Memorias Históricas Políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez. En la carta preliminar del insigne escritor colombiano José Joaquín Casas. Tomo I, segunda edición, Bogotá, 1929, pag. XVII.

(4) Autobiografía de Páez. New York, 1869. Tomo I, pags. 139 y 140.

"Su falta de franqueza me fue demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis propuestas de un modo positivo y siempre en términos evasivos". Según la carta de Lafond el Libertador dió al general San Martín un rotundo nó a la única propuesta que le hiciera: la de pasar al Perú con su ejército, luego las dos piezas mentirosas de San Martín, la carta de 29 de agosto y este juicio temerario sobre Bolívar, se contradicen abiertamente. Por otra parte cuantos examinen la documentación emanada de Bolívar constatarán fácilmente su ingente e ingénita franqueza en política y en el trato personal. "Yo no dejo nada por dentro", decía en una ocasión, y en otra "yo soy un hombre diáfano", y así era la verdad. En su carta al general San Martín rebatiéndole los conceptos que le había expuesto en carta de 3 de marzo respecto a dejar a Guayaquil en libertad de resolver su suerte, se expresó con la fuerza y franqueza que le eran ingénitas, y lo mismo en lo del sistema monárquico y el proyecto de la futura campaña, como lo prueban los documentos citados en capítulo anterior.

"Noté y él mismo me lo dijo, que su principal confianza la depositaba en los jefes ingleses que tenía en su ejército"; este es otro desatino del juicio crítico que analizamos. Los extranjeros que sirvieron con Bolívar, muchos de ellos heroicos y abnegados, como Rooke, Farriar, O'Connor, Braun, Flejel, Rasch, Uslar, Mackintosh, Sandes, Fergusson y otros, incrustados en los batallones prestaron servicios invalorables para mejorar la disciplina de los cuerpos. Ninguno fue confidente del Libertador, ni ninguno tomó parte en la política durante la guerra. El célebre edecán O'Leary, sólo tenía 21 años en 1822, y no alcanzó a ser jefe sino en 1830. Al revés de lo que dice el *juicio*, el Libertador depositó siempre toda su confianza en jefes y oficiales criollos: Montilla, Girardot, Urdaneta, D'Elhuyar, Bermúdez, Mariño, Ribas, Páez, Sedeño, Vélez, Santander, Anzoátegui y cien más. En 1822 gozaban de ella plenamente Sucre, Salom, Aguirre, Córdova, Lara, Mosquera, Chiriboga, Paz Castillo, Valdés, Ibarra, Morales y muchísimos otros.

"Por otra parte—sigue el juicio crítico—sus maneras eran distinguidas y demostraba haber recibido una buena educación". ¿Cómo coordinar este aserto con el constante mirar de soslayo, que le atribuye el juicio? Toda persona de buena educación mira

siempre a la cara de su interlocutor. Esto de mirar al soslayo es una conseja ridícula que repiten como loros copiando a Miller, cuantos escriben en las naciones del Sur contra Bolívar. ¿Cómo puede libertar medio mundo un hombre que mira siempre de soslayo?

Bolívar no tenía simplemente buena educación, sino una educación exquisita, le venía de herencia de muchas generaciones, y la recibió en la cuna; huérfano de padre a los dos años, se la inculcó su madre, gran dama y aristocrática señora, la perfeccionó en la refinada sociedad de Caracas, en la Corte de Madrid, en París, en Roma; se la imponían su corazón generoso y su amor a los hombres.

"La opinión pública le acusaba de una ambición desmedida de mando, y su conducta confirmó esta opinión". Deseoso de hacer el bien no rechazaba el mando, a la manera de San Martín, cuyo desprendimiento, considerado a la larga como su mayor gloria, privó al Perú y a la Argentina, en épocas difíciles, de sus servicios: Bolívar amaba el poder como el medio de trabajar por el bien de sus conciudadanos, y por ambición de gloria. Creer que no se puede ser grande, noble, abnegado, sino a la manera del general San Martín es un craso error. El espíritu humano presenta infinito número de tipos morales e intelectuales, diferentes entre sí, por el modo o la forma de sentir, de obrar, de hacer el bien.

El Libertador no murió en la indigencia como asienta el juicio, ni esa es prueba de probidad ni de desinterés. El no gastó en la patria sus cuantiosos bienes patrimoniales, primero porque estaban vinculados, y luego confiscados por los españoles. Restablecida la patria, los repartió a sus hermanas en 1827 a su regreso del Perú, cuando ya estaba abolido el vínculo o mayorazgo. Se reservó sólo las minas de Aroa propiedad de su familia desde el año de 1630, para vivir en Europa con su renta segura de 12.000 duros al año. Esto no obsta para que fuera desprendido y dadivoso en grado sumo, de lo que hay tantos ejemplos.

"Permitía a los soldados más licencias que las que prescriben las leyes militares". Es una calumnia infame del autor del juicio. Ningún caudillo americano ha dado tantas pruebas de severidad como Bolívar. En 1814, mandó a quintar cerca de Valencia una columna de más de 200 hombres que se había desertado frente al

enemigo. En toda la guerra fue siempre severo con los soldados delicuentes; jamás les permitió ni saqueos ni atropellos. Nos extenderíamos demasiado si fuéramos a citar innumerables casos de justicia que constan en documentos. Baste recordar las severas órdenes del día para impedir el merodeo en la marcha sobre Carabobo en 1821, que hemos extractado en nuestro estudio sobre esta campaña (5). Los soldados lo amaban porque los cuidaba y era noble, justo, generoso. En las madrugadas de las marchas más penosas, solía ayudar a cargar las mulas del parque para animar a los peones soñolientos. En campañas difíciles como en la de Boyacá pasaba y repasaba los pasos de ríos, llevando en las ancas de su caballo soldados enfermos o cansados (6). Visitaba constantemente los hospitales para saber si los oficiales y soldados enfermos estaban bien atendidos.

Además de estas observaciones se nos ocurre que este juicio sobre Bolívar no es todo original sino inspirado en parte en el extravagante publicado por el general Miller años atrás en sus Memorias, pues coinciden en estos puntos esenciales, todos en contradicción con lo que sabemos por multitud de informaciones verídicas, a saber: "La figura de Bolívar no predisponía a su favor, sus maneras son buenas, más su propensión es a insultar. Sus opiniones respecto a hombres y cosas son variables. El mirar gacho, inclinado a tierra o de lado cuando habla" (7).

La otra pieza presentada por Lafond a que nos referimos es el elogio de Sucre atribuido también al general San Martín por este francés que tanto nos ha dado que hacer con sus patrañas (8). Según este escrito Sucre tenía más conocimientos militares que el general Bolívar. ¿Se refiere acaso a los ejercicios tácticos y reglas de combate que se enseñan en las academias o cuarteles y que cualquiera puede adquirir en poco tiempo? "El arte de la guerra —dice Bonaparte—sólo se aprende por la propia experiencia y en el estudio de la historia". ¿Quien podía tener más experiencia ni más conocimiento de la historia militar que el hombre que había

(5) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo III, pag. 28.

(6) Campagnes et Croisières, citado, pag. 170.

(7) Memorias del general Miller, escritas por Mr. John Miller, edición de Madrid, 1910, tomo II, pag. 294.

(8) Mitre, tomo III, pag. 547.

realizado doce campañas y dejó en sus oficios y órdenes de guerra pruebas concluyentes de conocer a fondo los principios clásicos del arte de la guerra? Quizás el autor del juicio quiso decir, pero no lo dijo, que Sucre se había distinguido singularmente en las operaciones que le tocó en suerte dirigir, maniobrando con destreza excepcional. El guerrero, como el pintor y el poeta, tiene su estilo, su sistema de ejecución. Aunque dos guerreros obedezcan a los mismos principios, diferirán en la manera de proceder. ¡Cuanto se puede decir en favor de Bolívar! La concepción y ejecución de sus grandes empresas, su energía sobrehumana, la habilidad desplegada en casi todos los momentos de sus campañas, la fecundidad de imaginación para variar los planes según las circunstancias, y su audacia creadora, cualidades mostradas en tan alto grado no debían escapar a la penetración del general San Martín, si no lo hubiera cegado la pasión, mientras la frase citada es un juicio vulgar, sin aplicación posible a nuestros grandes capitanes y propia sólo para distinguir a un oficial cualquiera sin hazañas y sin gloria.

INCOMPRENSIONES, CALUMNIAS Y ERRORES DE MITRE

Figura de Bolívar. En su retrato físico Mitre acoge todos los conceptos exagerados de diferentes relaciones para presentar una figura extravagante. Lo supone de baja estatura—cuando tenía 5 pies y 6 pulgadas inglesas o sea 1[m] 6775; estatura mediana, pero no baja. Luego añade: "Cabeza de contornos irregulares. Facciones incorrectamente modeladas, frente alta pero angosta, arrugas prematuras en forma de pliegues; pómulos salientes, mejillas marchitas y hundidas; boca dura, labios gruesos y sensuales, ojos de brillo intermitente y mirar gacho; conjunto de carácter equívoco; nariz en atrevido ángulo saliente, ademanes angulosos, apetitos groseros y anhelos sublimes, sello de inspiración, sin equilibrio del juicio". En suma una caricatura (1). Para completar la descripción reproduce el fino medallón de David, pero desfigurado de exprofeso; lo afea un gesto de desconsuelo entre la nariz y la boca de que carece el original, y todavía más la forma de la boca, por exageración del labio inferior. El aspecto de la fisonomía es desagradable, mientras en el original es serena y tranquila. Esta falsificación del perfil de Bolívar es calculada para confirmar la descripción transcrita (2). El original en bronce se conserva en el Museo del Louvre en París.

Simón Rodríguez. Filósofo cosmopolita. Según Mitre modeló el carácter de Bolívar, hipótesis falsa a todas luces, porque aun cuando se amaban y coincidían en el amor al bien, eran dos genios de caracteres enteramente opuestos y tendencias diferentes: Bolívar tenía talento práctico y creador, y Rodríguez divagaba sobre teorías y proyectos generosos, pero nunca llegó a realizar nada útil. Mitre dice más: "Bolívar conservó toda su vida el sello impreso por el maestro: estoico en la adversidad, *cínico a veces* en

(1) Mitre, tomo III, pags. 229 y 230.
(2) Tomo III, pag. 230.

sus costumbres, convirtió sus *extravagancias en delirios de grandeza,* su actividad en acciones heroicas, sus sueños de ambición, su república ideal en monocracia vitalicia". Todo falso y arbitrario, para atribuirle siempre la invención de la *monocracia criolla,* es decir de los sistemas de gobierno absoluto de los tiranos de Hispano América. Bolívar ejerció la dictadura durante la guerra y en cortos períodos de organización en el Perú y Colombia, sin tiranía, sólo por la fuerza de su prestigio. Véanse sus ideas políticas expuestas en los congresos de Angostura y de Bolivia, calculadas para asegurar el orden y la libertad, tan distintas a las atribuidas calumniosamente por Mitre (3).

La amistad con Emparan. Bolívar era harto conocido desde 1808 como partidario de la independencia. Así lo acreditan las declaraciones de los patriotas en los procesos formados en aquel año, por el Regente Visitador Mosquera y Figueroa. El no firmó la representación de los nobles de Caracas de 24 de noviembre de dicho año al Capitán General Casas, porque no estaba concebida de acuerdo con sus ideas políticas, es decir no tendía a la independencia, sino a la autonomía bajo el cetro de Fernando VII. De aquí que no tomara parte directa en el movimiento del 19 de Abril (4).

Por otra parte el Capitán General Emparan vino de España en el mismo barco con Fernando Toro, nombrado inspector general del ejército e íntimo amigo desde la infancia de Bolívar. Esto dió ocasión a la amistad de Bolívar con Emparan quien había venido íntimamente unido a Toro en el viaje. Todo esto lo aprovecha Mitre para calumniar a Bolívar. Según dice se le atribuía "*duplicidad patriótica,* que le honra por un lado y lo sombrea por otro, de haberse intimado con el nuevo Capitán General para vender sus secretos a los que desde esa época preparaban la revolución". Esta infame calumnia, calculada como otras del mismo autor, tiene por objeto presentar a Bolívar de carácter falso e hipócrita, tendencia muy marcada de Mitre en toda su obra (5).

---

(3) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, Caracas, 1939, pags. 202 y 322.

(4) Conjuración de 1808 en Caracas. Publicación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Caracas, 1949. En el prólogo, pag. 16.

(5) Mitre, tomo III, pag. 235.

Bolívar no tomó parte en la conjuración ni antes ni después de la caída de Emparan, porque la mayoría de los próceres no estaban de acuerdo con sus ideas de independencia absoluta. Lo designaron para la misión a Londres porque no había otro que reuniera cualidades intelectuales y conocimientos propios para el caso.

Misión a Londres. Mitre adopta los cuentos de Amunátegui en la Biografía de Andrés Bello, refutados por nosotros en capítulo anterior. Al efecto dice lo siguiente: "Olvidando Bolívar su papel de diplomático pronunció un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas a la metrópoli española, aliada de la Inglaterra, y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria (. . .) Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, y sin embargo se las entregó al Ministro. No se había dado cuenta de su papel diplomático. Quedó confundido ante una objeción del Ministro. Al retirarse confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría" (6). Todo falso y ridículo, de la cosecha de Amunátegui. No creemos que Andrés Bello profiriera semejantes disparates.

El doctor Cristóbal L. Mendoza, ha probado que Bolívar procedió correctamente al mostrar sus instrucciones, puesto que la Junta de Caracas había enviado copia de ellas al gobernador inglés de Curacao, y por tanto deseaba que el Gabinete de San James las conociera. Prueba además el doctor Mendoza la falsedad de otras patrañas de la relación de Amunátegui. Bolívar alegó al Ministro la necesidad de la independencia aun cuando la Junta de Caracas obrara en nombre de Fernando VII (7). Adoptando Mitre la patraña del supuesto atolondramiento de Bolívar añade: "Así sería siempre Bolívar como político y como guerrero", concepto absurdo, mantenido por Mitre en su larga, falsa, e ilógica descripción de la vida política y militar del

(6) Tomo III, pags. 235 y 236.

(7) Cristóbal L. Mendoza. La Misión de Bolívar y López Méndez a Londres. Boletín de la Academia de la Historia N° 72, pags. 643 a 667. Véanse especialmente las pags. 660 a 667.

Libertador (8). Para mejor información véase en el primer tomo el capítulo referente a la Misión de Bolívar a Londres.

La prisión de Miranda. Al analizar este acto desgraciado en el capítulo correspondiente, expusimos la serie de perversas calumnias inventadas por Mitre al Libertador para infamar su personalidad moral y atribuirle la infausta suerte del desgraciado general Miranda, víctima de sus propios errores (9).

El pasaporte dado por Monteverde. Mitre niega las palabras dignas de Bolívar protestando ante Monteverde de que él no había servido al Rey en la prisión de Miranda, palabras heroicas, divulgadas entre los patriotas y recogidas por Miller en sus Memorias, tomo II, pag. 281, cuando todavía vivían los autores y testigos del tremendo drama. Enseguida Mitre repite sus calumnias atribuyendo a Bolívar la entrega de Miranda a los españoles (10).

La guerra a muerte. Es falso que Bolívar en párrafos dictados a Briceño Méndez condenara su *delirio de la guerra a muerte,* según dijo erróneamente Juan Vicente González, y Mitre lo repite como artículo de fe (11). Nuestro gran escritor González no se basa en ningún documento para lanzar semejante afirmación. En cambio existen declaraciones de Bolívar en sentido contrario, como por ejemplo las siguientes: A Santander le escribió el 1° de noviembre de 1819: "Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte". A Peñalver el 24 de mayo de 1821: "La guerra a muerte nos ha dado patria, libertad y vida". Al general Páez el 20 de marzo de 1827: "Por libertar a mi patria declaré la guerra a muerte, sometiéndome, por consiguiente, a todo su rigor" (12).

La doble línea de operaciones. Al referirse a la campaña de 1813, copiando Mitre el error de Baralt de suponer dos líneas de

(8) Tomo III, pag. 236.

(9) Tomo III, pags. 257 a 259 y 262.

(10) Tomo III, pag. 263.

(11) Tomo III, pag. 328. Véase el artículo de González en Blanco y Azpurua, tomo IV, pags. 647 y siguientes.

(12) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo II, pags. 113 y 351, tomo VI, pag. 241.

operaciones tramontanas del Tocuyo a Barquisimeto una, y la otra de Guanare a Araure, califica de muy vicioso el plan de Bolívar (13).

No hubo tal defecto, las dos líneas no fueron simultáneas sino sucesivas, cuando se formó la del llano, la otra ya no existía. El crítico sistemático no podía dejar pasar este detalle (14).

La vanagloria. Mitre se hace eco de las críticas a Bolívar de no haber marchado de Valencia a Puerto Cabello, detrás de Monteverde el 2 de agosto de 1813. El general de la Unión había desplegado el máximun de energía y actividad posible a los humanos y volar a la capital a destruir el núcleo del poder español era lo indicado. Si va a Puerto Cabello pierde su tiempo, porque con levantar el puente levadizo sobre el canal, la plaza resultaba intomable. Examinando el plano de la plaza fuerte de Puerto Cabello no queda duda de la estolidez de la crítica. Mitre dice que la *vanagloria* atrajo a Bolívar a Caracas. Es desconocer la realidad militar. Más adelante repite el mismo juicio erróneo (15).

Bolívar genio de la guerra. Al comentar la brillante campaña de 1813, reconoce las excepcionales dotes de Bolívar. Es un milagro que no lo censure. "Poseía, dice, en alto grado las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe en su escala al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar, competían con su fortaleza y su ímpetu heroico para ir siempre adelante. Poseía el arte de imponerse al enemigo y de infundir confianza a los suyos. Tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña". El historiador alemán Gervinus, adoptando opiniones de los expertos coloca esta campaña al lado de las mas atrevidas empresas militares celebradas por Europa (16).

---

(13) Tomo III, pag. 337.

(14) Lecuna. La Campaña Admirable. Boletín de la Academia de la Historia N° 106, pag. 163 nota. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pag. 63.

(15) Tomo III, pags. 341 y 346.

(16) Tomo III, pags. 342 y 343. Por brevedad hemos reducido algunas frases. Gervinus, Histoire du XIX Siecle. Tomo VI, pags. 256 y 257.

Entrada triunfal a Caracas. Mitre con buen juicio rechaza la fábula de Ducoudray Holstein de la entrada de Bolívar a Caracas el 6 de agosto de 1813 de pie sobre un carro tirado por 12 bellas señoritas vestidas de blanco. El vencedor hizo su entrada a caballo en medio del entusiasmo indescriptible de los patriotas y del pueblo. Un grupo de bellas señoritas le presentaron unas coronas de flores naturales al desmontarse del caballo, en la puerta de su casa en la esquina de las Gradillas, ángulo Sur-Este de la plaza mayor. Véase la Gaceta de Caracas N° 1 del 26 de agosto de 1813 (17).

El título de Libertador. Refiriéndose a los primeros actos de Bolívar en su campaña de 1813, dice insidiosamente, que él se dió a sí mismo el título de Libertador y añade "era el primer síntoma de delirio de vanas grandezas" (18). Pero no es esta la verdad. El título se lo dieron el pueblo de Mérida, el Ayuntamiento de Caracas y el Congreso de Angostura.

Combates de Bárbula y las Trincheras. El crítico lanza esta observación fuera de lugar: "Bolívar levantó el sitio de Puerto Cabello a fin de reponer sus tropas y hacer frente a las convulsiones políticas ocurridas a su espalda, por haber descuidado el flanco occidental del teatro de la guerra" (19). Juicio arbitrario y sin fundamento alguno, pues no hubo tal descuido, lejos de eso, la división García de Sena lo cubría y batió a los enemigos en los Cerritos Blancos el 13 de setiembre.

La verdad de lo ocurrido es muy distinta. El sitio fue levantado por la llegada de España del regimiento de Granada en refuerzo de la guarnición. Bolívar se retiró hacia Valencia para atraer a los enemigos fuera de las murallas y batirlos en campo raso, como lo logró en las acciones de Bárbula y las Trincheras, el 30 de setiembre y el 2 de octubre.

Traslación del corazón de Girardot a Caracas. Le sugiere lo siguiente: "Este viaje fúnebre ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América, y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación tea-

(17) Tomo III, pag. 343.
(18) Tomo III, pags. 345, 352.
(19) Tomo III, pag. 348.

tral" (20). Luego dice: "Mientras el Libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose acordar o aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechaba para sublevar las poblaciones" (21). Juicios sin fundamento, por desconocer los méritos del héroe granadino y las esperanzas en él fundadas.

La reacción debíase a razones sociológicas, y al resurgimiento de España como potencia militar, a medida que retrocedían los franceses en su territorio.

"A pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario" (22). Juicio contradictorio muy propio de su autor.

"Los libertados de Quito recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles como la de Caracas y Bogotá" (23). Ni en Caracas, ni en Bogotá, ni en Quito, hubo tales coronas de oro.

Ferocidad de los Españoles. Según Mitre la principal causa alegada por Bolívar en su Manifiesto de 20 de setiembre de 1813, para justificar el decreto de guerra a Muerte, fue el fusilamiento de Briceño en Barinas, ocurrido el mismo día del decreto. Es una equivocación del historiador miope. Bolívar no se refiere en su manifiesto del 20 de setiembre al fusilamiento de Briceño en Barinas, se refiere a los fusilamientos realizados por Tizcar en Barinas en mayo de ese año, en virtud de la Real Orden del Ministro de la Guerra del 11 de enero de 1813, de acuchillar a los insurgentes pertinaces en los lugares donde se hiciese resistencia; Real Orden publicada por bando en Caracas de orden de Monteverde el 13 de marzo de dicho año y trasmitida a Barinas, cuyo texto y resultados los supo Bolívar en Mérida (24). Pero Mitre

(20) Tomo III, pag. 350.
(21) Tomo III, pag. 353.
(22) Tomo III, pag. 450.
(23) Tomo III, pag. 576.
(24) José de Austria, Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela, tomo I, pags. 189 y 207.

ignorante y superficial siempre en sus juicios, creía que Bolívar se refería al fusilamiento de Briceño, aun cuando no lo nombra en absoluto en el manifiesto, ni podía nombrarlo porque Briceño fue fusilado el 15 de junio de 1813 como va dicho, el mismo día que Bolívar daba el Decreto de Guerra a Muerte (25).

Refiriéndose Bolívar en su manifiesto a la ferocidad española dice textualmente después de exponer los atentados cometidos contra muchos ciudadanos: "En la provincia de Caracas nada vale la Constitución Española; los mismos españoles se burlan de ella y la insultan. Después de ella se hacen prisiones sin sumaria información; se ponen grillos y cadenas al arbitrio de los comandantes y jueces; se quita la vida sin formalidad ni proceso, como lo hizo Tizcar en Barinas en mayo de este año, Zuazola en Aragua de Maturín, Boves en Espino etc" (26).

Más adelante Mitre comete el error, copiado de nuestros historiadores, de atribuir la rebelión de las llanuras del Guárico a supuestas crueldades de Campo Elías (27). Hemos sido nosotros los primeros en probar la falsedad de este concepto. Campo Elías era formidable en las batallas, pero fuera de ellas fue benigno y humano, como lo demuestra su oficio al general Ribas de 3 de noviembre de 1813, publicado por nosotros (28).

Al mencionar los actos dispuestos en honor de Girardot dice el crítico: "Bolívar siempre ávido de emociones teatrales voló a la capital en busca de nuevas ovaciones y honores" (29). Es la crítica vulgar del apóstata Blanco White y de otros realistas semejantes. Censuran la venida del general Bolívar a Caracas, por corto días, cuando era indispensable para vigorizar la administración y tomar medidas contra la reacción, a la sazón asomándose por todas partes. Nunca gobernante alguno ha trabajado más en el servicio público; sin embargo, según Mitre, malgastaba su tiempo en ceremonias teatrales.

---

(25) Manifiesto del Brigadier Simón Bolívar a las Naciones del Mundo. O'Leary, tomo XIII, pags. 365 y 370.

(26) Manifiesto citado, pags. 372 y 373.

(27) Tomo III, pag. 358.

(28) Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pags. 136 y 137. En el Boletín de la Academia de la Historia N° 107, pag. 319.

(29) Mitre, tomo III, pags. 349, 351 y 353. Las palabras reproducidas de Blanco White las trae Mitre en una nota en la pag. 351.

En sus narraciones de las guerras de Venezuela, por carecer de información e ignorar la geografía, repite sin analizar los hechos, errores de los escritores españoles, los de nuestros historiadores y añade los suyos propios.

Sitio de Puerto Cabello. Agosto de 1813. Vuelve a repetir el concepto falso de la facilidad de tomar a Puerto Cabello, si se la hubiera atacado a raiz de la ocupación de Valencia el 2 de agosto (30). Supone a Bolívar dominado por la vanagloria de recibir los aplausos de Caracas. Mitre ignoraba la situación y forma de la plaza de Puerto Cabello, en una isla, amurallada con todas las reglas del arte, separada de tierra por un canal profundo. Bastaba levantar el puente levadizo para hacerla invulnerable. A todo esto se añadían los sentimientos realistas de los habitantes capaces por si sólo de salvar la plaza, como lo mostraron en conflictos posteriores (31), y una buena guarnición, de manera que si los patriotas siguen sobre Puerto Cabello, en aquella oportunidad, sin artillería de batir, no hubieran podido hacer nada.

En cambio marchando hacia Caracas, ciudad abierta y patriota, Bolívar impedía la reacción de los realistas y dispersaba las fuerzas todavía existentes en la capital, como sucedió a la noticia de su aproximación, dispersándose los batallones de Fernando VII, y el Veterano, la Columna de la Cumbre y la caballería de Gorrín, en junto 1.438 hombres (32). Esta crítica a Bolívar no es original de Mitre, la lanzó el gacetillero José Domingo Díaz.

Batalla de Araure. Hace una incompleta descripción de esta gloriosa jornada, para decir que *Bolívar no era general táctico,* aunque páginas atrás lo ha calificado de guerrero de primer orden. En nuestro capítulo titulado "Combates de Barquisimeto y Vigirima. Batalla de Araure", describimos esta gloriosa jornada (33).

La Asamblea del 2 de enero de 1814. Para Mitre todos los actos

---

(30) Tomo III, pag. 346.

(31) Observaciones a los Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas, de José Domingo Díaz, por Francisco de Azpurua. Madrid. Imprenta Clásica, 1913, pag. 7.

(32) Lecuna. Campaña Admirable. Boletín de la Academia de la Historia. N° 106, pag. 167. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo I, pag. 69.

(33) Mitre, tomo III, pag. 360.

republicanos del Libertador son comedias políticas. Sus discursos, a pesar de su admirable elocuencia, precisión dialéctica y sinceridad, son difusos, declamatorios y de protestas ficticias, y sus renuncias del poder simples hipocresías. No toma en cuenta el propósito de acallar a los descontentos, demostrándoles la necesidad de su dirección. Aun cuando el crítico a veces reconoce la grandeza intelectual y moral de Bolívar, todos sus actos, casi sin excepción, le merecen censuras. Es la envidia del mediocre, intolerante ante la grandeza de nuestro héroe (34).

Según dice "jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción". Concepto equivocado como tantos otros del autor. El Libertador siempre expresó las mismas ideas políticas en esta Asamblea de Caracas y en los Congresos de Angostura y de Bolivia. Laborando en plena guerra hasta 1825 no podía mandar con la Constitución. Cuando fue oportuno dejó el mando constitucional al Vice-Presidente de Colombia y siguió actuando con facultades extraordinarias sólo en el teatro de la guerra. Para llevar adelante su grandioso proyecto de fundar una gran estado debía continuar en el poder, pero nunca empleó la fuerza arbitrariamente para imponer sus ideas. Obraba por el impulso siempre renovado de sus actos patrióticos y su prestigio.

Mitre califica de *difuso* a sus admirables discursos, elocuentes, claros y precisos (35).

Campaña de 1814. En la descripción de este accidentado y heroico período acoge todos los juicios y observaciones equivocados de los historiadores españoles y de algunos de los nuestros, cargando siempre la mano contra Bolívar. Le atribuye la culpa de la revolución popular, por el decreto de guerra a muerte, cuando el movimiento insurreccional de la clase popular contra las clases ilustradas fundadoras de la independencia venía incubándose desde los tiempos de la colonia, y estalló con toda su fuerza con motivo del triunfo de España contra el imperio francés. Desfigura los combates alterando los números de combatientes. Desconoce la influencia de la capitulación de París, causa de la paralización espiritual de los patriotas y de la derrota de la

(34) Mitre, tomo III, pags. 369 y 370.
(35) Tomo III, pag. 369.

Puerta. Supone a Bolívar culpable de los errores de Bermúdez en la Villa de Aragua y de Mariño en Cumaná (36).

Bolívar en la Nueva Granada, Cartagena. Repitiendo las críticas del gacetillero realista José Domingo Díaz, el historiador adocenado acusa a Bolívar de "disipar el tiempo en festines" durante su estada en Mompox. Censura su marcha contra Cartagena realizada en la esperanza de provocar una reacción en la plaza y obtener las armas necesarias para invadir a Venezuela, como lo había dispuesto el gobierno general desde Bogotá; error sin duda porque no tuvo éxito, pero indispensable en aquellos momentos como la única esperanza de obtener las armas necesarias para la campaña (37).

La carta profética de Jamaica. Califica de *memoria bien elaborada* a esta admirable exposición de las condiciones y tendencias políticas de los países Hispano Americanos. Bolívar los describe y predice su suerte con insuperable maestría y exactitud. Pero Mitre sólo la menciona para censurar a su autor. Según dice "sus predicciones sobre la organización futura de las nuevas repúblicas es la refutación del quimérico plan de monocracia continental que pretendió ensayar más tarde" (38). Así denomina el crítico miope la grandiosa idea del Libertador de fundar una Confederación con los países libertados por su espada, bajo un régimen de ley, con un presidente vitalicio, porque en la época era imposible en tan vastos países realizar elecciones presidenciales periódicas; proyecto para cuya admisión Bolívar jamás empleó la fuerza y prácticamente lo abandonó al primer síntoma de descontento en el Perú (39).

No se conforma con lo anotado y añade algo sorprendente: "Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín, a la raza de los grandes silenciosos que sólo hablan para acompañar la verdad o reforzar la acción con la palabra, y que como se ha dicho son la sal de la tierra". Luego menciona estas palabras de otro grande hombre desterrado en 1815 en una isla, como Bolívar: "Cuando nada se puede hacer se

(36) Tomo III, pags. 400 a 402.

(37) Tomo III, pags. 400 y 403 nota.

(38) Tomo III, pags. 402 y 403.

(39) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo VI, pag. 92. Carta al Mariscal Santa Cruz. Popayán, 26 de octubre de 1826.

calla". En otros términos: Bolívar hizo mal en escribir la carta profética. Debió callarse, según Mitre.

Comentario extravagante. Consultado Monseñor Nicolás E. Navarro, Obispo de Usula, sobre la frase de Mitre comentada más arriba, nos dice lo siguiente:

"Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín a la raza de los grandes silenciosos, que sólo hablan para acompañar la verdad o reforzar la acción con la palabra y que, como se ha dicho, son la sal de la Tierra". Muy mal traída por los cabellos en verdad esa cita de la frase evangélica hecha por Mitre. *Vosotros sois la sal de la tierra.* dijo Jesucristo a sus discípulos en el Sermón de la Montaña (Mt. V, 13) en el sentido bien claro de que su oficio sería preservar a los hombres de la corrupción y del pecado y sazonarlos por su predicación y conducta con los bienes de la gracia, de que ellos mismos debían mantenerse impregnados. Ese es el origen auténtico y único de tan célebre sentencia, sin que haya lugar a atribuírsela a más nadie, como pudiera sospecharse por la vaguedad de la expresión con que la saca Mitre a relucir: "como se ha dicho". No se trataba pues, aquí de "grandes silenciosos" sino de seres predestinados a hacer resonar con sus hechos toda la tierra y llevar hasta los últimos confines del mundo el eco de su voz. Si a alguien, por consiguiente, podía aplicarse a propósito ese oráculo de Cristo—naturalmente con las obligadas limitaciones—era a Bolívar que no a San Martín, precisamente por aquello de "la palabra escrita y hablada". De donde resulta que no sería desacertada la apreciación de "comentario extravagante" con que se valorase el concepto de marras emitido por don Bartolomé Mitre".

Período de Carúpano a Ocumare. El historiador argentino critica en términos despectivos las operaciones del Libertador en este período (40). No conoce la geografía y carece, como de ordinario, de justo sentido militar. La estada de Bolívar de un mes en Carúpano, en junio de 1816, censurada por Mitre, fue la operación más bella y útil. Recogió hombres, las guarniciones españolas de Güiria y Maturín, temiendo verse cortadas en su base natural se retiraron precipitadamente hacia Cumaná; el ex-

(40) Tomo III, pags. 445 a 451.

tremo oriental de Venezuela quedó libre, y Mariño y Piar despachados por Bolívar con armas, pudieron formar, sin ninguna oposición, sendas divisiones en Güiria y Maturín. Bolívar aumentó su hueste de 200 a 800 hombres. Si Mariño hubiera embarcado su contingente la expedición no habría fracasado en Ocumare.

Los españoles retiraron tropas del centro para acudir al Oriente. Aún con su sola columna el desembarco en Ocumare habría producido grandes ventajas, sin el error de Bolívar de designar a Soublette para invadir los Valles de Aragua. Lejos de tomar la ofensiva como se le ordenó, este jefe permaneció inactivo, sin impedir que los enemigos se reunieran como pudo hacerlo. El resultado fue la derrota.

El embarco de Bolívar, inevitable por circunstancias adversas, favoreció a los patriotas en su retirada, porque los españoles, creyendo capturar al héroe si volvía a desembarcar, no los persiguieron durante varios días.

Aunque el desembarco cerca de la capital fracasó, el efecto moral fue de grandes resultados para la revolución en general y los alzados en los llanos; los españoles suspendieron la persecución contra ellos largo tiempo. Páez, Zaraza, Monagas y Rojas, aumentaron sus columnas: Mariño y Piar dueños de sus territorios, como hemos expresado, formaron divisiones importantes (41).

Las proclamas de Bolívar en Carúpano y Ocumare, tan censuradas por Mitre, fueron necesarias para promover la revolución y cumplir las promesas dadas a Petión de decretar la libertad de los esclavos (42).

Error de Bolívar en Ocumare. Es bien conocido el fatal error del edecán Alzuru, al equivocar el recado de Soublette, causa del reembarco de Bolívar en Ocumare en la noche del 14 de julio. El juicio de Mitre a este respecto es cruel e injusto. Según dice, Bolívar abandona a sus soldados y con ellos el honor (43). No toma en cuenta su empeño en los días subsiguientes en reincor-

(41) Lecuna. Expedición de Los Cayos. Boletín de la Academia de la Historia N° 77, pags. 6 a 30. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar tomo I, pag. 473.

(42) Tomo III, pag. 446.

(43) Tomo III, pag. 448.

porarse a sus tropas. Y no se dá cuenta de las consecuencias felices de este hecho fatal pues las tropas desembarcadas pudieron escapar sin peligro inmediato. Por esta circunstancia los patriotas llegaron sin pérdidas a los llanos.

En este período de desaliento, debido al resurgimiento de España después de su triunfo contra los franceses, y a la llegada de la formidable expedición de Morillo, la opinión general no favorecía la independencia y Bolívar forzosamente emprendía operaciones arriesgadas con los escasos elementos que podía conseguir para impulsar la revolución; y aun cuando fracasara a veces, sus operaciones bien concebidas produjeron grandes resultados.

Desembarco en Barcelona. Respecto a los acontecimientos de Barcelona a principios de 1817, el historiador argentino repite los mismos juicios equivocados de algunos historiadores y otros propios formados por ignorancia de los hechos y de la geografía (44). Bolívar fue batido el 8 de enero en Clarines, pero batió a los enemigos el 8 de febrero en Barcelona. Las operaciones subsiguientes, frustradas por la incomprensión de Mariño reconocido en aquellos días como jefe de la Fuerza Armada, fueron inevitables para salvar el parque; no pudiendo trasportarlo al interior por falta de acémilas, se imponía la concentración en Barcelona. Piar, enemigo secreto de Bolívar, se había llevado con anticipación las tropas a Guayana para alejarlas de su influencia (45). Sin embargo, Mitre siguiendo las críticas de algunos censores le atribuye a Piar "la gran inspiración de la campaña", invadiendo a Guayana origen de las fecundas campañas posteriores, "inspiración no sospechada por Bolívar, hasta entonces con una venda sobre los ojos" (46). Este juicio es enteramente falso. Bolívar propuso en Carúpano en junio de 1816 invadir a Guayana, pero no intentó la empresa por oposición de los corsarios, sin los cuales no era posible llevarla a cabo en aquellos momentos. Véase su carta a Petión, Jacmel 4 de setiembre de 1816 en el Boletín de la Academia de la Historia N° 139, pag. 266.

Idea fundamental para tomar a Guayana. Cuando Bolívar

(44) Tomo III, pags. 458 y 459.
(45) Rivas Vicuña, Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 205.
(46) Tomo III, pags. 454 y 462.

proyectaba la concentración en Barcelona le escribió a Piar estas palabras: "Estoy seguro por informes los más exactos y dignos de crédito, que sin una flotilla respetable no es posible tomar la Guayana. Un buque inglés procedente de Granada y que há poco estuvo allí me ha instruído de sus fuerzas marítimas. Las nuestras son muy inferiores a ellas, y además, no pueden por ahora separarse de estas costas, hasta asegurar todas nuestras comunicaciones externas, por donde recibimos los auxilios y elementos para la guerra. No perdamos nuestros esfuerzos. Aún no es tiempo de tomar a Guayana. Llegará ese y con suceso" (47).

Esta idea era una inspiración genial: Guayana, casi desierta, tenía dos plazas fuertes: Angostura y Guayana la Antigua bien artilladas y sostenidas por una poderosa escuadrilla dueña del río. Las plazas recibían por la marina víveres y municiones. Atacarlas sin artillería era inútil, como lo probaron dos asaltos fracasados de Piar.

En cambio, batida la escuadrilla las plazas se rendirían. Así sucedió en julio y agosto del mismo año al entrar los buques de Brión al Orinoco, llamados por Bolívar. En el mes de enero el Almirante no contaba con la cooperación de los corsarios para esa empresa.

Bermúdez recomendó la campaña de Guayana en 1815 (48), y los primeros en invadirla fueron Monagas y Sedeño a fines de ese año. Este último se mantuvo vencedor en la región de Caicara hasta la llegada de Piar.

Como hemos señalado al describir la batalla de Cabrián, la concepción de Bolívar para rendir las dos plazas de Guayana, es semejante a la del joven comandante de artillería Napoleón Bonaparte en la toma de Tolón.

Período de 1816 a 1818. Comentando Mitre los acontecimientos de fines de 1816 y 1817 señala las ventajas adquiridas por Arismendi en Margarita, Mariño y Piar en Güiria y Maturín, Zaraza y Monagas en los llanos de Caracas y Barcelona y los de

(47) O'Leary, tomo XV, pags. 116 y 117. Oficio del 10 de enero de 1817.

(48) Carta a Martín Tovar Ponte. Margarita, 1° de marzo de 1815. Boletín de la Academia de la Historia N° 61, pag. 1.

Páez en Apure, y agrega refiriéndose a Bolívar "su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta cuando nó vergonzosa" (49), a pesar de que todas estas ventajas se debían a las operaciones bien meditadas y fundamentales de Bolívar a saber: La expedición de Los Cayos, la ruptura del bloqueo de Margarita, su larga estada en Carúpano, provocando la retirada de las guarniciones españolas hacia Cumaná, el desembarco en el centro del país en Ocumare; aunque fracasara en el combate del 14 de julio estas operaciones habían permitido a los jefes divisionarios alcanzar las mencionadas ventajas. Con sus empresas Bolívar había conmovido al país y había armado a los principales grupos de rebeldes. Las derrotas se explican fácilmente. En ese período los patriotas, repetimos, luchaban contra la opinión general favorable a la metrópoli, contra la influencia moral de la resurrección de España y contra el peso del ejército de Morillo, el más grande y disciplinado enviado por España a sus colonias.

Los resultados adversos de la campaña de 1818 tuvieron múltiples causas: todavía la opinión favorecía al partido de España, las tropas rebeldes no habían adquirido aún la conciencia de su fuerza: Páez con sus voluntariedades trastornó dos veces la campaña y Bolívar deseoso de libertarse de la presión del jefe llanero cometió el error de atacar solo a Morillo en La Puerta. En el mismo año fueron batidos Mariño en Cariaco, Páez en Cojedes y Bermúdez en la Madera. Por desconocer las causas fundamentales de estos sucesos, Mitre atribuye los desastres a Bolívar, pero desmentido por los hechos posteriores, al fin le reconoce su genio creador, por la rapidez en reconstruir las fuerzas de la República (50).

El paso de los Andes en 1819. Mitre compara el paso de los Andes por Bolívar en 1819 con el de San Martín, pero no hay ninguna semejanza entre una y otra operación (51). Bolívar cambiaba el teatro de la guerra, es decir dejaba por detrás a los enemigos combatidos en Apure. Efectúa 30 jornadas a través de sabanas innundadas y de ríos crecidos. Asciende a la cordillera

(49) Tomo III, pag. 458.
(50) Tomo III, pag. 495.
(51) Tomo III, pag. 519.

defendida por enemigos. Los rechaza, más para evadirlos ejecuta una marcha de flanco, la maniobra del Pisba, y va a caer donde no era esperado. Llevaba sus tropas por una sola vía, iban escasos de todo debido a los rigores de la campaña precedente y a la pobreza de la república.

La operación de San Martín no tiene ninguno de estos caracteres. Partió de una nación en paz de donde lo proveían de todo lo necesario. Llevó su ejército por dos vías corriendo el peligro de que lo batieran en detal, pero tuvo la fortuna de que el español Marcó del Pont no aprovechó esta ventaja que le ofrecía la fortuna.

Campaña de Boyacá. Tiene menos errores que en otras descripciones. Al parecer no lo han extraviado, como en las campañas de Venezuela, las calumnias y mentiras propaladas por escritores españoles, y la Gaceta de Caracas redactada por José Domingo Díaz. Pero Mitre es implacable como el chacal, censura la fiesta patriótica celebrada en Bogotá por la Municipalidad en honor de los vencedores, fiesta aceptada de buena gana por Bolívar, como medida política, para impresionar a los pueblos granadinos en favor de la unión de la Nueva Granada, Venezuela y Quito, necesaria para facilitar la prosecución de la guerra y de trascendencia en el desarrollo y grandeza de estos pueblos. Por otra parte esta fiesta tenía una significación moral inmensa. Era la protesta de la brillante sociedad bogotana martirizada por Morillo, arrebatándole sus hombres prominentes y condenándoles al suplicio. Era una expansión incontenible y necesaria como desahogo de los espíritus torturados.

Cabeza llena de Viento. El ensañamiento de Mitre contra el Libertador llega al extremo de decir que aunque no aceptó la corona de laureles que le ofrecieron los municipales, ella hubiera quedado muy bien "en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales", como la suya (52). ¿Cual es el comentario adecuado a este solemne disparate? Sólo el odio, la ignorancia y la maldad inspiraban al petulante y necio censor. *¡Cabeza llena de viento* la del hombre de más sólidos talentos de nuestra raza, de imaginación más rica, de lengua más elocuente, de concepciones

(52) Tomo III, pag. 523.

más útiles al género humano! ¡Al hombre de *la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas*, según Cecilio Acosta!

El parte de la batalla de Boyacá. Redactado por Bolívar lo firma el jefe de estado mayor Soublette. Mitre lo califica de *confuso*, cuando su redacción es tan clara que sin más datos se puede dibujar el plano de la batalla como lo hemos hecho nosotros (53).

Campaña de Carabobo. El crítico miope no percibe las admirables maniobras realizadas por el Libertador para reunir sin peligro de interposición de los enemigos, las divisiones procedentes de Santa Marta y Maracaibo, de Cúcuta y Apure, diseminadas en vastos espacios y al alcance del ejército enemigo. Tampoco se da cuenta de las admirables diversiones militares dispuestas sobre Caracas y San Felipe, calculadas para debilitar al ejército principal y realizadas con éxito completo. Respecto a la batalla de Carabobo adopta la crítica torpe e insustancial de Ducoudray Holstein, al atribuir a un pobre indio la maniobra genial de Bolívar, decisiva para sorprender y batir a los enemigos en detal (54). Véase en esta misma obra nuestra crítica a las calumnias de Ducoudray Holstein.

Bolívar no era déspota ni quería ser tirano. Como rara excepción podemos copiar unos conceptos de Mitre favorables a Bolívar, aunque con ciertas reticencias. He aquí sus palabras: "El dictador de Colombia—reducido al menos teóricamente—a la condición de presidente constitucional de la República y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigaba grandes ambiciones no era un déspota ni quería ser tirano" (55). Luego añade otras frases favorables.

Los libertadores según Mitre. El escritor dice así: "La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa, la de San Martín si bien mas correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar"

(53) Tomo III, pag. 521. El parte se halla en O'Leary, tomo XVI, pag. 428. Véase nuestra obra Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar, tomo II, pag. 347.

(54) Tomo III, pags. 534 y 535.

(55) Tomo III, pag. 539.

(56). Estos juicios son simples frases arbitrarias, de charlatanerías insustanciales.

El famoso brindis atribuido a Bolívar. Se supone que en un banquete se expresó así: "Brindo por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo" (57). Aunque está anotado en otro lugar de esta obra lo repetimos aquí, porque los autores del Sur lo dan como un hecho positivo. Ricardo Palma, con mejor sentido, buen conocedor del corazón humano, dice que él no creía en este brindis, porque Bolívar no era tonto de capirote.

El baile dado en Guayaquil al general San Martín. Mitre lo califica de "reunión de campamento llanero", por suponer que todos los oficiales de Bolívar eran gente vulgar. Es un error. El secretario José Gabriel Pérez, los edecanes Diego Ibarra, Santa María, Mosquera y Cuervo, los escribientes Santana y Martel y oficiales como Córdova, Salóm y muchos otros eran de familias distinguidas. Pérez y Santana se habían educado en los Estados Unidos en colegios de primer orden. Es bien sabido que Bolívar sabía imponer severa disciplina a cuantos le rodeaban y todos se esforzaban en imitarlo en sus modales y refinada educación (58).

La calumnia de Lafond. Mitre dice: "Si Bolívar en vez de 1.400 hombres prestados a medias (para la campaña del Perú) hubiese puesto a disposición del Protector 3.000 o 4.000 colombianos (. . .), la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo y la lucha se prolongó por tres años más" (59). Esta es la calumnia de Lafond, trasmitida a este aventurero francés por el propio general San Martín, en la carta apócrifa de 29 de agosto de 1822. Documentos coetáneos de Bolívar y de San Martín publicados en todas las obras referentes a estos sucesos, prueban la falsedad del aserto de Mitre. En primer lugar debemos observar que la división facilitada a San Martín constaba de 1.800 hombres y que el Perú no quiso recibir mayores contingentes ofrecidos por Bolívar en su oficio del 9 de setiembre de 1822, publicado en El Argos de Buenos Aires Nº 44 del 31 de mayo de

(56) Tomo III, pag. 598.
(57) Tomo III, pag. 622.
(58) Tomo III, pag. 623.
(59) Tomo III, pag. 632.

1823, muchas veces mencionado por nosotros, e insertado en capítulo anterior.

La leyenda del silencio. Para dar mayor verosimilitud a la leyenda de Lafond, Mitre ha inventado que los dos libertadores se prometieron guardar silencio sobre lo tratado en la Conferencia respecto a auxilios militares. Pura invención del crítico, pruébalo el oficio de 9 de setiembre a que nos referimos en párrafo anterior, en el cual Bolívar declara que San Martín no le pidió ningún socorro militar ni mostró temor por la suerte del Perú (60).

Otras calumnias. Por brevedad suprimimos los comentarios sobre muchas otras calumnias, semejantes o del mismo orden de las mencionadas.

Verdaderas causas de la abdicación de San Martín. Por último el mismo Mitre duda de la veracidad de su tesis respecto a la causa de la abdicación del general San Martín, y refiriéndose a la conferencia y al Protector escribe lo siguiente: "Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo a la terminación de la guerra, o si la situación que a su regreso encontró en Lima lo determinó a ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos esta fue una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían" (61).

Después de narrar Mitre a su manera la abdicación del Protector y su retirada a Chile, escribe lo siguiente: "Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses" (62).

En otro lugar hemos expuesto la situación política del Perú al regreso del general San Martín de Guayaquil, el ultraje hecho a su persona con la destitución y violento destierro de Monteagudo, su cansancio del poder y oposición a emplear la fuerza para imponerse, y por último el estado de su salud, causas que determinaron su abdicación, sin que en ello tuviera absolutamente

(60) Tomo III, pag. 639.
(61) Tomo III, pag. 643.
(62) Tomo III, pag. 669.

ninguna influencia la conducta de Bolívar, quien jamás se negó a auxiliar al Perú con todas las fuerzas que estuvieran a su alcance, como afirman sus calumniadores.

Paralelos por Mitre. A cada paso los establece entre el Libertador y San Martín, para deprimir a nuestro héroe. Reconoce la acción útil de ambos en la lucha por la independencia, pero agrega: "Si se compara la ecuación (?) personal de los dos libertadores, vése que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con mas instinto y más imaginación que previsión y método" (63).

Es la manera del detractor de disimular la enorme superioridad de Bolívar sobre San Martín en todos sentidos: en las combinaciones militares, en literatura, en elocuencia, en filosofía, en política panamericana y por último en su reconocido don profético. La única ventaja que, según el vulgo, le llevó San Martín a Bolívar fue la de abandonar el poder, aun cuando su patria necesitaba urgentemente de sus servicios; desprendimiento debido en gran parte al excepticismo político, a una marcada tendencia personal a la inacción, y a su indiscutible desinterés por la cosa pública.

Críticas sistemáticas. En la Argentina no se han omitido calumnias para desacreditar a Bolívar ante la historia. El decreto de honores dado en Quito en favor del escuadrón de Granaderos argentinos denominándolo Escuadrón de Ríobamba en vez de agradecerlo como exclusivo a los argentinos, cuando también le correspondía a los escuadrones colombianos, sólo ha servido para lanzar calumnias contra el héroe. La primera, que sus tropas, según observación atribuida al general Mosquera cuando estuvo de embajador en Lima, eran montoneras comparadas con las argentinas existentes en la ciudad. Todo mentira, porque cuando estuvo de embajador en Lima el general Mosquera fue en 1829, y en esa época no existían en dicha ciudad tropas argentinas, ni peruanas, ni de ninguna clase; todas habían sido derrotadas en 1823 en Torata y Moquehua, y las restantes, el Regimiento del Río de la Plata y el Batallón N° 11 de Buenos Aires, se pasaron a los españoles y les entregaron la plaza del Callao (64).

(63) Tomo III, pag. 606.
(64) Tomo III, pag. 615.

En cambio las tropas colombianas desde 1813 alcanzaron admirable disciplina, y aunque sufrieron la reacción formidable de 1814, y la presión del ejército de Morillo, recuperaron su vigor y virtudes militares desde 1816, y brillaron en las últimas campañas como las mejores de la América Española.

La otra calumnia en cuestión es la supuesta enemistad de Bolívar contra los argentinos, pura invención de los empleados cesantes del régimen de San Martín a quienes el Libertador no pudo reponer en sus antiguos puestos lucrativos después de Junín y Ayacucho, por la necesidad de colocar a otras personas de servicios recientes.

Todas estas calumnias las recogió el coronel Espejo, uno de dichos empleados cesantes de aduana en Guayaquil (65).

La Gran Confederación. La historia nos presenta las ventajas de las grandes agrupaciones políticas sobre las pequeñas, para lograr el desarrollo intenso de su riqueza y cultura. La vida es lucha y todos los pueblos necesitan fuerza y ciencia para defender su integridad y desarrollar sus facultades intelectuales. De aquí el empeño de Bolívar de formar en nuestra América un gran Estado.

Pero Mitre no pensaba así y sobre las ideas de nuestro héroe se expresa de esta manera: "En vez de propender a fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político iba reduciéndose a un imperio pretoriano y un presidente vitalicio, o sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera y estaba no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio para los pueblos y para él, que los dos expiarían" (66).

También rememora Mitre la calumnia de Alvarado sobre el banquete de Arequipa, según la cual el Libertador se montó en

---

(65) Espejo, Recuerdos Históricos, San Martín y Bolívar. Entrevista de Guayaquil por el coronel de artillería Gerónimo Espejo, 1873. Reproducido por el Instituto San Martiniano en 1939. Buenos Aires.

(66) Tomo IV, pag. 114.

la mesa, rompió con furia vasos y platos bajo el tacón de su bota y prorrumpió paseándose en la mesa: "Así pisotearé la República Argentina" (67). Este absurdo episodio lo analizaremos adelante.

(67) Tomo IV, pag. 115.

UN MANUSCRITO DE SARMIENTO

Divulgado recientemente en Buenos Aires.
De una fotografía. Museo Histórico Sarmiento. Buenos Aires.

CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

No obstante el tiempo transcurrido reina grande obscuridad sobre el objeto de la conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar. El señor Bruzual ministro de Venezuela en Washington y contemporáneo de aquellos sucesos creía todavía en 1866 que se había tratado, a indicación de San Martín, de establecer monarquías en América. Es de creerse que Bolívar esparció este rumor a fin de no dejar conocer la parte poco justificable que él tuvo en aquella transacción. La carta de San Martín a Bolívar desde Lima apenas regresado de Guayaquil, publicada por Lafond y en la que recapitula y encarece las razones por él expuestas en la conferencia, anunciando su intento de separarse del ejército, era de por sí suficiente para alejar toda duda. San Martín demuestra con cifras la casi imposibilidad de vencer a los españoles, fuertes en el interior de 18.000 hombres. ¿Qué ocasión era ésta para pensar en el gobierno futuro de países que aun no estaban emancipados?

En 1846, gozando de muy cordial consideración de parte de San Martín, visitelo frecuentemente en Grandburgo su residencia de campo, a los alrededores de París. Se me había prevenido que el general gustaba poco de hablar de lo pasado. Una vez, después de almorzar, habíamos ambos pasado a su habitación a fumar. Sobre la puerta de entrada estaba una litografía que representaba a Bolívar. Fumando y mirándola, como los que no tienen nada mejor que hacer, pregunté al general, ¿se parece esta pintura a Bolívar? Bastante me contestó. La conversación continuó sobre este punto y he aquí lo más sustancial. Era, dijo el general, un hombre de baja estatura, movedizo: miraba de soslayo; nunca durante toda la conferencia pude conseguir que me mirase a la

cara. Estábamos ambos sentados en un sofá. El objeto de mi visita era muy simple. Desde luego la anexión de Guayaquil, que había dado ocasión a desavenencias. Nuestra misión como generales, le decía yo, es sólo vencer a los españoles. Los pueblos arreglarán sus límites. Por otra parte, yo no tenía fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba pues a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos poniéndome yo a sus órdenes.

A todo esto, Bolívar oponía que él dependía absolutamente del Congreso de su país, y que no podía arreglar nada de por sí. San Martín me decía al referirme esto: imagínese V. que yo lo dominaba de todo mi busto, y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas, para disimular su deseo de mandar solo. No pude arrancarle una respuesta clara y la conferencia terminó sin arribar a resultado alguno.

A la noche se presentó, añadía San Martín, un general, en mi dormitorio, a ofrecerme el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército, cansados decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar. Contestéle que todo el servicio que podía hacerle, era no dar aviso inmediatamente a Bolívar, de aquel designio que desaprobaba altamente conjurándoles a mantenerse en los límites de la subordinación.

El general Mosquera, hoy presidente de los E.U. de Colombia, decía en Chile, a propósito del sistema militar, o más bien de caudillo de Bolívar: "Cuando nos reunimos al ejército del Perú, vimos por la primera vez, jerarquía militar, respetados y considerados jefes y oficiales según sus títulos. Nuestro ejército se componía de un jefe absoluto Bolívar y de soldadezca. Los jefes éramos tratados como los soldados, a veces peor.

Sarmiento.

CRITICA AL ESCRITO DE SARMIENTO

En estos días hemos recibido muchos artículos de periódicos de Buenos Aires, referentes a la carta apócrifa de Lafond, un grueso boletín del Instituto Nacional San Martiniano; un folleto del mismo Instituto obra del honorable Ricardo Levene, presidente de la Academia de la Historia de Buenos Aires, otro folleto del

MUSEO HISTÓRICO SARMIENTO · BUENOS AIRES

Conferencia de Guayaquil.

No obstante el tiempo transcurrido reina gran de oscuridad sobre el objeto de la conferencia de Guayaquil entre San Martin i Bolivar. El señor Brusual ministro de Venezuela en Washington i contemporaneo de aquellos sucesos creia todavia en 1866 que se habia tratado, a indicacion de San Martin de establecer monarquias en America. Es de creerse que Bolivar esparcio este rumor, a fin de no dejar conocer la parte poco justificable que el tuvo en aquella transaccion. La carta de San Martin a Bolivar desde Lima apenas regresado de Guayaquil, publicada por Lafon, i en la que recapitula y encarece las razones por él espuestas en la conferencia, anunciando su intento de separarse del ejercito, era de por si, suficiente para alejar toda duda. San Martin demuestra con cifras la casi imposibilidad de vencer a los españoles, fuertes en el interior de 18000 hombres. Qué ocasion era esta, para pensar en el gobierno

Conferencia de Guayaquil
Manuscrito de Sarmiento.

futuro de países que aun no estaban emancipados?

En 1846, gozando de mui cordial consideracion de parte de San Martin, visitelo frecuentemente en Grandburgo su residencia de campo, a los alrededores de Paris. Se me habia prevenido que el Jeneral gustaba poco de hablar de lo pasado. Una vez despues de almorzar, habiamos ambos pasado a su habitacion a fumar. Sobre la puerta de entrada estaba una litografia que representaba a Bolivar. Fumando i mirandola, como los que no tienen nada mejor que hacer, pregunté al Jeneral ¿se parece esta pintura al Bolivar? Bastante, me contestó. La conversacion continuó sobre este punto i he aqui lo mas sustancial. Era, dijo el Jeneral un hombre de baja estatura, movedizo: miraba de soslayo i nunca durante toda su conferencia pude conseguir que me mirara a la cara. Estabamos ambos sentados en un sofa...

El objeto de mi visita era muy simple. Desde luego la anexion de Guayaquil, que habia dado ocasion a desavenencias. Nuestra mision como generales, le decia yo, es solo vencer a los españoles. Los pueblos aclararan sus límites. Por otra parte, yo no haria fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles, i era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba pues a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejercitos, poniendome yo a sus órdenes.

A todo esto, Bolivar oponia que el dejemos absolutamente del Congreso de su pais i que no podia arreglar nada de por si. San Martin me decia al referirme esto: Imagínese U.' que yo lo dominaba de toda mi busto, i estaba viendo a aquel pipiolito, continuo, mirando a un lado mientras daba estas pueriles escusas, para disimular su deseo de mandar solo. No pude arrancarle una respuesta clara i la conferencia terminó

sin arribar a resultado alguno.

A la noche, se presentó, añadía, Juan Martin, un general, en mi dormitorio, a ofrecerme el mando del ejército colombiano en nombre de todos los jenerales del ejército, camaradas decia, del despotismo i falta de miramientos de Bolivar. Contestéle, que todo el servicio que podia hacerle, era no dar aviso inmediatamente a Bolivar de aquel designio que desaprobaba altamente, i, a mantenerse en los límites de la subordinacion.

El Jeneral Necochea (hoi Presidente de los E. U. de Colombia, decia en Chile a propósito de el sistema Militar o mas bien de caudillo de Bolivar. "Cuando nos reunimos al ejército del Peru, vimos por la primera vez, jerarquia militar, respetadas i consideradas jefes i oficiales, segun sus títulos. Nuestro ejército se componia de un jefe absoluto Bolivar i de soldados. Los jefes eramos tratados como los soldados, a veces peor. [illegible]

célebre escritor don Ricardo Rojas, ambos sobre la misma carta y un grueso libro del señor Colombres Mármol hijo, destinado a revivir las célebres cartas apócrifas publicadas por su padre. Ninguna de estas obras presenta pruebas, fuera de las declaraciones del general San Martín a Miller y a Castilla, refutadas por nosotros en nuestro trabajo publicado en el Boletín de la Academia de la Historia (1). Entre tantas publicaciones todas encaminadas a una propaganda patriótica, pero distantes de la verdad histórica, sin considerar las pruebas concluyentes presentadas por nosotros en contra de Lafond, ha venido un manuscrito del ilustre Sarmiento con declaraciones atribuidas al general San Martín, raras o incongruentes, al parecer producto de momentos de mal humor, o de resentimientos fomentados por personas malignas. Analizaremos esas afirmaciones por partes, separadamente.

1º—Al decir del general San Martín, Bolívar no miraba de frente sino de soslayo. El primero en afirmar esta inverosímil particularidad fue el general Miller en sus Memorias y lo han copiado escritores del Sur, sin pensar en lo absurdo de la afirmación. La frase atribuida al general San Martín es terminante: *"Nunca—dice el antiguo Protector—durante toda la Conferencia pude conseguir que me mirarse a la cara"*. La primera conversación entre los dos próceres fue de media hora, y la segunda de cuatro o cinco horas. ¿Habrá alguien capaz de creer que en varias horas de conferencia, Bolívar no mirase ni una sola vez a la cara de su interlocutor? Para rebatir hipótesis tan absurda no parece necesario exponer consideraciones especiales a ese respecto, sin embargo recordaremos una muy conocida: cuantos han descrito la persona de Bolívar, le asignan mirar de águila. Esto supone ojos grandes, mirada penetrante, vista fija y directa. Con estos atributos se impone mirar de frente. ¡No se concibe un mirar de águila con la cara volteada hacia un lado!!!

Esta declaración fue hecha por el general San Martín al señor Sarmiento el año de 1846, es decir 25 años después de los acontecimientos y Sarmiento la escribió el año de 1867, ¡o sea a los 45 años del suceso! Quizás la acción del tiempo tuviera influencia en el contenido de tan inverosímil especie.

(1) Boletín de la Academia de la Historia Nº 118, pag. 150. Abril-Junio de 1947.

2º—"*El objeto de mi visita era muy simple, desde luego la anexión de Guayaquil que había dado ocasión a desavenencias. Nuestra misión como generales—le decía yo—es sólo vencer a los españoles. Los pueblos arreglarán sus límites*". Hasta aquí el general. Separemos estas diferentes aserciones. Según el general la anexión de Guayaquil fue el objeto de su visita, cuando en otros documentos como en la carta a Miller, ha expresado como único propósito de ella, pedir fuerzas a Bolívar. Sin duda lo primero es la verdad, pero resuelto el problema político antes de su llegada, en la conferencia juiciosamente no intentó tratar la materia, y así consta en la relación dictada por Bolívar. Sin embargo en su tardía declaración el general se equivoca y crée haberle dicho a Bolívar estas palabras: "*Nuestra misión como generales es sólo vencer a los españoles, los pueblos arreglarán sus límites*". Es un error del general por trasposición de ideas. En tan pocas líneas observamos tres equivocaciones: la primera situar en la Conferencia el principio de dejar a los pueblos el arreglo de sus límites cuando éste punto fue expresado por San Martín en su carta de 3 de marzo de 1822 y replicado por Bolívar en la de 22 de junio del mismo año, en tales términos que no era posible volverlo a plantear, como veremos enseguida; la segunda equivocación consistió en suponer posible en la entrevista discutir la pertenencia de Guayaquil, cuando ya era cosa resuelta y realizada de un todo por el pueblo de Guayaquil, y por el propio Bolívar en su carácter de Presidente de Colombia; y la tercera relativa a la posición de ambos personajes en la esfera política. Ellos allí no eran dos generales en el sentido expresado por el Protector. Consideremos solamente la posición de Bolívar: él tenía la investidura de Presidente Constitucional de la República de Colombia, nombrado por el Congreso de Cúcuta en octubre de 1821, y juramentado enseguida, su primera obligación era la de cumplir la constitución y leyes de la República y defender su integridad. Ahora bien, según la Real Cédula de 23 de junio de 1819 y muchas anteriores, Guayaquil era parte integrante de la presidencia de Quito y del Virreinato de la Nueva Granada, por tanto Bolívar no podía dejar a los pueblos como le indicaba San Martín en su carta del 3 de marzo de 1822 arreglar sus límites como quisieran.

Más todavía: el 1º de junio de 1822, estando Bolívar en el pueblo del Trapiche, en marcha sobre Pasto, recibió un propio

del general Sucre dándole cuenta de los sucesos del Sur y de graves declaraciones del general San Martín sobre la soberanía de Guayaquil, y la decidida voluntad del Perú de proteger su independencia. Bolívar inmediatamente pidió instrucciones al Gobierno de Colombia sobre su conducta a seguir en vista de la tendencia del Protector de intervenir en los asuntos internos de Colombia, y el Gobierno le contestó autorizándolo a usar hasta la fuerza si fuere necesario en resguardo de la integridad de Colombia. Esta consulta de Bolívar la descubrió en el Archivo Nacional de Bogotá, el ministro de la Argentina Alberto M. Candiotti y la publicó en el Boletín de Historia y Antigüedades de Colombia, Nº 315-316, correspondiente a los meses de enero y febrero de 1941. La enérgica contestación del Poder Ejecutivo de Colombia, firmada por el canciller Pedro Gual, está publicada en O'Leary, tomo XIX, pag. 318.

De manera que por todo lo enunciado y especialmente por estos documentos Bolívar tenía que velar por la integridad de Colombia y así lo expresó en carta al general San Martín de 22 de junio mencionada más arriba, en estos términos: "V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las Asambleas generales, reunidas libre y legalmente". Esta contestación por su energía, claridad, sentido jurídico y precisión, y si se quiere por su estilo autoritario, desmiente casi todas las afirmaciones del manuscrito del señor Sarmiento, atribuidas al general San Martín, tan fáciles de rebatir por los absurdos de su contenido.

3º—Por otra parte, sigue el general San Martín: "*Yo no tenía fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba pues a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos, poniéndome yo a sus órdenes*". Este es el punto neurálgico de la carta apócrifa de Lafond. Nosotros hemos probado su falsedad en diferentes capítulos, con documentos contundentes y pruebas, por decirlo así, matemáticas. Las tres relaciones de la Conferencia dictadas por Bolívar, y el famoso oficio de 9 de setiembre de 1822, dirigido a los gobiernos del Perú, Chile y la Plata, y publicado el último en el Argos de

Buenos Aires el 31 de mayo de 1823, presentan esas pruebas inequívocas, concluyentes, bastantes para destruir por completo cuantos argumentos se presenten en favor de Lafond.

4º—Uno de los párrafos más lamentables del manuscrito del señor Sarmiento es este: "*Imagínese V., dice el general San Martín, refiriéndose a Bolívar, que yo le dominaba de todo mi busto y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas para disimular su deseo de mandar solo. No pude arrancarle una respuesta clara y la Conferencia terminó sin arribar a resultado alguno*".

¿Cómo explicarnos desprecio tan grande como el contenido en estas palabras? Todo en ellas es equivocado y absurdo. A nuestro héroe se le podía odiar, envidiar, calumniar, pero nó inspiraba desprecio ni en lo físico ni en lo moral. Bolívar, como hemos dicho tantas veces, tenía 5 pies y 6 pulgadas inglesas, es decir 1m,678. Si el general San Martín le llevaba todo el busto debía alcanzar 2m,20 o 2m,30 de estatura. La observación prueba un estado de irritación propenso al error. Bolívar confuso, es decir, azorado o aturdido por la proposición de San Martín de servir a sus órdenes con un ejército, es algo contrario a la naturaleza humana. La humillación y sumisión del rival no puede causar disgusto a nadie. Si algún hombre fue de mente clara, ambicioso, autoritario, de resoluciones instantáneas, de carácter de hierro, fue Bolívar. ¿Por qué se iba a azorar o a mostrarse confuso cuando el general San Martín le ofrecía humildemente servir a sus órdenes? ¿Para mandar solo? Es una hipótesis simplista, o mejor un juicio formado *a posteriori*. El problema de la América era arduo, complicado: Bolívar no podía pasar con sus tropas al Perú si no lo llamaban. Mejor era mandar con San Martín en el Perú que no tener ocasión de ir al legendario virreinato. En aquel año nadie hubiera invitado a Bolívar a pasar al Perú; esto no ocurrió sino en 1823, después de la destrucción de las principales fuerzas argentinas, chilenas y peruanas.

Por lo demás no consideramos propiamente ofensiva a Bolívar la carta de Lafond, mas no es honrosa para el general San Martín, jefe supremo y libertador del Perú. Humillarse hasta el extremo de poner su ejército, el del Perú y Chile, su autoridad y su persona bajo la férula del jefe de Colombia, no nos parece honroso, por juzgarlo impropio. No es abnegación de un santo, sino la escapada

de un débil. Los defensores de la leyenda de Lafond no han meditado este aspecto degradante del problema histórico.

Atribuye Sarmiento a Bolívar las voces esparcidas por algunos en nuestra América Española sobre proyectos monárquicos de San Martín. Es una hipótesis gratuita, completamente infundada. Después de 1824 Bolívar no mencionó a San Martín sino para elogiar su desprendimiento, como modelo digno de imitarse, dada la ingratitud de nuestros países, y jamás hizo alusión a sus ideas políticas.

Otra afirmación calumniosa de los escritos de Sarmiento se refiere a los generales de Colombia. Según le decía San Martín un general colombiano *"fue en la noche a su dormitorio a ofrecerle el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército, cansados, decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar"*. Esta es otra patraña incalificable y necesario decirlo, ridícula y torpe. Basta una mirada a la historia de Colombia para comprender lo absurdo de la leyenda. Allí en Guayaquil no se hallaban sino tres generales colombianos: Manuel Valdés, Bartolomé Salóm y Jacinto Lara, todos tres de una adhesión y fidelidad a Bolívar, demostrada sin vacilación alguna en años posteriores, hasta después de la muerte del héroe. Valdés perteneciente al ejército de Mariño se declaró boliviano en 1817 y desde entonces fue uno de sus más ardientes partidarios y recibió de él los más elevados puestos, hasta el de general en jefe del ejército colombiano en el Perú, renunciado por motivos graves de salud. Bolívar le había consagrado el más bello elogio en estas palabras: "el general Valdés es el hombre más elegante en un campo de batalla". Además de la amistad de Bolívar gozaba de la confianza íntegra del Vice-Presidente Santander. Otro general presente en Guayaquil: Jacinto Lara, hombre serio y adusto, de carácter enteramente opuesto al de Valdés, fue constante partidario de Bolívar desde 1813: soldado sólido, ageno a la política, obediente, sin ambición personal, se desvivía por el servicio. Muerto Bolívar se consagró a trabajos agrícolas en Carora, su ciudad natal. Mencionamos último al general Salóm, el vencedor del Callao, llamado en justicia por Bolívar el Arístides Colombiano: idólatra de su general, en vida y en muerte. Desaparecido el héroe no quiso servir a otro gobernante. Ninguno de estos generales era capaz de la traición imaginada o soñada por el

general San Martín. No mencionamos al heroico Córdova, uno de los más brillantes guerreros de nuestra América, "el hijo de Marte y Venus", porque todavía no había llegado a Guayaquil. Evidentemente o Sarmiento se equivoca en esas declaraciones o el general San Martín estaba trascordado cuando las hizo.

Falsedad atribuida por Sarmiento a Mosquera.

El general Mosquera (hoy Presidente de los E.U. de Colombia) decía en Chile, a propósito del sistema militar, o mas bien de caudillo de Bolívar: "Cuando nos reunimos al ejército del Perú, vimos por la primera vez gerarquía militar, respetados y considerados jefes y oficiales según sus títulos. Nuestro ejército se componía de un jefe absoluto, Bolívar, y de soldadezca. Los jefes éramos tratados como los soldados, a veces peor".

Pues bien todo esto que copiamos, escrito por el ilustre Sarmiento, es mentira. El general Tomás Cipriano de Mosquera, fue por primera vez al Perú en 1829, en calidad de agente diplomático, cuando en el Perú no existía ni ejército, ni por consiguiente disciplina y gerarquía militar, porque todo había desaparecido a consecuencia de la victoria de Tarqui, obtenida por Sucre sobre los ejércitos de La Mar y Gamarra, y estos a la llegada de Mosquera se hallaban fugitivos en Lima, en perfecto desorden.

En cambio en la historia constan infinidad de pruebas de disciplina impuestas por Bolívar a sus tropas desde el comienzo de su carrera en 1813, sin la cual no habría llegado victorioso hasta Potosí en los confines del primitivo virreinato del Perú.

Por lo demás en las 2.000 cartas publicadas del Libertador, muchísimas dirigidas a sus generales, no se halla ningún concepto ofensivo para ellos.

ERRORES DEL GENERAL TOMAS CIPRIANO DE MOSQUERA

Este notable presidente de la Nueva Granada, de grandes servicios públicos, incurrió en graves errores al escribir sus Memorias, por su exagerado amor propio.

Sus yerros provienen no solamente del fenómeno psicológico tan común en los ancianos cuando escriben de memoria, de tergiversar ciertos hechos, y aún de dar por ciertos sucesos sugeridos a través de los años por su amor propio, sino que además el general era un gran embustero, como salta a la vista en sus escritos y Memorias. En efecto, en éstas enfáticamente asegura haber asistido a la conferencia de Bolívar y San Martín con el carácter de secretario privado del primero, cuando sabemos perfectamente que todo esto es mentira (1).

Mosquera comienza su narración diciendo que durante la conferencia el Libertador lo mandó a buscar unas cartas del general Santander para enseñarle algo al general San Martín. Según afirma este último expresó su pensamiento de hacer del Perú una monarquía constitucional, y presentó una acta firmada en Lima el 24 de diciembre de 1821 con el plan del establecimiento de una monarquía regida por un príncipe europeo. A continuación anota un supuesto discurso de Bolívar, de la cosecha exclusiva de Mosquera, rebatiendo las ideas y el proyecto monárquico del general San Martín, y pone en boca de Bolívar el cuento absurdo de una carta del teniente coronel Gómez escrita desde Lima, anunciando al Libertador el próximo estallido de una revolución en la capital peruana contra el gabinete instituido por San Martín, con motivo de repeler en público las ideas monárquicas supuestas a este gabinete, y la inmediata separación, con

(1) Tomás Cipriano de Mosquera. Memorias sobre la Vida del General Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia. Bogotá, 1940. Consorcio Editorial. Pag. 460.

este motivo, del general Las Heras, por no traicionar al general San Martín, cuando hacía siete meses que dicho general se había ido del Perú. Más extravagantes todavía son estas supuestas palabras del Libertador a San Martín: "al llegar a Lima Vd. tendrá que sofocar una revolución, porque el ministerio que Vd. tiene no se ha puesto al frente de la opinión, sino que quiere fundar un sistema que no es de la época ni de las circunstancias". Todo falso así como el resto de los consejos de Bolívar al Protector, y en cuanto al capitán Gómez él se hallaba en Guayaquil, recién llegado de Lima, portador del tratado del 6 de julio y a poco siguió hacia Bogotá conduciendo también las relaciones de la Conferencia dictadas por Bolívar y la carta dirigida a Santander, todas del 29 de julio.

Lo más ridículo de la relación del general Mosquera es su adopción inconsciente de la leyenda de Lafond, pues supone al general San Martín pidiendo más tropas a Bolívar de las ya preparadas en auxilio del Perú y agrega estas palabras: "El Libertador le contestó que estaba íntimamente persuadido de la necesidad de auxiliarlo con los esfuerzos que pudiera hacer Colombia, pero que por ahora debían limitarse a los de la división que preparaba (. . .) reservando para hacer más adelante un tratado sobre nuevos auxilios al Perú". Todo esto es completamente falso, y simple reminiscencia de las leyendas formadas por la carta apócrifa de Lafond (2).

Por último Mosquera inserta una supuesta declaración teatral del general San Martín concebida en estos términos: "Comprendo bien general (le dice a Bolívar) que no pudiendo estar de acuerdo con usted debo separarme del mando del Perú, convocando al Congreso previamente, para entregarle el mando y retirarme no solamente del Perú, sino también de las repúblicas de Chile y provincias Unidas del Río de la Plata, cuya independencia he consolidado con mis últimas campañas. Me trasladaré a Europa para contemplar desde allá los acontecimientos favorables que aseguren la independencia del Nuevo Mundo". En estas expresiones absurdas aparece el Protector como espantado ante una divinidad ineludible, amenazadora y dueña del destino del Continente. Es la deducción lógica de la ridícula leyenda argentina del

(2) Mosquera, pags. 458 y 459.

renunciamiento de Guayaquil. Esta es una de esas especies denominadas por nosotros *profecías a posteriori* frecuentes en la literatura histórica argentina de la época e imitada por Mosquera, para darse importancia y hacernos creer en su asistencia a la Conferencia de los dos libertadores (3).

En resumen: toda esta relación de la Conferencia, por Mosquera, es de su exclusiva invención. Para convencerse de ello basta compararla con las auténticas del Libertador.

Por fin Mosquera, después de tantas inexactitudes dice una verdad: En sus Memorias expone "el pensamiento de San Martín era formar una monarquía del antiguo imperio de los Incas; y este proyecto era el que le hacía ambicionar la posesión del puerto de Guayaquil, en cuya adquisición trabajaban con empeño los generales Salazar y La Mar, y se creyó por muchos entonces, que San Martín había hecho esa marcha precipitada para apoderarse de Guayaquil, con la escuadra de que disponía y la división del general Santa Cruz (4).

Ya entrado en años el general Mosquera publicó en el N° 46 del periódico "La Crónica" de New York, con fecha 1° de abril de 1851 la misma relación de la Conferencia inserta en su Memoria sobre la Vida del Libertador, inédita hasta 1940, pags. 453 a 460. Los argentinos la han acogido, por contener las reminiscencias de Lafond. Espejo la reproduce en su indigesto libelo como moneda de buena ley pero suprime la pomposa declaración del Protector, de abandonar no sólo al Perú sino también a Chile y la Argentina, ante la actitud olímpica de Bolívar! (5).

Mosquera insiste en este escrito en haber desempeñado funciones de Secretario general del Libertador, y de secretario privado. No lo autoriza a darse estos títulos el hecho de que en alguna ocasión, por ausencia del Secretario, Bolívar le dictara alguna nota, como lo hizo más de una vez con otras personas. Por lo demás el Libertador no tenía secretario privado, sino secretario general y tres o cuatro escribientes, cuando las circunstancias lo permitían.

(3) Mosquera, pag. 459.

(4) Mosquera, pags. 459 y 460.

(5) Espejo. Recuerdos Históricos, Buenos Aires, 1939. Publicación del Instituto San Martiniano, pags. 105 a 107.

Poco antes de su fallecimiento el general Mosquera lanzó al público en 1878, otros recuerdos históricos tan falsos y desprovistos de lógica como los anteriores. En esta vez se refería a la muerte del ministro Sánchez Carrión y a las afirmaciones de Ricardo Palma, referentes a ese trágico suceso. En sus reminiscencias el general Mosquera dió al público una versión enteramente distinta y tan falsa como la de Palma. Según dijo, Sánchez Carrión mandó a asesinar a Monteagudo; el propio asesino Candelario Espinoza, confesó todo a Bolívar, y éste a Mosquera y a otro general de su confianza, cuyo general a su vez para vengar a su amigo Monteagudo, envenenó a Sánchez Carrión poniendo un tóxico en la horchata preparada para éste en el comedor de su casa. Finalmente el envenenador, cuyo nombre silenciaba Mosquera cayó víctima de otro crimen en Colombia en 1841 (6).

"¡Heres!—gritó don Ricardo Palma—al oir estos datos, por haber adivinado la charada".

Desde luego dado el conocimiento que tenemos de los hombres y de los hechos, no se puede creer semejante leyenda basada solamente en la palabra del general Mosquera.

En el capítulo titulado "Calumnias de Ricardo Palma", exponemos los motivos de la impopularidad de Heres, y las declaraciones definitivas de P.F. Paz Soldán y de Mariátegui, acerca de la muerte de Sánchez Carrión.

(6) Luis Alayza Paz Soldán. Mi País. Serie III, pag. 335.

LA POLITICA DEL GENERAL SAN MARTIN, PROTECTOR DEL PERU, RESPECTO A LA CIUDAD Y PROVINCIA DE GUAYAQUIL

Por el Ministro Joaquín Mosquera.

Popayán, 20 de mayo de 1852.

Señores Editores del Pasatiempo.

. . . . . .

El 2 de junio había tenido lugar la entrevista de San Martín con el Virrey La Serna, en Punchauca; y que allí le propuso San Martín el proyecto de reconocimiento de la independencia del Perú coronando a un Príncipe de la dinastía reinante en España. Entraba en sus planes incorporar a Guayaquil a la proyectada monarquía peruana, porque, como decía San Martín, en todas las costas del Perú no hay maderas para un astillero, y Guayaquil tenía todos los elementos para construcción de buques, y con ellos y sus riquezas el Perú debía dominar al Pacífico. Para llenar este designio fue que envió el general San Martín al general don Francisco Salazar, con el raro título de agente diplomático suyo cerca del Gobierno de Guayaquil, y al Gran Mariscal La Mar, de jefe militar de aquella ciudad. Yo fui quien descubrí entonces los planes del general San Martín de incorporar a la proyectada monarquía del Perú la Provincia de Guayaquil, de grado o por fuerza, cuyo agente era el general Salazar, para maquinar contra la integridad del territorio colombiano. Aun cuando se quisiese permitir que San Martín reconociese un gobierno de hecho en Guayaquil, correspondía exclusivamente a Colombia (y después al Ecuador) la cuestión de derecho de sostener los límites de su territorio hasta la desembocadura del Túmbez en el Pacífico, conforme al *uti possidetis* del antiguo virreinato de Nueva Granada, y porque el territorio del Ecuador quedaba encerrado entregando a Guayaquil a un poder extraño. En la Gaceta de Colombia del 2 de noviembre de 1828, se halla el proyecto del tratado secreto que presentó San Martín al Virrey La Serna, para la fundación

de la monarquía peruana, y en el artículo 9° dice: "Que Guayaquil, cuya intención es unirse a Colombia, se unirá al Perú de grado o por fuerza, como punto necesario para los proyectos de la monarquía". Este documento me lo proporcionó el doctor Fernando López Aldana, entonces ministro de la Corte Suprema de Justicia del Perú, y estoy cierto de su autenticidad. Poseo también una copia de la minuta de bases para esa negociación redactada por el general don Tomás Guido, del ejército de San Martín.

Para conseguir su objeto el general San Martín, sin romper con la República de Colombia, empleaba todo linaje de medios para que asegurase su independencia como nación, o como decía Olmedo, una ciudad anseática. Don José Joaquín Olmedo, don Francisco Roca y el coronel Jimena componían el gobierno de Guayaquil y San Martín les envió las condecoraciones de Beneméritos de la orden del Sol, que admitieron aunque se llamaban republicanos. Proveyó al general don Francisco Salazar de fondos abundantes de dinero para los gastos del proyecto; parte de sus gastos eran banquetes y bailes frecuentes. Creo que ni los miembros del Gobierno de Guayaquil sabían el proyecto de monarquía y que los agregaría San Martín al Perú. El general Bolívar expidió entonces una proclama, en la cual (sin hablar de esos planes) protestaba sostener la integridad del territorio de Colombia (1). Alarmado San Martín reunió el Consejo de Estado en Lima, para consultarle si no era el caso de declarar la guerra a Bolívar para sostener la independencia de Guayaquil. Todos los miembros del Consejo excepto don Bernardo Monteagudo, estuvieron por la guerra, y el general argentino don Rudecindo Alvarado dijo que no era tiempo. Los oficiales del batallón de Numancia (después Voltíjeros de la Guardia) sabiendo lo que pasaba en el Consejo de Estado se indignaron contra San Martín y trataron de regresar a Colombia, su patria. El Lord Cochrane, que mandaba la escuadra de Chile, y había reñido con San Martín les ofreció sus buques para transportarlos a Guayaquil. Los numantinos estaban

(1) No fue en una proclama que Bolívar ofreció sostener los derechos de Colombia, sino en un oficio fechado en Cali el 2 de enero de 1822 dirigido al Presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, y transmitido por este funcionario al general San Martín. Véase "La Cuestión de Guayaquil y la Campaña de Pichincha". Boletín N° 100 de la Academia de la Historia, pag. 370. La proclama fue posterior, del 13 de julio de 1822. O'Leary, tomo XIX, pag. 112. Lecuna, Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 275.

acuartelados en el Convento de San Francisco en Lima, y habían tomado municiones para combatir en su marcha al Callao si era necesario. San Martín les mandó a preguntar qué significaba su aparato bélico y le contestaron que abrirse el tránsito para su patria, porque no querían servir a ingratos. Entonces San Martín dió órdenes a los Castillos del Callao para que pusiesen los cañones en batería y desbaratasen a balazos a los colombianos numantinos si iban a embarcarse. En tal conflicto llegué yo al Callao el día 1° de mayo de 1822, y todavía me asombro de haber podido conjurar semejante tempestad. Diré en honor del señor Bernardo Monteagudo que debí mucho a su espíritu elevado y decidido por el grande interés de la independencia americana, y que pude conseguir su cooperación porque nos habíamos conocido en Londres el año de 1815 en que emigramos él de Buenos Aires y yo de la Nueva Granada. Prescindo de narrar como desempeñé yo mi legación en esta difícil crisis. Conseguí restaurar la buena armonía entre Colombia y el Perú y entre sus jefes. Que el lector decida de parte de quien estaban los designios secretos contra la Libertad e Independencia de las repúblicas vecinas.

Séame permitido informar de paso a mis compatriotas de lo que me consta acerca de la causa verdadera de haber abdicado San Martín el Gobierno del Perú y el mando en jefe de su ejército. Mientras él fue a Guayaquil a verse con el general Bolívar, se hizo una revolución en Lima para deponer del Ministerio a don Bernardo Monteagudo y deportarlo, como lo hicieron embarcándolo para Panamá. Al mismo tiempo se pronunció la opinión por la forma de gobierno republicano. Cuando regresó San Martín a Lima se arredró al ver frustrados sus planes y pienso que no se consideraba con la habilidad necesaria para gobernar sin la cooperación del señor Monteagudo. Cuando llegó San Martín a Buenos Aires el señor Rivadavia le preguntó porqué había abandonado el ejército y le contestó que no era entonces posible vencer la anarquía del Perú y que Bolívar sucumbiría en ese teatro, y que él se reservaba para mejor tiempo. El señor Rivadavia le contestó estas notables palabras: "Puede ser que Bolívar haga lo que usted cree imposible". El mismo Rivadavia me contó esto en París en el año de 1831.

Parte de un artículo contestando un libelo publicado en la Gaceta Oficial de Bogotá N° 1.303. El artículo entero se reprodujo en el Boletín N° 103 de la Academia de la Historia, pags. 165 y siguientes.

CRITICA POLITICA Y MILITAR A LA CONFERENCIA DE JUAN PABLO ECHAGÜE SOBRE MITRE

El eminente escritor argentino Juan Pablo Echagüe es autor de una bella obra titulada "Monteagudo", lujosamente editada en Buenos Aires, en 1942. Representa la vida un poco novelada del célebre ministro del Protector San Martín. Naturalmente el historiador se desvía en su narración a favor de la Argentina. San Martín abdica en el Perú y se embarca para Chile. Según el autor entrega el poder al Congreso y su obra a Bolívar. Es un concepto falso. El entregó su obra a La Mar, a Alvarado y a Arenales; perdida ésta del todo y entregado el Callao por los argentinos a los españoles, el Congreso del Perú, en su última *boqueada* encargó a Bolívar crearla de nuevo (1).

Desgraciadamente Echagüe cree en las calumnias de Ricardo Palma y en el cuento de Tomás Cipriano de Mosquera sobre la muerte de Sánchez Carrión aun cuando se han publicado tantas pruebas de su falsedad.

Recientemente el ilustre escritor ha leído en el Instituto San Martiniano una conferencia sobre Mitre como biógrafo del general San Martín. Sus elogios se dirigen a hechos negados por nosotros con documentos fehacientes inatacables; por tanto a sus escritos no les podemos asignar ningún valor, aun cuando deseamos lo contrario por tratarse de un escritor estimable bajo muchos aspectos, fecundo en conceptos elevados y de rico lenguaje.

La calumnia de la leyenda de Guayaquil es el caballo de batalla de todo los escritores argentinos. Con gran delicadeza el señor Echagüe, en frases suaves y tersas, establece el terrible

---

(1) Lecuna. Cartas del Libertador. Pativilca, 13 de febrero de 1824. Carta a Sucre, tomo IV, pag. 91.

paralelo entre el Bolívar, egoista y perverso, negado a terminar la guerra americana con San Martín, para mandar solo en el Perú, y el prócer del Río de la Plata presente en aquella cita histórica con el solo objeto de poner pronto fin a la asoladora lucha sostenida en el Perú. Pero la verdad, probada con multitudes de documentos irrebatibles y hechos auténticos, es muy distinta. San Martín vino a Guayaquil a tomar posesión de la provincia en nombre del Perú, apoyado en la escuadra surta en el puerto y en la brigada Santa Cruz, próxima a llegar, para embarcarse en aquella, proyecto formulado por el Protector, suponiendo a Bolívar ocupado o distraído en Quito, como él mismo se lo dice en su carta del 13 de julio.

Pero no se limita el escritor argentino a comentar o elogiar las falsas leyendas políticas, y se extiende también a exponer la supuesta estrategia matemática de San Martín tan elogiada por Mitre como arte positivo, cuando esa leyenda es una ficción sin ningún valor real y el éxito de los patriotas en el Perú fue la consecuencia de la revolución de Riego y Quiroga, y la consiguiente inacción de las autoridades realistas, donde no hubo reacciones violentas a favor de los españoles como en la parte Norte del Continente Sud Americano.

La obsesión de Mitre, sobre el supuesto arte matemático de San Martín, le hace ver, en operaciones corrientes "complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú y sus proyecciones para determinar el punto de convergencia de los ejércitos independientes en el centro de América, cerrando el círculo de la lucha con la espada del Libertador: he ahí las grandes líneas definidas en que su genio se dilata en la medida de su compás, a que debe agregarse su genio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado" (2). Tales son las teorías indigestas y disparates de Mitre tan elogiadas por el doctor Echagüe, magníficas para impresionar a la multitud ignara.

A nosotros nos apena expresar el juicio merecido por tales patrañas: la América española, como decía Bolívar hace 130 años, está todavía en crisálida (3).

(2) Instituto Nacional Sanmartiniano. Conferencia del Doctor Juan Pablo Echagüe. Mitre, Historiador de San Martín, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1949, pags. 14 y 15.

(3) Conferencia citada.

Veamos como se expresa de la estrategia matemática el gran maestro prusiano: "¡Cuantas veces en operaciones corrientes, creése hallar pruebas de profunda perspicacia, y aún de ciencias trascendentales! Estas aberraciones son frecuentes en ciertas obras. En ocasiones la crítica equivocada yendo más lejos, elimina absolutamente de la teoría las fuerzas morales; sólo considera las materiales y reduce la acción a cálculos matemáticos de equilibrio, de superioridad numérica, de tiempo y de espacio, y a considerar ciertos ángulos y líneas geométricas! Si sólo se tratara de tales pequeñeces los problemas de la guerra serían de fácil solución, hasta para los alumnos de la escuela primaria" (4).

En el aspecto político son aun más graves y patentes los errores argentinos: Copiando literalmente a Mitre dice Echagüe: "Mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, la obra ciclópea de San Martín vive en las autonomías que él fundo" (5).

Semejante juicio, vacuo e insustancial constituye, como es fácil demostrarlo, una pueril desnaturalización de la Historia de América.

Bolívar, por su parte, no fundó ningún imperio: para elevar políticamente a los pueblos creó a la Gran Colombia, disuelta por sus émulos; fundó a Bolivia, que todavía subsiste, propuso el establecimiento de una Confederación de los Estados libertados por él y prescindió de este proyecto al notar el primer síntoma de oposición. Nada es más elocuente a este último respecto que su carta de 26 de octubre de 1826 al General Santa Cruz. Bolívar no fundó a los países que le deben su libertad. Su obra fue esencialmente libertadora y esta obra subsiste en toda su plenitud, apoyada y sostenida por una fecunda y elevadísima filosofía política que constituye hoy, lo mismo que en la época de la guerra emancipadora, el Evangelio de Hispano América.

A su vez, San Martín no fundó a la Argentina, ni creó a Chile, ni creó al Perú, por más que proclamara su independencia, porque su actuación allí desapareció con su ausencia, en medio del caos y de las derrotas, y Bolívar tuvo que hacerlo todo de nuevo.

(4) Clausewitz. Théorie de la Grand Guerre. París, 1886. Tomo I, pag. 5.
(5) Conferencia citada del Doctor Echagüe.

El héroe colombiano propuso la Confederación americana, que trató de realizar en el Congreso de Panamá. Si su gigantesco propósito falló por el momento, su generosa idea es hoy fuente permanente de inspiración en el mundo entero, lo mismo que su insinuación a Inglaterra para que prohijara la Sociedad de las Naciones. La obra política de Bolívar tiene, pues, vigencia permanente y su nombre es recordado con fervor en todas las reuniones políticas internacionales. Su actuación idealista contrasta con la ausencia de toda obra política de carácter internacional por parte de San Martín (6).

No hubo, pues, por parte de Bolívar, esa supuesta unificación monocrática de la América, deshecha en vida y disipada como un sueño a que aluden Mitre y sus seguidores. No hubo, tampoco, por parte de San Martín, esa supuesta fundación de autonomías en las cuales se pretende basar póstumamente su gloria. Hubo, si, por parte de ambos libertadores, una obra fecunda de liberación de nacionalidades y fundadas desde el fondo mismo de la Colonia Hispano Americana, obra que, como lo hemos dicho, subsiste en su plena fuerza y vigor, con la ventaja, para las actuaciones de Bolívar, de haber alcanzado un radio de acción militar e ideológico mucho más vasto y profundo.

(6) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 315. C. A. Villanueva El Imperio de los Andes.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Indalecio Liévano Aguirre. Distinguido historiador colombiano, autor de una excelente biografía del ilustre hombre de estado Rafael Núñez, publica en "El Tiempo" de Bogotá, un artículo sobre la célebre Entrevista, desgraciadamente basado en la carta apócrifa de Lafond, es decir la supuesta carta de San Martín al Libertador forjada en 1844, enrostrándole haberle negado sus fuerzas en Guayaquil para concluir la campaña del Perú, aunque le ofreciera servir a sus órdenes.

Nada es más dificil que arrancar una calumnia favorecida por apariencias e intereses particulares. Hemos publicado muchas veces los documentos que prueban, sin dejar duda alguna, la inocencia de Bolívar respecto a la acusación de que ha sido víctima por parte de políticos y de escritores hostiles, animados por prejuicios nacionalistas.

La narración de la entrevista, basada en un documento falso no puede estar ajustada a la verdad. Además, el señor Liévano Aguirre pone en boca de Bolívar frases tomadas de sus cartas, correspondientes a situaciones y circunstancias, distintas a las del momento de la Conferencia. Encontramos extravagantes unas frases atribuidas al Libertador en su conversación con San Martín. Nos referimos a estas sorprendentes especies: "A mi no me importa la paz. Yo no conozco la felicidad. ¿Existen? ¿Cree Ud. que yo hubiera permitido la muerte de miles de hombres, el hambre de los niños, el rapto de las mujeres, por una felicidad en cuya existencia no creo, por una paz que era mucho más segura bajo el régimen español? Yo no le tengo miedo al cáos. Lo preveo. El cáos está aquí, en mi corazón. Yo no lo quiero, pero puesto que tiene que ocurrir lo acepto. Yo no lo temeré, he luchado con el cáos". Estas frases dignas de Hitler, son impropias de Bolívar; él era sensible a la desgracia. A pesar de su gigantesca energía en los momentos trágicos de la revolución, siempre lo animaban senti-

mientos tiernos y delicados. Sabía castigar a los enemigos cuando las circunstancias lo imponían, pero tenía piedad, y así lo dejaba conocer a cada paso, y en cuanto a los suyos los amaba y protegía como un padre. Recuérdense entre muchos otros episodios los de la marcha a Boyacá, cuando pasaba y repasaba los torrentes, llevando soldados cansados o enfermos en las ancas de su caballo, y lo mismo hizo con mujeres y niños en la emigración de Caracas.

Refiriéndose Páez a las pobrezas de Apure y al carácter sensible del Libertador, decía que "si fuera posible él refundiría en sí todas las indigencias de la República con tal de alejar de ella la miseria para siempre" (1).

En la Conferencia el Protector se interesó por el tratado de federación celebrado en Lima pocos días antes, el 6 de julio, entre el Perú y Colombia, propuesto y formulado por Bolívar y Gual. Sus cláusulas de claridad meridiana establecían la ayuda mutua de ambos países contra agresiones del exterior y contra facciones internas, y al efecto las tropas de cada estado podían penetrar en los casos previstos en el territorio del aliado.

Para atender estas obligaciones, en otro tratado del mismo día, referente a la Asamblea de Arbitros de Panamá, cada una de las repúblicas confederadas se comprometía a mantener en pie de guerra 4.000 hombres prontos a auxiliar a su aliada llegado el caso. El Protector juzgaba que las tropas de un estado al servicio del otro debían aumentar mucho la autoridad de cada gobierno con respecto a sus enemigos internos, ambiciosos y revoltosos. Naturalmente cada estado remitiría reclutas para llenar las bajas de sus cuerpos.

Todo esto lo comenta el señor Liévano Aguirre, siguiendo en parte, al parecer, una tesis argentina recientísima, como prueba de que San Martín quería celebrar otro tratado, según los argentinos, para unir los ejércitos de Colombia y del Perú, en opinión del señor Liévano para absorber al ejército colombiano, incorporando sus elementos al argentino, y de esta manera extender la supremacía argentina a toda la América del Sur: pura fantasía del escritor, sin apoyo ninguno en hechos o documentos conocidos. El tratado es claro y terminante. Colombia y el Perú lo celebran,

(1) Enrique Ortega Ricaurte. Archivo del General Páez, Bogotá, 1939, pag. 265.

como primer paso de la confederación panamericana, soñada y propuesta por Bolívar al enviar embajadores a la República del Sur y a la de México, con el objeto de celebrar tratados análogos y unir con estrechos lazos a los nuevos estados americanos con un fin noble y útil: el de defender y asegurar su independencia e influir en la política americana a la par de los Estados Unidos del Norte. Buscarle interpretaciones caprichosas, por muy humanas que parezcan es tiempo perdido: según Maquiavelo los hombres con frecuencia atribuyen a los personajes políticos mucha más trastienda de la que efectivamente tuvieron o tienen.

La actitud de San Martín en la Conferencia o Entrevista, sin exigir nada, era consecuencia del fracaso de su viaje. El había venido a Guayaquil suponiendo a Bolívar en Quito, a influir en las elecciones convocadas en la provincia, apoyado por la excelente escuadra peruana surta en el puerto desde hacía días, y en la brigada Santa Cruz en marcha a embarcarse en dicha escuadra, pero cuando llegó en la goleta Macedonia lo asaltaron los antiguos miembros del gobierno de la provincia y multitud de empleados y agentes argentinos refugiados en la escuadra peruana desde el 13 o 14 de julio, con la noticia de que todo había concluído. Guayaquil con inusitado entusiasmo había aclamado a Colombia, y a Bolívar a su llegada a la ciudad, y estaba asegurada su incorporación a Colombia. San Martín inducido a estos manejos por los dirigentes peruanos, creyendo seguros los informes interesados de derechos posesivos del Perú y en la supuesta decisión a favor de éste del pueblo de Guayaquil, como era natural quedó profundamente disgustado.

¿Por qué abdicó el general San Martín si es falsa la leyenda de Lafond? Por el mismo motivo que no quiso servir después a la Argentina, su patria nativa, y salvarla de la anarquía y del dominio de tiranos sanguinarios. Carácter raro, del cual se ven escasísimos ejemplos en la historia y en la vida corriente. Descontento del medio en que actuaba y amargado, según decía, por la inconsecuencia de algunos compañeros de armas, contra los cuales no quería proceder.

Su desencanto del medio era bien fundado: basta pensar que en la corta ausencia del viaje a Guayaquil, le derribaron y expulsaron del país ignominiosamente a su hombre de confianza, el

Ministro del Interior Monteagudo: "Profunda fue su impresión, dice Paz Soldán, al saber los atropellamientos de que había sido víctima su primer Ministro, fiel amigo y antiguo compañero de glorias e infortunios: se abatió su ánimo al ver la ingratitud con que se trataba al más valiente campeón de los patriotas, pues recibía una lección amarga y un aviso preventivo de lo que se le esperaba" (2). Y tan cierto fue este estado de ánimo que, cuando en un banquete en Londres, en presencia del general San Martín, su antiguo Ministro García del Río, declaró "que el mejor gobierno en los Nuevos Estados, era el arbitrario, el militar, que la América necesitaba gobiernos vigorosos, terribles, que todo lo demás eran teorías pueriles, utopías; que si el general San Martín hubiera dado fuertes palos, no se habría visto precisado a salir del Perú", entonces el ilustre general, se expresó de esta manera: "Es verdad, tuve que descender del gobierno, el palo se me cayó de las manos". El general San Martín no quería gobernar con represiones, como se ha practicado en nuestra América durante todo el siglo XIX, salvo raras y momentáneas excepciones; y así lo dejó conocer en la entrevista, puesto que Bolívar le dice a Santander el hombre de las leyes: "El Protector tiene ideas correctas de las que a Vd. le gustan".

En Guayaquil el Protector le había expresado a Bolívar su resolución de abandonar el Perú después de obtener el primer triunfo, pero al llegar a Lima y encontrar al pueblo, como dice Paz Soldán, "conmovido tantos días por el tumulto que ocasionó la caída de Monteagudo", resolvió retirarse de una vez del poder: convocó el Congreso, presentó su renuncia y el mismo día, 20 de setiembre, se embarcó y se fue para Chile.

Estos disgustos políticos y la conjuración de los militares, consecuencia inevitable de la prolongada inacción en que los mantuvo el Protector, han podido dominarse sin necesidad de apelar a procedimientos crueles, por lo que nosotros consideramos que la causa principal y decisiva de la abdicación, fue la misma que no le dejó servir a la Argentina cuando todavía se hallaba en plena edad viril: su carácter huraño o esquivo, inclinado a la inacción y a la misantropía. Basta añadir que sobrevivió 28 años a su retirada del Perú y en ese largo período no tuvo ninguna actividad.

(2) Paz Soldán, Primer Período, pag. 337.

CARTA APOCRIFA DE LAFOND

I

Colección de estudios publicados por la Academia de la Historia de Buenos Aires. Obra en cuarto mayor de 170 páginas. Comienza con una advertencia de don Ricardo Levene, Presidente de la Academia, enseguida inserta el texto en francés de la carta apócrifa tomado de la obra "Voyages Autour du Monde" de Gabriel Lafond de Lurcy, publicada en 1843-44. Siguen otras reimpresiones de la misma carta y la primera página del estudio político de Sarmiento destinado al Instituto Histórico de Francia. A continuación dos páginas de la Historia de San Martín por Mitre, y diversos estudios sobre el mismo tema.

Autenticidad de la carta del 29 de agosto de 1822, por Ariosto D. González, Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Después de algunas consideraciones teóricas, el escritor analiza frases sueltas de las relaciones de la Conferencia dictadas por Bolívar, y las interpreta a favor de la tesis de la autenticidad de la carta de Lafond. Es el método corriente de todos los consagrados a satisfacer a su manera el patriotismo argentino. Por ejemplo, al referirse Bolívar a la cordialidad mostrada por ambos conferencistas, le escribe al Vice-Presidente Santander respecto al general San Martín: "No hay género de amistad ni oferta que no me haya hecho" (1). La interpretación natural de esa frase es muy sencilla: se trataba de la amistad y mutua comprensión de los intereses políticos y diplomáticos de ambos Estados, entre otros, a la divergencia sobre los límites geográficos respectivos, pero el autor la interpreta a su modo, y pretende aplicarla a los supuestos ofrecimientos de San Martín de servir a las órdenes de Bolívar para obtener la cooperación militar total de Colombia en la próxima campaña. Según la carta de Lafond, San Martín se considera el obstáculo de Bolívar para ir al Perú. El autor explica

(1) Pag. 60.

el caso: supone la existencia de una inhibición psicológica y política de parte de Bolívar, sin razón ninguna, como lo prueban los ofrecimientos generosos del Libertador en su oficio de Cuenca de 9 de setiembre de 1822, documento decisivo en esta debatida cuestión, como lo hemos probado tantas veces. Bolívar ofrece al Perú, estando el general San Martín todavía al frente del gobierno 4.000 hombres más de los ya dados y cuantos fueren necesarios, sin pensar en llevarlos o dirigirlos personalmente, y así lo expresa al Vice-Presidente Santander en carta escrita cuatro días después, el 13 de setiembre, donde estampa estas palabras, expresión de su pensamiento íntimo: "Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido". No era un ofrecimiento a título gracioso, porque en la misma carta anota lo siguiente: "Yo creo que todo nos queda por hacer si San Martín no triunfa en el Perú" (2). ¿Qué más pruebas se pueden pedir del desinterés absoluto de Bolívar y de la falsedad de la carta de Lafond?

Ya en otros capítulos hemos expuesto el motivo de los temores de Bolívar: el plan arriesgado del Protector de dividir su ejército para atacar a los españoles, sistema peligroso en aquellas circunstancias.

El carácter del hombre es el mismo desde su juventud a su vejez. La arrogancia de Bolívar ante el capitán general Monteverde al decirle, exponiendo su vida, que en la prisión de Miranda no había servido al Rey sino a su patria, entereza mostrada constantemente en toda su arriesgada carrera militar, no hubiera tolerado, sin replicar enérgicamente la insultante carta apócrifa, tejido de reprensiones y falsedades contra su honor y su carácter. Si esta carta hubiera llegado a sus manos, Bolívar habría fulminado al Protector con las más violentas expresiones sobre las arterías del papelucho. Suponer lo contrario es negar la integridad del carácter humano, sea el sujeto pundonoroso y enérgico o sea un cobarde. Y lejos de irritarse contra San Martín en esa época, Bolívar le escribió cariñosamente, según declara el propio héroe argentino en estas palabras: "Las mismas cartas del general Bolívar (que originales conservo en mi poder) hasta mi salida

(2) Lecuna. Cartas del Libertador. A Santander, 13 de setiembre de 1822. Tomo III, pags. 86 y 87.

para Europa, me manifiestan una amistad sincera" (3). Estas cartas no han aparecido en el archivo del general San Martín, pero nadie puede negar que existieron.

Los Testimonios Históricos sobre la Entrevista de Guayaquil, por Alamiro de Avila Martel. Este autor, como todos los escritores hostiles a Bolívar, tiene un concepto equivocado sobre la cuestión de Guayaquil. Supone un problema, cuando no existía ninguno: Guayaquil era política y jurídicamente, parte integrante del Virreinato de la Nueva Granda, y por tanto, parte integrante de la República de Colombia (4). Bolívar no procedió arbitrariamente, su conducta fue perfectamente legal y patriótica. Como explicamos en otras secciones de este mismo capítulo, el 1° de junio de 1822, en vista de las intromisiones del Protector en los asuntos de Guayaquil, según palabras textuales, el Libertador consultó al Poder Ejecutivo de Colombia, cuál debía ser su conducta ante la actitud de la Junta Gubernativa de Guayaquil, inclinada al Perú por razones particulares; y el Poder Ejecutivo de Colombia le contestó el 25 de junio autorizándolo a negociar diplomáticamente la incorporación de la provincia, y en último caso a emplear la fuerza y ocupar militarmente la capital y todo el territorio (5). Esto seguramente lo supo el general San Martín en la Conferencia o fuera de ella, en los días de su permanencia en Guayaquil. Por tanto, las frases puestas en boca del prócer argentino en la carta apócrifa constituyen una de las pruebas de falsía del pseudo documento. He aquí dichas frases: "Nada diré a usted de la reunión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame V. general, le diga que creo no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconve-

(3) Carta de San Martín a Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826, citada por el señor Ariosto D. González. Pag. 64. Reproducida en el de la Academia de la Historia de Caracas N° 101, pag. 77.

(4) Real Orden de 7 de julio de 1803 y Real Cédula de 23 de junio de 1819.

(5) Oficio de Bolívar, Trapiche, 1° de junio de 1822, al Poder Ejecutivo de Colombia, pidiéndole instrucciones sobre la ocupación de Guayaquil. Lecuna. Cartas del Libertador, tomo XI, pag. 216. Contestación del Secretario de Relaciones Exteriores Pedro Gual al Libertador, Bogotá, 25 de junio de 1822. O'Leary, tomo XIX, pag. 318. La transcripción no tiene fecha, pero le corresponde la de 25 de junio de 1822. Los insertamos en el Capítulo "Consulta del Libertador al Poder Ejecutivo de Colombia", pags. 162 y siguientes.

nientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América". Estas expresiones amenazadoras después de autorizada la incorporación de la provincia a Colombia por las autoridades, en el oficio del Secretario de Estado de 25 de junio de 1822, citado, serían absurdas.

En lo demás el autor repite los mismos argumentos huecos y las mismas observaciones de los otros defensores del adefesio histórico.

La realidad de una Carta Histórica, por Justo Pastor Benítez. Autor de una vida del doctor Francia, el tirano del Paraguay. Su estudio sobre la carta apócrifa es breve, apenas tres páginas; en tan corto espacio contiene un error gravísimo contra el cual protestamos. Dice textualmente: "El general Tomás Mosquera, ayudante del Libertador, que estuvo en Guayaquil, al contestar un artículo de Mr. Gérard, médico de San Martín, afirmó que éste se había ofrecido actuar bajo el comando de Bolívar para terminar la guerra. José Manuel Restrepo, amigo y colaborador del Libertador, en su "Historia de la Revolución de Colombia", confirma la versión. Bolívar leyó los originales del libro sin hacer objeciones al relato" (6). Todo falso.

La obra de Restrepo tuvo dos ediciones antiguas: una de 1827 y la otra de 1858. La edición de 1827 comprende 10 pequeños volúmenes y sólo llega en su Narración hasta el año de 1819. Bolívar la conoció impresa. En ella no figura ningún acontecimiento posterior a aquel año. Por tanto, no se menciona la conferencia para nada (7).

En la segunda edición, cuyos originales los compuso Restrepo años después de muerto el Libertador, a pesar de no tener a la vista todos los documentos conocidos actualmente, el insigne ministro de la Gran Colombia, guiado por informaciones seguras, llegó a nuestras mismas conclusiones. Atribuye el viaje del Protector a Guayaquil al propósito de activar la incorporación de la provincia al Perú. El Protector no manifestó temor alguno de que los españoles triunfaran en el Perú, ni invitó a Bolívar a

(6) Pag. 76.

(7) Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia, París, 1827. 10 volúmenes, los 7 primeros son de Narración, los últimos 3 de documentos.

concurrir con sus fuerzas, ni le ofreció servir a sus órdenes (8). Por lo demás el señor Pastor Benítez, se limita a repetir los mismos conceptos argentinos, variando solamente la forma y el aspecto general de las frases.

Fragmento sobre la Entrevista de Guayaquil y la Crítica, por José Pacífico Otero. Es autor de una historia del general San Martín en cuatro grandes volúmenes. Su objeto principal en este fragmento es demostrar cómo llegó a manos de Lafond la carta apócrifa. Según dice, el marino francés tuvo dos fuentes para ilustrarse: "una, la del propio general San Martín, y la otra, el ayudante de Bolívar, que al mismo tiempo lo hacía de Secretario". En seguida agrega: "Aun cuando Lafond de Lurcy no lo señala, por otros documentos que ya están a la orden del día, podemos afirmar que este personaje lo fue el capitán José Gabriel Pérez, que en ese momento desempeñaba la secretaría de Bolívar, si no lo fue el coronel Tomás Mosquera, a quien el mismo Lafond de Lurcy lo presenta por esa época como ayudante de campo de Bolívar" (9).

A Bolívar no le sirvió de Secretario ningún ayudante de campo o edecán. Tomás Cipriano de Mosquera, ayudante de Estado Mayor, por excepción, firmó un oficio, como explicaremos adelante, pero a pesar de sus declaraciones posteriores no asistió a ningún acto de la Conferencia, ni tuvo nunca en sus manos papeles de la Secretaría. El secretario general de Bolívar en esos días, José Gabriel Pérez, tampoco tomó parte en la Entrevista. El firmó las relaciones dictadas por Bolívar, porque esa fue la costumbre del Libertador durante los años de mayor actividad. Como Secretario se distinguió siempre por su exactitud en el servicio; debido al mal estado de su salud se separó de la secretaría en 1825 y aunque después de algunos meses de descanso volvió a tomar parte en la administración, no reasumió sus antiguas funciones, sirvió otros destinos, y era tanta la confianza de Bolívar en él que en 1827 lo nombró Jefe Superior del Sur, y siempre enfermo falleció en Quito en agosto de 1828.

En resumen: Mosquera y Pérez se distinguieron en sus res-

(8) Restrepo. Historia de la Revolución de Colombia. Besanzón, 1858. Tomo III, pags. 227 a 229.

(9) Pag. 86.

pectivas funciones por su inquebrantable lealtad. ¿Por qué estos hombres tan fieles iban a entregar a un simple marinero un documento desdoroso para el jefe a quien amaban como a un padre y le guardaron siempre la mayor fidelidad?

Nos extraña que estando tan divulgados los esfuerzos colosales de Bolívar y sus victorias decisivas en la independencia de Colombia, el señor Otero reproduzca los insidiosos conceptos de Lafond, al negarle a Bolívar la obra de la independencia de Colombia, y atribuírsela en su mayor parte a los generales subalternos Páez y Sucre, ambos de grandes servicios, consecuencia, en mucha parte, de las acciones fundamentales de Bolívar.

Otras afirmaciones del señor Otero son simples repeticiones de los mismos razonamientos insostenibles presentados en los diversos libros y artículos editados sobre esta polémica.

Guayaquil. Fragmento de una Conferencia, por Julio César Raffo de la Reta. Comienza el autor con una hipótesis ofensiva para nosotros; supone que el original de la carta de Lafond pudo estar o debió estar en el Archivo de Bolívar y pregunta: "desapareció de ese archivo por pérdida, destrucción o premeditada sustracción?" Nosotros no hemos alcanzado la cultura de otros países. Todavía no hemos aprendido a falsificar documentos históricos, ni a sustraerlos de los archivos.

Niega el señor Raffo de la Reta el propósito del general San Martín de retirarse del Perú antes de la celebración de la Conferencia. Se olvida de muchos documentos en que consta ese propósito, y de su resolución, expresada a Bolívar en la Conferencia, de retirarse del Perú después del primer triunfo. Proyecto que sin duda hubiera realizado sin la destitución violenta y expulsión de Monteagudo, y su significación política, verdadero ultraje al jefe del gobierno.

Contribución al estudio de la Entrevista de Guayaquil, por Ricardo Piccirilli. Se apoya este autor en las opiniones de uno de nuestros escritores menos documentados: el célebre don José María Rojas, Marqués de Rojas, por la Gracia del Papa León XIII. Pero tiene un rasgo de honradez: al referirse a las declaraciones del general Mosquera, por encontrar inverosímiles ciertos asertos, supone que por su avanzada edad, sus recuerdos habrían sufrido alguna perturbación.

La Autenticidad de la carta de San Martín a Bolívar, fechada en Lima el 29 de agosto de 1822, publicada por Lafond. Por Jacinto R. Yaben. Trae una afirmación arbitraria que destruye toda su argumentación. Refiriéndose a nuestra demostración sobre las cartas apócrifas de Colombres Mármol, no concede valor a las razones dadas por nosotros contra la supuesta autenticidad de la carta de Lafond y dice lo siguiente: "Una de ellas se funda en que el secretario de Bolívar, el coronel José Gabriel Pérez, dirigió tres comunicaciones después de la conferencia: una al general Sucre, otra al general Santander y la tercera al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. En ellas describe—según su parecer—cuáles fueron los puntos principales tratados en la Entrevista—en la que él no estuvo presente—comunicaciones que el distinguido Miembro de Número de esta Academia, doctor Ricardo Rojas, ha estudiado a fondo, efectuando una minuciosa compulsa de cada uno de los párrafos de la Memoria del coronel Pérez" (10). Se equivoca el señor Yaben: los documentos en cuestión fueron dos relaciones oficiales de la conferencia dirigidas una al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia y otra al general Sucre, Intendente de Quito, ambas relaciones redactadas por Bolívar y firmadas por el secretario general, porque esa fue la costumbre del Libertador durante los años de su mayor actividad. El tercer documento no era oficial sino una carta privada del Libertador para el Vice-Presidente de Colombia, el general Santander, firmada por Bolívar por ser documento privado.

Comete otro error: supone el efectivo de las tropas españolas en 1822 en 19.000 soldados, cuando está demostrado por los cuadros oficiales publicados por Paz Soldán que apenas llegaban a 10.930. Otro absurdo del señor Yaben es el de asegurar que todos los reemplazos dados por Sucre en Quito y aumentados en Cuenca, de orden de Bolívar, a la brigada de Santa Cruz, habían desaparecido, sin quedar uno solo en las filas, aunque montaban a más de 1.700, manera ingeniosa de explicar el error de la carta de Lafond al negar los mencionados refuerzos dados a Santa Cruz en Quito y en Cuenca.

Doctor Ricardo Levene. En su exposición sobre el problema

(10) Pag. 147.

histórico de Guayaquil, el doctor Levene, Presidente de la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires, considera que la cuestión planteada sobre la autenticidad de la carta de San Martín para Bolívar de 29 de agosto de 1822, como todo tema histórico, debe estudiarse serenamente sin tono polémico. Suponemos se expresa así pensando en nuestros escritos, pero, de ¿qué otra manera se podían tratar las monstruosas falsificaciones adoptadas por el señor Colombres Mármol para sostener dicha fingida carta, cuando habían sido aceptadas por la Academia y recomendadas al Gobierno Argentino para comprarlas al señor Colombres Mármol? Ante un caso tan grave y urgente era necesario lenguaje polémico y gracias a él cuando nuestro estudio llegó a Buenos Aires produjo su efecto, y previo el estudio de distinguidos académicos, el docto Cuerpo ofició al Gobierno descalificando los expresados documentos por estar desprovistos de los "atributos indispensables para establecer su autenticidad indubitable".

En caso análogo por su temeridad, se halla la carta de Lafond, viejo infundio fabricado, nó para exaltar las grandes virtudes positivas del héroe argentino, pues nadie las niega y todos lo admiramos, sino para calumniar a Bolívar y más todavía para presentar la política de los pueblos sureños, de razas relativamente homogéneas, sobre la de nosotros los tropicales, carentes de las ventajas para la vida humana de la Zona Templada. Por esa circunstancia cuajó con tanta facilidad la superchería de Lafond, y como veremos, los más ilustres personajes del Plata la apoyaron; hombres de gran sentido político, sin conocer las interioridades del problema, pensando sólo en sus intereses, adoptaron la leyenda por convenir a propagandas patrióticas.

Y fue tan cierta esta hostilidad a Bolívar de aquellos dos grandes pensadores argentinos que Alberdi censuró acremente al Congreso de Panamá como instrumento de tiranía y Sarmiento quiso ridiculizar a su promotor cuando dijo de Bolívar "Después de haber sido el Libertador de América, quiso ser el Legislador Universal" (11), aludiendo al pensamiento de Bolívar sobre la Confederación de toda la América dirigida por una Asamblea de

(11) Pags. 119 y 120.

árbitros, hasta llegar por extensión, "a una sola nación cubriendo el Universo—La Federal" (12).

Pero nadie ha podido señalar el origen de la supuesta carta de San Martín para Bolívar de 29 de agosto de 1822, divulgada veinte y dos años después de los acontecimientos por el mencionado aventurero francés, capitán de buque mercante primero de Colombia y luego del Perú, amigo del Protector San Martín y enemigo declarado de Bolívar.

En abono de su tesis sólo nos presenta el señor Levene unos cuantos borradores de letra del general San Martín para Lafond, conservados en los archivos, pero en ninguno de esos borradores se menciona el expresado pseudo documento, ni su origen, ni se halla ninguna referencia a su paternidad, ni naturalmente se indica cómo fue a manos de Lafond. En los últimos años de su vida el general San Martín refirióse varias veces a la Conferencia de Guayaquil, pero jamás dijo que la expresada carta era obra suya. Respecto al origen del esperpento, sólo se presentan como únicas pruebas en su favor suposiciones de terceros, tales como las publicadas por los ilustres argentinos Alberdi y Sarmiento.

Lafond era mentiroso: él dice haber obtenido datos del general San Martín y de un ayudante de campo de Bolívar, que le servía de secretario, pero no expresa cuáles fueron aquellos informes ni da el nombre del ayudante de Bolívar; y Alberdi, sin otra información que esas vagas palabras de Lafond, aumenta la noticia y convierte al ayudante en secretario efectivo, al decir terminantemente que el secretario de Bolívar fue quien dió a Lafond la referida carta. Fenómeno psicológico muy frecuente en los negocios humanos: cuando interviene el interés particular, las ideas falsas o tergiversadas aumentan al pasar de un expositor a otro.

Ahora bien, en 1822, Bolívar tuvo a su lado constantemente a sus tres secretarios, Pérez, Santana y Martel y a varios amanuenses y ninguno de ellos fue su ayudante de campo. Por tanto la afirmación de Lafond a este respecto no es exacta.

Repitamos: el general San Martín no dice que la carta es suya,

(12) Véase "Un Pensamiento sobre el Congreso de Panamá". Lecuna, Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 315.

Lafond afirma haber recibido datos del general San Martín y de un ayudante de Bolívar que le servía de secretario en esa ocasión (pag. 95 del folleto) y Alberdi aumentando la fábula dice que el secretario de Bolívar fue quien le dió la carta a Lafond. Semejantes aserciones carecen por completo de valor histórico, en relación a la carta cuya autenticidad negamos.

Como ya hemos dicho tantas veces las informaciones de Lafond en su obra de viajes, puestas como datos previos para presentar la carta apócrifa, son falsas. Al efecto se expresa así: En la Conferencia debían tratarse tres puntos: 1° Reunión de Guayaquil al Perú; 2° Reemplazos de los soldados muertos en la campaña de Pichincha, de la división Santa Cruz; 3° Medios para concluir la guerra del Perú.

Según Lafond el primero no se discutió porque habiendo dado Bolívar puntapiés a los derechos de Guayaquil era absurdo esperar de él nada favorable al Perú. Desplante completo, porque sabemos que los derechos posesivos de Colombia sobre Guayaquil no se podían discutir.

Respecto al segundo punto dice que Bolívar lo aplazó para tratarlo de gobierno a gobierno. Esta es una falsedad de marca mayor, pues, como es bien sabido, a Santa Cruz se le dieron espontáneamente sus reemplazos en Quito, le completaron de nuevo su división en Cuenca y le dieron 400 hombres más, ofrecidos por Sucre antes de la campaña, como demostración de confraternidad.

Y en cuanto al tercero Lafond repite el tema de su carta, que Bolívar se negó a aceptar la invitación del Protector de concurrir al Perú aun cuando le ofrecía servir a sus órdenes. Todo lo anterior tiene por objeto preparar el terreno para esta farsa.

Lafond añade un juicio crítico desfavorable a Bolívar para predisponer el ánimo del lector. Según él San Martín hizo mucho más que Bolívar por la Independencia de América, pues aunque este último terminó la guerra de Colombia, los grandes hechos fueron en su mayor parte obra de sus generales (13).

En la página 105 del folleto, refiriéndose el señor Levene al llamamiento del general San Martín por varios peruanos, a fines

(13) Lafond, Voyages autour du Monde. Pags. 136 y 137.

de 1823, para que salvara al Perú anota estas palabras del antiguo Protector en carta de 20 de noviembre de dicho año a Riva Agüero: "Reconózcase la autoridad del Congreso, malo o bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado: únanse como es necesario y con este paso *desaparezcan* los españoles del Perú, y después matémosnos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas". El párrafo no está bien transcrito, hay una palabra equivocada, pues el auténtico de San Martín es este otro: "Reconózcase la autoridad del Congreso, malo o bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado. Unanse como es necesario, y con este paso *desaparecen* los españoles del Perú, y después matémosnos unos contra otros, si este es el desgraciado destino que espera a los patriotas". En la versión del señor Levene la frase principal es un consejo o una esperanza, y según el verdadero concepto de San Martín es una afirmación: si los peruanos se unen desaparecen los españoles del Perú, sin necesidad de Bolívar, agregamos, y sin necesidad del ejército colombiano.

Todavía más, el señor Levene no cita el consejo completo y deja trunca la idea del general San Martín, tan honrosa para él por su sistema de política basada en la moral. Lo copiamos a continuación: "El Perú se pierde irremediablemente y tal vez la causa general de América. Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un momento, cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener: reconózcase la autoridad del Congreso, malo o bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado. Unanse como es necesario y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después matémosnos unos contra otros, si este es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que irremediablemente va a suceder. He dicho mi opinión. Si ella es aceptable estoy pronto a sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del Congreso. La espero para decidir de mi destino". Tal el párrafo completo (14).

De manera que San Martín estaba dispuesto a volver al Perú si los peruanos, procediendo cuerdamente, hubieran acatado todos al Congreso. Prueba de que él creía posible restaurar al Perú en

(14) Mitre. Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana. Buenos Aires, Félix Lajouane, editor, 1890. Tomo IV, pags. 44 y 45.

1823 aun después de batido su ejército por la negligencia de los dirigentes peruanos, y sin necesidad de la cooperación de Bolívar y del ejército colombiano. Tenía plena razón, el Perú poseía tesoros de plata y oro en sus templos, milicias regladas, bravos oficiales, y cuantos voluntarios quisiera el gobierno como para levantar otro ejército y batir a los enemigos. Pero cuando Riva Agüero recibió la carta ya había disuelto el Congreso, y como se atreviera a invitar de nuevo al Protector a trasladarse al Perú, le contestó indignado en términos duros e insultantes, negándose a tratar más el asunto. Véase el episodio completo en la obra de Mitre.

Dijo el general San Martín que los españoles desaparecerían del Perú con sólo unirse los peruanos y cuantos estudien desapasionadamente la historia de los años 1822 y 1823, se convencerán fácilmente de la verdad absoluta de este postulado del insigne Protector del Perú. Tenía muchísima razón: el Perú se perdió por la anarquía de los patriotas y la incapacidad primero de La Mar y de Alvarado, y luego de Riva Agüero y de Torre Tagle. Por la brillante situación en el Perú en agosto de 1822 el general San Martín no creyó necesaria la cooperación de Bolívar y del ejército colombiano.

Según el señor Levene (pag. 106) en la carta apócrifa de Lafond, explica el general San Martín por primera vez su indeclinable abdicación del Perú; pero esto no es exacto, aun cuando dicha carta fuera auténtica. San Martín explicó ampliamente su decisión y los motivos de su abandono del poder y retirada del Perú en sus cartas a O'Higgins de 20 y 25 de agosto de 1822 y en su carta a Luzuriaga de los primeros días de setiembre. El Protector desde antes de la Conferencia tenía resuelto separarse del mando. Mas para dar este paso tan grave había resuelto no realizarlo sino después de obtener el primer triunfo. Así lo aseguró al Libertador, pero al llegar a Lima encontró que un grupo de políticos había derribado a Monteagudo, su hombre de confianza y no contentos con esto lo expulsaron ignominiosamente a Panamá. Era un ultraje a su gobierno. En consecuencia resolvió separarse de una vez y así lo realizó al reunir el Congreso el 20 de setiembre.

Respecto a su disgusto del mando es muy conocida ya su declaración en un banquete en Londres en 1824, en presencia

del general Alvear, del general Iriarte y del célebre García del Río, de su convicción de necesitarse actos de fuerza para gobernar estos países hispano americanos, y él por elevadas razones morales no quiso emplearlos. Al efecto usó la frase magnánima: "se me cayó el palo de la mano" (15).

Como únicos documentos concordantes con la carta de Lafond en cuanto al propósito del general San Martín en su viaje a Guayaquil, cita el señor Levene las cartas dirigidas a Miller y a Castilla. En ambas el prócer afirma haber ido a Guayaquil a reclamar del general Bolívar el concurso de su ejército para terminar la guerra del Perú. En otros capítulos hemos rebatido esta aserción. El general San Martín fué a Guayaquil a influir en la decisión de la provincia con el apoyo de la escuadra del Almirante Blanco Encalada y de la división Santa Cruz en su regreso a Quito a embarcarse en la misma escuadra. Como gobernante del Perú él estaba en la obligación de satisfacer las aspiraciones de los dirigentes de Lima respecto a Guayaquil consideradas legítimas por los peruanos, basándose en añejas disposiciones del gobierno español, derogadas hacía tiempo. Esta es la verdad histórica, pero frustrado el proyecto el general San Martín no podía confesarlo ni nadie lo hubiera hecho en su lugar, por impropio, y desagradable a los políticos peruanos engañados respecto a los derechos del Perú y al voto de los guayaquileños, y dejó correr la leyenda forjada por los quejosos respecto a su abdicación del poder. La carta a Castilla fue escrita años después de la dirigida a Miller.

En capítulo anterior hemos estudiado el estado de las fuerzas respectivas de ambos contendientes. Aquí sólo comentaremos la afirmación del señor Levene, en la pág. 119 de que el Protector le entregó a Bolívar su ejército formado durante 10 años de esfuerzos y sacrificios. Pero esto tampoco es cierto. El brillante ejército dejado por San Martín en el Perú fue destruído en las dos derrotas de Torata y Moquehua, sufridas por el general argentino Alvarado, favorito de San Martín, y sus restos fueron entregados a los españoles con la plaza del Callao por el Regimiento del Río de la Plata; por esto al tomar el mando Bolívar año y medio después de la retirada del Protector, no dispuso para su cam-

(15) Memorias del General Tomás de Iriarte, tomo III, pags. 125 y siguientes.

paña absolutamente de ningún cuerpo argentino. Solamente tuvo empleados a su servicio, por consideraciones políticas y estimación personal, a excelentes oficiales sueltos como Necochea, Otero y otros.

Asienta el señor Levene que el general Mosquera fue ayudante de campo, secretario privado y secretario general de Bolívar. Mosquera fue efectivamente ayudante de campo, pero no secretario privado ni secretario general del Libertador. Como excepción, el 13 de agosto de 1822, firmó un oficio por orden de Bolívar, dirigido al Poder Ejecutivo participándole el regocijo del pueblo de Guayaquil por haber recibido la Carta Fundamental de la República de Colombia (16). No se conoce otro caso. Seguramente sería por ausencia o impedimento momentáneo del secretario. Luego Mosquera fue Intendente del Guayas, comandante general del Cauca, siempre fiel y unido a Bolívar por vínculos muy especiales, lo mismo sus otros hermanos don Joaquín y el futuro arzobispo. Baste decir que Bolívar, según declaración suya muy conocida, consideraba a don José María Mosquera, el jefe de la familia, como si fuera su padre. Dada esa cordialidad íntima, ¿qué razones podía tener el general Mosquera para entregar a terceros la carta apócrifa de Lafond insultante para el héroe. Se dejan correr estas especies para dar legitimidad al documento falso, pero esto no se ha logrado, ni se logrará a pesar de cuantos esfuerzos se hagan en ese sentido.

En el Capítulo correspondiente anotamos los graves errores en que incurrió el general Mosquera al escribir sus memorias. Por tanto no las repetiremos aquí, pero el señor Levene y otros escritores se apoyan en sus Memorias como principal argumento en favor de su tesis.

Extracta el señor Levene los chismes de Tomás Guido dirigidos a San Martín, referentes a frases atribuidas al general Bolívar sobre supuestas ausencias del general San Martín respecto a los secretarios de Estado existentes en Lima (17). Veamos cómo era moralmente este personaje de segunda fila.

---

(16) Gaceta de Colombia, Domingo 22 de setiembre de 1822, N° 50, primera página.

(17) Pags. 107 y 108.

En el archivo del Libertador existen varias cartas adulatorias de Guido, hasta el término de calificar en una de ellas a Bolívar del *¡único Tutelar de la Independencia Americana!* (18).

En otra misiva censura al general San Martín por el propósito de repasar los Andes con el ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin haberse concluído la campaña del Sur de Chile, y dice de la oposición de él a tal medida hasta lograr su abandono. En la misma carta se lava las manos como Pilatos. "Cualquiera que haya sido la política ulterior del general San Martín u otras autoridades respecto a aquella provincia (Guayaquil) no me pertenece en ningún sentido" (19). ¿Qué valor le podemos dar a las informaciones de este hombre al general San Martín? (20). Su disgusto con el Libertador provino de no haber obtenido puesto en la nueva administración del Perú.

II

El Dogma del Río de la Plata. Don Ricardo Rojas. Este notable y popular escritor publicó en Buenos Aires una obra voluminosa titulada "La Entrevista de Guayaquil. En homenaje al general San Martín en el centenario de su fallecimiento". No se limita a la historia propia de la Conferencia y a sus antecedentes inmediatos, es más extensa. Arranca desde los primeros servicios del general San Martín y contiene una bibliografía del tema principal de la Conferencia.

Pero a pesar de la abundancia de sus materiales no menciona siquiera los actos fundamentales de la cuestión, es decir los dos intentos efectuados por el general San Martín para decidir a favor del Perú la posesión de Guayaquil. Nosotros hemos probado en capítulos anteriores la efectividad de esos intentos fracasados antes de alcanzar todo su desarrollo. Repetimos: para realizar el primero el Protector partió de Lima el 8 de febrero, con el propósito aparente de celebrar una conferencia con Bolívar, según anunció en proclama del 12 de enero, más al saber que Bolívar estaba a punto de llegar a Guayaquil con parte de sus tropas se devolvió de Huanchaco violentamente el 22 del mismo mes y al

(18) 16 de marzo de 1824. O'Leary, tomo XI, pag. 256.

(19) 31 de diciembre de 1824. O'Leary, tomo XI, pag. 260.

(20) Carta de San Martín a Guido, 18 de diciembre de 1826. Documentos del Archivo de San Martín, tomo VI, pags. 502 a 507.

llegar a Lima, el 2 de marzo, tomó medidas hostiles contra Colombia en favor de la independencia de Guayaquil. Aunque la atmósfera se calmó un poco cuando se supo que Bolívar no había podido realizar su viaje por mar, Joaquín Mosquera, enviado por Colombia de plenipotenciario a las naciones del Sur, a su llegada a Lima el 1° de mayo, encontró dificultades y no pudo celebrar el tratado con el Perú sino el 6 del julio, despejada ya la situación con la noticia de la batalla de Pichincha (21).

El segundo intento se malogró también por haber llegado tarde el Protector el 25 de julio, cuando desde el 13 del mismo mes Bolívar, rápido siempre en su acción, había tomado posesión de la ciudad en nombre de Colombia, mientras el Protector lo suponía todavía ocupado en Quito.

Este segundo fracaso afectó profundamente al héroe argentino a punto de no querer desembarcar cuando tuvo conocimiento de lo sucedido. Bolívar le había enviado una carta de saludo con dos edecanes, y se apresuró a escribirle una segunda carta también con dos edecanes rogándole bajar a la ciudad a satisfacer los deseos de los ciudadanos y los suyos de estrecharlo en sus brazos en tierra de Colombia. Tales son los acontecimientos precedentes, de carácter solemne, sin cuya exposición no se comprende la Entrevista de Guayaquil, ni se aprecian en su justo valor las respectivas actitudes de los dos personajes y las ideas expuestas por ambos en ella.

De aquí nacen los errores de cuantos escriben sobre la Conferencia. Sin tomar en cuenta estos antecedentes presentan un cuadro falso en el empeño de dar aspecto favorable a la infamante calumnia de Lafond y exaltar la figura moral de uno de los personajes a costa de la integridad moral del otro, calumnia acogida por la historiografía y la política de la Argentina y declarada *Dogma Histórico de la Nación*, y a la vez sagrada la personalidad del prócer.

Según la carta apócrifa de Lafond y la leyenda, San Martín vino a Guayaquil a pedir a Bolívar el concurso de sus tropas para terminar la guerra de América y a manera de halago le ofreció

(21) Joaquín Mosquera. La Política del General San Martín, Protector del Perú respecto a la ciudad y Provincia de Guayaquil. Boletín de la Academia de la Historia N° 103, pags. 165 a 170.

servir a sus órdenes, pero el Libertador por egoismo se negó a todo. Aludiendo a esta maligna invención el eminente historiador ecuatoriano Camilo Destruge presenta observaciones muy interesantes. Dice con razón, no había necesidad de un viaje expreso, ni de ninguna reclamación para obtener auxilios ofrecidos espontáneamente en carta anterior, y convenidos cuando fueren necesarios en el tratado de 6 de julio obra exclusiva de Bolívar, firmado por su Ministro Plenipotenciario Joaquín Mosquera con el Secretario de Estado Monteagudo, por el cual las dos naciones Colombia y el Perú se obligaban mutuamente a socorrerse con 4.000 hombres en caso de reclamar ayuda alguna de las dos para asegurar su independencia. Bastaba pues una nota pidiendo el contingente ofrecido para lograr el objeto deseado (22).

Tal es la verdad exacta, todo lo demás escrito en sentido contrario, está falseado por fanatismos nacionalistas o intereses privados.

El señor Rojas prescinde de los hechos expuestos en estas líneas y entra de lleno en el laberinto del análisis de frases sueltas, interpretadas a su sabor, tomadas de documentos emanados de Bolívar, bien de sus cartas, o de sus relaciones de la Conferencia.

Documentos coetáneos de Bolívar.

Como en una obra anterior el señor Rojas trata de atribuir a Pérez la relación de las conferencias dirigidas a la Secretaría de Estado de Bogotá y a la Intendencia de Quito desempeñada por Sucre. De esta manera pretende quitar valor a los documentos; pero está equivocado. Ya hemos explicado la práctica de Bolívar de no firmar los oficios corrientes aun cuando todos eran dictados por él; los firmaban los secretarios, éstos cambiaban y el estilo y el método continuaba el mismo. Repásense todos los tomos de documentos de la colección de O'Leary, reproducción de los copiadores de oficios y órdenes existentes en el Archivo del Libertador, y se verá que en los años de su mayor actividad sigue el mismo método. El señor Rojas encuentra diferencias entre el estilo de la carta a Santander y la relación oficial. Si acaso existe será la natural entre una comunicación privada y otra destinada al Gobierno.

(22) Camilo Destruge (D'Amecourt). Historia de la Revolución de Octubre y Campaña libertadora de 1820-22. Guayaquil, pag. 401.

En el aparte de la relación referente al tratado con el Perú, el señor Rojas subraya lo siguiente (pag. 53): *"Esta parte de la federación es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia"*. Y en seguida la comenta de esta manera: "La frase que he subrayado es la que levanta la punta del velo. Esa federación que tanto interesa al Protector y cuyo cumplimiento encarece con vehemencia, es la del tratado que acaba de firmarse en Lima entre el Perú y Colombia." De aquí deduce el señor Rojas que San Martín vino a exigir el cumplimiento del tratado, lo cual, como dice Destruge, era innecesario puesto que Bolívar fue el promotor, el redactor de las instrucciones para celebrar el tratado, y el más interesado en su cumplimiento, por tanto con una simple carta habría obtenido el socorro en cuestión.

Prueba del error de dicha interpretación es esta frase de la relación subrayada también por el señor Rojas (pag. 54): *"Además, habiendo venido el Protector como simple visita, sin ningún empeño político ni militar,* pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban a partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para tratar otros asuntos". Esta aseveración de la relación subrayada echa por tierra la hipótesis del señor Rojas, y él se pregunta, si el Protector no llevaba ningún empeño político ni militar ¿a qué había ido? . . . A tomar posesión de Guayaquil, decimos nosotros, según ha quedado demostrado en todos nuestros estudios.

En otros capítulos hemos explicado las dudas del Libertador respecto al éxito del plan del Protector de atacar a los enemigos en dos direcciones distantes entre sí. Y tal fue el motivo de su fundamental oficio del 9 de setiembre. El señor Rojas apenas lo menciona, sin analizarlo, cuando este es el má importante de los documentos relativos a la Conferencia.

El ofrecimiento del Libertador era perfectamente desinteresado, puesto que pensaba mandar los 4.000 hombres para que San Martín dispusiera libremente de ellos, sin su asistencia al Perú. Cuatro días después del famoso oficio, es decir el 13 de setiembre, le escribía a Santander: *"Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido. Entonces habría más probabilidad del su-*

ceso" (23). Esta actividad generosa de Bolívar es el mentís perfecto de la calumnia de Lafond. ¿Se atreverán los defensores de la carta apócrifa a sostener lo contrario? ¿Cómo podremos nosotros considerar sin indignación la carta apócrifa fabricada para expresar todo lo contrario, en desdoro de nuestro abnegado y generoso héroe?

Documentos coetáneos de San Martín.

A estas pruebas convincentes contra la carta de Lafond, tomadas de los documentos coetáneos de Bolívar, debemos añadir las no menos fuertes provenientes de los documentos también coetáneos del Protector. Ya los hemos mencionado muchas veces, pero debemos recordarlos aquí. Son éstos: su mensaje de despedida al Congreso y cartas íntimas a sus amigos O'Higgins y Luzuriaga y a su lugarteniente Alvarado encargado de terminar la obra militar. En estos documentos el Protector manifiesta absoluta confianza en el éxito de la campaña y afirma tener 11.000 veteranos dispuestos a terminar la guerra, sin temor de fracaso alguno, porque ya había declarado, como era la verdad que los enemigos eran inferiores a los suyos (24). El no podía engañar ni al Congreso ni a sus amigos.

El señor Rojas, lo mismo que los demás defensores de la carta de Lafond, pasan por alto estos cuatro documentos coetáneos del general San Martín, cuyo contenido coincide perfectamente con los cuatro documentos, también coetáneos de Bolívar. Estas ocho piezas determinan con exactitud la situación militar del momento y confirman cuanto hemos dicho sobre la Conferencia de Guayaquil.

Los acuciosos análisis efectuados por nuestro autor, de fragmentos de cartas de Bolívar, interpretados a su manera, no valen nada ante la solidez de esos ocho documentos perfectos, erguidos ante nuestra América como rocas de granito atestiguando la verdad.

---

(23) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 87.

(24) La carta dirigida a O'Higgins se halla en el tomo V del Archivo del General San Martín, pag. 516 y la dirigida a Luzuriaga en el mismo archivo, tomo X, pags. 351 y 352. Mitre, tomo III, pags. 658, 659, 661 y 664. La carta a Rudecindo Alvarado se halla en Paz Soldán, Historia del Perú Independiente, Primer Período, pag. 347.

Documentos no coetáneos.

Se extiende el señor Rojas en comentarios y citas sobre declaraciones de la época de la publicación de Lafond, es decir veinte años después de los sucesos, cuando los hombres estaban gastados y los acontecimientos semiolvidados. Los documentos de esa época y de otras posteriores carecen del valor de los documentos coetáneos. Nuevas situaciones y nuevos intereses modifican a través del tiempo las ideas de los hombres, aun de los más eminentes. En nuestros estudios hemos señalados los errores de Páez cuando se refería a la guerra de la independencia, 30 años después de terminada la contienda. Ciertos hechos habían evolucionado en su imaginación hasta transformarlos en otros enteramente distintos. Esta es una materia sobre la cual podríamos extendernos muchísimo, pero basta con lo dicho por tratarse de fenómenos conocidos y frecuentes en la vida ordinaria.

El célebre biógrafo del Protector comenta declaraciones de Sarmiento, basadas en informaciones lejanas de los hechos, cuando por las circunstancias expresadas dichas apreciaciones sobre acontecimientos pretéritos, carecían de la exactitud de los documentos contemporáneos. El amor propio, y causas externas secundarias, obran sobre la imaginación con fuerza irresistible para el individuo. Por otra parte el mismo Sarmiento, en un artículo sobre Bolívar y San Martín, publicado en la Revista Sud Americana el 17 de julio de 1851, refiriéndose a sus conversaciones con el antiguo Protector dice lo siguiente: "Estoy muy distante y lo estaba entonces (cuando compuso una memoria para el Instituto Histórico de Francia sobre la Entrevista de Guayaquil), de poner entera fe en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la independencia americana. Cada uno de los hombres públicos que han figurado entonces tiene que rehacer una página de su historia y el trabajo más ingrato de la generación que les sucede, es el de restablecer los hechos y la verdad, en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes" (25). Estas observaciones muy justas expresan el valor relativo y circunstancial de las declaraciones unilaterales, escritas

(25) Obras de D. F. Sarmiento, tomo II, pag. 361. Edición de Santiago de Chile, 1885.

después de pasados los acontecimientos, sin someterlas a la prueba de los hechos.

Las aseveraciones del general San Martín en las cartas dirigidas a Miller y a Castilla contestándoles preguntas indiscretas sobre su propósito cuando se dirigió a Guayaquil, y como éste fue el de influir en la incorporación de la provincia al Perú y había fracasado, no lo podía decir en carta destinada al público o a circular en los grupos de políticos militantes de la época. Hay cosas que no se pueden confesar, aun cuando no sean delitos, ni faltas de equidad, ni simples errores, porque en la vida social se imponen conveniencias y prácticas de las cuales no se puede prescindir. El general San Martín no podía ser una excepción de esta regla.

Además en esa época el prócer argentino estaba trascordado de ciertos hechos. El contingente en favor del Perú al salir de Quito contaba 1.800 combatientes, y al embarcarse 1.700, por las deserciones y enfermedades tan frecuentes en aquella época en las tropas de todos los países suramericanos, y el general San Martín en la carta para Miller lo supone de sólo 1.070. También afirma que el Libertador en los días de la conferencia disponía de 9.600 bayonetas, efectivo del ejército de Bolívar después de la batalla de Junín, cuando recibió de refuerzo 1.300 del batallón Caracas y el escuadrón de Lanceros de Venezuela, recién llegados de Colombia. En aquellos días Bolívar disponía en Quito de 1.000 soldados apartando los 1.800 destinados al Perú. La cuenta es muy sencilla: él llevó de Pasto 2.000 hombres escasos y a Sucre sólo le quedaron después de la batalla de Pichincha 1.000 disponibles y restando el contingente del Perú, sólo resultaban 1.200. Los prisioneros de Pichincha soldados viejos nativos del lugar, se destinaron a reemplazos de la brigada Santa Cruz.

La actitud de Miller al no adoptar en sus memorias las declaraciones del general San Martín en la carta de 9 de abril de 1827, es prueba elocuentísima en apoyo de nuestra tesis. Todavía más: al referir la Conferencia de Guayaquil no dice ni una palabra en favor de la tesis argentina. No menciona siquiera los hechos atribuidos por el aventurero Lafond al general San Martín. No creía en ellos (26).

(26) Memorias de Miller. Madrid, 1910, tomo I, pags. 370 y 371.

El tratado de 6 de Julio.

Respecto a la Confederación Panamericana y el tratado de 6 de julio entre Colombia y el Perú, el primero de los celebrados según el plan exclusivamente bolivariano, el señor Rojas lo califica sin ningún fundamento de "filiación argentina", y se empeña en enlazarlo con la gestión de San Martín en Guayaquil (pags. 120 y siguientes). Todo inexacto.

Bolívar venía predicando la Confederación de los Estados Americanos desde 1813. En la Asamblea de Caracas el 1º de enero de 1814, su Secretario Muñoz Tébar, obrando en su nombre, lanzó la idea de confederar a todos los Estados en una gran nación, para que unida con la gran nación del norte establecieran el Equilibrio Universal. Tal fué su primer esfuerzo en ese sentido generoso.

Desterrado en Jamaica después de las heroicas luchas de 1814, escribió la famosa carta de 6 de setiembre de 1815 titulada con razón la Carta Profética, por sus admirables previsiones respecto al porvenir de cada una de las secciones americanas. Enseguida de señalar en el magistral documento las condiciones de cada una, expresa su concepto y sus sueños sobre la manera de agruparlas en forma fecunda y provechosa. Al efecto se explica en estos términos: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Que bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los Griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un agusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración, otra esperanza es infundada, semejante a la del Abate St. Pierre que concibió el laudable de-

lirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte de los intereses de aquellas naciones" (27).

Apenas triunfó en Carabobo y Colombia quedó constituída en el Congreso de Cúcuta, en la segunda mitad de 1821, el Libertador dispuso enviar dos embajadores a proponer los tratados necesarios para formar la Confederación Panamericana. El Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Gual, en sus instrucciones a los embajadores se expresó de esta manera: "Es necesario que usted encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un *Cuerpo Anfictiónico, o Asamblea de Plenipotenciarios,* que dé impulso a los intereses comunes de los Estados Americanos, que dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero, entre pueblos que tengan unas mismas costumbres y unas mismas habitudes, y que por falta de una institución tan santa pueden quizás encender las guerras funestas que han asolado otras regiones menos afortunadas" (28).

Joaquín Mosquera, nombrado el 10 de octubre de 1821, ministro plenipotenciario partió al Perú, Chile y Buenos Aires y Miguel Santa María con igual carácter e idénticas instrucciones a Centro América y a México. Estos últimos países, el Perú y Chile aceptaron la Confederación y firmaron sus respectivos tratados. Buenos Aires se negó a todo compromiso de unión política y sólo logró Mosquera celebrar un simple tratado de amistad.

Alcanzados estos resultados, realizada casi toda la independencia y dando por seguro el triunfo sobre el ejército de La Serna, Bolívar se dirigió el 7 de diciembre de 1824 a todos los Gobiernos Confederados de América, proponiéndoles mandar sus delegados a una Asamblea en Panamá "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias" (29).

---

(27) Lecuna. Cartas del Libertador. Tomo XI, pag. 55.

(28) Pedro A. Zubieta. Congresos de Panamá y Tacubaya. Bogotá, 1912, pag. 19.

(29) Lecuna. Proclamas y Discursos del Libertador, pag. 292.

Causas del fracaso.

Ningún otro político de la América Española tuvo ideas tan claras sobre la situación, el porvenir y la manera de salvarla de la anarquía consuetudinaria prevista por su genio. Tal fue la vida trágica de nuestra América a través de un siglo de tiranías oprobiosas y de guerras fratricidas. Bolívar fracasó por la fatalidad etnográfica y geográfica de nuestros pueblos, situados en desmesurada extensión a través de dos continentes, sin un núcleo central como órgano de atracción y de enlace; y debido al no menos fatal predominio en todos los estados de ideas anárquicas o particularistas de los grupos políticos dirigentes, especie de pirámides activas sobre la masa inerte de las arenas del desierto. En tal estado de cosas la unión y aún la confederación en un todo era imposible. El señor Rojas sin apreciar debidamente estos factores decisivos físicos y morales, atribuye el fracaso a incompetencia de Bolívar, o sea a su manera de plantear *la convocatoria de la Asamblea y a sus propósitos confusos y sin eficacia práctica.* Jamás se ha emitido un juicio tan desacertado y mezquino. Escritores eminentes suelen carecer de sentido histórico.

El juicio de San Martín sobre el Libertador.

Otro punto controvertible sostenido por el señor Rojas, es el juicio sobre Bolívar atribuido al general San Martín por el aventurero Lafond. Nosotros lo hemos calificado de apócrifo en honor del héroe de la república del Plata, porque sus principales afirmaciones son falsas. Decir que Bolívar trataba con despotismo a sus generales y permitía toda clase de licencias a las tropas es una falsedad, sólo concebible en personas ignorantes de la historia de la Gran Colombia. Nuestros héroes, producto de un resurgimiento heroico de generaciones dedicadas a la vida agrícola, jamás hubieran tolerado tratamientos ofensivos. Páez señor de los inmensos llanos, da la impresión de un titán a quien Bolívar trataba con toda clase de miramientos. Bermúdez era un Ayax. Enemistado con Bolívar desde el campo de batalla de la Villa de Aragua, vino a salvarlo en Barcelona en 1817 y recibió de él estas generosas palabras: "Vd. es el libertador del Libertador". Córdova, el hijo de Venus y de Marte defendía su honor como correspondía a sus eximias dotes. Observaciones análogas podríamos hacer de

Santander, de Sucre, de Urdaneta, del heroico Arismendi y de tantos otros. Bolívar amó a Girardot y a Anzoátegui como si fueran sus hijos. Piar jamás tuvo un si ni un no con Bolívar. Aspirando al primer puesto se alzó contra la naciente república. El Libertador no hizo nada contra él, pero a los dos meses de gestiones inútiles del rebelde, como perseverara en su empeño, fue arrestado, sometido a juicio y fusilado. Era indispensable para establecer la autoridad y seguir la lucha por la independencia.

En cuanto a las tropas se pueden citar como modelo de disciplina. El mismo Ricardo Palma escribió una tradición en elogio de la severidad de Bolívar en caso de desmanes de algún soldado. Si los argentinos estudiaran nuestra historia no se atreverían a calificar de auténtico el documento en referencia.

III

San Martín y Bolívar en la Entrevista de Guayaquil, por Julio César Chaves. La primera parte de la obra está destinada a censurar la incorporación de Guayaquil a la República de Colombia, considerándola acto arbitrario. Numerosos documentos prueban lo contrario, pero el autor, en beneficio de su tesis aparenta ignorar algunos de los fundamentales, en su empeño de dar carácter apostólico a las gestiones del Protector en relación con la célebre provincia. Véanse nuestros capítulos anteriores primero y segundo intento de San Martín sobre Guayaquil en las pags. 154 y 168.

El señor Chaves niega la consulta hecha por el Protector al Consejo de Gobierno sobre declarar la guerra a Colombia, pero los dos oficios a La Mar que en otros capítulos hemos comentado no se justifican sin la autorización dada por el mismo Consejo de Gobierno. Los hechos así como los documentos hablan muy claro, y no dejan ninguna duda de las miras del Protector de trabajar por los intereses del Perú aun empleando la fuerza en caso necesario, y relegando a segundo término celebrar conferencias con Bolívar. Al llegar éste a Quito encuentra la carta de San Martín de 3 de marzo, fechada el mismo día que tomara medidas hostiles contra Colombia, en la cual le dice: "Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse

libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambos" (30).

El Libertador en situación diametralmente opuesta tenía que opinar de distinto modo: él era Presidente de Colombia, la República estaba constituida legalmente por el Congreso de Cúcuta; como sucesora del Virreinato de la Nueva Granada la Provincia de Guayaquil era parte integrante de su territorio y Bolívar, por sus funciones constitucionales, tenía la obligación de defenderla; en consecuencia en su contestación, fechada el 22 de junio en Quito, expone a San Martín estos justos principios: "Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales, reunidas libre y legalmente" (31).

En resumen: San Martín, sin tener el Perú derechos legales a la posesión de la ambicionada provincia quiere que la cuestión la resuelvan los habitantes, porque le han inculcado la idea equivocada de que la mayoría era partidaria del Perú; y Bolívar, obligado por sus funciones de Presidente Constitucional de Colombia, sostiene el principio legal de la integridad de la República.

La carta de Lafond.

La segunda cuestión tratada por el señor Chaves en su obra, es la carta apócrifa de Lafond.

En los capítulos anteriores hemos expuesto las pruebas convincentes e irrefutables de que el general San Martín no le pidió al Libertador en Guayaquil el concurso de las fuerzas colombianas, ni se ofreció a servir a sus órdenes en el Perú como supone dicha carta; calumnias todas inventadas años más tarde para levantar a mayor altura al general San Martín y arrojar sobre Bolívar la responsabilidad de los desastres ocurridos en el Perú después de la abdicación del Protector.

Las pruebas a que nos referimos son: las tres relaciones de la conferencia dictadas por Bolívar, y el famoso oficio de 9 de

(30) Carta de Lima, 3 de marzo de 1822, a Bolívar. Recopilación de documentos Oficiales, Guayaquil 1894, pags. 226 y 227.

(31) Carta fechada en Quito el 22 de junio de 1822. Obra citada, pag. 228.

setiembre en Cuenca dirigido a los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, en los cuales declara enfáticamente que el Protector no le pidió fuerzas en la Conferencia, él las ofrece al Perú para asegurar el suceso e invita a los dos gobiernos del Sur a enviar las suyas por su lado. Aun siendo tan explícitos estos documentos el señor Chaves los interpreta arbitrariamente a su manera e intenta despojarlos de valor.

Los otros cuatro documentos emanados del general San Martín: su mensaje de despedida al Congreso y las cartas a sus íntimos amigos O'Higgins y Luzuriaga y a su lugarteniente Alvarado, el señor Chaves no los toma en cuenta, ni siquiera los menciona, método hábil de saltar por encima de obstáculos insuperables considerados en su esencia y magnitud.

También hemos señalado innumerables veces los tres errores fundamentales de la carta apócrifa de Lafond, suficientes por sí solos a destruirla: 1º—Suponer a los españoles en el Perú en dicho año 19.000 hombres. 2º—Decir que no se le habían dado los reemplazos a la brigada Santa Cruz. Y 3º—Suponer que dicha brigada iba a disolverse en largas marchas por tierra. Pero los defensores de la calumnia tampoco los toman en cuenta.

El señor Chaves sostiene *la leyenda del silencio* convenida por los dos libertadores en Guayaquil con el objeto de explicar la aparición de la carta apócrifa veinte años después de los acontecimientos, a pesar del oficio de 9 de setiembre y de los otros documentos tantas veces comentados por nosotros.

Cree el señor Chaves haber encontrado una prueba en favor de la legitimidad de la carta apócrifa con la noticia dada por el coronel Antonio Morales a Santander el 13 de octubre en estas palabras: "Ayer ha llegado el teniente coronel Miguel Delgado, que últimamente era comandante de Numancia, trae muchos pliegos para el Libertador" (32); y como es bien sabido al final de la carta apócrifa se halla este párrafo: "Con el comandante Delgado, *dador de ésta,* remito a usted una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que le ofrecí a usted en Guayaquil". Pero estos hechos no prueban nada puesto que el fabricante de la carta apócrifa, Gabriel Lurcy de Lafond, ocupado en el servicio de buques entre el Callao y Guayaquil en ese mes de oc-

(32) Archivo del General Santander, tomo IX, pags. 94 y 95.

tubre condujo en su barco, La Aurora, al comandante Delgado, según declara el mismo señor Chaves en estos términos: "Lafond había prestado servicios en la escuadra peruana y conocía a los principales jefes y oficiales de los ejércitos que actuaron en el Perú (33). En su barco, *El Aurora*, viajó en diciembre de 1822, desde el Callao a Guayaquil, la división colombiana mandada por el general Paz del Castillo, y, por peculiar coincidencia, en aquel mismo barco (en el viaje anterior) trasladóse el teniente coronel Delgado portador de la carta escrita por San Martín a Bolívar, con fecha 29 de agosto" (34). En cuenta Lafond de esta circunstancia, no es extraño atribuyera a Delgado la mentida comisión.

Queda pues sin ningún valor la supuesta prueba presentada por el señor Chaves.

También es de observar que el comandante Delgado no trajo a Guayaquil el caballo de paso, ni la escopeta, ni las pistolas, supuesto regalo del Protector a Bolívar.

Por otra parte, Delgado debía llevar personalmente su encomienda a Cuenca, donde se hallaba Bolívar en aquella fecha, porque la apócrifa dice textualmente: "Delgado DADOR de la presente", es decir que Delgado debía poner la mentirosa carta en propias manos, y él no vió al Libertador sino en Quito, hacía el 12 de noviembre. Bolívar señala su llegada con estas palabras sencillas: "He visto a Córdova y a Delgado que han venido de Lima, y no añaden ninguna noticia; sólo sí confirman todo lo que antes le he escrito a Vd." (35). Estos hechos destruyen del todo la larga argumentación del señor Chaves sobre supuesta influencia del esperpento apócrifo en los planes de Bolívar. Más para agotar la materia analizaremos las cartas del Libertador a Santander.

Desde su llegada a Quito, Guayaquil y Cuenca resolvió permanecer constantemente en el Sur hasta consolidar la situación política de esos tres departamentos importantísimos de la Re-

(33) Lafond. Voyages Autour du Monde, tomo II, pag. 388.

(34) Julio César Chaves. San Martín y Bolívar en Guayaquil. Buenos Aires 1950, pags. 210 y 211.

(35) Lecuna. Cartas del Libertador. A Santander. Quito, 12 de noviembre de 1822, tomo III, pag. 119.

pública. Así lo dice expresamente al general Santander en su carta del 22 de julio de Guayaquil: "Yo no iré a esa capital en todo este año, porque creo mi permanencia necesaria en el Sur contra los españoles del Perú, contra los intrigantes de Guayaquil y contra las pretensiones de límites; y también para hacer amar a Colombia, si es posible, por aquellos que no la aman, y para impedir que la aborrezcan sus partidarios. Vd. debe hacer la paz para que dividamos la gloria entre ambos, tocándole a Vd. la oliva y a mí el laurel" (36).

Poco después, el 3 de agosto, escribía lo siguiente: "Mucho se necesita mi permanencia en este país por algún tiempo, tanto por lo que hace a la política interna y externa como por esperar las resultas de la próxima campaña del Perú. A este propósito digo a Vd. que creo de necesidad se nos manden por el Istmo dos mil fusiles y doscientos o trescientos quintales de plomo para armar un ejército en caso que el enemigo triunfe de San Martín, lo que, según todas las noticias, puede muy bien suceder" (37).

Ya hemos explicado los temores de Bolívar por el sistema tan arraigado en el espíritu del general San Martín de atacar a los enemigos a un tiempo por dos vías tan distantes entre sí como las de Lima a Jauja y de los Puertos Intermedios a lo alto de la Cordillera, tan opuesto al recomendado por Bolívar de avanzar sobre los enemigos con todo el ejército reunido en una sola masa. Por este motivo insiste en su carta del 13 de agosto en permanecer en el Sur y sólo ofrece dirigirse al Istmo con 2.000 hombres en el caso improbable, según su modo de pensar, de realizarse una anunciada expedición española (38). En cartas del día siguiente 14 de agosto y de 27 del mismo mes, repite las mismas ideas. Luego viene su oficio del 9 de setiembre, ofreciéndole al Perú, todavía a cargo del Protector, 4.000 hombres más y cuantos fueren necesarios. Sus ideas en estos días las condensa en estas dos frases del 13 de setiembre: "Yo creo que todo nos queda por hacer si San Martín no triunfa en el Perú". Luego agrega: "Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no

(36) Lecuna, citado, tomo III, pag. 55.
(37) Lecuna, citado, tomo III, pag. 64.
(38) Lecuna, citado, tomo III, pag. 71.

haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido. Entonces habría más probabilidad del suceso" (39).

El 11 de octubre aumentan sus cuidados por haber sabido la renuncia del general San Martín y su traslado a Chile: "Ya yo estaba determinado a irme por enero a Bogotá, le escribe, y ahora no sé lo que haré porque las cosas se están poniendo en un estado que indispensablemente han de sufrir grandes alteraciones, en bien o en mal; y en uno y otro caso siempre tenemos que resistir el choque de los vecinos, sean españoles o peruanos" (40). Esto último seguramente por los ataques contínuos de la prensa de Lima contra él.

Nuevas insinuaciones de Santander lo inducen a dirigirse a Bogotá y le escribe el 27 de octubre: "Estoy resuelto al fin a ir a ayudar a Vd. contra los facciosos que pretenden esclavizar a su país, por el camino de la anarquía. Estoy en marcha para Quito; estaré allí 15 días y seguiré por Pasto hasta Neiva donde me embarcaré hasta las inmediaciones de Tocaima" (41). En esta determinación influyeron noticias de una expedición del general Calzada por el Orinoco con 1.500 hombres de Puerto Rico y una fuerte expedición de la Habana contra Panamá.

Por último el 29 de octubre trasmite a Santander noticias desagradables recibidas de Lima: El general Paz Castillo le escribe hasta el 10 de octubre expresándole los grandes temores de todos por la suerte de Lima debido al desconcierto reinante en el ejército y en el Gobierno. La expedición de Alvarado puede tener mal suceso, según las noticias de Castillo. En cambio los informes sobre el estado de las tropas españolas a cargo de Canterac son excelentes. Muchos otros detalles dados por Castillo confirman los anteriores temores de Bolívar sobre la suerte de la futura campaña del Perú.

Se los expone a Santander y le dice lo siguiente: "Aseguro a Vd. que la correspondencia de Lima ha multiplicado mis cuidados y mi responsabilidad, que es lo peor. Había pensado ir a Bogotá por ceder a las instancias de Vd., y porque conocía la

(39) Lecuna, citado, tomo III, pag. 86 y 87.
(40) Lecuna, citado, tomo III, pag. 102.
(41) Lecuna, obra citada, tomo III, pags. 106 y 107.

razón para ello; pero he cambiado de resolución y ya no pienso más que en levantar 4.000 hombres para mandarlos o llevarlos al Perú" (42).

De estas declaraciones deduce el señor Chaves que Bolívar cambió de opinión en Cuenca el 29 de octubre respecto al viaje a Bogotá por haber recibido en esa fecha la carta apócrifa, cuando claramente señala en dichas cartas las desalentadoras noticias de Paz Castillo como la causa de su determinación, noticias recientes del 10 de octubre, llegadas a Cuenca en 19 días. El señor Chaves, como va expuesto, sólo se basa en la circunstancia de que el coronel Delgado, supuesto dador de la apócrifa, llegó a Guayaquil el 13 octubre y pudo mandarle la correspondencia a Bolívar a Cuenca. Luego su hipótesis traída por los cabellos, no tiene ninguna base lógica. Bolívar dudaba del éxito de la campaña del Sur, aun estando el general San Martín al frente del ejército, después de su separación, como era natural, sus temores aumentaron notablemente.

Muchas refutaciones podrían hacerse fácilmente a las interpretaciones equivocadas dadas por el señor Chaves a frases sueltas tomadas de diferentes documentos e interpretadas arbitrariamente, más para esto necesitaríamos extendernos demasiado. Sólo mencionaremos, entre sus observaciones una muy original: refiriéndose a que en la relación de la Conferencia dictada por el Libertador, consta que el Protector no pidió tropas, exclama con singular convicción: ¿por qué Bolívar calló? Es decir: ¿por qué Bolívar no se calumnió a si mismo?

Tiene el mérito el señor Chaves de desmentir en su obra una de las leyendas ridículas contra Bolívar adoptadas por escritores argentinos. Nos referimos a la ofrenda presentada al Protector por la señorita Carmen Garaicoa, y el supuesto disgusto de Bolívar. También reconoce que Bolívar envió a Lima su oficio de 9 de setiembre, en la creencia de que lo recibiría el Protector como es la verdad.

El señor Chaves es el primer escritor del Sur que reproduce los improperios contra Bolívar vertidos por el general San Martín al final de su vida en conversación privada con Sarmiento, anotados por este último y dados a conocer hace pocos años en

(42) Lecuna, obra citada, tomo III, pags. 114 y 115.

Buenos Aires por Antonio P. Castro, tomándolos del archivo puesto a su cargo. En honor del prócer argentino nosotros no hemos querido ni siquiera mencionarlos.

IV

San Martín Intimo, por Carlos Ibarguren. Escritor distinguido. Presidente de la Academia Argentina de Letras. Su libro tiene 351 páginas. Sólo nos referiremos a muy pocos puntos, como demostración de la manera del autor de tratar los asuntos relacionados con Bolívar.

Copiando narraciones equivocadas censura la conducta del general Paz Castillo como jefe de la división colombiana auxiliar del Perú. La censura es infundada. El gobierno inepto de La Mar pretendía diseminar los tres batallones colombianos, mientras Paz Castillo tenía instrucciones, como era lógico, de mantener la división siempre unida. En efecto el gobierno de La Mar le envió órdenes de mandar un solo batallón colombiano a reforzar la expedición del general Alvarado, Paz Castillo no podía cumplir semejante disposición. En todas las guerras bien dirigidas las fuerzas auxiliares, sin excepción, se mantienen unidas en un solo cuerpo, faltar a este principio equivaldría a destruir la integridad de la fuerza auxiliar.

En cuanto al debatido asunto de la Conferencia, el señor Ibarguren adopta las leyendas deducidas de la famosa carta apócrifa de Lafond. Como los demás defensores de esta leyenda, se apoya en las desacreditadas declaraciones del general Mosquera.

En cambio este historiador reconoce a Bolívar como autor de las relaciones de la Conferencia dictadas a su secretario Pérez, así como su carta particular dirigida al general Santander. Es una prueba de honradez y de buen sentido, pues como sabemos, otros escritores argentinos, para quitarle mérito a las referidas relaciones oficiales de la Conferencia se empeñan en atribuirlas al Secretario, simple escribiente, sin participación personal en los oficios, muy laborioso y fiel a Bolívar, a quien acompañaba desde 1814. Desgraciadamente el señor Ibarguren adopta en su exposición las mismas interpretaciones arbitrarias de frases de Bolívar, como tantos otros escritores.

A mayor abundamiento, respecto a la paternidad de las relaciones oficiales de la Conferencia, copiamos estas palabras de Bolívar en su carta a Santander de 3 de agosto de 1822: "La noticia sobre los quiteños y esta otra (el acuerdo con San Martín sobre posible paz con España) no las comprendía mi "Memoria", porque me parecieron muy graves para que pasasen por las manos de los dependientes y secretarios" (43).

V

El Hombre de Guayaquil, por Arturo Capdevila. La literatura argentina es inagotable en producciones destinadas a sostener la leyenda ya famosa del *renunciamiento* del general San Martín en Guayaquil. La personalidad del prócer, sus indiscutibles méritos políticos y militares, y desprendimiento del poder, no satisfacían. También parecía poco la estrategia matemática inventada por Mitre para adornar las sienes del héroe y ha sido necesario elevarlo mucho más por medio de la famosa leyenda mencionada, al efecto se exclama con verdadera unción patriótica: *La excelsitud de San Martín empieza en Guayaquil.* Es decir que todo lo hecho por el prócer no era suficiente para su gloria, según sus compatriotas; se necesitaba algo sobrenatural, la abnegación de eliminar su personalidad del Perú y dejar el campo libre a Bolívar, rival odiado y despreciado, egoista al punto de negarse a colaborar en la campaña decisiva de la independencia.

Esta conseja contenida en la fementida carta de San Martín, fecha 29 de agosto de 1882, divulgada por el aventurero Lafond en su libro de viajes, veinte años después de los sucesos, ha sido declarada *dogma político y base de la historia de la América del Sur y de la República Argentina,* por la Academia de la Historia de Buenos Aires, y defendida a capa y espada por escritores eminentes de la nación.

Con este empeño apareció la obra del señor Capdevila, poeta y escritor de fama, sosteniendo la misma tesis, naturalmente con los mismos argumentos y el mismo método de Mitre, pero con mayor habilidad y más cultura.

Sólo en ambiente no desarrollado como el de nuestra América,

(43) Lecuna. Cartas del Libertador, tomo III, pag. 67.

podía sostenerse esta leyenda. Basta considerar que la retirada de San Martín no suponía su reemplazo por Bolívar, pues en el Perú quedaban el formidable ejército formado por el Protector, listo para realizar la independencia y un gobierno hostil aun a la menor influencia de Bolívar. Por estas circunstancias no llegó él a mandar en el Perú sino después de la derrota de aquel ejército, de otro poderoso levantado por los peruanos, de la ruina de tres gobiernos del Perú y de la entrega a los españoles de la plaza del Callao y de la capital del país, por los restos del ejército argentino. Cuando ya no quedaba nada en pie el Congreso en su última *boqueada* nombró Dictador a Bolívar el 10 de febrero de 1824 (44). Estudiando a fondo estos acontecimientos desaparece la leyenda.

Mas para defenderla—lo hemos dicho muchas veces—es necesario pintar un Bolívar arbitrario, egoista, perverso, deseoso de mandar solo en el Perú y causante de las muertes, ruinas, desgracias y horrores ocurridos en el país por su injustificada negativa y la consiguiente prolongación de la guerra. Con este objeto Mitre acoje y expone cuántas leyendas falsas circularon en los libelos de la época: atribuye a Bolívar premeditación y alevosía en la desgracia de Miranda, perversidad por el decreto de guerra a muerte, ineptitud y cobardía en los desastres inevitables provocados por la reacción a favor de España en 1814 a 1816; vanidad, estilo literario confuso, y teatralidad enfermiza; mientras este autor moderno, aunque sigue el mismo método, lo supera en lógica y destreza.

El presente es un caso único en la historia de la humanidad: no sabemos de ningún país civilizado o bárbaro empeñado en denigrar la personalidad del héroe de otra nación para elevar el suyo propio, sin ningún fundamento cierto. Los mejores historiadores alemanes e ingleses censuran la ambición de Bonaparte, y sus abusos del poder, pero desde hace muchos decenios desecharon las calumnias de los libelos contemporáneos, y ajustándose a la verdad histórica, reconocen la grandeza del héroe y la maestría característica de sus hazañas excepcionales.

Los escritores argentinos no estudian la historia de Bolívar

(44) Lecuna. Cartas del Libertador. A Sucre, Pativilca 13 de febrero de 1824. Tomo IV, pag. 91.

en documentos, ni aun en los autores nuestros como Baralt y Restrepo, prefieren los escritores contemporáneos extranjeros, quienes escribieron sin documentos, de aquí sus errores. De los libelistas el señor Capdevila reproduce la imaginaria entrada triunfal de Bolívar a Caracas en un carro tirado por doce señoritas vestidas de blanco, y aumenta la falsedad afirmando, por su cuenta la presencia en el acto del calumniador Ducoudray Holstein, quien nunca estuvo en Caracas. Pero más nos sorprende, tratándose del Libertador, la adopción de un párrafo calumnioso de Karl Marx, el feroz detractor de nuestro héroe (45).

Por otra parte en cierto modo el autor niega a Bolívar capacidad guerrera al acoger el juicio de Lorraine Petre ignorante en arte militar. Según este mediocre escritor inglés las guerras de Bolívar, por la pequeñez de las fuerzas en acción, simples guerrillas, no podrán nunca considerarse obras de arte, concepto suficiente para determinar la incapacidad del escritor.

La naturaleza de las operaciones militares no la determina el número de combatientes; su calidad depende de la manera de conducirlas; son obras de arte cuando multiplican su fuerza intrínseca con operaciones ingeniosas: una marcha hacia un lado débil, capaz de desconcertar al adversario, acumulación de fuerzas en el punto decisivo; golpes inesperados, persecuciones incesantes, y la sorpresa en vasta escala. Todos estos caracteres se encuentran en las operaciones de Bolívar, algunas de centenares de kilómetros de extensión; en cambio hemos visto ejércitos europeos de millares de hombres en las recientes guerras, entre ellos varios ingleses, manejados infructuosamente como si fueran guerrillas.

En resumen: el señor Capdevila no trae ningún hecho nuevo, capaz de apuntalar su tesis; toda su fuerza reside unicamente en la vigorosa y hábil manera de exponerla. Es un atleta con una espada de cartón.

El impostor Lafond para dar verosimilitud a la célebre carta apócrifa de San Martín del 29 de agosto, pone a Bolívar por el suelo; le niega el mérito de la independencia de la Gran Colom-

(45) Capdevila, pags. 106 y 107. Ducoudray Holstein vino en la Expedición de Los Cayos, pero en Carúpano el Libertador lo expulsó por intrigante subversivo.

bia, debido, según él, a los generales subalternos Páez y Sucre, e inserta el juicio crítico de Bolívar, denigrativo en grado sumo para el héroe, atribuido al general San Martín, desdoroso para su autor, sea quien fuere. Como hemos dicho, en honor al prócer argentino nosotros lo hemos supuesto apócrifo, pero el señor Capdevila, desecha nuestras pruebas y lo defiende con la mayor energía como punto fundamental de su tesis.

A pesar de sus esfuerzos el señor Capdevila no logra obscurecer la verdad, porque las afirmaciones del juicio son falsas: la historia larga y dramática del Libertador lo prueba superabundantemente. Jamás Bolívar trató con despotismo a sus generales, jamás permitió licencias indebidas a las tropas. Nunca prefirió los jefes u oficiales ingleses a los criollos, ni un solo momento de su vida fue hipócrita. Todo cuanto a este respecto dice el juicio es inexacto, así lo prueba la enorme documentación publicada y toda la correspondencia de Bolívar.

En nuestro análisis del juicio hemos presentado los testimonios de dos grandes jefes: Páez y Posada Gutiérrez, escrito treinta años después de muerto el héroe, pero el señor Capdevila no los acepta. El prefiere los libelos de extranjeros y referencias de algunos ensayistas, escritores amenos, pero sin sentido histórico.

Los pequeños fragmentos y frases sueltas tomadas de aquí y de allí, es decir de diversas procedencias, nombrando autores sin precisar las páginas no valen nada porque no es fácil encontrarlos, y aún hallándolos en su lugar natural significan otra cosa distinta o son opiniones particulares fácilmente rebatibles.

Pero hay un punto especial de gran importancia para el señor Capdevila y es el *mirar gacho* atribuido al Libertador por escritores argentinos y algunos extranjeros. Se trata de un fenómeno curiosísimo: como es natural Bolívar miraba a la cara a sus interlocutores sin excepción, pero según él, a ciertos argentinos y a algunos extranjeros los miraba de *soslayo*. Bien observado el caso, sospechamos que tanto unos como otros escribieron con las Memorias de Miller a la vista. Para llegar a esta conclusión basta comparar el juicio en cuestión con párrafos de las Memorias del chismoso general, el primer testigo en lo de mirar gacho, y en cuanto a los otros, todos publicaron sus escritos después de las

nombradas Memorias, y entran en la categoría de copistas o libelistas.

Nosotros hemos presentado un argumento natural, superior en fuerza a los referidos testimonios mencionados por nuestro contendor. Un hombre de *mirar gacho* no puede realizar catorce campañas, casi todas profundamente trágicas y difíciles, ni dominar a los hombres como los dominó Bolívar.

El señor Capdevila rememora el tiempo feliz de la segunda mitad del Siglo XIX, tranquilo reinado de las leyendas de Lafond, gracias a la negligencia de nuestros historiadores a ese respecto, y se lamenta del descubrimiento a principios de este siglo de las relaciones de la conferencia dictadas por Bolívar y de su carta particular al general Santander, Vice-Presidente de Colombia sobre el mismo tema, de donde ha brotado la verdad. Las relaciones dictadas por Bolívar aparecen firmadas por el Secretario como todas sus comunicaciones oficiales firmadas siempre por los Secretarios y esta circunstancia da pie al señor Capdevila para restar mérito a dichas relaciones (46).

Otro documento decisivo en esta cuestión de la conferencia de Guayaquil es el oficio de Bolívar de 9 de setiembre de 1822 dirigido a los gobiernos del Perú, Chile y Argentina en el cual el Libertador declara, como en los documentos citados, que el general San Martín no le pidió fuerzas en Guayaquil. Este importantísimo oficio lo publicó el gobierno argentino en el Argos de Buenos Aires de 31 de mayo de 1823, es el más conceptuoso de todos y tiene un mérito excepcional: leído por el general San Martín en la ciudad de Mendoza, adonde se había retirado, no lo rebatió. El señor Capdevila no lo toma en cuenta quizás por no encontrar como explicarlo.

A estos cuatro documentos coetáneos de Bolívar, referentes todos a lo tratado en la conferencia, se unen otros cuatro documentos coetáneos del general San Martín, de acuerdo todos con los de Bolívar. En ellos el Protector declara disponer de 11.000 veteranos listos para terminar la guerra del Perú. Según afirma el triunfo era seguro pues los españoles inferiores en número no podrían evitar el triunfo de los patriotas. Estos valiosos documen-

(46) Como regla general Bolívar sólo firmaba las comunicaciones dirigidas a los Jefes de Estado, a los Congresos y a algunas otras potestades.

tos, dirigidos, al Congreso en el momento de presentar su renuncia, al general O'Higgins, Director de Chile su íntimo amigo y colaborador, al general Luzuriaga su confidente y embajador en Buenos Aires y al general Alvarado a quien dejaba el mando de las tropas y el encargo de terminar la guerra (47). El Protector del Perú no podía engañar al Congreso y a sus más íntimos amigos. Pero el señor Capdevila tampoco menciona estos documentos, como si no existieran.

Luego sabemos por muchos conductos los verdaderos motivos de la separación del general San Martín del Perú: su cansancio del poder, y resolución de no servir ni a su país natal el Río de la Plata; el mal estado de su salud, deteriorada desde su llegada a Chile, al extremo de caer en cama con vómitos de sangre; y por último la revolución ocurrida en el Perú durante su ausencia en Guayaquil: la destitución y violenta expulsión de su íntimo amigo y ministro de mayor confianza Bernardo Monteagudo. En la conferencia el general San Martín dijo al Libertador que después del primer triunfo se retiraría del poder como lo venía anunciando en muchos documentos, pero al llegar a Lima y encontrarse con aquel violento e injustificado cambio político, verdadero ultraje a su gobierno, resolvió no esperar más, renunciar y retirarse de una vez a la vida privada.

Censura el señor Capdevila, siguiendo viejas y conocidas versiones, la incorporación de Guayaquil a Colombia y la califica de acto arbitrario del Libertador, todo porque no ha tenido en cuenta los documentos decisivos ya publicados. Hemos explicado en capítulos anteriores los derechos incuestionables de Colombia sobre la provincia de Guayaquil y la actitud consciente del Libertador como Presidente Constitucional de la República. Puesta en claro la situación con todos los documentos, no hay razón ninguna para seguir censurando a Bolívar por la toma de posesión de la ciudad.

Años más tarde el general Miller, en 1827, preguntó al general San Martín cual había sido su objeto al dirigirse a Guayaquil y

(47) En el mensaje al Congreso no menciona el número de soldados, pero usa estas frases: "La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto a marchar para terminar por siempre la guerra". Mitre, tomo III, pag. 664.

le contestó con la leyenda ya formulada en su favor "de pedirle tropas a Bolívar". Este es el único argumento aparentemente fuerte alegado por los argentinos, pero si se analizan los hechos se desvanece su importancia. El general San Martín, como lo hemos probado, hizo cuanto pudo por incorporar la provincia de Guayaquil al Perú, era la aspiración de todos los políticos peruanos y él no podía dejar de atenderla (48). Ante la pregunta importuna de Miller, el antiguo Protector no pudiendo decirle la verdad, salió del paso en la forma indicada. Miller en conocimiento de los hechos, como actor importante en dichos sucesos, no adoptó esa versión en sus Memorias. Este es un elemento de significación decisiva: al referir la conferencia no dice ni una sola palabra sobre el discutido asunto aun cuando su obra se publicó dos años después de la consulta. La misma observación conviene a la pregunta del general Castilla.

VI

Sobre la carta de Lafond de San Martín a Bolívar, por Tomás Diego Bernard. Prólogo de Carlos Ignacio Rivas, Rector de la Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires. Imprenta y casa Editora Coni, 1949. Es necesario ilustrar a los pueblos de la Gran Colombia sobre la propaganda que se viene haciendo en la Argentina por algunos escritores sobre la famosa leyenda inventada por el aventurero francés Lafond, según la cual en la Conferencia de Guayaquil Bolívar le negó el concurso de sus tropas al general San Martín para libertar al Perú, aun cuando éste le ofreciera servir a sus órdenes. El objeto es elevar la personalidad moral del gran prócer argentino sobre la de Bolívar y presentar la expansión argentina durante la lucha por la independencia, superior a la colombiana, cuando ésta fue más hábil y enérgica puesto que dió la independencia al Perú y aseguró la de toda la América Hispana en las jornadas de Junín y Ayacucho, después que los argentinos, derrotados en Torata y Moquehua, entregaron la plaza del Callao a los Españoles. Todo esto lo hemos estudiado en capítulos anteriores.

Los escritores argentinos no cesan de propagar su tesis en libros, folletos y artículos y con este fin se ha publicado la obra

(48) Véanse nuestros capítulos "Primero y Segundo Intento de San Martín sobre Guayaquil" en este mismo tomo, pags. 154 y 168.

del señor Bernard. Por su parte la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires, sin razones ni pruebas, ha dado un acuerdo, a manera de dogma, declarando auténtica la carta apócrifa de Lafond, y base de la historia argentina y americana, mientras nuestra Academia de la Historia, basada en estudio documentado del doctor Cristobal L. Mendoza, la ha declarado falsa y mentirosa en todas sus partes, porque no solamente lo es en la tesis, sino en las afirmaciones en que se apoya perfectamente equivocadas como lo hemos demostrado con hechos y documentos innegables. En prueba de la falsedad de la carta, además de los errores históricos, hemos presentado los ocho documentos coetáneos que la contradicen y destruyen por completo, cuatro provenientes de Bolívar y cuatro provenientes del general San Martín.

Mas los escritores argentinos no toman en cuenta estos ocho documentos ni ninguno de los errores históricos de la carta de Lafond. Aparentan ignorarlos y presentan únicamente los argumentos que el profesor Bernard denomina *pruebas indirectas a falta de prueba fundamental* en favor de su tesis según las propias palabras del profesor. En cambio él crée haber encontrado esta prueba fundamental en una carta de Mariano Balcarce, yerno del general San Martín, fechada el 8 de agosto de 1882, para el general Mitre.

Ese buen hombre sin conocimiento efectivo de la campaña del Perú, refiriéndose a algunos documentos que poseía el general San Martín, dice "que no arrojan ninguna nueva luz sobre la entrevista de Guayaquil, y retirada del Perú, cuyas causas se hallan explicadas en la carta a Bolívar (la de Lafond) y me fueron repetidas veces confirmadas en conversaciones íntimas por mi ilustre padre, quien me aseguró que no habiendo logrado la cooperación del Libertador para completar rápidamente y sin gran efusión de sangre la independencia del Perú, convencido de que *su presencia* era un obstáculo a las aspiraciones de Bolívar, y podía prolongar por mucho tiempo la guerra y la ruina del país, pues el ejército argentino-chileno se hallaba muy debilitado por las pérdidas sufridas en los campos de batalla y por las enfermedades que lo hacían muy inferior en número al de los españoles, resolvió hacer abnegación de su gloria personal y dejar que Bolívar con su numeroso ejército completase y

consolidase la emancipación del Perú, que era ya un hecho indudable y cesasen así inmediatamente los males de la guerra" (pags. 29 y 30).

¿Qué valor histórico se le puede dar a las afirmaciones formuladas 60 años después de los sucesos y basadas en hechos falsos? Tales son los contenidos en estas palabras: *"el ejército argentino-chileno se hallaba muy debilitado por las pérdidas sufridas en los campos de batalla* y por las enfermedades que lo hacían inferior en número al de los españoles". El señor Balcarce, sin tomar en cuenta las fechas, seguramente se refiere a las batallas de Torata y Moquehua, posteriores a la retirada del general San Martín, y por consecuencia posteriores a la conferencia, únicos campos de batalla donde sufrió pérdidas el ejército argentino-chileno, pues en el combate de Ica sólo había sucumbido una división peruana. Estas afirmaciones equivocadas y tardías de un anciano trascordado, no valen nada comparadas con los ocho documentos coetáneos de Bolívar y San Martín presentados en defensa de la verdad histórica. La superchería, obra exclusiva del aventurero Lafond, la dejaron correr los argentinos de la época, porque ignoraban la verdad y explicaba fácilmente la abdicación del gran prócer. Los modernos la defienden pasando por alto que envuelve un ultraje a la memoria de Bolívar, y algunos de ellos expresan que nosotros pretendemos atribuir la superchería al general San Martín. Todo lo contrario, puesto que negamos que él sea el autor de la carta, ellos sí se la atribuyen al sostener que la carta es auténtica. El general San Martín no dijo nunca que la carta en cuestión era suya.

"Lo que parece ser lo irrefutablemente cierto de esa conferencia, a través del tiempo, dice el señor Bernard, es el convenio o pacto caballeresco que allí sellaron ambos héroes de guardar estricto silencio sobre los temas tratados en la Entrevista" (pag. 12). Pero no hubo tal pacto, inventado por Mitre para dar verosimilitud a su tesis. En efecto, lo natural habría sido, de ser cierta la leyenda, que el general San Martín informara oficialmente a los gobiernos del Perú, Chile, y el Plata, con los cuales tenía grandes deberes, las causas que lo inducían a retirarse del Perú.

Para justificar la falta de esas formalidades es que se ha inventado el pacto del silencio, absurdo e improcedente dadas las

materias tratadas en la Conferencia divulgadas y bien conocidas en las relaciones dictadas por Bolívar. Pruébalo el oficio citado de 9 de setiembre de 1822 del Libertador al Gobierno del Perú y a los de Chile y Buenos Aires, publicado en El Argos de Buenos Aires el 31 de mayo de 1823. Documento precioso, suficiente por sí solo para destruir todas las afirmaciones de la carta apócrifa de Lafond. En él se revela en todos sus detalles el asunto principal que se ha querido atribuir a la Conferencia. El hecho de que Bolívar diera al público de América estas declaraciones, al trasmitirlas a los tres gobiernos, prueba que no hubo tal pacto secreto. Cuando se publicó este oficio en Buenos Aires, el general San Martín se hallaba retirado a la vida privada en Mendoza y no protestó de su contenido, ni hizo ninguna observación al respecto.

El señor Bernard presenta además en favor de la legitimidad de la carta de Lafond, las opiniones de Alberdi y Sarmiento, políticos eminentes y grandes patriotas, pero sus testimonios como ya hemos expuesto, no valen nada a pesar del prestigio de los personajes.

Es sensible que el señor Bernard use expresiones impropias de la cultura de su gran país. Según él la importancia de la carta de Lafond y "su interpretación de los hechos y de los hombres que hicieron la América independiente, movió los resortes del ataque de apócrifo que con tanta *reiteración y saña* ha venido haciéndosele últimamente" (pags. 13 y 14). Se equivoca: nosotros no atacamos, defendemos el patrimonio de gloria de la Gran Colombia de una infame calumnia, creada por un aventurero francés.

LA CARTA APOCRIFA DE LAFOND

De Chile nos ha llegado una obra histórica, sin disputa la más notable publicada en nuestra América Española en el presente siglo, y superior a la mayor parte de las dadas a la estampa en el siglo pasado. Titúlase "San Martín y sus Enigmas", en dos volúmenes, nutridos de valiosas observaciones y numerosas citas de documentos y de obras pertinentes. Su autor es don José Miguel Irarrázaval Larraín, caballero chileno de alta posición en su país, descendiente de los primeros próceres chilenos fundadores de la independencia.

La obra se distingue por la serenidad de juicios del autor, su sagacidad, riqueza de ideas y sentido histórico admirable.

Hace un análisis minucioso y completo de la personalidad moral del general San Martín, de sus grandes acciones y vastos planes políticos.

Estudia la Conferencia de Guayaquil a la luz de numerosos documentos y naturalmente respecto a la carta de 29 de agosto de 1822, atribuida al general San Martín, llega a la conclusión de nuestra tesis sobre el particular.

En lugar de hacer nosotros un relato del análisis histórico correspondiente a este debatido asunto, hemos resuelto publicar completo, con todas sus notas, el Capítulo X del segundo volúmen donde trata la cuestión en referencia.

Vicente Lecuna.

SAN MARTIN Y SUS ENIGMAS

TOMO II. CAPITULO X.

Las declaraciones de San Martín en carta a Bolívar fechada el 29 de agosto de 1822, único justificativo, según Mitre, de su abandono del Perú. El texto de ella.—¿Quién la proporcionó a

Lafond para ser publicada?—Una afirmación de Alberdi que va completándose por grados.—Oposición entre diversas declaraciones contenidas en aquella carta y otros antecedentes ciertos. —La verdadera situación de las fuerzas de los realistas y de los patriotas al retirarse San Martín.—Este consideraba en esos momentos asegurado el éxito de la campaña que dejó dispuesta. —¿Propuso San Martín a Bolívar en la conferencia de Guayaquil servir a sus órdenes?—¿Pudo presumir Bolívar durante ella que habría de pasar al Perú?—¿Era tan palmario que sería llamado él allí con sus fuerzas al ausentarse San Martín?—Instancias a San Martín, no desestimadas, y ofrecimientos suyos para regresar al Perú en 1823.—San Martín y Riva Agüero.—Reproches a San Martín por su abandono del Perú.—Lenta elaboración de la carta que publicó Lafond en 1843.—Ficciones ideadas para sostener una ficción.—"Adición": Sobre las cartas dadas a conocer por el señor Colombres Mármol en 1940.

I

Uno de los juicios más categóricos y dignos de ser retenidos de Mitre en su obra es el que se contiene en las siguientes líneas (1): "Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida sería indigno de su fama y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, "porque estaba aburrido de oir decir que quería hacerme soberano" habría cedido a un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que "la presencia de un militar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo se constituía" —repetición de lo que había dicho Bolívar antes—obró en su ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aún era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. *Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta a Bolívar*, que

(1) *Historia de San Martín*, tomo III, pags. 673 y 674.

explanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuido a extraviar el juicio de la posteridad, o fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel a la ley del silencio que se impuso, o un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros". . . .

Alude aquí Mitre a la carta de San Martín a Bolívar publicada en 1843 en la obra *Voyages autour du monde,* del capitán de la marina mercante francesa Gabriel Lafond de Lurcy, que en su juventud había visitado Chile y el Perú (2).

Dicha carta a Bolívar, que es menester transcribir completa, dice así: "Lima, 29 de agosto de 1822. Querido general: Dije a Ud. en mi última del 23 del corriente (?) que habiendo reasumido el mando supremo de esta República con el fin de separar de él al débil e inepto Torre-Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribir a Ud. con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido o que Ud. no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que Ud. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aún en el caso de que esta dificultad pudiere ser vencida, estaba Ud. seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame Ud. General, le diga, no me han parecido bien plausibles: la primera se refuta por si misma, y la segunda, estoy muy persuadido de que la menor insinuación de Ud. al Congreso, sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo cuanto se trata con la cooperación de Ud. y la del ejército de su mando, de finalizar

(2) La obra de Lafond, bajo el título de *Voyages autour du monde. Voyages dans les Amériques,* fué dada a luz en ocho volúmenes en París entre 1842 y 1845. En el tomo II (1843) p. 136 y siguientes se expone el punto de que se trata en el texto. Es de advertir que Lafond reimprimió su obra en años posteriores sin hacer referencias a la edición primitiva y a su fecha.

en la presente campaña, la lucha en que nos hallamos empeñados, y el alto honor que tanto Ud. como la República que preside, reportarían en su terminación.

"No se haga Ud. ilusión, General; las noticias que Ud. tiene de las fuerzas realistas son equivocadas, ellas montan en el alto y bajo Perú a más de 19.000 veteranos, las que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea a lo más 8.500 hombres, y de éstos una gran parte reclutas: la división del General Santa Cruz—cuyas bajas según me escribe este General no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones—en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable y nada podría emprender en la presente campaña: la sola de 1.400 colombianos que Ud. envía, será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima: por consiguiente sin el apoyo del ejército de su mando, la expedición que se prepara para intermedios no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse, si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente la lucha continuará un tiempo indefinido; digo indefinido porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males. En fin, General, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el Primer Congreso del Perú y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile convencido de que sólo mi presencia es el solo obstáculo que le impide a Ud. venir al Perú con el ejército de su mando; para mi hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un General a quien la América del Sud debe su libertad: el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

"No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que (se) establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que Ud. no podrá negarse a tan justa petición, antes de partir remitiré a Ud. una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a Ud. de utilidad su conocimiento.

"El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas; su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que Ud. le dispense toda consideración.

"Nada diré a Ud. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia: permítame Ud. General le diga que creo no era a nosotros a quienes pertenecía decidir este importante asunto; concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sud-América.

"He hablado a Ud. con franqueza, General, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

"Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a Ud. una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí a Ud. en Guayaquil: admita Ud. General esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos y los de desearle únicamente sea Ud. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor—*José de San Martín*" (3).

Lafond había entrado en comunicaciones con San Martín desde 1839. El 5 de setiembre de ese año (4) le escribió solicitándole antecedentes que le eran necesarios para completar los que reunía sobre la guerra de la independencia del Perú. Le hacía ver en su carta que las informaciones de algunos de los escritores que habían tocado el punto eran muy parciales en favor de Cochrane; que era San Martín *"el único hombre en el mundo que podía suministrarle los datos que le faltaban"*; y que confiaba en que bondadosamente, y en obsequio de su gloria, había de proporcionárselos.

---

(3) En la obra de Lafond la carta aparece en idioma francés. La traducción española que aquí se inserta es la que incluye Paz Soldán en su *Historia,* (pags. 309 y 310) y reproduce, con ligeras variantes, Mitre en los documentos de su *Historia* de S. M., (p.615 a 617).

(4) *Archivo de S.M.*, tomo IX, pag. 334.

"Parece, hace saber Mitre (5), que el general tardó algún tiempo en acceder a la solicitud de Lafond, y que al fin *se limitó a enviarle algunos documentos impresos y manuscritos, entre éstos la famosa carta citada que fue devuelta el 2 de abril de 1840 con estas palabras:* Je vous renvoie les deux documents ci-joints dont j'ai pris copie: ce sont des lettres de Noblesse pour vos enfants, qu'ils doivent garder précieusement. Je garde les imprimés". Y después de dar a conocer Mitre otros datos de la correspondencia entre Lafond y San Martín (6), incluyendo la confesión de aquél de haber recurrido a "una pequeña mentira"—la de suponer que San Martín le había dado instrucciones de recorrer algunas islas de Oceanía para destinarlas a sitio de deportación—concluye: "Todo esto muestra que el capitán Lafond estuvo en comunicación directa con San Martín quien le dispensó su confianza; *que el general le suministró no sólo los documentos inéditos que se publicaron entonces por la primera vez,* sino también sus juicios sobre Bolívar y Sucre insertos en su obra. Y que, por lo tanto estas revelaciones en vida de San Martín, dan autoridad al texto de que se trata". . . .

Se tiene así que Mitre no vacila en afirmar haber sido San Martín quien entregó al autor de los *Viajes* la carta de 29 de agosto del 22 y deduciendo esta conclusión de las informaciones del propio Lafond, por lo demás bien transparentes ya que no a otra cosa sino a su abnegación en interés de la causa americana-base de la carta a Bolívar puede referirse la frase de Lafond, "lettres de noblesse", empleada al devolverle documentos que de él recibe.

Y es de importancia hacer constar que Mitre, no de paso sino con insistencia, repite el aserto de haber el propio San Martín "comunicado" a Lafond la carta a Bolívar que éste publica. En el "Prólogo de su *Historia de San Martín*" (edición de 1890)

(5) *Historia de S.M.*, tomo III, pags. 646 y 647.

(6) En el *Archivo de S.M.*, tomo IX, pags. 335 a 344, se registran otras cartas de Lafond en que agradece a San Martín los datos que le ha proporcionado. Así las de 8 de mayo de 1840; de 29 de marzo del 41 en que le habla que quiere resplandezca la obra de San Martín a la que formula el reparo de haberla abandonado (en el Perú) "para que fuese continuada por otro"; de 24 de junio de 1843; y una sin fecha en que se refiere, a más, a gestiones suyas ante el gobierno francés para que autorizara el uso de condecoraciones americanas.

dice Mitre (p. VIII): "La primera noticia de la existencia de estos papeles (los del archivo de San Martín) fue la aparición de la famosa carta a Bolívar *comunicada por el mismo San Martín y publicada en francés por el capitán Lafond*". . . . Y en la página XIV del mismo "Prólogo" asienta que "la resolución de San Martín de guardar silencio durante su vida (sobre la conferencia de Guayaquil) fue quebrantada indirectamente sólo una vez *al comunicar la carta dirigida a Bolívar y autorizar su publicación*" (7).

Otros escritores, no obstante, partiendo de iguales antecedentes—las informaciones de Lafond—forjan ocurrencias en contradicción total con el testimonio de Mitre.

La exposición y gradaciones de sus respectivas tesis pueden servir de ejemplo para explicarse cómo van tomando cuerpo ficciones que pasarán a constituir historia.

Punto de partida en este proceso son estos conceptos de Lafond en su obra, referentes a la conferencia de Guayaquil: "Stevenson, Miller et Baralt avouent dans leurs ouvrages qu'ils ignorent les questions agitées entre les deux libérateurs de l'Amerique espagnole et qu'il ne leur a pas été donné de soulever le voile qui les couvre. J'ai été plus heureux, et j'ai pu remonter aux sources elles—mêmes. Voici *les renseiqnements que j'ai obtenus du général San Martin et de l'aide de camp de Bolivar, qui lui servit de sécretaire en cette occasión*".

Señala Lafond en seguida los puntos principales tratados en la entrevista y extendiéndose sobre la generosidad y renunciamiento de San Martín con acuerdo a las revelaciones de la carta vertida al francés inserta en su obra, formula esta declaración final acerca de ella: "Je ne ferai aucun commentaire sur cette lettre publiée aujourd'hui pour la première fois; elle suffrira pour faire apprécier le caractère noble et desinteressé et la grandeur d'âme du général San Martín", expresiones éstas que, puede observarse, resumen perfectamente la frase "lettres de noblesse", a que se ha aludido antes.

---

(7) Barros A., por su parte, afirma también en su *Historia G. de Ch.* (tomo XIII, pag. 680) que San Martín "*dió (a Lafond) una simple copia de la carta que había escrito a Bolívar* desde Lima a su regreso de Guayaquil".

Queda de manifiesto, así, que Lafond simplemente declara haber obtenido informaciones ("renseignements")—al mismo tiempo y a igual nivel que de San Martín—de un ayudante de campo de Bolívar para el relato de la entrevista de Guayaquil. Mas en modo alguno habla que dicho ayudante le hiciera entrega o le diera a conocer la carta de que se trata.

III

En septiembre de 1843, a raíz de haber salido a luz el tomo de los *Viajes* de Lafond en que se consignan tales sucesos, un joven y talentoso argentino, don Juan Bautista Alberdi, invitado por el yerno de San Martín, don Mariano Balcarce, llegaba hasta la residencia de aquél en Grand Bourg, no lejos de París. Todo contribuye a deslumbrar al visitante. Para arribar hasta ahí hace uso por vez primera en su vida del "camino de hierro". La posesión de Grand Bourg lo impresiona gratamente, tanto "el terreno cultivado con esmero y gusto exquisito", como el interior en que "todo respira orden, comodidad y buen tono". En el gabinete del general, "lleno de la sencillez y método de un filósofo, tiene el placer de tocar y ver a su gusto la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental", y de "examinar muy despacio el famoso estandarte de Pizarro que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín en remuneración de sus brillantes hechos" (8).

A poco de su visita, condensa Alberdi sus impresiones en un artículo inserto en folleto (9) publicado en 1844 en que intercala, a más, la biografía de San Martín de 1823 por Ricardo Gual y Jaen (García del Río) y otros documentos publicados por Lafond, entre ellos la carta de 29 de agosto del 22.

En el citado artículo emite Alberdi estas expresiones: "No hay ejemplo, que nosotros sepamos, de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a redacciones que

(8) *El general San Martín en 1843.* Artículo de Alberdi inserto en *Juan Bautista Alberdi. Autobiografía* (Edición de "El Ateneo", Buenos Aires, 1927) pags. 251 a 261.

(9) El folleto impreso en París llevaba por título *Biografía del General San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes,* por el doctor don Juan B. Alberdi (V. Carlos I. Salas, *Bibliografía del general José de San Martín,* tomo I, p. 126).

hubieran podido serle muy honrosas, y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas. *La adjunta carta al general Bolívar que parece formar una excepción de esta práctica constante fue cedida al señor Lafond,* editor de ella, *por el secretario del Libertador* de Colombia" (10).

Las informaciones que profusamente hiciera llegar San Martín a Miller entre 1826 y 1828 (11), con el fin de que las utilizara éste en sus *Memorias* y las que dió a Lafond para su obra, como ha quedado de manifiesto, comprueban cuan mal informado se hallaba entonces sobre estos particulares el joven Alberdi. Y la afirmación final—la de haber "cedido" a Lafond la carta a Bolívar de 29 de agosto del 22 el "secretario del Libertador de Colombia"—demuestra, o que interpretó mal Alberdi (extendiéndola a la carta en cuestión) la declaración de Lafond, bien concreta y clara no obstante, de haber obtenido del ayudante de campo de Bolívar únicamente *datos sobre la entrevista de Guayaquil,* o lo que es más probable—que recibió durante su visita a Grand Bourg, de San Martín mismo o de miembros de su familia, informaciones, no desinteresadas, así, que lo indujeron a una aseveración semejante.

Otro viajero argentino, que había de alcanzar no menor notoriedad que Alberdi, don Domingo F. Sarmiento, pasó por Grand Bourg en 1845. Allí oyó de labios de San Martín versiones sobre la entrevista de Guayaquil que utilizó ampliamente en el discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia que con el título de "San Martín y Bolívar" pronunció el 1º de julio de 1847.

El orador acoge y explaya la tesis contenida en la carta de 29 de agosto del 22 acerca del retiro de San Martín del Perú.

Sobre la carta misma enuncia estas indicaciones: "No hace dos años que el comandante Lafond, de la marina francesa, publicó en *Les Voyages autour du monde* la carta de San Martín a Bolívar que *retraza todos los puntos cuestionados allí.* Esta carta es la clave de los acontecimientos de aquella época y por

(10) *Autobiografía,* de Alberdi, citada, pag. 258.
(11) V. *Correspondencia,* pags. 67 a 116.

otra parte revela a las claras el carácter y posición de los personajes" (12). Mas, conforme puede juzgarse, no formula alusión alguna a la manera como llegara ella a manos de Lafond.

Tres años después muere San Martín, y con motivo de la publicación del general Tomás C. Mosquera en refutación a ciertas aseveraciones contenidas en la necrología publicada por un vecino de San Martín en Boulogne-sur-Mer, Mr. Gérard, hace Sarmiento esta confesión precisa e intencionada si la hay: "Como Mr. Gérard ha tomado sus ideas de mi discurso de recepción al Instituto Histórico de Francia debo decir una palabra sobre este importante hecho histórico (la entrevista de Guayaquil). *La descripción y lo sucedido en la entrevista lo obtuve de boca del mismo general San Martín. Si hay falsedad en los hechos ocurridos y en el objeto de la entrevista, es lo que ha querido acreditar uno de los actores en aquel grandioso drama. Estoy muy distante y lo estaba entonces de poner entera fe en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la Independencia Americana.* Cada uno de los hombres públicos que han figurado entonces *tiene que rehacer alguna página de su historia,* y el trabajo más ingrato de la generación que le sucede es el de restablecer los hechos y la verdad en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes. Fuí, creo, el primer americano que arrojó alguna luz sobre aquella entrevista misteriosa, de donde salió el desenlace de la lucha, pero escribiendo al lado de San Martín y respetando sus canas y sus últimos días, debí abstenerme de toda crítica extemporánea, sin que esta reserva perjudicase al éxito de un discurso puramente académico" (13).

Mitre, que no ha desconocido ciertamente el folleto de Alberdi y la declaración ahí contenida sobre el modo como llegó a manos de Lafond la carta de San Martín a Bolívar, hace caso omiso de este dato y se empeña, al contrario, como se ha demostrado, en

(12) V. recopilación de artículos de Sarmiento sobre San Martín, publicados bajo el título de *Vida de San Martín,* con prólogo de Enrique Espinoza (edición de "Claridad", Buenos Aires, 1939). El discurso a que se hace referencia en el texto aparece publicado en pags. 61 a 102 y la citación en pag. 91.

(13) *Vida de San Martín,* citada en nota anterior, donde se transcribe (pags. 103 a 105) el artículo de Sarmiento titulado *"Bolívar y San Martín",* publicado en la revista *Sud-América* en 1851. (V. Salas, *Bibliografía de San Martín,* tomo IV, pag. 160).

afirmar haber sido el propio San Martín quien proporcionara a aquel autor la carta de 29 de agosto, y tal vez las cautelosas explicaciones de Sarmiento no sean ajenas a este proceder de Mitre.

Mas pasa el tiempo, y para contrarrestar la duda que empieza a apuntar, y nacida acaso también de la misma fuente, acerca de la autenticidad de aquella carta, nada mejor que acogerse al distante relato de Alberdi que tenía el mérito de hacer intervenir en su "cesión" a un indeterminado "secretario del Libertador de Colombia". A él acude don José Pacífico Otero en su *Historia del Libertador don José de San Martín* al reprochar a Mitre (14) "no parar mientes en lo que en 1844 escribía en forma concluyente y categórica el publicista Alberdi". Pero en cuanto a la persona misma del "secretario" colombiano que proporcionara informes, o cediera la carta a Lafond, cautamente opina Otero que "lo fue el capitán José Gabriel Pérez . . . si no lo fue el coronel Tomás Mosquera".

El espíritu nacionalista no podía darse por satisfecho con esta forma dubitativa empleada al referirse al incógnito secretario de Bolívar. Y estaba reservada la fijación definitiva de ese nombre al "Miembro de número fundador del Instituto Sanmartiniano", capitán de fragata (r) don Jacinto R. Yaben, quien asienta en la obra *Efemérides Sanmartinianas* (15), y después de transcribir la declaración de Alberdi tantas veces citada: "Es decir, que el ayudante de campo de Bolívar y secretario privado de éste,

(14) Tomo III (Buenos Aires, 1932) pags. 724 y 725.

(15) Volumen 6° de la "Biblioteca del Instituto Sanmartiniano" (Buenos Aires, 1944), pag. 184. Es justo reconocer que ya la especie de ser don Tomás Mosquera la persona que había facilitado a Lafond la carta de San Martín a Bolívar se había abierto camino. Así en el trabajo *Epistolario entre los libertadores San Martín y Bolívar*, publicado en 1941 por los señones Teodoro Caillet-Bois e Ismael Bucich Escobar, se afirma (pag. 39): "La presente carta (la de 29 de agosto de 1822) que San Martín, *fiel al compromiso contraído con Bolívar* (¿dónde consta tal compromiso?) nunca dió a la publicidad, se conoció recién en 1843 con el libro *Voyages autour du monde* de Lafond de Lurcy, a quien facilitó copia el general Tomás Cipriano Mosquera, ayudante de campo de Bolívar en Guayaquil—*afirmación de J. B. Alberdi en "El General San Martín en 1843"*. (Ya se ha transcrito en el texto el párrafo de Alberdi, *quien no nombra a Mosquera,* sino que habla del "secretario del Libertador de Colombia", lo que, como se ha expuesto también, motiva la duda del propio Otero).

general Tomás Cipriano Mosquera—*según lo afirma el último en un artículo publicado en el diario "La Crónica" de Nueva York en abril de 1851*—fue quien entregó a Lafond la célebre carta; de modo que ésta en ninguna forma fue proporcionada por San Martín al famoso publicista francés."

Al estampar su aserto este autor, olvida sin embargo que el documento en que lo basa, o sea el artículo publicado en Nueva York en abril de 1851 por don Tomás C. Mosquera, está al alcance de todos por haber sido reproducido en revistas y libros, entre otros en la obra de don Jerónimo Espejo, *Entrevista de Guayaquil* (16). Y que en vano quien lo lea procurará encontrar ahí el menor rastro de la declaración que se atribuye al general Mosquera. Por el contrario, podrá imponerse de que éste desconocía antes de verla publicada por Lafond tal carta de San Martín a Bolívar y que aún pone en duda la exactitud de las frases de ella citadas por Mr. Gérard (17).

IV

La carta de que se ha estado tratando es "la clave de los acontecimientos" de la época de la entrevista de Guayaquil, según expresa Sarmiento (18). Constituye, al decir de Mitre, el "testamento político" de San Martín (19). Es, en fin, un "documento capital", conforme lo afirma Barros A. (20), y que, por lo tanto, es menester considerar con la mayor atención.

En síntesis aparece declarando San Martín el 29 de agosto de 1822: 1°) que, atendida la inferioridad de sus fuerzas en el Perú (8.500 hombres, "en gran parte reclutas") ante las de los realistas

(16) Pags. 127 a 143.

(17) Mosquera dice en su artículo (pag. 141 de la obra de Espejo citada): *"Suponiendo exactas las frases que copia el articulista (Mr. Gérard) de una carta de San Martín a Bolívar,* qué descubrimos en ellas?" . . . Conviene agregar, para evitar confusiones, que el señor Mosquera publicó, a más del artículo de 1851, otro en 1862 en "El Colombiano" (V. Ernesto de La Cruz, *La Entrevista de Guayaquil,* Santiago, 1914, pag. 17). En él afirma haberse hallado presente en algún momento en la conferencia entre Bolívar y San Martín, motivando su aserto una rectificación de don Rufino Guido en carta a "La Nación" de Buenos Aires que figura sin fecha en *Archivo de S.M.,* tomo VII, pag. 438.

(18) *Vida de San Martín,* citada, pag. 91.

(19) *Historia de S.M.,* tomo III, pag. 644.

(20) *Historia G. de Ch.,* tomo XIII, pag. 679.

("19.000 veteranos"), sin el apoyo de todas las de Bolívar (no sólo de una división) "la lucha se prolongaría por un tiempo indefinido"; y 2°) que habiendo rehusado Bolívar el ofrecimiento que le hiciera en Guayaquil, de servir bajo sus órdenes en el Perú, y comprendiendo ser su presencia el solo obstáculo que impedía a aquél pasar ahí con su ejército, había resuelto sacrificarse saliendo él del Perú, con lo que estaba cierto sería de inmediato llamado Bolívar con sus fuerzas.

Ahora bien, no pocas declaraciones de la carta que se analiza no sólo se hallan en oposición completa con antecedentes notoriamente ciertos, sino que se prestarían a interpretar como consciente falacia reiteradas seguridades de orden militar dadas por San Martín. Y de este modo, es preferible, en obsequio suyo, aceptar sea tal instrumento el fruto de una de aquellas impulsiones, si poco encomiables, comprensibles, que inducirían a los hombres de representación a "rehacer algunas páginas de su historia", conforme al pensamiento ya señalado de Sarmiento.

V

Algunas de las incontrastables oposiciones a que se ha aludido pueden ser fácilmente establecidas.

Afirma San Martín en la carta del 29 de agosto del 22 que "las fuerzas realistas montaban en el alto y bajo Perú a más de 19.000 veteranos".

La verdad era que ellas ascendían a 9.000 hombres aproximadamente.

Paz Soldán inserta en su obra (pag. 435) un prolijo "Estado de la fuerza que a nombre del Rey oprime al Perú desde Cangallo hasta Tupiza con la parte de costa y valles correspondientes", el que arroja un total de 9.530 hombres. Y confirmando esta cifra, da a conocer (21) que "según datos suministrados por personas que habían recorrido los diferentes campamentos, el ejército del Virrey no pasaba (en setiembre del 22) de 9.530 hombres, aunque la mayor parte de tropa europea veterana y mandada por jefes tan inteligentes como valientes".

Y el Ministro de la Guerra del Perú en esos días, don Tomás

(21) Paz S., pag. 328.

Guido, no escatima su admiración ante el hecho de que La Serna sostuviere con éxito la guerra "con menos de nueve mil soldados y con poco más de mil europeos sobre un campo de seiscientas leguas" (22).

Y en cuanto a las fuerzas de los patriotas, al mismo tiempo que declaraba San Martín en la carta que se analiza que ascendían sólo a 8.500 hombres y de ellos "una gran parte reclutas", había comunicado a O'Higgins cuatro días antes, el 25 de agosto (23), que "el total del ejército (de los patriotas) se componía en el día de *más de once mil veteranos*". Y a Luzuriaga, a principios de septiembre (24), le confirmaba San Martín: "Dejo en sólo la capital 11.000 veteranos en el mejor estado".

Y Paz Soldán que intercala en su obra diversos estados de estas fuerzas, afirma: "De suerte que a principios de septiembre (de 1822) tenían los patriotas del Perú un ejército de 10.647 hombres disciplinados y más de 22.000 de milicias organizadas" (25).

VI

Contra lo que aparece insinuando San Martín a Bolívar en la carta del 29 de agosto acerca del probable mal resultado de la lucha en la frase que empieza: "no se haga ilusión, general", las comunicaciones inobjetables del mismo por esos días lo muestran seguro del feliz desenlace.

A O'Higgins le expresa en la comunicación del 25, ya citada: "El éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y Arenales se va a emprender no *deja la menor duda de su éxito*". Y a Luzuriaga, también en la carta antes señalada, le asevera: "*Este país (Perú) queda completamente en seguridad.* . . . Rudecindo saldrá pronto con una expedición de 4.500 hombres escogidos para intermedios, interín Arenales los desaloja de la Sierra. *Si, como creo, hay actividad y juicio en las operaciones, en este año no quedan enemigos en el Perú*". . . .

(22) Carta de Guido desde Chorrillos, de 22 de abril de 1823, dirigida a don Juan Manuel de Luca, inserta en la obra *San Martín y la gran epopeya* (edición "El Ateneo", Buenos Aires, 1928, pag. 257).

(23) *Archivo de S.M.*, tomo V, pag. 517.

(24) *Archivo de S.M.*, tomo X, pag. 351.

(25) Paz S. pag. 328.

Al jefe mismo por él elegido, Alvarado, le infunde su propia confianza. "*Voy a embarcarme, le dice, Ud. queda para concluir la gran obra.* ¡Cuánto suavizará Ud. el resto de mis días y el de las generaciones, *si Ud. la finaliza, como estoy seguro, con felicidad!*" (26).

Y en excepcionales circunstancias, al dar por terminada su vida política en el Perú, el 20 de septiembre del 22, asegura con énfasis al Congreso: "*La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia* de unos pueblos que quieren ser libres y que tienen medios para serlo. *Un ejército numeroso* bajo la dirección de jefes aguerridos está dispuesto a marchar dentro de pocos días *a terminar para siempre la guerra*" (27).

Con escasa anterioridad, el 10 de septiembre, en una última comunicación dirigida al virrey, había formulado estas afirmaciones tan perentorias que habrían de considerarse simples fanfarronadas al no abonarlas el convencimiento suyo de su exactitud. "*Mi situación ventajosa con respecto al ejército real es tan manifiesta como débil la de V. E. Sobre un número mayor de tropa perfectamente disciplinada* y entusiasmada por su libertad yo cuento con todos los habitantes libres del Perú" etc. "*A V. E. no le es dable contrarrestar con un puñado de hombres* adscritos a ideas singulares *el poder inmenso que le amenaza*". . . .(28).

Y parece acertado juicio sobre el particular de que se trata que si hubiera abrigado San Martín la idea de la debilidad de sus propias fuerzas, emitida en la carta divulgada por Lafond, la lógica más elemental le prescribía impartir como instrucción única a Alvarado el no emprender ofensiva alguna sino aguardar la llegada de las fuerzas de Bolívar, cuya pasada al Perú inmediatamente después de su salida descontaba en tal carta San Martín. Y que el hecho de precipitar al contrario a Alvarado a una campaña, constituye uno de los argumentos más concluyentes en contra de la legitimidad de aquel documento.

Y ha de considerarse todavía que las seguridades que dió San Martín al Congreso peruano el 20 de septiembre—y que habría estado bien alejado de abrigar según las aseveraciones

(26) Carta inserta en Paz S., pag. 347.
(27) *Archivo de S.M.*, tomo X, pag. 356.
(28) Comunicación transcrita en Paz S., pag. 344.

de la carta del 29 de agosto—, influyeron positivamente en el rechazo formulado, como ha de verse, el 25 de octubre por la Junta de Gobierno, de los nuevos e importantes refuerzos que Bolívar le brindaba por esos días.

VII

La proposición que habría hecho San Martín a Bolívar durante la conferencia de Guayaquil de servir bajo sus órdenes en el Perú, disconforme por lo demás con la índole de aquél, se halla en explícita contradicción con las revelaciones que en 1825 hace a un amigo de su predilección, el peruano don Juan Manuel Iturregui. "En Guayaquil, le confiesa San Martín (29), *había encontrado* (en Bolívar) *las mejores disposiciones para unir sus fuerzas a las del Perú* contra el enemigo común, pero al mismo tiempo le había dejado ver muy claramente un plan ya formado y decidido de *pasar personalmente al Perú y de intervenir en jefe tanto* en la dirección de la guerra como en la de su política. *Que no permitiéndole su honor asentir a la realización de este plan,* era visto que de su permanencia en el Perú debía haber resultado un choque con el general Bolívar, cuya capacidad militar y recursos para terminar pronto la guerra eran incontestables". . . .

Al abrir en la noche de su partida del Perú su pecho a Guido sobre Bolívar y los planes que le atribuye de querer desplazarlo, como también al señalar en 1827—en vida aún de Bolívar—en las notas que redacta para Miller la actitud de aquél en la conferencia, no hace alusión alguna San Martín al ofrecimiento suyo de ponerse a las órdenes de Bolívar que tanto lo habría enaltecido.

La postura arrogante con relación al mismo que exhibe ante Manuel Antonio Pueyrredón en 1829 no se concilia tampoco con la tesis de haber estado dispuesto a servir a sus órdenes, de lo que, a más, igualmente nada habla en la ocasión. "Cuando Bolívar fue al Perú, confiésale San Martín a Pueyrredón (30), yo tenía ocho mil hombres, *podía sostenerme, arrojarle;* pero era pre-

(29) Comunicación de Iturregui a Vicuña M., inserta en el trabajo citado de éste, *El General don José de San Martín,* pag. 110.

(30) *Escritos históricos del coronel Manuel A. Pueyrredón,* edición citada, pag. 238.

ciso dar el escándalo de una guerra civil entre dos hombres que trabajaban por la misma causa y preferí renunciar el mando. Al cabo, al cabo, Bolívar quería lo mismo que yo".

Y sobre este punto no puede dejar de consignarse que el general Tomás C. de Mosquera, en el artículo publicado en Nueva York el 1º de abril de 1851—a que se ha hecho anterior referencia—informa que durante la entrevista de Guayaquil, desarrollando San Martín el plan monárquico que proponía a Bolívar, le expresó que "juntos podrían llevarlo a cabo y que él, San Martín, se pondría a sus órdenes con el ejército que mandaba". Todo parece dejar ver que Mosquera introduce en su relato esta declaración, así como la que en seguida se expone, impresionado por las afirmaciones tan terminantes de Mr. de Gérard que decía todavía apoyarse en una carta de San Martín a Bolívar—la carta de Lafond—desconocida hasta el momento por Mosquera. Y autoriza esta conjetura la nueva declaración de éste, de haber preguntado San Martín a Bolívar: "¿Podría ir a tomar el mando militar en el Perú?", a lo que Bolívar habría contestado que "tendría mucho gusto en hacerlo", añadiendo Mosquera el comentario—que era a lo que quería llegar de que si Bolívar pasaba al Perú debía ser San Martín quien se pusiese a sus órdenes porque Bolívar "era superior a él" (31).

Mas lo cierto sobre el particular es que Mosquera—y así lo acredita Rufino Guido en la oportunidad antes expresada—no estuvo presente en las conversaciones entre Bolívar y San Martín.

VIII

¿Pudo San Martín, como afirma en la carta de 29 de agosto, convencerse en Guayaquil de que su presencia en el Perú era el "solo obstáculo" que impedía a Bolívar pasar al Perú con el ejército de su mando, por lo que decidió retirarse? ¿Y, asimismo, que no bien se ausentara él—San Martín—"reclamaría (el gobierno peruano) la activa cooperación de Colombia" y de Bolívar en la guerra, circunstancia por la que ofrece remitirle para su conocimiento una nota sobre la conducta militar y privada de los jefes al servicio suyo en el Perú?

La verdad es que Bolívar, durante la conferencia de Guaya-

(31) *Entrevista de Guayaquil, de Espejo,* pags. 137, 139 y 142.

quil, no pudo dudar—y basado en las mismas declaraciones de San Martín durante ella—de que éste contaba con medios eficientes para triunfar en el Perú (32) y que solo necesitaba continuar disponiendo del Numancia, como estaba acordado, y de los "1.500 o dos mil bravos colombianos", pedidos el 24 de junio (33) "para terminar la guerra de América" y que por lo demás en los días de la entrevista estaban embarcándose en número de 1.800 para seguir al Perú (34).

Desde antes de la entrevista, tan convencido se hallaba Bolívar de que la guerra estaba por concluirse en el Perú que el ofrecimiento de auxilio que hace a San Martín el 17 de junio desde Quito lo condicionó en este modo: *"si para cuando llegue a manos de V. E. este despacho ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación"* (35). Y ha de tenerse presente que desde marzo le estaba anunciando tal evento San Martín (36).

Ni por un instante hubo, así, en la Conferencia, de ponerse Bolívar en el caso de tener que pasar al Perú. Y se advierte tan espontánea sinceridad al describir su situación del momento en su carta particular a Santander, escrita al siguiente día de la par-

(32) Mitre asienta en su obra (y esto a pesar de dar por cierta la carta de 29 de agosto y las declaraciones en contrario de San Martín ahí contenidas) que "la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse *por sí* al tiempo de su retirada no era ilusoria". . . . (*Historia de S.M.*, tomo IV, pag. 30). Y antes había dejado constancia del hecho de "la retirada (de San Martín del Perú) en medio de la plenitud del poder y *con medios suficientes para llevar adelante su obra*". (Id., tomo III, pag. 673).

(33) Paz S. pag. 301. Esta solicitación de San Martín la hizo, conforme lo señala Paz S., dos días después de conocer en Lima el triunfo de Pichincha. Al ofrecimiento de sus fuerzas hecho por Bolívar después de entrar a Quito, el 17 de junio, dió respuesta San Martín el 13 de julio (Paz S. pag. 302), o sea, el día antes de salir para Guayaquil, no habiendo podido llegar ella así a manos de Bolívar, sino al mismo tiempo que arribaba San Martín a Guayaquil.

(34) Carta del secretario de Bolívar a Sucre del 29 de julio de 1822. (*Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 101, pag. 67).

(35) Paz S., pag. 301.

(36) En oficio del 12 de marzo del 22 San Martín dice a Bolívar: "La necesidad que por ahora tengo del bravo batallón Numancia *para la campaña que está próxima a abrirse*", etc. (*Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 100, pag. 495).

tida de San Martín desde Guayaquil, que no puede dejar de estimarse ese desahogo sino como el reflejo exacto de su pensamiento. "Gracias a Dios, le confía (37), que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes", entre ellas, "la amistad de San Martín para Colombia y salir del ejército aliado (la división de Santa Cruz y la auxiliar colombiana) que va a darnos en el Perú gloria y gratitud por aquella parte. . . . Ya no me falta más, mi querido amigo, si no es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo para que nadie me lo pueda robar; quiero decir que *ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios que no quiero más:* es por la primera vez *que no tengo nada que desear y* que estoy contento con la fortuna".

Se ve cuán alejados tenía en esos momentos Bolívar su mente y sus deseos de una posible traslación al Perú.

A poco de la entrevista, sin embargo, "noticias" que recibe (38) acerca de la situación efectiva del ejército de Lima y reflexiones propias sobre el plan de San Martín de dividir sus fuerzas en la campaña ya inminente, lo alarman.

Hay que considerar que Bolívar estimaba entonces en 3.000 hombres las fuerzas colombianas en territorio del Perú. "Lleva (San Martín), le expone al Vicepresidente de Colombia, Santander, en la carta citada (39), 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos has costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzo por lo menos" (contando sin duda el Numancia, compuesto en su mayoría de colombianos también).

La suerte de esas tropas no podía serle indiferente ni menos tampoco la que podía correr Colombia al triunfar los realistas en el vecino virreinato.

---

(37) Carta de 29 de julio. (*Boletín de Acad. de la Hist. Caracas*, N° 101, pag. 69).

(38) Estas "noticias" pueden provenir de informaciones dadas en Guayaquil por personas del círculo de San Martín a algunos de los subalternos de Bolívar y transmitidas a éste a poco de la entrevista. En todo caso, el coronel Heres (el antiguo jefe del Numancia) se las dió positivas, como ha de verse, en el mes siguiente.

(39) *Boletín*, N° 101, citado, pag. 68.

Múltiples documentos dejan traslucir sus inquietudes de esos días. Así, el 3 de agosto ya, informa a Santander desde Guayaquil (40): "Mucho se necesita mi permanencia en este país por algún tiempo, tanto por lo que hace a la política interna y externa como *por esperar los resultados de la próxima campaña del Perú.* A este propósito digo a Ud. que creo de necesidad se nos manden por el Istmo dos mil fusiles y doscientos o trescientos quintales de plomo para armar un ejército en caso que el enemigo triunfe de San Martín, lo que, *según todas las noticias, puede muy bien suceder*".

El 9 de septiembre, *antes por lo tanto de la salida de San Martín del Perú,* en oficio firmado por su secretario en su nombre, se dirige Bolívar desde Cuenca al Ministro de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú en estos textuales términos que bastarían por sí solos a echar por tierra todo el contenido de la carta de San Martín de 29 de agosto: "S.E. el Libertador me manda dirigir a V.S.I. la presente comunicación que por su importancia es remitida por un extraordinario, a fin de alcanzar, si es posible, las ventajas que S.E. se propone.

"*Aunque S.S. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú,* el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas, *que quizás no son enteramente fundadas pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S.E.*

"S.E. el Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los Gobiernos del Perú y Chile y aún al del Río de la Plata y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú.

"*S.E. se propone, en primer lugar, mandar al Perú 4.000 hombres más* de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, *siempre que el Gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo,* el que no marcha inmediatamente porque no estaba preparado, *y porque tampoco se ha pedido por parte de S.E. el Protector.* Si el Go-

(40) Carta inserta en Lecuna. *Cartas Apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil,* citada, pag. 99.

bierno del Perú determina recibir los 4.000 hombres de Colombia, espera el Libertador que vengan transportes y víveres para llevarlos, anticipando el aviso para que todos los cuerpos se encuentren en Guayaquil oportunamente" (41).

El 13 de igual mes da a conocer Bolívar a Santander los fundamentos de sus temores. "Después de mi llegada a esta ciudad (Cuenca) (42), se han multiplicado mis cuidados respecto al Perú por los informes que me ha dado el coronel Heres, a quien creo, que los realistas del Perú saben maniobrar perfectamente y que triunfarán si se baten en campo raso con los independientes. Asegura que la actividad de los godos es infinita, y la corrupción de los nuestros también es infinita, que la indisciplina, la falta de entusiasmo, falta de sistema, y en una palabra falta de cabeza de los independientes, contrasta con las cualidades que tienen los realistas. En fin, amigo, este hombre que no es tonto, me ha llenado la cabeza de inquietudes y el corazón de amargura. Bien puede ser que exagere algo, más yo me inclino a creer que tiene demasiada razón para juzgar como juzga y yo para temer como temo".

Si hubiera aceptado el Perú los importantes refuerzos que le ofrecía, no los habría conducido Bolívar sino Sucre, como parece desprenderse de la carta que a éste dirige desde Cuenca también, el 27 de septiembre, fecha en que ignoraba por cierto Bolívar la salida de San Martín del Perú (43). El general San Martín, le descubre, me añadió en Guayaquil que además de aquella expedición (sobre intermedios) debía ejecutar un movimiento de frente sobre el enemigo. Dios sabe lo que será de todo

---

(41) Oficio inserto en la obra *Cartas apócrifas sobre la conferencia de Guayaquil*, citada, pags. 30 y 31. Comunicaciones de igual tenor fueron enviadas a Chile y a las Provincias Unidas, *siendo publicada la dirigida a estas últimas en el periódico "El Argos" de Buenos Aires el 31 de mayo de 1823* (obra citada pags. 29 y 31). En el resto del oficio del 9 de septiembre precisa Bolívar su juicio de que no debe emprenderse campaña alguna hasta la llegada de los refuerzos que ofrece; propone medidas para el caso de derrota; y encarece la necesidad de solicitar la ayuda de Chile y del Río de la Plata.

(42) Lecuna. *Cartas del Libertador*, tomo III, pag. 84. (Citación en *Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 101, pag. 33).

(43) Carta inserta en el *Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*. N° 102, pags. 109 y 110.

esto y Dios quiera que no haya una desgracia como yo la estoy temiendo, porque entonces tendré que tomar cuantas medidas me dicte la necesidad y el peligro. *Yo he ofrecido 4.000 hombres más al Perú para que aseguren su suerte,* por consiguiente necesitamos de 2.000 reclutas para completarlos y para tomarlos necesitamos de una súbita y general sorpresa. Piense Ud. desde ahora cómo hemos de ejecutar esta operación en el acto que reciba la respuesta del Perú y vaya Ud. además haciendo los vestidos y el equipo que se pueda".

Sólo al conocer Bolívar el retiro de San Martín del Perú se pone en el caso de tener que trasladarse en persona, estimulado en especial por las desastrosas informaciones que sobre el nuevo gobierno y el desconcierto en el ejército le hace llegar desde Lima el jefe de la división colombiana, Paz del Castillo.

De esta suerte escribe a Santander, siempre desde Cuenca, el 29 de octubre, enviando copia a Sucre de su carta (44): "Aseguro a Ud. que la correspondencia de Lima ha multiplicado mis cuidados y mi responsabilidad que es lo peor. *Había pensado ir a Bogotá* por ceder a las instancias de Ud. y porque conocía la razón para ello; *pero he cambiado de resolución y ya no pienso más que levantar 4.000 hombres para mandarlos o llevarlos al Perú.* Digo llevarlos porque no sé a quien confiárselos en un país muy difícil y muy enredado, que no tiene que comer y es carísimo, que no tiene agua y está helado, que no tiene Gobierno y todos mandan. En fin, contra un enemigo que parece temible y que probablemente cambie la suerte de la América si no se le opone una resistencia victoriosa".

No es posible evidenciar con más claridad que no abrigó Bolívar intento alguno de pasar al Perú en los momentos de entrevistarse con San Martín y mientras éste permaneció en suelo peruano.

Y es lo cierto también que, contrariando asimismo en este punto la tesis de la carta del 29 de agosto publicada por Lafond, no solicitó el gobierno del Perú, a la salida de San Martín, la cooperación de Bolívar y de Colombia. Lejos de eso. La Junta que sucedió al Protector en el gobierno de ese país ni siquiera

(44) Carta en *Boletín,* citado, N° 102, pag. 112.

aceptó el ofrecimiento de soldados que le hacía Bolívar, dando a saber a éste que tenía necesidad de fusiles tan sólo (45).

Y más aún. Por diferencias entre el jefe de la división auxiliar colombiana y las autoridades del Perú, y no subsanadas por éstas, se devolvió dicha división a Guayaquil en la primera quincena de enero de 1823 con el beneplácito de Bolívar que quería sustraerla a la catástrofe que presentía (46).

A pesar de los legítimos deseos de Bolívar de intervenir en esas circunstancias en la conducción de la guerra contra los jefes realistas, "no por amor al Perú sino por asegurar la independencia de su idolatrada Colombia" como lo reconoce Paz Soldán (47); sólo después de las derrotas de Alvarado en Torata y Moquehua (19 y 21 de enero del 23) las miradas de algunos dirigentes peruanos empezaron a volverse hacia él.

Riva Agüero, que desde marzo había reemplazado a la Junta en el gobierno del Perú, solicita auxilios de Bolívar, quien los envía nombrando a más representante de Colombia en Perú a Sucre, que llega a Lima en mayo de tal año.

Y el Congreso Constituyente, el 14 de este mes, aprueba un acuerdo en que se deja constancia que "los votos del Perú son uniformes y los más ardientes porque tenga el más pronto efecto la invitación" para la venida al territorio del Libertador Presidente de Colombia (48).

De este modo Bolívar, retenido por las sediciones de Pasto y no habiéndole sido otorgado sino el 4 de junio el permiso constitucional para ausentarse de Colombia, vino a pasar al Perú más de un año después de la conferencia de Guayaquil, desembarcando en el Callao el 1º de septiembre de 1823.

---

(45) "En la creencia del seguro triunfo de Alvarado no se dudó (por la Junta) en contestar al Libertador (el 25 de octubre) que de pronto sólo se necesitaban fusiles cuyo precio se pagaría" (Paz S., 2º período, tomo I (Ayacucho), pags. 113 y 114).

(46) Carta de Bolívar a Alvarado de 18 de marzo de 1823 (inserta en *Archivo de S.M.*, tomo VIII, pags. 150 y 151) en que Bolívar le declara haber mandado retirar las tropas colombianas "porque las creía perdidas en esa capital" (Lima).

(47) Paz S., 2º período, tomo I (Ayacucho), pag. 114.

(48) Acuerdo inserto en *Entrevista de Guayaquil*, de Espejo, pag. 177.

IX

Y al respecto ha de observarse que ante San Martín también se hicieron valer instancias para decidirlo a regresar al Perú. No rechazadas por él, constituyen una prueba más en contra de las declaraciones de la carta dada a luz por Lafond, ya que la renuncia de San Martín a su obra en el Perú para dejar el campo libre a Bolívar, ahí invocada, está en contradicción con los designios que abrigó de volver allí.

Diversos particulares, adictos a San Martín o interesados en su regreso, se lo pedían desde Lima con encarecimiento (49). Y que estuvo a punto de acceder a sus solicitaciones lo dió a conocer a un amigo de Chile, a quien impuso en reserva desde Mendoza "que pensaba presentarse en el Perú" (50).

Aun espontáneamente ofreció hacerlo "después de la desgracia de Moquegua" a la Junta de Gobierno y a Riva Agüero que sucedió a ella, como lo declara en carta a éste de 23 de octubre del 23 (51).

Y en confirmación de estos ofrecimientos, Riva Agüero puso en conocimiento y dió a conocer a Sucre en mayo de ese año que "había una carta del general San Martín en que decía que no

(49) V. *Archivo de S.M.*, tomo VIII, pags. 155 a 166 y 171. La Junta de Gobierno que sucedió en Chile a O'Higgins instó a San Martín, después del "terrible contraste de Moquehua", no a regresar al Perú desde Mendoza donde se encontraba, sino a que se pusiera al frente de una expedición para atacar al virreinato por el Alto Perú, apremiando también a los diversos gobiernos de las Provincias Unidas para organizarlas sin demora. (*Archivo de S.M.*, tomo VIII, pags. 166 a 169).

(50) A don Felipe Santiago del Solar. Carta de éste a O'Higgins de 20 de octubre del 23. (Citación de Vicuña M., *El General San Martín*, pag. 111).

(51) *Correspondencia*, pag. 321. San Martín expresa en la ocasión haber ofrecido sus servicios a la Junta (que terminó a fines de febrero del 23) y a Riva Agüero (que le sucedió en esa fecha), pero sin dirigir él la guerra, o sea, "con la precisa circunstancia de estar bajo las órdenes de otro general" -así, indeterminadamente- lo que también arguye en contra de la carta publicada por Lafond, en donde el ofrecimiento a Bolívar aparece basado sólo en la consideración de facilitar de este modo el envío al Perú de las fuerzas de que él disponía.

podía permanecer en la vida privada e induciendo a sus amigos a que lo llamasen" (52).

Hasta después de encontrarse ya Bolívar en suelo peruano, llamado por sus autoridades, se declara San Martín dispuesto a pasar al Perú. En noviembre del 23 en efecto, a varios jefes peruanos partidarios de Riva Agüero y que, impulsados por él clamaban por la vuelta de San Martín, les manifiesta, por intermedio del último, después de exhortarlos a reconocer la autoridad del Congreso: "He dicho mi opinión: . . . . *Si ella es aceptada por ustedes estoy pronto a sacrificar mi vida privada.* Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del Congreso, *pues la espero para decidir de mi destino*" (53).

Y en relación precisamente con estas gestiones ante San Martín es bien digna de ser considerada una insidencia singular.

Es el caso que Riva Agüero, en plena lucha con el Congreso peruano, escribió a San Martín desde Trujillo el 22 de agosto del 23 una carta de cuyo contenido instruye mejor que nada la respuesta de San Martín fechada el 23 de octubre en Mendoza. "Hace dos días, empieza su carta San Martín sin otro encabezamiento, he recibido por extraordinario su comunicación del 22 de agosto datada en Trujillo con inclusión de los papeles públicos hasta el 25. En ella me invita a que sin pérdida de momentos me ponga en marcha a unirme a Ud., asegurándome es llegado el caso de cumplir mi oferta de prestar mis servicios al Perú. . . . Al ponerme usted semejante comunicación sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la libertad del país que usted, sí, que usted sólo ha hecho desgraciado". Y después de recordarle haber ofrecido sus servi-

(52) Carta de Sucre a Bolívar de 27 de mayo del 23, inserta en *Cartas de Sucre al Libertador* (Biblioteca Ayacucho, Madrid, 1919), tomo I, pag. 37. Sucre deja constancia en esa carta de haber correspondido a la franqueza de Riva Agüero haciéndole presente que "nada sería más desagradable para los colombianos que el general San Martín fuera nunca el *Jefe del Gobierno del Perú* puesto que este señor, sin saber Colombia cómo ni por qué, le declaró una vez la guerra" (confirmado este aserto el relato del historiador Restrepo, de que se ha hecho mención, de haber San Martín solicitado el parecer del Consejo de Estado del Perú para declarar la guerra a Bolívar a causa del propósito manifestado por éste de anexar Guayaquil a Colombia).

(53) V. *Correspondencia*, pags. 317 a 319.

cios a la Junta y a él mismo, continúa: "Pero, ¿cómo ha podido usted persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín, *a los que usted no se ha dignado contestar,* fueran jamás dirigidos a un particular y mucho menos a su despreciable persona? ¡Es inconcebible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable en una guerra civil! ¡Malvado! ¿Sabe usted si ésta se ha teñido jamás en sangre americana? Y me invita a ello al mismo tiempo que en la gaceta que me incluye proscribe al Congreso y lo declara traidor". Y se refiere en seguida a las intrigas de que acusa a Riva Agüero "para desacreditar por medio de la prensa y sus despreciables secuaces los ejércitos aliados y a un general de quien—tal le dice—usted no ha recibido sino beneficios y que siempre será responsable al Perú de no haber hecho desaparecer a un malvado cargado de crímenes como usted. Dice usted que iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Huaraz. Y ¿habrá un solo oficial capaz de servir contra su patria y más que todo, a las órdenes de un canalla como usted? ¡Imposible! Escribo al coronel Urdininea, pero es haciéndole un fiel retrato de la negra alma que usted alberga. . . . ¡Eh!, basta, un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado" (54).

Antes del mes desde que le enderezara tales invectivas, envía no obstante San Martín otra carta al mismo Riva Agüero en términos del todo amistosos esta vez para aceptar, en las condiciones ya indicadas, el llamado de los jefes antes señalados hecho *"de acuerdo con las órdenes de Riva Agüero inclusas en las comunicaciones"* que personalmente llevó a San Martín el encargado de ir en su busca (55).

En la respuesta de San Martín, de fecha 20 de noviembre del 23, dícele a Riva Agüero desde Mendoza: "Con el coche en la puerta para marchar a Buenos Aires en busca de mi hija recibo

(54) La carta de Riva Agüero a San Martín de 22 de agosto y la respuesta de éste el 23 de octubre del 23 figuran en *Correspondencia,* pags. 319 y 321.

(55) Paz S., 2° período, tomo I, (Ayacucho), pag. 212. Paz Soldán da a conocer que el capitán de navío don Carlos Postigo fue el comisionado para llevar tales comunicaciones a San Martín a Mendoza. La comunicación de los dirigentes peruanos de 28 de septiembre desde Arica, y la respuesta de San Martín a Riva Agüero, aparecen en Paz S. tomo citado, pags. 212 a 215. *En Correspondencia* también se reproducen, pags. 317 a 319.

la de usted y demás señores, de 28 de septiembre, y me demoro lo preciso para contestarla no haciéndolo con los demás señores en razón de la premura del tiempo, pero lo verificaré desde Buenos Aires. Usted, *mi querido amigo*, me ha tratado con inmediación; usted tiene una idea de mi modo de pensar, y conoce hasta el punto que llegan mis sentimientos no sólo con respecto al Perú sino de toda América . . . Y partiendo de este principio tan sagrado y *de la amistad sincera que siempre le he profesado* y lo mismo al almirante Guise, tengo que decir a usted mi opinión franca y sencillamente". . . . Y después de exponer su pensamiento sobre el llamado que se le hacía, en la forma ya transcrita concluye: "Diga usted a esos señores que tengan ésta por suya, y de consiguiente, es un equivalente a mi contestación. *Si, mi buen amigo, yo reposo en el seguro de la honradez que los distingue*, y de que el Perú va a renacer de los males que lo afligen. Adiós. *Es y será siempre su mejor amigo—José de San Martín*" (56).

Que Riva Agüero haya sido el promotor de esta última iniciativa para el regreso de San Martín al Perú, es bien explicable porque no había podido aún recibir la ultrajante carta de San Martín anteriormente transcrita.

Pero que en tan breve espacio de días haya mudado tan completamente de tono San Martín respecto de Riva Agüero, es algo por demás enigmático. La clave podría darla, por una parte, la circunstancia de haberse sentido halagado San Martín por los términos de la carta colectiva y de las "comunicaciones" de Riva Agüero que la acompañaban tanto como se consideró rebajado por la anterior de éste. Y, por otra parte, el hecho de que no llegó a manos de Riva Agüero aquella ofensiva carta suya. Mas lo misterioso es que haya podido conocer esta circunstancia San

(56) Es tan sorprendente que haya podido San Martín dirigirse a Riva Agüero en los términos que se indican en el texto, después de los violentos parrafos de su carta anterior al mismo, de 23 de octubre, que Otero (*Historia de S.M.*, tomo IV, pag. 84) asienta, aunque sin dar antecedente alguno al respecto, que aquella la envió San Martín a Orbegoso, uno de los firmantes de la carta de 28 de septiembre. Mas del contexto de la del 20 de noviembre y de las informaciones de Paz Soldán (2° período, tomo I (Ayacucho), pags. 212 a 215) no cabe dudar que fue realmente Riva Agüero el destinatario de ella. Mitre (*Historia de S.M.*, tomo IV, pags. 44 y 45) indica, también, haber sido dirigida a Riva Agüero la carta de que se trata.

Martín, como es fuera de duda ocurriría al atreverse a escribir de nuevo a Riva Agüero después de su carta de octubre.

Encargado Guido por San Martín, según aquél declara, de hacer llegar a Riva Agüero la injuriosa comunicación, lo impone en diciembre de no haber cumplido su cometido a causa de la aprehensión de Riva Agüero por el jefe de uno de sus batallones el 25 de noviembre, la víspera de recibir Guido la carta de San Martín a él destinada. Mas ello no obstó para que el mismo Guido la hiciera conocer de Torre Tagle y aún de Bolívar (57).

X

Otros reparos de bulto podrían agregarse todavía a los ya formulados sobre la carta de San Martín a Bolívar de 29 de agosto.

Entre ellos ¿cómo sostener que no habían sido llenados los reemplazos de la división de Santa Cruz, siendo que lo contrario estaba en 1822 a la vista de todos? Este jefe—Santa Cruz—en nota al Ministro de la Guerra del Perú declara: "*He reemplazado triplicadamente la pérdida de la división* con los prisioneros americanos y con ella bien reforzada y descansada marcharé muy pronto a acudir a las necesidades de la patria donde se crea conveniente" (58).

Sucre, por su parte, precisa (59): "Los reemplazos se han dado a la división peruana con tal religiosidad que habiendo ella perdido 80 hombres en las acciones de guerra, se le dieron en Cuenca 300 reclutas, *en Quito se le dieron 700 veteranos de los criollos colombianos al servicio del ejército español* y en Guayaquil se les dió el batallón del Sur correspondiente a Cuenca que tenía 224 hombres; *de modo que en reemplazos se les dió más fuerzas que la que trajo*".

Y ya se ha visto que Bolívar declaró sobre el particular haber recibido Santa Cruz "la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres" (60).

(57) Carta de Guido a San Martín de 6 de diciembre de 1823 desde Lima. (*Archivo de S.M.*, tomo VI, pags. 486 a 488).

(58) Oficio de Santa Cruz a Guido, Ministro de Guerra y Marina, de 28 de mayo del 22. (Paz S., pag. 300).

(59) Informe de Sucre a Santander de 30 de enero del 23 (*Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 100, pag. 536).

(60) Carta de Bolívar a Santander del 29 de julio del 22. (*Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 101, pag. 68).

Y en cuanto al reproche a Bolívar que en la carta del 29 de agosto figura: "No era a nosotros a quienes pertenecía decidir este importante asunto"—el destino de Guayaquil—¿no era público entonces, y el mismo San Martín lo reconocía al declarar: "el general Bolívar nos ha ganado de mano", el intento suyo de forzar la anexión al Perú de Guayaquil que se adelantó Bolívar a realizar en beneficio de Colombia?

XI

Todo deja comprender que la carta publicada por Lafond en 1843 y a la que se asigna la fecha de 29 de agosto de 1882, fue en realidad la obra de una lenta elaboración mental de San Martín.

En 1825 don Tomás Guido pone en boca de Alvarez Condarco—tan ligado en otro tiempo con San Martín—y que se vió con éste en Londres en 1824 (61), estas confidencias sobre el voluntario expatriado en Europa por esos días: "los sucesos desgraciados del Perú en el año anterior le afectaron extraordinariamente. . . . *La memoria de este país es un tormento perpetuo para el general San Martín.* Su situación moral es bien digna de compasión" (62).

Y otros testimonios dan a conocer cuan poco gratos motivos de conversación constituían para San Martín dichos recuerdos.

Y eran bien explicables tales estado y actitud. No pudieron dejar de llegar a sus oídos desde todas direcciones los insistentes cargos que se le hicieran "por la manera precipitada en que efectuó (su retirada del Perú) al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio y confiados los destinos del país que abandonaba a un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente". Y en forma de haber sido la suya "más que una abdicación un abandono del mando" (63).

(61) *Archivo de S.M.*, tomo IX, pag. 292.
(62) Vicuña M., *El General San Martín*, pag. 113.
(63) Mitre, *Historia de S.M.*, tomo IV, pags. 1 a 3.

Y no cesaría de golpear en su conciencia la interrogación: ¿por qué haber procedido de tal modo?

Las versiones que emanaban de él mismo, encaminadas a proporcionar una explicación sobre las razones que lo movieron a salir del Perú, divergentes del todo, mostraban de esa suerte su inconsistencia.

Ya han sido expuestos los poco substanciales móviles indicados para dar ese paso en las cartas a O'Higgins y Luzuriaga, como en la proclama de despedida al pueblo peruano: "estar aburrido de que se dijera quería coronarse o de ser llamado tirano".

A Alvarado, en el momento de hacerlo, le deja escrito que se separaba del territorio del Perú por "la gravedad de los males que sufría y que no le permitían continuar más en el mando del ejército" (64).

En su postrera conversación con Guido en La Magdalena, horas antes de abandonar Lima, al reconvenirlo éste por acto tan insólito y que tanto había de "vulnerar su nombre", le confiesa, a la letra, que una de las razones que lo impelen a ejecutarlo es "la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes; y me falta el valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos". Y le señala como la principal de ellas el considerar que Bolívar y él "no cabían en el Perú", agregándole: "He penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusará medios por audaces que fuesen para penetrar a esta república seguido de sus tropas; y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al

(64) "Instrucciones" de San Martín a Alvarado de 18 de septiembre de 1822. (*Archivo de S.M.*, tomo VIII, pag. 110). Es de notar que en la carta a O'Higgins, a que se hace referencia en el texto (*Archivo de S.M.*, tomo V, pags. 516 y 517), se presenta como un hombre viejo (a los 44 años) y con "su salud muy deteriorada", que le permitiría, no obstante, vivir todavía más de un cuarto de siglo.

mundo un humillante escándalo". Y concluye: *"entre, si puede, el general Bolívar, aprovechándose de mi ausencia"* (65).

Ya se echa de ver con estas declaraciones, que tanto distan de las ideas de abnegación y sacrificios exhibidos en la carta que Lafond publica, el profundo encono de San Martín a causa de la ambiciosa audacia que imputa a Bolívar. Y ha de considerarse el que Guido, quien dió a conocer esas confidencias largos años después de la publicación de la obra de Lafond, en modo alguno alude a la carta de Bolívar que en ella figura, orientada a poner de relieve—contrariando los recuerdos de Guido—la actitud generosa de San Martín ante él y la inferioridad de sus fuerzas respecto a los realistas (66).

A Miller, bien enterado como Guido de los sucesos del Perú, le afirma en las notas que para él redacta que su "viaje a Guayaquil no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú", y que al ver desde el primer momento "sus esperanzas burladas por haberle declarado el Libertador que sólo podría desprenderse de 1.070 plazas. . . . tomó en el acto la resolución" de retirarse del Perú, que puso en conocimiento de Bolívar en presencia del almirante Blanco, cuyo testimonio invoca (67).

Relaciona, así, en esta versión San Martín su salida del Perú con la negativa de auxilios militares de parte de Bolívar. Y nada habla tampoco de un ofrecimiento a éste de servir a sus órdenes, como ha quedado antes señalado, y siendo de notar que Miller no acoge al parecer aquellas otras declaraciones que le hace lle-

---

(65) Artículo de Guido titulado "El general San Martín. Su retirada del Perú", incluído en la obra *General Tomás Guido. San Martín y la Gran epopeya*, citada, pags. 239 y 240.

(66) Guido, en el artículo señalado, publicado en 1865 (Salas, *Bibliografía de San Martín*, tomo II, pag. 315), no sólo para nada alude a la carta publicada por Lafond en 1843, sino que tampoco al ofrecimiento de San Martín de servir a las órdenes de Bolívar ni a la debilidad militar de San Martín, base de aquella carta. Y, al contrario, sobre este último punto, y con la autoridad que le daba el cargo de Ministro de la Guerra del Perú que desempeñaba al retirarse San Martín, hace resaltar la superioridad de las fuerzas de éste sobre las realistas. (V. *San Martín y la gran epopeya*, citada, pags., 232, 233 y pags. 257 a 260).

(67) *Correspondencia*, pags. 72 y 73.

gar San Martín, al limitarse en sus *Memorias* (68) a informar sobre el particular que "la entrevista que se verificó (en Guayaquil) entre dos hombres distinguidos parece que no fue muy satisfactoria". Y sobre este punto es por demás revelador el hecho de no haber acompañado San Martín a los numerosos antecedentes que suministró entonces a Miller la carta de 1822 a Bolívar, tan trascendental para apreciar su actuación en Guayaquil y su salida del Perú. Y habiendo de deducirse lógicamente, o bien que no estaba tal documento redactado en 1827, o que la circunstancia de hallarse en vida Bolívar (fallecido a fines de 1830) impidió a San Martín aprovechar una ocasión que tan favorable se le presentaba para hacerlo público como lo realizaría más tarde.

A Iturregui, por fin, como se ha visto, daba en 1825 o 1826 (69) como explicación de su retirada del Perú—y contradiciendo del todo los datos que a poco hacía llegar a Miller, pues reconoce "haber encontrado en él (en Bolívar) las mejores disposiciones para unir sus fuerzas a las del Perú"—el plan de éste de "intervenir en jefe" en el Perú a lo que "no le permitía asentir su honor".

Dábase cabal cuenta San Martín, sin embargo, de cuan poco habían de convencer razonamientos y ocurrencias tan variadas y desacordes. Y podía apreciarlo así al imponerse de los juicios aun de sus amigos más adictos. Guido, por ejemplo, sin consideración a que enconaba una profunda herida, le dice desnudamente en 1826: "Jamás perdonaré la retirada de usted del Perú y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso. Piense usted lo que quiera sobre esto: tal es y será siempre mi opinión" (70).

A San Martín preocupó en todo momento el juicio de los demás sobre sus acciones y en especial llegó a inquietarle el fallo de la posteridad a su respecto.

Puede juzgarse de este modo cuánto habrían de mortificarlo opiniones como la de Guido transcrita.

(68) Tomo II, pag. 170.

(69) Vicuña M., *El General San Martín*, pag. 110.

(70) Carta de Guido a San Martín de 30 de agosto de 1826. (*Archivo de S.M.*, tomo VI, pag. 500).

Dióse, así, a cavilar en sus años de vida sedentaria en cómo, ya que no le era dable enmendar el hecho, rodearlo de atributos de magnanimidad y de nobleza que justificaran o, aún más, que enaltecieran el más inexcusable paso de su carrera.

Y discurrió con insistencia acerca de los móviles que pudieran destacar estas cualidades, acogiéndose con certero instinto a los de abnegación y renunciamiento, siempre dignos de loa.

Si en Guayaquil, por ejemplo, hubiere propuesto a Bolívar colocarse bajo su mando para luchar unidos contra las fuerzas realistas del Perú, presentadas, con el fin de hacer más verosímil su gesto, como muy superiores a las suyas; y que, desestimado su ofrecimiento y comprendiendo que su presencia retraía a Bolívar de pasar al Perú, tomaba la resolución de eclipsarse dejándole libre el campo en obsequio de este país y de América.

Lentamente fueron adquiriendo forma precisa reflexiones de una naturaleza semejante, hasta ser concretadas en instrumento estimado el más propio para hacerlas constar: una comunicación dirigida al otro protagonista de Guayaquil que contuviera referencias completas a los puntos que *debieron* ser tratados en una conferencia de ese modo concebida. Y cobró vida, así, una hipotética carta de San Martín a Bolívar a que se asignó la fecha de 29 de agosto de 1822.

Teníala aquél al alcance de la mano, para perfeccionarla acaso, cuando la tentación llegó con un visitante que le rogaba proporcionarle algunos antecedentes históricos que había de insertar en las obras de viaje que estaba sacando a luz.

Era la oportunidad para dar vida a una versión ideal de lo ocurrido en Guayaquil que, a la vez que acallara voces que lo deprimían, hiciera llegar su nombre a la posteridad aureolado por un sacrificio sin precedentes.

Y de este modo, Lafond de Lurcy—que tal era, como se ha dicho, el nombre de aquel viajero—pudo tomar conocimiento en 1840, y entre otros documentos, de aquella carta que utilizó en su obra.

Es de conjeturar que ella estuvo primitivamente destinada a llegar a manos de Guido, desde que al sincerarse con él de los

reproches que le dirigiera como queda expuesto, le hizo promesas de comunicarle más tarde, o de legarle, antecedentes de considerable significación de que se decía poseedor (71) y que bastaban a justificar su retiro del Perú. Tales ofertas no se cumplieron y dichos documentos tampoco llegaron a figurar entre los papeles de San Martín, debiendo, así, deducirse que ellos se limitaban a la carta suya a Bolívar, cuya copia recibió Lafond y la que conteniendo revelaciones sobre esos puntos, enaltecía, al decir del último, el nombre de San Martín.

Prefirió de tal suerte éste aprovechar la coyuntura que se le presentaba, en vez de reservar para Guido un documento que acaso recelara habría de mirar con extrañeza el destinatario, atendida su índole que contrastaba con las declaraciones que le hiciera en ocasión memorable acerca de los motivos de su salida del Perú.

El caso de un documento redactado para la posteridad o con el ánimo de que no fuera conocido por la persona a quien aparecía dirigido, no era a la verdad aislado y sin precedentes.

San Martín había sido testigo de cómo Monteagudo tuvo arrestos para poner de oro y azul a Cochrane en nota oficial (72) que se guardó bien de expedir, pero que hizo circular en Lima, y con gran satisfacción de no pocos, una vez alejado el lord del Callao.

Y había también visto cómo su insultante carta a Riva Agüero, sin llegar al interesado, produjo su efecto entre los muchos que se impusieron de ella.

Nada más explicable por lo expuesto que no se tuviera conocimiento de la carta de que se ha estado tratando hasta su aparición en la obra de Lafond. Y que hasta el día no se le tenga de la respuesta de Bolívar—que siempre daba una a toda comunicación por él recibida—como que tampoco figura la menor referencia a una o a otra en documento alguno de la época.

(71) Carta de San Martín a Guido desde Bruselas de 18 de diciembre de 1826. (*Archivo de S.M.*, tomo VI, pags. 504 a 506).

(72) "Notable nota del Doctor Monteagudo" (de 3 de octubre de 1821), según se la califica en el *Archivo de S.M.*, tomo VIII, pag. 461, y que, conforme se ha expuesto en su oportunidad, no fue nunca puesta en manos de Cochrane.

Y sobre este punto es de no escaso interés considerar que San Martín recibió efectivamente cartas de Bolívar entre su salida del Perú (septiembre del 22) y su partida a Europa (febrero del 24), las que tampoco aparecen, siendo que las conservaba "originales", conforme declara de modo expreso a Guido (73) hasta fines de 1826 al menos, y que archivaba con prolijidad su correspondencia.

¿Puede la pérdida de tales cartas de Bolívar dimanar de la circunstancia de haber contenido declaraciones que no se avenían con las que llegaron a ser consignadas en la carta del 29 de agosto?

Un antecedente bien revelador parece autorizar esta conjetura. Entremezclada a los recuerdos de una visita que en 1845 hiciera Sarmiento en Grand Bourg a San Martín, aparece esta declaración (74): "Entre sus papeles existe una carta de Bolívar que han visto algunos americanos, entre otros don Manuel Guerrico. Como yo me empeñara en verla y comprendiese San Martín que quería *hacer uso de ella en complemento de la suya a Bolívar que había publicado el almirante Blanc* (¿?) (el capitán Lafond) *la carta se empapeló y no pude verla*".

La circunstancia expuesta por San Martín en la carta a Guido citada, de que las referidas comunicaciones de Bolívar le "manifestaban una amistad sincera", añade un indicio más en contra de la autenticidad de la carta de 29 de agosto, que sería anterior a aquéllas, y en el fondo bien mortificante y hasta ofensiva para Bolívar (75).

Y otro que puede añadirse es el que se desprende de la carta realmente dirigida por San Martín a Bolívar, desde Mendoza, el 3 de agosto de 1823. Ahí le dice a la letra: "Amigo querido:

---

(73) Carta a Guido de 18 de diciembre de 1826 (*Archivo de S.M.*, tomo VI, pag. 503). El apoderado de San Martín en Perú, Salvador Iglesias, le anuncia el 27 de octubre del 23 remitirle con la suya una carta de Bolívar para él. (*Archivo de S.M.*, tomo IX, pag. 319).

(74) Artículo "Bolívar y San Martín" en *Vida de San Martín* por Domingo F. Sarmiento, citada, pag. 105.

(75) Ha de añadirse que Bolívar siguió dando muestras prácticas de deferencia a San Martín en el Perú. Así, mandó colocar de nuevo el retrato de San Martín en el Palacio de los Virreyes, según revelación de don José Ribadeneira, quien pone a más en boca de Bolívar expresiones del todo lisonjeras para San Martín. (*Archivo de S.M.*, tomo IX, pags. 451 y 447, 448).

pocos días antes de mi salida de esa capital (Lima) *escriví a V: después lo bolbí a berificar desde Chile* y no he tenido contextación alguna, *haora lo repito* con noticias de su benida al Perú" (76).

Parece deducirse de la anterior declaración de San Martín que éste había enviado a Bolívar, después de Guayaquil, una sola carta desde el Perú, haciéndolo "pocos días antes de su salida" de Lima, efectuada el 21 de septiembre. Y, así, que tal carácter no podría atribuirse a la que se supone haberle dirigido el 29 de agosto, y sí a la que le enviara el 20 de septiembre de 1822, conforme Paz Soldán revela, y con el objeto de hacer "saber a Bolívar, su competidor en gloria, que ha dimitido el mando que tanto lo abrumaba y se considera ya feliz y más contento que con el triunfo de una espléndida batalla" (77).

Aun el sigilo sobre "los sentimientos que exprime" la carta del 29 de agosto del 22, parece invocado con intención para justificar un silencio tan extrañamente prolongado acerca de ella, y del todo inútil después de 1825 en que la causa realista se había extinguido en el Perú. Y es digno de notarse—siempre en contradicción con lo allí expuesto—que bien poco se había guardado San Martín de poner en práctica la encarecida reserva, confiando, al contrario, sus "sentimientos" en diversas ocasiones, así a O'Higgins (en comunicación que, conforme ha de verse, le dirigió a raíz de Guayaquil, por intermedio de de la Cruz), como a Guido, Miller e Iturregui.

XII

La versión de la conferencia de Guayaquil dada por Bolívar de modo uniforme en las tres cartas de 29 de julio del 22 (78)—

(76) Carta inserta en *Memorias del General O'Leary*, tomo XX (Caracas, 1883), pag. 249).

(77) El párrafo citado en el texto aparece en la obra de Paz S., pag. 347, y la fecha de la carta en la pag. 75 del "Catálogo" inserto al final de ella. Ha de advertirse que, por un *lapsus* de impressión sin duda, se da en la página 347 de la *Historia* de Paz Soldán, como texto de la carta a Bolívar de 20 de septiembre del 22 uno de los "mensajes" que ese día dirigió al Congreso del Perú San Martín, conforme puede verse en *Archivo de S.M.*, tomo X, pag. 354.

(78) Otero mismo admite (*Historia de San Martín*, tomo III, pag. 746) que en las cartas de esa fecha, firmadas por el secretario de Bolívar, sólo "estampaba aquél en el papel lo que dictaba el Libertador".

reconocidamente auténticas—está en oposición absoluta con la que hace figurar San Martín en la a que se ha atribuido la fecha de agosto señalada y que dió a la publicidad Lafond en 1843. ¿Qué versión preferir en la ocurrencia? ¿A quién creer? Y en todo caso, ¿vale menos la palabra de Bolívar que la de San Martín?

En apoyo de la efectividad de la carta del 29 de agosto se citan los conceptos contenidos en la que realmente escribió San Martín a don Ramón Castilla en septiembre de 1848, del todo semejante a los de aquélla. "Yo hubiera tenido—expresa ahí San Martín a su corresponsal—la más completa satisfacción habiéndole puesto fin (a su vida pública en América) con la terminación de la guerra de la Independencia en el Perú. Pero mi entrevista en Guayaquil con el General Bolívar me convenció, no obstante sus protestas, de que el solo obstáculo para su venida al Perú con el ejército de su mando era la presencia del General San Martín, a pesar de la sinceridad con que ofrecí ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía". Y con visible empeño pondera enseguida, al lado del sacrificio de su retirada, que comprometió, como dice, "su honor y su reputación", el haberle sido necesario "guardar un absoluto silencio" sobre los motivos que lo habían obligado a ese paso (79).

Recientemente (en 1947) ha sido descubierto entre los papeles de Sarmiento un borrador suyo en el que, consignando recuerdos de sus visitas a San Martín en 1846, trascribe una declaración de éste sobre su ida a Guayaquil en julio de 1822. Ella habría tenido por fin obtener que Bolívar uniera sus fuerzas a las suyas "por no tenerlas (él, San Martín) para abrir una nueva campaña contra los españoles" (que desde marzo, no obstante, pregonaba abriría cuanto antes, acentuando su decisión después de la derrota de Ica, y dejándola de hecho encomendada a Alvarado al salir del Perú). Y habría agregado San Martín en la ocasión: "Iba, pues, a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos poniéndome yo a sus órdenes" (80).

---

(79) La carta de San Martín a Castilla, de 11 de septiembre de 1848, aparece publicada en *Efemérides Sanmartinianas*, de Yaben, pags. 181 y 182.

(80) Sazona Sarmiento estas declaraciones de San Martín con no pocas lindezas que habría éste enderezado a Bolívar. (V. *Boletín de la Acad. de la Hist. Caracas*, N° 119 (julio-septiembre de 1947) pags. 288 a 294). En Sarmiento no cabe extrañar mudanzas de criterio. Así, durante la tiranía

No hay que olvidar que una vez lanzada a la publicidad la tesis, bien meditada y definitiva ya, que planteaba la carta divulgada por Lafond en 1843, era menester sostenerla, y nada prueban, en consecuencia, declaraciones posteriores a tal acto, formuladas ya sea por escrito como a Castilla, ya de viva voz como a Alberdi, Sarmiento o algún otro.

Los testimonios contenidos en la carta de Lafond (como ocurrirá con las posteriores confirmaciones de San Martín) produjeron su efecto y, aún, conforme acontece con frecuencia, dichos asertos fueron origen de otros que van más allá de las declaraciones primitivas. Tal ocurre, por ejemplo, al afirmar el "publicista" Mr. Gérard en la necrología redactada al fallecimiento de San Martín en 1850, y después de dar por sentado el ofrecimiento de San Martín a Bolívar de combatir a sus órdenes en el Perú, que éste lo rehusó "con vanos pretextos" porque "quería anexar a Colombia el Perú como había anexado el territorio de Guayaquil" (¡!) (81).

Y así como la sangre atrae la sangre, conforme el sentir de los trágicos, así una ficción inicial es generadora de nuevos artificios con inevitable encadenamiento. En la carta de 29 de agosto, tantas veces citada ha de hallarse el fundamento de las falsificaciones en serie de instrumentos tendientes a acreditar ese documento y a establecer de paso la supremacía de la obra de San Martín en el Perú. Más concebidos los tales—las cartas dadas a la publicidad por el señor Colombres Mármol, a que se ha aludido en la "Introducción"—de tan desacertado modo, y tocando aún los límites de lo inverosímil y extravagante, se han hecho merecedores del general repudio.

ADICION

Sobre las cartas dadas a conocer por Colombres Mármol.

I. En 1940 publicaba en Buenos Aires el señor Eduardo L.

---

de Rosas sostenía en el periódico "Crítica", por él fundado en Santiago, la legalidad de los derechos de Chile al estrecho de Magallanes y tierras del sur del continente, habiendo sido años más tarde, no obstante, en 1871 a 1873, el más decidido sostenedor de los de su país en la misma región.

(81) Párrafo citado por Otero (*Historia de San Martín.*, tomo III, pag. 755).

Colombres Mármol, ex-embajador argentino en el Perú, un libro con este título: *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil a la luz de nuevos documentos definitivos,* con "Prólogo" del doctor Rómulo D. Carbia. En él se contenían diversas cartas que, relacionadas con el tema, aseguraba el autor del libro haber adquirido en Lima de un particular, y las que, desde 1939, había ofrecido en venta al Gobierno de la nación argentina.

El autor del prólogo, señor Carbia, prohijando dicho libro, dió a luz en 1941 otro intitulado *San Martín y Bolívar frente al hallazgo de nuevos documentos.*

Con fecha 15 de octubre del mismo año 1941 el doctor José M. González Alfonso, en carta dirigida al presidente de la Academia Nacional de la Historia, señor Ricardo Levene, confesó ser el autor de la obra publicada bajo el nombre del señor Colombres Mármol.

Desde 1940, el tan autorizado historiador venezolano don Vicente Lecuna había demostrado la falsedad de las cartas insertadas en la obra de Colombres Mármol en diversos estudios, de los que los más substanciales son la *Contestación al señor Rómulo D. Carbia* (Caracas, 1942) y el titulado *Cartas apócrifas sobre la conferencia de Guayaquil* (1945).

Un diario de Buenos Aires, "Crítica", analizó en diversos números de agosto de 1942 el que califica de "escandaloso *affaire*".

Y el presidente de la Nación Argentina, por disposición de 17 de septiembre de 1943, tomada en vista de "los dictámenes que sirvieron de juicio al Ministro" y que establecían que "dicha documentación carece de las condiciones especiales para establecer su autenticidad indubitable", resolvió "no aceptar la documentación histórica que ofrece en venta ni la donación que hace el señor Eduardo L. Colombres Mármol".

Y nuevos alegatos destinados a reconsiderar tales juicios no han hecho variar el anterior criterio.

II. Las cartas incluídas en su obra por el señor Colombres

Mármol, notoriamente apócrifas, y en número de nueve (82), son las siguientes: *tres cartas de Bolívar a San Martín* (de 29 de enero del 22 desde Cali, de 25 de agosto de 1822 de Guayaquil, y de 27 de septiembre de 1822 desde Cuenca); *dos de San Martín a Bolívar* (de 10 de septiembre del 22 desde Lima y del 28 de mayo del 27 de Bruselas); *una de Bolívar-a Santander* de 13 de octubre del 22 desde Loja y *otra del mismo a Sucre* del 7 de noviembre del 24 desde Chancay; *una de Sucre a Santander* del 9 de diciembre de 1824 desde el campo de Ayacucho y, la última, *de Sucre a Bolívar* de 26 de marzo del 27 desde La Paz.

A más el señor Carbia exhibió otras tres cartas suministradas por el señor Colombres Mármol, y asimismo apócrifas: *Una de Bolívar a Sucre* datada en Guayaquil el 27 de julio de 1822; *otra de San Martín a Olmedo* del 12 de septiembre del 22 desde Lima y la última, también de Lima, que habría dirigido el 19 de dicho mes y año *San Martín a La Mar* (83).

III. Las cartas apócrifas han sido incluídas ya entre las auténticas en epistolarios y otras obras referentes a San Martín. Así en la a que se ha hecho anterior referencia, *Epistolario entre los libertadores San Martín y Bolívar,* publicada en 1941 por los señores Caillet-Bois y Bucich Escobar, se transcriben completas cinco de ellas y párrafos de otras.

Y en Chile, en la recopilación titulada *San Martín pintado por sí mismo* (Santiago 1940), obra del escritor peruano don Luis Alberto Sánchez, aparece inserta entre las verdaderamente escritas por San Martín la supuesta de la colección Colombres Mármol, a que se da la fecha de 28 de mayo de 1827, y que aquél habría escrito desde Bruselas a Bolívar.

(82) El señor Colómbres Mármol publica también el oficio y proposiciones de San Martín al Virrey La Serna, fechados en Lima el 14 de julio de 1822, documentos auténticos dados a conocer con pequeñas diferencias y con mucha anterioridad (en 1868) por Paz Soldán en su obra (pags. 339 a 342).

(83) Las cartas citadas aparecen reproducidas en la obra mencionada, *Cartas apócrifas sobre la conferencia de Guayaquil,* de Lecuna, pag. 127 a 136. Los reparos y comentarios del autor sobre ellas figuran principalmente en las pags. 38 a 51 y 78 a 84 de esta obra.

INDICE DE GRABADOS

Vicente Lecuna iii
Simón Bolívar iv
Vista de Los Cayos. Haiti 4
Vista de Kingston 6
Casa donde se alojó Bolívar 8
Isidro Alzuru 34
Escena de la Guerra en los Llanos 72
Carta del general Paez 76
Carta de Páez 82
Portada del Libro de Hippisley 88
Carta del General Santander 98
Simón Bolívar 112
San Martín en la Historia y en el Bronce 184
Carta del general San Martín 218
Conferencia de Guayaquil 254

INDICE

Páginas

H. L. V. Ducoudray Holstein 1
Bolívar se embarca en Carúpano pistola en mano 12
La leyenda de Ocumare 15
Embarco de Bolívar en Ocumare 32
Defensa de la Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar 35
Juan Bautista Bideau 43
Origen de la invasión de Guayana 45
Manuel de Serviez 46
La Maniobra de Clarines 48
Celos Militares de Mariño 50
Bolívar en Guayana 52
Rebelión y fusilamiento de Piar 53
Falsa leyenda sobre el origen de Piar 61
Asesinato de los Capuchinos en las Misiones del Caroní 63
Cartas de Bolívar adulteradas por José Domingo Díaz 68
Las mentiras militares de Páez 72
Páez y Mariño le ofrecen la corona a Bolívar 81
María Antonia Bolívar y las ideas monárquicas 85
George Hippisley 88
James Hackett 91
La leyenda del Llano Miguel 93
Capacidad de Santander 97
El Organizador de la Victoria 99
El Paso de los Andes Granadinos 102
The Journal of an Expedition across Venezuela and Colombia 1906-1907. Hiram Bingham 105
Calumnias respecto a la batalla de Boyacá 108
Descripción exacta de la batalla de Carabobo 112
Campaña de Carabobo 115
Reales Cédulas sobre Guayaquil 116
Dependencia de la Provincia de Guayaquil 123
La Cuestión de Guayaquil, la Revolución del 9 de octubre de 1820 y la Brigada Santa Cruz 128
Crueldad y ultrajes de San Martín a Heres 145
Las dificultades de Bomboná 148
La Marcha hacia Bomboná. Sergio Elías Ortiz 150
Primer Intento de San Martín sobre Guayaquil 154

Páginas

Consulta del Libertador al Poder Ejecutivo de Colombia sobre intrusiones del general San Martín en Guayaquil 162
Segundo Intento del Protector sobre Guayaquil: La Conferencia 168
San Martín en la Historia y en el Bronce 183
La Conferencia 185
Cronología de sucesos en Guayaquil 200
La Leyenda de Lafond 201
Una prueba más contra la leyenda de Lafond 219
Fenómeno Psicológico 222
Juicios de San Martín sobre Bolívar y Sucre 224
Incomprensiones, calumnias y errores de Mitre 230
Un manuscrito de Sarmiento 253
Errores del general Tomás Cipriano de Mosquera 261
La política del general San Martín, Protector del Perú, respecto a la ciudad y provincia de Guayaquil. Joaquín Mosquera 265
Crítica Política y Militar a la Conferencia de Juan Pablo Echagüe sobre Mitre 268
La Entrevista de Guayaquil 272
Carta Apócrifa de Lafond. Colección de Estudios publicados por la Academia de la Historia de Buenos Aires 276
La Carta Apócrifa de Lafond 318
San Martín y sus Enigmas. José Miguel Irarrázaval Larraín 318